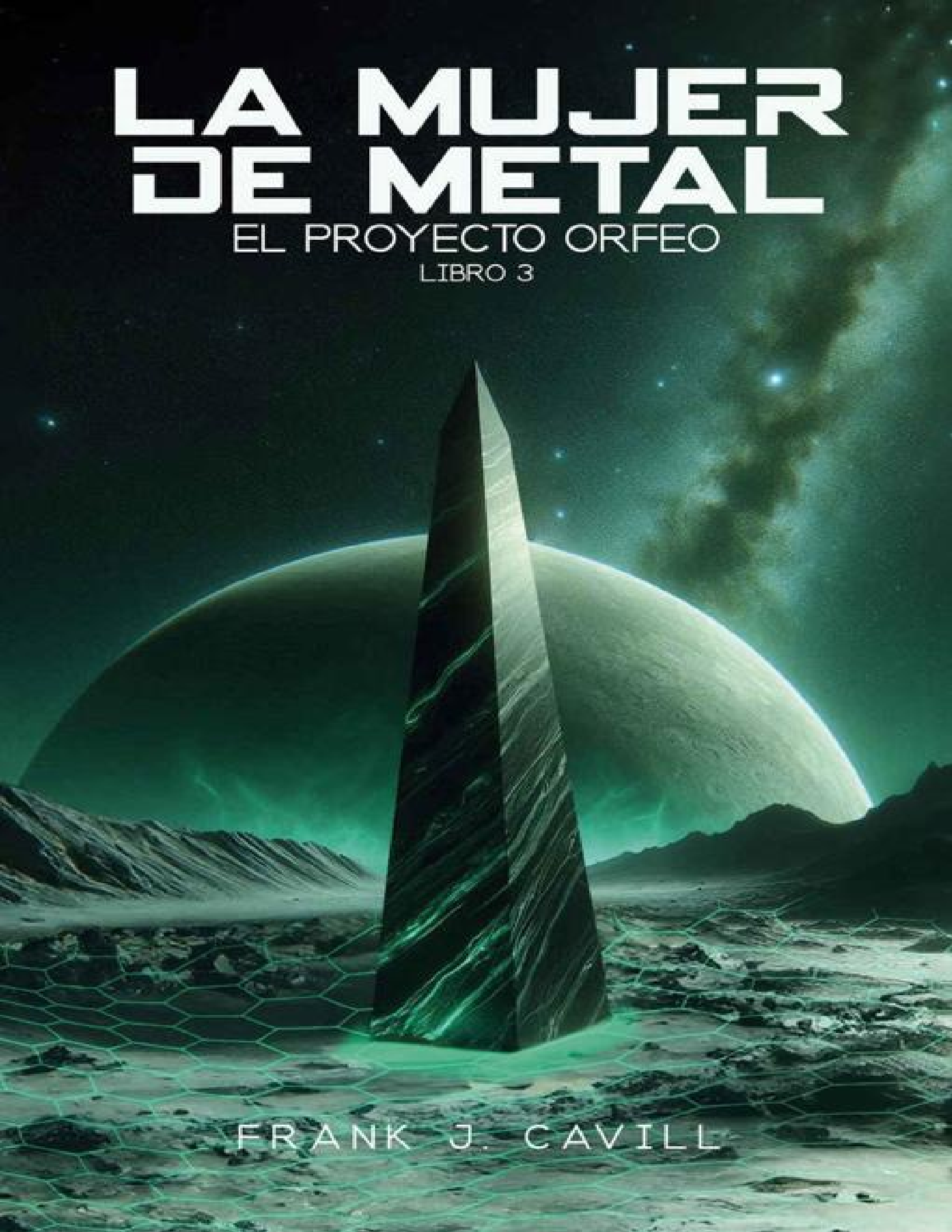
LA MUJER DE METAL

EL PROYECTO ORFEO

LIBRO 3



FRANK J. CAVILL

La mujer de metal

El proyecto Orfeo - Libro 3

Frank J. Cavill

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: **Frank J. Cavill**

Web: **frankjcavill.com**

X: **@FrankJCavill**

Facebook: **FrankJCavill**

Threads: **@frankjcavill**

Instagram: **@frankjcavill**

TikTok: **@frankjcavill**

Mail: **frankjcavill@gmail.com**



Copyright © 2024 Frank J. Cavill

Todos los derechos reservados

Ilustración portada por Pilar García (**pilargarcia.net**)

Edición de Susana Rodríguez Lezaun (**susanarodriguezlezaun.com**)

Corrección por Tanya Velasco

Contenido

El pueblo nómada
La elegida
Investigaciones
La ordalía
El ascenso
La ampliación
El salvoconducto
El viaje
La ceremonia
El cónclave
Nochevieja
Los nuevos colonos
La segunda base
Una pequeña crisis
Una inesperada visita
Radio rebelde
El descubrimiento
Contramedidas
El teléfono
La segunda invitación
De nuevo en marcha
El último adiós
Siguiendo la pista
El segundo cónclave
El ojo de la montaña
Juicio rápido
Desesperado
El tiempo se acaba
Viejos enemigos
El nuevo despertar
La leyenda de los Gaal-El
El regreso
Ecos del pasado
Vida o muerte
La aventura continua en:
El legado de Galileo (El Proyecto Orfeo, Libro 4)
Nota del autor:
Agradecimientos
El legado de Galileo (El Proyecto Orfeo, Libro 4)

Prólogo

El pueblo nómada

5 de octubre del año 0

Localización desconocida, Kepler-442b

Shyiich acabó de tragar el último trozo de carne seca que le quedaba de su frugal desayuno. Mientras, su hijo de apenas siete años keplerianos le observaba con atención desde el otro lado de la mesa. Él hizo muecas con la boca hasta que le hizo sonreír. Podría pasarse la vida entera contemplando aquella sonrisa tan pura. Sin embargo, tenía que ponerse en marcha, había trabajo que hacer.

Ÿiiÿa se balanceaba en la mecedora de madera oscura que Shyiich había construido con sus propias manos poco antes de que diera a luz a su primogénito. Tras recoger los restos de su desayuno y besar la cabeza de su hijo, se acercó a ella. La besó en los labios y acarició su prominente barriga. Sus vidas iban a ser bendecidas de nuevo, esperaban con ilusión un cuarto miembro para su humilde familia.

Cogió su morral, que estaba colgado en la parte interior de la puerta de la cabaña, un pellejo con agua fresca y se volvió hacia su mujer.

—Volveré a mediodía, a tiempo para comer —le aseguró—. Procura no hacer esfuerzos.

—Descuida —respondió—. Ten cuidado y, si notas calor, para.

—No creo que haga falta, hoy no hará calor. —Abrió la puerta de la cabaña—. Te quiero —añadió.

—Y yo a ti —respondió ella.

Aquel parecía un buen día para recoger leña para el hogar. Ÿiiÿa siempre le decía que aprovechara los días de menos calor para hacer los trabajos que requerían más esfuerzo físico para que no se cansara en exceso. Ese día le hizo caso, para variar. A veces le daba la impresión de que fuera él quien esperaba un hijo. Ÿiiÿa estaba siempre pendiente de lo que hacía, intentando que no se lastimara o ayudándole con las reparaciones del hogar.

Se sabía afortunado por haberse casado con ella. A pesar de vivir en un pequeño poblado nómada, Ÿiiÿa era muy hermosa y no le habían faltado pretendientes en todas y cada una de las poblaciones keplerianas. Pero ella siempre estuvo enamorada de él, desde que eran muy pequeños y recibían clases juntos de la maestra del pueblo.

Llevaban un tiempo asentados en un lugar muy tranquilo, alejado de los ajetreos y la vida frenética de las tres grandes poblaciones keplerianas. Allí se vivía a otro ritmo, se construían hogares alrededor de los árboles, como en las grandes poblaciones, pero al cabo de unos años se movían a otro lugar nuevo, a recoger leña, a labrar la tierra. Era una vida diferente, más sosegada y tranquila, más satisfactoria, o al menos eso era lo que pensaba Shyiich. Cada vez eran más los keplerianos que decidían vivir alejados de las grandes ciudades. Además de poder llevar una vida más calmada, tendrían más opciones de pasar desapercibidos cuando volvieran los Khol.

Recogió su afilada hacha y la pequeña carreta de madera que estaba aparcada a la entrada de

la cabaña y se dispuso a cruzar el pequeño poblado de nómadas en dirección sur. Tenía un objetivo que cumplir aquel día.

—Buenos días, Shyiich —saludó su vecino cuando pasó por allí.

—Buenos días, Fosh —saludó también—. ¿Qué tal tienes la huerta?

—Bueno, ya va tirando —dijo—. Aunque esperaba algo más de lluvia para esta época.

—Sí, este año parece que la lluvia se está haciendo de rogar más de la cuenta.

—Creo que esta tarde lloverá —auguró el anciano—. Lo noto en las articulaciones.

—Puede ser; desde luego, hay bastante humedad en el ambiente. Y por la luz que llega, diría que está todo cubierto de nubes.

—¿Hoy te toca hacer acopio de leña? —le preguntó al ver los aparejos que llevaba en su carreta de mano.

—Sí, voy a ver si limpio un árbol de aquí al lado —señaló hacia el sur—. Creo que Laankhol quiere construir otro establo cuatro hileras más allá.

—¡Vaya! Por fin ese viejo testarudo ha entrado en razón y ha decidido alejarlo del resto de las cabañas —celebró Fosh—. Más vale tarde que nunca.

—Sí, parece que por fin ha hecho caso de tus quejas —sonrió Shyiich.

—No lo creo —dudó él—, es tan cabezota que seguro que tiene algún otro hilarante plan para hacernos la vida más imposible si cabe.

—Bueno, pero después de las matanzas, siempre nos regala algo de carne a cada uno.

—Si no fuera por eso ya me habría marchado de aquí hace tiempo —confesó Fosh—. Dice mi cuñado Khipshii que a unos tres días al norte de aquí, rodeando la montaña nevada, hay tierras mucho más fértiles, en las que siembras grano y en pocos días brota de la tierra, incluso sin la luz del sol.

—¿Y cómo demonios sabe eso tu cuñado si casi no sale de su cabaña ni para hacer sus necesidades? —se extrañó.

—Eso mismo le pregunté yo —explicó—. Pero su chico está de aprendiz con un viejo ganadero y parece que está teniendo que moverse mucho, más allá de las minas de hierro de Thako. Dice que está planteándose visitar el lugar.

—Pero eso está muy lejos —objetó—. Luego le costará mucho más esfuerzo llevar el género a los grandes mercados. ¿Cómo pretende acarrear el grano hasta las grandes ciudades?

—Eso mismo le pregunté yo —repitió el anciano.

—¿Y qué te dijo? —quiso saber.

—Que le daba demasiadas vueltas a todo.

—Ja, ja, ja, lo que hay que oír. —rio Shyiich con ganas—. En fin, voy a ver si aprovecho la mañana, le he dicho a Ÿiiÿa que volvería a mediodía.

—De acuerdo —respondió—. Pásate a la vuelta y le llevas unas verduras. ¿Qué tal se encuentra, por cierto?

—Bien —respondió—, todavía le quedan algunos días para dar a luz, pero todo parece ir según lo previsto.

—Me alegro —dijo Fosh—. Aunque te recomiendo que te prepares, con uno las tareas se

reparten bien, pero con dos te va a tocar trabajar de lo lindo para domar a las fieras.

—Sí, me hago cargo —dijo Shyiich con una amplia sonrisa en la boca.

El anciano sabía de sobra lo que suponía tener muchos hijos. Él había tenido seis. En cierta manera, trataba a Shyiich como si fuera su propio hijo. Era un buen kepleriano, se preocupaba por sus vecinos, a los que ayudaba con lo poco que sacaba de su huerta. Shyiich siempre le traía la leña que le hiciera falta, a él no le suponía demasiado esfuerzo, pero para Fosh era un alivio para sus maltrechas articulaciones, sobre todo en la época más húmeda del año.

Shyiich continuó su camino a través de la decena de cabañas de la pequeña aldea nómada. Saludó a otra de las vecinas, que alimentaba a sus animales domésticos en el pequeño corral de su casa y, por fin, abandonó la aldea.

Su trabajo era bastante sencillo: se encaramaba a los troncos de los árboles mediante unas cinchas de tela resistente y los dejaba limpios de ramas hasta los cuatro o cinco metros de altura. De esa manera conseguían leña para la época más fría del año y además preparaban el terreno para la construcción de nuevos edificios. Shyiich, además de leñador, también era un experto carpintero, capaz de construir preciosas y funcionales cabañas a partir de lo que la propia naturaleza les daba.

Llevaba ya un buen rato encaramado al tronco del árbol que el ganadero del pueblo le había solicitado limpiar cuando empezó a sentir sed. Bajó con cuidado y se dirigió a la carretilla, donde había dejado el pellejo con agua. Lo agarró de la base y lo inclinó por completo para calmar su sedienta garganta.

Se secó la cara con la mano e ignoró la tentación de pegarle un mordisco al chusco de pan grisáceo que su mujer había horneado hacía ya un par de días. Era demasiado pronto para un tentempié y el hambre podía regresar antes de lo previsto. Se concentró en calcular el trabajo que todavía le quedaba para acabar. No le iba a dar tiempo de terminar antes del mediodía, eso seguro. Aquel árbol era uno de los milenarios, así que tendría que volver por la tarde.

De improviso, el aire se llenó con el eco de unos feroces rugidos metálicos que desgarraron la silenciosa calma del bosque. Era como el retumbar de un trueno en la lejanía, una sinfonía de traqueteos antinaturales que parecían desafiar toda lógica conocida. Estaba seguro de que provenían del poblado.

Un grito agudo le heló la sangre, a todas luces se trataba de un alarido de angustia.

—¡Ÿiiÿa! —gritó, aterrado.

Echó a correr en dirección al poblado y, aunque no se había alejado demasiado, ese grito provocó que el trayecto de vuelta se le hiciera eterno.

Los repetitivos sonidos metálicos continuaban llegando desde las cabañas, cada vez sonaban más cerca. Cuando llegó a la altura de la casa de su vecina, la encontró tumbada en el umbral de su puerta, con el mandil empapado de la sangre que manaba de dos pequeñas marcas circulares en el pecho y el estómago. Un abundante charco rojo comenzaba a extenderse debajo de su cuerpo, pero no había rastro del arma ni de las flechas que habían causado aquello. Los sonidos continuaban en el otro extremo del pueblo.

Siguió corriendo. El viejo Fosh yacía boca abajo encima de las flores que él mismo solía cuidar con mucho mimo. Su sangre comenzaba a impregnar la tierra que con tanto esfuerzo había trabajado su amable vecino. No había ni rastro de los atacantes, y Shyiich se temía lo peor.

Aceleró la marcha, llevó su cuerpo hasta el límite de la extenuación, desesperado por llegar a

su cabaña. Algo o alguien estaba atacando el pequeño poblado nómada al que él y su familia habían decidido unirse poco después de casarse.

De pronto, los extraños sonidos dejaron de oírse.

Shyiich cruzó como una exhalación el pequeño jardín que adornaba la entrada de su casa, repleto de las flores de pétalos de color verde intenso que tanto le gustaban a Ÿiiÿa. La puerta estaba entreabierta y se abalanzó empujándola con tanto ímpetu que esta chocó contra la pared de la cabaña con un golpe sordo. Junto a la mecedora estaba el cuerpo inmóvil de Ÿiiÿa, su mujer, su único amor, la razón por la que su vida tenía sentido.

Con lágrimas en los ojos, se giró en todas direcciones buscando a su hijo, el pequeño Ziip. Contuvo un grito con las manos en la cabeza. Su hijo yacía en el suelo, en la misma esquina donde ambos solían jugar con los pequeños juguetes de madera que él mismo le tallaba. Sus ojos no pudieron contener durante más tiempo la marea de lágrimas que, como un torrente de emociones, comenzaron a deslizarse por sus mejillas para acabar cayendo en el frío piso de la cabaña.

Sus dos únicos amores, las luces que guiaban su vida, arrebatadas por alguien sin escrúpulos, capaz de asesinar a sangre fría a un niño inocente y a su madre embarazada. Se arrodilló impotente en el suelo de la cabaña, roto por el dolor y el llanto. Sin embargo, no tardó mucho tiempo en percibir una presencia extraña en el lugar, algo o alguien se interponía con la luz del exterior.

Shyiich se giró poco a poco. Lo que descubrió en la puerta le heló la sangre. Era un ser envuelto en una especie de armadura metálica de color grisáceo, con una franja anaranjada que la recorría de arriba a abajo en la parte izquierda y una inscripción en un alfabeto desconocido para él. A través de una pequeña abertura en su casco pudo ver a un ser pálido cuyos diminutos ojos lo observaban con atención. En su mano derecha sostenía algún tipo de artefacto alargado que no fue capaz de identificar, pero que supo sin lugar a dudas que era el causante de los estruendosos ruidos metálicos que había oído hacía unos momentos.

—¿Quién… quién eres tú? —balbuceó entre lágrimas.

El ser dirigió el extremo de su artefacto hacia Shyiich y le habló en un idioma que no pudo entender:

—Mi querido amigo, estás de suerte —dijo aquel ser de cruel voz—. Tú serás el único testigo de esta operación

Shyiich oyó un último estallido metálico y notó un punzante dolor en su pierna izquierda. Inclinó su cabeza hacia la zona del impacto y vio cómo se le había abierto un profundo agujero del que brotaba abundante sangre. Cuando se quiso dar cuenta, el ser se había dado la vuelta y se alejaba de la cabaña. Aun así, pudo oírle alzar la voz en la lejanía.

—¡Sargento Reynolds! ¡Ya está! ¡He encontrado al último! ¡Muévase!

Después, tan solo hubo silencio, tan solo llanto y soledad. Shyiich se había quedado solo en la cabaña. Se había quedado solo en el mundo.

1

La elegida

6 de noviembre del año 0

Poblado Gaal-El, Kepler-442b

Habían conseguido llegar sanos y salvos al templo de los Gaal-El después de atravesar la montaña y cruzar el paso nevado de Dipyaa. De no ser por la experiencia de Haagar, el intrépido y anciano ermitaño kepleriano, no lo habrían logrado. Pero la necesidad les apremiaba tanto tras haber perdido una de las mulas en aquel paso que a Emily, Rakesh, Robert y Ferrara no les quedaba otro remedio que regresar cuanto antes a la base. De lo contrario, podrían tener problemas si se quedaban sin oxígeno o suministro eléctrico en alguno de sus exotrajes.

Seguían sin comprender lo que acababa de ocurrir esa misma mañana. Encontrarse con decenas de cultistas postrados ante Emily, pensando que era una especie de diosa de otro mundo destinada a salvarlos de la esclavitud, no era algo que pasara todos los días.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Robert, preocupado por el silencio que reinaba en la parte de atrás del carromato en el que viajaban.

—Sí, tranquilo —le aseguró mientras se apoyaba en el piso de madera para evitar ladearse demasiado con los baches y la pendiente.

—Pareces distraída —insistió él.

—Estoy… sorprendida por lo ocurrido.

—¿Quieres hablar de ello?

—No lo sé —dijo ella, encogiéndose de hombros—. ¿Qué podemos arreglar?

—Quizá si nos cuentas lo que habéis hablado dentro del templo —intervino Rakesh—, podamos sacar alguna conclusión entre todos de este pequeño galimatías.

—No ha pasado nada fuera de lo normal, eso es lo más extraño de todo —les aseguró ella—. Liikmi y yo hemos entrado al templo en busca del sumo sacerdote. El lugar es una antigua cueva bastante amplia. Incluso me atrevería a decir que hay bastante más espacio detrás del propio templo.

—Sí, tiene sentido, visto el emplazamiento en el que está enclaustrado —razonó Rakesh.

—Al parecer, era una cueva en la que en la antigüedad sus antepasados se escondían de los Khol. En algún momento de la historia fue reconvertida en un templo para el culto Gaal-El.

—Los accidentes naturales siempre han sido refugio en tiempos de dificultad —les recordó Rakesh.

—El sacerdote se encontraba al fondo —Emily hizo memoria—, junto a una especie de altar. Pero antes de llegar hasta él, Liikmi llenó un ánfora de barro con agua de una pequeña pila que había a la entrada.

—¿Para qué quería el agua? —preguntó Ferrara.

—Resulta que el líder del culto estaba tirado en el suelo, con restos de lo que parecía una buena melopea. Así que le ha vaciado la jarra encima en cuanto ha llegado hasta donde se había quedado dormido.

—Parece que Haagar tenía razón cuando decía que era bastante amigo de la bebida —apuntó Ferrara.

—Sí, eso parece —dijo Emily—. Pero, aunque pueda parecer extraño, me pareció una persona bastante inteligente y cabal.

—¿Qué te contó después? —preguntó Robert.

—Eso es lo extraño —siguió ella—. Me enseñó el lugar, me habló de las dificultades del culto, de cómo habían caído en el olvido, de cómo él mismo había perdido la esperanza. Pero mientras estuvimos en el interior, en ningún momento me dio a entender que iba a ocurrir lo que más tarde pasó fuera del templo.

—Vimos a Liikmi salir de allí como alma que lleva el diablo —dijo Robert.

—Sí, Waafdiv le recriminó que debería haber avisado al resto de los cultistas. Le dijo que esa no era la manera de dar la bienvenida a sus invitados.

—Por eso luego apareció con todos los demás —apuntó Rakesh.

—Sí —confirmó Emily.

—¿Dijo algo más? —preguntó Ferrara.

—Solo que no éramos lo que esperaban.

—¿Qué no somos lo que esperaban? —se quejó Ferrara— ¡Menuda bienvenida! ¿Y qué demonios esperaban?

—Hay que tener en cuenta que llevan milenios aguardando a alguien que les libere de los Khol —sonrió Emily ante el desairado comentario de la soldado.

—El advenimiento de una deidad kepleriana —verbalizó Rakesh—. Es lógico que estuviera decepcionado en un primer momento. Puedo entender que su imaginación se echara a volar cuando recibió la visita de Khikhya y esta le habló sobre nosotros.

—Lo que no entiendo —continuó Emily—, es qué es lo que le hizo cambiar de parecer cuando salimos de nuevo al exterior.

—Lo único que se me ocurre es que de forma deliberada esté jugando un papel —apuntó Robert.

—¿Qué? ¿Cómo en una obra de teatro? —preguntó Ferrara.

—Sí —dijo él—. Si entendemos que hay un marcado componente político en todo lo que hacen los líderes tribales keplerianos, quizá quiera jugar la baza de la mesías delante de sus compañeros de culto. Al fin y al cabo, cuantos menos keplerianos conozcan la realidad, más sencillo será mantener el subterfugio.

—Podría ser —razonó Rakesh. Luego se dirigió a la joven kepleriana que los acompañaba en el interior de la carreta—. Yisht, no has dicho nada en todo el viaje. ¿Tú qué opinas?

La joven tragó saliva al ver que todas las miradas se centraban en ella.

—¿Yo? —preguntó con timidez—. La verdad… es que no sé qué pensar —dijo—. Quiero decir, el culto Gaal-El dejó hace mucho tiempo de tener la importancia que tuvo siglos atrás. Ya casi no quedan lugares de culto en las poblaciones y cada vez hay menos fieles. En mi familia,

sin ir más lejos, nunca fuimos creyentes. Y creo que es algo generalizado. Aun así, todos estudiamos el culto Gaal-El en el colegio, aunque más desde un punto de vista histórico y político que religioso.

—¿Y qué opinas sobre lo que ha ocurrido esta mañana? —preguntó Rakesh.

—No sé qué decir —reconoció ella—, pero sean cuales sean los motivos que han llevado a los cultistas a hacer lo que han hecho, aun sin ser creyente, he experimentado una sensación de euforia y de esperanza que me cuesta describir. —Yisht miró a Emily con atención y añadió—: No sé si de verdad eres la enviada que anticiparon las sagradas escrituras, pero si el resto de los keplerianos experimentan esa sensación con la mitad de la intensidad con la que la he sentido yo, puedo anticiparos que mi pueblo volverá a tener esperanzas, volverá a creer que puede ser libre por fin.

Emily fue incapaz de aguantar mucho tiempo la mirada esperanzada de la joven kepleriana. Era demasiada responsabilidad, demasiada presión que se sumaba a los problemas que de por sí ya tenía la humanidad. Si no era suficiente con encontrar un nuevo hogar y descubrir qué había ocurrido con la Galileo, ahora además iban a tener que lidiar con las infundadas expectativas del culto de los Gaal-El. No pudo reprimir un profundo suspiro de agobio mientras colocaba la cabeza sobre sus rodillas.

Robert, que estaba sentado a su lado, posó su mano en el hombro de Emily. A pesar de estar dentro del exotraje, pudo sentir que al menos no se encontraba sola en esta aventura de locos. Todos guardaron silencio, meditando las palabras de esperanza que Yisht acababa de compartir con ellos. Había que medir con mucho cuidado las implicaciones de lo que acababa de ocurrir, fuera o no un movimiento deliberado por parte de Waafdiv.

—¿Cuánto tiempo queda hasta Wiikhaadiiz ofiz? —preguntó Ferrara, rompiendo el largo e incómodo silencio que reinaba en el carruaje de madera.

—Llegaremos de madrugada —respondió Rakesh.

—Empiezo a estar cansada de este incómodo carromato —se quejó la soldado.

Emily había acordado con Waafdiv que, debido al accidente de la mula y su particular situación, necesitaban un transporte que les permitiera llegar hasta algún punto cercano a la base y cruzar los controles militares que los Khaavahki tenían a lo largo de los caminos que separaban las poblaciones keplerianas.

El líder de los Gaal-El, muy complaciente, les había proporcionado el carromato cubierto de tela en el que se encontraban en esos momentos y había ordenado a un par de cultistas que los llevaran a la población de los Wiikhaadiiz ofiz. El camino iba a ser largo y algo tortuoso debido a lo complicado del terreno, pero les permitiría llegar a la base antes de que los exotrajes de los compañeros de Emily se quedaran sin oxígeno.

—¿En qué consiste esa ceremonia que ha comentado Waafdiv? —preguntó Ferrara.

—Parece que tienen antiguas formas de gobierno que permiten a cualquier ciudadano convertirse en el líder único de los pueblos keplerianos —explicó Emily.

—Se trata del mando único —explicó Yisht—. Pero hace siglos que nadie lo ha reclamado.

—Pero ¿por qué tienes que superar esa prueba? —preguntó Ferrara.

—Se trata de una ordalía —explicó Emily—. Parece ser que para poder reclamar el mando único, primero he de superar una prueba que me convierta de manera oficial en ciudadana

kepleriana.

—Todos los keplerianos, para pasar a la edad adulta, tenemos que superar una prueba —explicó Yisht—. La naturaleza de la misma dependerá de la población en la que se lleve a cabo.

—En el caso de los Gaal-El —continuó Emily—, se trata de una especie de búsqueda.

—Así es —dijo Yisht—, los Gaal-El envían a los adolescentes en busca de una piedra que simboliza la sabiduría y el compromiso con el servicio a la sociedad. Tengo entendido, además, que es costumbre entre ellos regalar dicha piedra a sus mentores, como señal de respeto por el conocimiento adquirido.

—¿Qué tuviste que hacer tú para ser aceptada entre los Wiikhaadiiz ofiz? —quiso saber Ferrara.

—Mi pueblo tiene la responsabilidad de cuidar a los heridos, entre otras muchas cosas —dijo ella—, así que en mi caso tuve que colaborar en uno de los hospitales del poblado durante un tiempo.

—Entiendo —respondió la militar—. Y a ti, Emily, ¿te mandan a por una simple piedra?

—¡Oh! Pero se trata de algo muy peligroso —exclamó Yisht—. No todos los novicios sobreviven a la búsqueda.

—¿Peligroso? —preguntó Robert con el ceño fruncido.

—Sí, las piedras de las que hablamos son especiales, solo se pueden encontrar en el fondo de un lago de aguas heladas, en el interior de una montaña… Además, no está permitido que nadie ayude a los aspirantes de ninguna manera.

—¿Sabías todo eso, Emily? —preguntó Robert, alarmado.

—No —confesó—. Supongo que a Waafdiv se le olvidaría comentar esos pequeños detalles.

—¿Y cuándo tienes que superar esa prueba? —se interesó Rakesh.

—Waafdiv ha dicho que cuanto antes —respondió ella—, así que me prepararé en cuanto lleguemos a la base.

De repente, una garra kepleriana descorrió con cuidado la tela que separaba el interior del carruaje de los dos cultistas que lo manejaban.

—Nos acercamos a un puesto de control —susurró lo bastante alto para que todos en el interior se enteraran—. Será mejor que permanezcáis en silencio. Dejadnos hacer a nosotros.

Robert y la soldado Ferrara colocaron la rodilla en el piso del carruaje y apuntaron con el fusil a la abertura de la parte trasera, todavía tapada con la lona que cubría la totalidad del transporte. El carruaje se detuvo.

—¡Hola! —oyeron a alguien saludar en kepleriano a unos metros de distancia—. ¿Qué tal lo lleváis, chicos?

—Buenos días, sargento —respondió uno de los cultistas.

—¿A dónde vais? —dijo la voz—. Hoy no es martes, no os toca reparto.

—Es un encargo extraordinario de Khikhya, la líder de los Wiikhaadiiz ofiz —dijo el cultista —. Ya sabes, de cuando estuvo aquí hace unos días. Le pidió a nuestro líder un cargamento especial de dulces.

—¿Un cargamento especial? —preguntó con incredulidad otra voz diferente.

—Sí, mi teniente —dijo el cultista—. Al parecer, la líder de los Wiikhaadiiz ofiz ha sugerido un pequeño cambio en la receta de los dulces.

Los pasajeros ocultos compartían espacio con unas cuantas decenas de cajas de dulces típicos que los propios Gaal-El horneaban en las cocinas del monasterio. Debían de ser bastante famosos entre los keplerianos, y era una de las formas que todavía tenían los Gaal-El para financiar sus trabajos y obras de conservación en el templo. Para ello utilizaban un sirope extraído del mismo árbol con el que los cultistas preparaban la bebida alcohólica a la que era tan aficionado su sumo sacerdote. De hecho, también era habitual que las familias nobles de las distintas poblaciones solicitaran algunas ánforas del brebaje de los Gaal-El.

—Eso es un tanto irregular, Zofi —dijo el que parecía de mayor rango—. Nadie nos ha informado de ningún nuevo cargamento.

—Vaya, lo lamento, mi teniente —respondió el cultista—. Pero tenemos todo en regla, déjeme mostrárselo.

El cultista metió el brazo en la parte trasera del carruaje sin apenas separar la tela y cogió cuatro cajas con un pequeño legajo de papel encima.

—Aquí está el permiso —dijo—. Y creo que puedo volver a decir que se nos han extraviado unas pocas cajas por el camino. El sendero es bastante irregular en algunos tramos y a veces algunas cajas se echan a perder.

Siguió un silencio que en la parte trasera del carruaje se hizo eterno. Era obvio que ninguno de aquellos soldados keplerianos sería rival para los fusiles semiautomáticos de Robert y Ferrara, pero querían evitar a toda costa cualquier tipo de confrontación que revelara las actividades clandestinas de los Gaal-El.

—Vaya, ¡pruebe esto, mi teniente! —exclamó la primera voz—. Están mucho más buenas que las normales.

Tras otra larga pausa, el teniente kepleriano corroboró la opinión de su sargento.

—Es cierto —dijo—, están muy buenas, ¿es un toque de jengibre lo que noto?

—No conozco los ingredientes que llevan —reconoció el cultista—. ¿Y tú, Ghurvik? —preguntó a su compañero.

—Ni idea. Lo más cerca que he estado de un horno es para calentarme los huevos en invierno.

Los cuatro keplerianos rieron a carcajadas con el soez comentario del cultista.

—Muy bien, podéis seguir —accedió el teniente.

—Gracias, señores —se despidió Zofi mientras agitaba las riendas de los *fhores* para continuar con la marcha.

La lona de separación no volvió a abrirse hasta que hubieron recorrido un buen trecho. Ghurvik se asomó al interior del carruaje.

—Ya ha pasado el peligro —anunció.

—¿Son habituales los sobornos entre los militares de Khaavahki? —preguntó Robert.

—Sí, lo son —confirmó el cultista—. De hecho, siempre llevamos más cargamento del habitual para pagar las mordidas y evitar problemas con ellos.

No hubo más interrupciones ni se cruzaron con ningún otro operativo militar durante el resto

del trayecto. Llegaron sin problemas al claro, donde se despidieron de Yisht. Acordaron mantener el contacto y Khikhya sería informada de todo lo que había ocurrido.

El abrazo que Robert y Emily se dieron cuando llegaron a la base, tras tantos días sin poder hacerlo, habría sido más largo y placentero de no ser porque, tras cuatro días encerrados en el traje, la higiene corporal de ambos dejaba mucho que desear.

—Necesitamos una ducha —sonrió Emily, sorprendida de su propio olor.

—Creo que a todos nos vendrá bien un tratamiento higiénico severo —añadió Ferrara con cara de circunstancias.

—Y comer algo sólido, para variar —dijo Rakesh.

—Creo que me voy a pegar un atracón en cuanto me duche —anunció la soldado.

—Y tú y yo, ya hablaremos después —le susurró Emily a Robert con una sonrisa pícara.

Emily no recordaba haber tenido nunca tantas ganas de darse una ducha y comer algo sólido. No poder ni siquiera cepillarse los dientes la hacía sentirse sucia e incómoda, pero no tenía duda de que recordaría aquellos días durante mucho tiempo. Le resultaba sorprendente que su cuerpo no hubiera necesitado evacuar; los químicos que se habían añadido a la papilla de avena antes de partir habían funcionado a la perfección.

Se cepilló los dientes mientras esperaba a que se calentara el agua de la ducha. No pudo evitar un intenso gemido de placer cuando el preciado líquido comenzó a deslizarse por su piel.

«Nunca pensé que algo tan sencillo como una ducha pudiera ser tan placentero», pensó.

Un buen rato después, tras concluir toda la parafernalia habitual de una mañana normal, a pesar de que era de madrugada, se reunieron en el comedor para comer algo que no tuviera forma de papilla. El cansancio comenzó a ser más que evidente.

Emily fue la última en llegar. Tenía unas ganas inmensas de abrazar y besar a Robert en condiciones, pero se limitó a darle un beso en la mejilla cuando pasó junto a él para no incomodar a nadie.

Se dirigió hasta la impresora alimenticia y revisó la lista de posibilidades. Descartó comer algo dulce, ya que iban a acostarse pronto y no quería llenarse de hidratos y azúcares. Se decantó por unas hamburguesas de pescado, que no era ni de lejos uno de sus platos favoritos, pero esa noche le apetecía comer algo con sabor a mar.

—No hacía falta que me esperarais —les dijo cuando vio que sus tres compañeros no habían probado todavía bocado—. Si tenéis la mitad de hambre que yo, estaréis caninos.

—No nos cuesta nada —respondió Robert—. Se agradece tener por fin una comida como es debido.

—Ya lo creo —añadió Rakesh—. Si volvía a ver otra vez a Haagar y Yisht comer todo aquello, habría sido capaz de quitarme el traje y empezar a engullir su comida.

—Yo estuve a punto de hacerlo en el desayuno, justo antes de subir al monasterio —confesó la soldado Ferrara.

No hablaron mucho más, cada uno se concentró en el plato que tenía delante: un bistec para Robert y la soldado Ferrara y unos filetes de pollo para Rakesh.

Luego entraron en la habitación común procurando hacer el menor ruido posible, ya que el resto de la base descansaba todavía. Emily se coló en silencio en la cama de Robert. Notó cómo

el calor de su cuerpo contrastaba con el frio que sentía en las extremidades. Se acurrucaron en la estrecha cama.

—Esto es maravilloso —susurró Robert.

Pero el cuerpo de Emily había dicho basta en cuanto sintió el calor de Robert, y su respiración, ya rítmica y profunda, denotaba que se había quedado dormida.

Se despertó sola en la habitación, todos sus compañeros estaban ya ocupados en sus tareas, incluido Robert, que se había levantado sin que ella se diera cuenta. Tampoco era de extrañar, dado el cansancio y el sueño bastante profundo que acostumbraba a tener.

Se desperezó en la cama y luego se duchó con agua un poco más fría de lo normal para intentar que su entumecido cuerpo se recuperaba de todo el cansancio acumulado. Al salir del vestuario se cruzó con Evelyn, que organizaba la enfermería.

—¡Emily! —la abrazó—. Qué alegría veros a los cuatro sanos y salvos. Se os ve muy cansados —añadió la enfermera—, se nota que ha sido un viaje largo y duro.

—Así es, y los trajes son muy útiles, pero tienen poco de cómodos.

—Lo sé —respondió—. Pero bueno, ve a desayunar, que tienes visita.

—¿Visita? —se extrañó Emily.

—Si, el subdirector y el comandante Bauer están aquí.

—¿¡Qué!? —exclamó—. ¡Y yo remoloneando en la cama como una adolescente!

Emily se despidió rápidamente de Evelyn y corrió hacia las salas de reuniones de la base. Allí, tal y como Evelyn le había adelantado, esperaban el comandante y el subdirector, que ya conversaban con Robert, Rakesh y la soldado Ferrara.

—Perdonad —se disculpó apurada mientras tomaba asiento—. No sabía que estabais aquí, y creo que he dormido demasiado.

—Buenos días —la saludó el subdirector—. No te preocupes, es comprensible; ha sido un viaje largo y lleno de emociones. Me alegro de que estéis bien, tus compañeros me estaban poniendo al día con algunos detalles del viaje.

—Sí, ya me imagino.

—Pero bueno, ahora que ya estás aquí haremos un pequeño repaso a lo que pasó allí arriba —le dijo.

—Por supuesto —asintió Emily.

—Quizá lo más importante sea determinar cuáles serán los próximos pasos —continuó el subdirector.

—Claro —dijo Emily—. Waafdiv, el líder del culto, nos ha dicho que, en vista de lo ocurrido, organizará un cónclave con el resto de los líderes keplerianos.

—¿Un cónclave? —preguntó el subdirector—. ¿Qué clase de cónclave?

—No lo tenemos muy claro —reconoció Emily—, pero sabemos que es una especie de reunión entre las diferentes facciones que no se celebra desde hace siglos, si no milenios. Parece ser una costumbre ancestral que puede ser solicitada por cualquiera de los líderes de las cuatro

principales poblaciones.

—¿Y qué se tratará en ese cónclave?

—Bueno —dijo Emily nerviosa—, en teoría… hablarán sobre mi… nueva condición.

—Entiendo, los Gaal-El quieren presentarte a la sociedad como su elegida, ¿no?

—Sí, supongo que algo así.

El subdirector reflexionó con cara de circunstancias. Era obvio que la situación en la que se encontraban era de lo más extraña, pero a pesar del componente esotérico e incluso fantástico de la profecía que aventuraba el advenimiento de los dioses keplerianos, quizá fuera una baza a favor del proyecto. Tener a los keplerianos de aliados era algo a tener en cuenta, dadas las amenazas que se cernían sobre aquel planeta.

—Seré directo —empezó serio el subdirector—. ¿Qué opináis de esta más que obvia superchería?

Un silencio un tanto incómodo se hizo en la sala.

—Es evidente que se trata de una antigua leyenda religiosa —intervino por fin Rakesh—. Casi con toda seguridad, en algún momento de la historia kepleriana los Khol comenzaron a esclavizar a los mucho menos avanzados keplerianos. La creación de mitos y deidades superiores que ayudarían a los oprimidos a vencer a los opresores obedece a una necesidad bastante lógica. Las religiones humanas lo han hecho en mayor o menor medida a lo largo de nuestra propia historia. Imagínense qué hubiera ocurrido si el ser humano se hubiera cruzado con una civilización alienígena superior durante la Edad de Bronce. Estoy convencido de que los mitos y las leyendas que conocemos habrían estado orientadas a su liberación.

—Lo que dice tiene todo el sentido del mundo, doctor Kumar —aceptó Green.

—Sin embargo —continuó el teólogo—, no podemos desdeñar, aunque se trate de un mito falso, que el poder que puede tener sobre la civilización kepleriana es enorme. Y eso, lamento decirlo Emily, es un arma de doble filo. Si se gestiona bien, podríamos unir a los keplerianos en un único pueblo contra los Khol. Pero si sale mal, puede llevar a la extinción de ambas especies frente a un enemigo que, a todas luces, es muy superior.

Emily agachó la cabeza, consciente de la importancia del nuevo e incómodo papel que le estaba tocando representar.

—Por desgracia, el doctor Kumar tiene razón —afirmó el comandante—. Debemos ser muy cautos con los siguientes pasos a dar. Uno en falso podría ser fatal para todos.

—Hay algo que todavía no tengo claro —siguió el subdirector—. ¿Qué los ha llevado a pensar que tú eres la elegida que ha venido a salvarles?

—Lo cierto es que no lo sé —admitió Emily—. Sé que los Gaal-El tienen algún tipo de biblioteca o registro histórico muy antiguo, pero no sabemos nada de lo que sus escrituras sagradas dicen sobre esas supuestas deidades. Tan solo sé que esperaban a keplerianos con alguna especie de tecnología superior.

—Sin embargo, se refirieron a ti como «La mujer de metal» —recordó el subdirector—. ¿Qué demonios significa eso?

—No lo sé —repitió Emily—. Quizá, de alguna manera, el hecho de que vistamos los exotrajes los haya llevado a pensar que cumplimos alguna de las características de los supuestos salvadores.

—Y además, tú misma dijiste —añadió Ferrara— que el propio líder actuó de forma diferente cuando estabais los dos solos dentro del templo.

—Sí, así es.

—¿Qué significa eso? —preguntó el subdirector.

—Cuando me enseñó el interior del templo pareció sincerarse conmigo —explicó Emily—. Me dijo que no era lo que esperaban pero que, aun así, eso podría ayudarles a unir a todos los clanes. Lo cierto es que parecía sincero y bastante esperanzado.

—¿Y qué ocurrió después para acabar adorándote como su mesías?

—No lo sabemos —se encogió de hombros—. Vio algo en nosotros, no sé el qué, pero su cara se agitó de repente, y entonces fue cuando se dirigió a nosotros y nos llamó dioses de cobre.

—¿Así, de repente? —preguntó el comandante Bauer.

—Sí, y he de decir que su reacción me pareció bastante sincera —dijo Emily—. O es el mejor actor kepleriano de todos los tiempos, o de verdad cambió de opinión y resulta que sí que somos lo que esperaban.

—¿De dónde viene lo de los dioses de cobre? —siguió el subdirector—. Los trajes son de una aleación de última generación y ni siquiera tienen color cobrizo.

—No sabemos de dónde viene —reconoció Emily—. Suponemos que tendrá relación con sus creencias.

—Mi teoría es que sus escrituras más antiguas se remontan a una época remota en la que los keplerianos trabajaban el bronce —propuso Rakesh—. Pero sin poder acceder a sus escritos, será muy complicado elaborar una teoría más elaborada.

—Aun así, parece evidente la relación entre nuestros exotrajes y sus deidades —dijo el subdirector—. ¿Podría ser que esperaran a una tercera civilización alienígena que ya hubiera visitado el planeta en la antigüedad?

—Es una de las posibilidades —admitió Rakesh—. Puede que este planeta haya sido frecuentado por otras civilizaciones avanzadas.

—Entiendo. —El subdirector sonrió brevemente—. Me queda claro que no tenemos nada claro. Entonces, ¿qué se ha acordado con ellos?

—Los Gaal-El van a convocar el cónclave sagrado —resumió Emily—. Recibiremos un mensaje con instrucciones para asistir.

—¿Quiénes podrán asistir? —preguntó el subdirector.

—Por desgracia, solo los líderes de cada facción —dijo Emily—, y yo. Pero para poder hacerlo tengo que superar una prueba.

—¿Una prueba? —preguntó David—. ¿Qué clase de prueba?

—Parece ser la prueba de iniciación que los propios keplerianos tienen que superar para llegar a la vida adulta. En este caso, recuperar un tipo de piedra especial que solo se encuentra en el interior de la montaña.

—Eso supone un gran riesgo —dijo él.

—Sí, lo sé —respondió Emily—. Pero estoy dispuesta a correrlo si con eso podemos ayudar a los keplerianos y al objetivo principal del proyecto, por supuesto.

—¿Cuándo tendrás que realizar esa prueba de iniciación?

—Mañana. Y debo hacerlo sola.

—No es algo que me entusiasme, pero confío en tu buen juicio —concedió el subdirector—. Tenemos que pensar en la estrategia a seguir, no podemos actuar a la ligera. Esperaremos las noticias de los Gaal-El mientras continuamos con los trabajos de colonización del planeta —añadió—. Quiero que sepáis que he dado las órdenes pertinentes para que comencemos a ampliar esta base con nuevas instalaciones y personal. Además, vamos a iniciar también las acciones necesarias para que se instale otra nueva base en un lugar bastante lejano.

—¿Cómo de lejano? —preguntó Ferrara.

—Se trata de la segunda localización, en el otro continente, la que se encontraba cerca del mar —anunció el subdirector.

—Allí tuvimos el percance con la tormenta —les recordó Emily, preocupada.

—Sí, pero hemos podido constatar que las tormentas son, por norma general, más eléctricas que en la Tierra, así que lo que debemos hacer es adecuarnos a este tipo de eventualidades meteorológicas, sean tormentas, nieblas densas u otro tipo de fenómenos todavía desconocidos.

—¿Quién dirigirá esa expedición? —preguntó Robert.

—No hemos decidido los nombres —admitió el comandante.

—Pero no os preocupéis —tranquilizó el subdirector—. Serán personas de confianza.

2

Investigaciones

6 de noviembre del año 0

Base Magallanes, Kepler-442b

El subdirector y el comandante regresaron a la estación espacial después de concluir la pequeña reunión. Emily pudo entonces disfrutar de una distendida comida con el resto del equipo.

—Bueno, ¿y cómo es el poblado de los Gaal-El? —preguntó Paula.

—La verdad es que es digno de ver —dijo Ferrara—. El camino recuerda bastante a esos monasterios budistas perdidos en medio de las montañas.

—Sí, y el templo es muy parecido al asentamiento de Petra, en Jordania —añadió Rakesh.

—Es un sitio especial, desde luego —reconoció Emily—, aunque creo que el tiempo ha hecho mella en las tallas y la piedra del lugar. Es una pena, pero hace unos cientos de años debió de ser un lugar todavía más impresionante.

—¿Qué puede haber de cierto en sus creencias? —preguntó Chad con curiosidad—. ¿Creen de verdad en que eres la elegida?

Emily sintió un pequeño escalofrío al oír cómo Chad utilizaba esa palabra.

—No lo sé —respondió ella—. Es difícil valorar cómo de fervientes son los cultistas, pero creo que tienen grandes esperanzas puestas en nosotros, y me da miedo que piensen que podemos hacer algo para lo que en realidad no tenemos capacidad.

—¿Vencer a los Khol? —preguntó el biólogo.

—Sí, sobre todo eso.

—Si es cierto que este planeta les pertenece, me temo que no nos quedará más remedio que enfrentarnos a ellos —dijo Taro.

—Y, ¿cuál es el plan ahora? —preguntó Kostas.

—Mañana partiré para realizar una especie de ritual de iniciación que me convertirá en una ciudadana kepleriana de pleno derecho.

—¿Un ritual? —preguntó Chad—. ¿Cómo en esos en los que se sacrifican cabras?

—No —sonrió Emily—, no tengo muchos detalles, aparte de que parece algo peligroso y que todos los keplerianos hacen algo similar cuando llegan a la edad adulta.

—Además, tiene que ir sola —añadió Rakesh.

—Vaya. —Chad cambió el gesto— Eso no parece divertido.

—¿Por qué te obligan a cumplir con ese ritual? —quiso saber Paula.

—Más tarde se me convocará a un cónclave con el resto de los líderes keplerianos —explicó Emily—. Y para poder asistir a él necesito ser ciudadana kepleriana. Supongo que de ese

cónclave saldrá más información y se decidirán los siguientes pasos a dar.

—Tendremos que esperar acontecimientos, supongo —dijo Gorka—. Sea como sea, estamos contigo a muerte, Emily.

—Eso es —añadió Paula—. Estamos todos juntos en esto. Te acompañaremos y haremos todo lo que nos digas.

—¡Bien dicho! —exclamó Taro.

—Gracias a todos, significa mucho para mí.

Tras acabar su bistec, Emily decidió pasar un rato con Chad y Taro para que la pusieran al día. Llevaban mucho tiempo trabajando y no conocía los últimos avances de sus investigaciones. Así pues, los tres se dirigieron al laboratorio.

—¿Qué tal con los *fhores*, Chad? —preguntó Emily. Había llevado a la base dos animales de tiro cuando la rescataron, junto con Shildii, del cautiverio.

—¡Ja! —exclamó Taro—. ¿Que qué tal? Pasa más tiempo con ellos que en el laboratorio. Son sus nuevas mascotas.

—A pesar de la evidente exageración de mi estimado compañero —dijo Chad con una solemnidad forzada—, lo cierto es que sí que les he cogido cierto cariño y creo que ellos también me aprecian. Son unas criaturas de lo más nobles. A saber cómo los trataban sus anteriores dueños, forzándolos a hacer trabajos físicos a todas horas.

—En realidad, diría que los está malcriando, los alimenta a todas horas. Han engordado bastante desde que están aquí.

—¿Qué culpa tengo yo si Pegaso y Rocinante no estaban bien alimentados? —protestó Chad con los brazos en jarra.

—¿Pegaso? ¿Rocinante? —preguntó Emily.

—Sí, les ha puesto nombres de caballos famosos —se burló Taro.

—¡Por supuesto! —exclamó, haciendo caso omiso de las burlas—. Pegaso por el mítico animal de la mitología griega y Rocinante en honor del caballo de Don Quijote de la Mancha. Y a pesar de tus constantes burlas, ellos están encantados con sus nombres y se acercan cuando les llamo.

—Se acercan porque les das de comer —corrigió Taro.

—Me alegro de que disfrutéis tanto de los animales, aunque os recuerdo que puede que pertenezcan a alguien, así que os recomiendo que no os encariñéis demasiado con ellos, por si acaso.

—Creo que ya es tarde para eso —rio Taro.

—Pero contadme —pidió Emily—, ¿qué habéis averiguado durante estos días?

—No hemos hecho grandes avances —admitió Taro—, pero hemos vuelto a constatar que las moléculas tienen un efecto interesante, aunque nunca letal, en todas las bacterias y organismos a los que las hemos expuesto.

—Eso no es algo que se vea en la naturaleza de manera habitual, ¿verdad? —preguntó.

—No, no lo es —admitió Chad—. Lo cierto es que son fascinantes. Aún no sabemos cómo o cuándo han sido creadas, pero tenemos un par de peticiones que hacer al proyecto.

—¿Qué peticiones?

—En primer lugar, nos gustaría solicitar permiso para exponer a organismos terrestres complejos a las moléculas —empezó Chad.

—¿Organismos complejos? —preguntó ella, extrañada.

—Chad se está refiriendo a animales pequeños —matizó Taro—, del tamaño de insectos, gusanos, anfibios o roedores.

—Vaya, ¿no creéis que las moléculas les afectarán? —preguntó ella.

—No exactamente —dijo Chad—. Sí creemos que les afectarán, pero lo harán de una manera positiva, algo similar a lo que les ha pasado a los hongos y bacterias que hemos expuesto a las moléculas.

—O parecido a lo que Kostas está haciendo con las plantaciones del exterior —añadió Taro.

—¿Seguro que no les pasará nada malo? —insistió Emily.

—Creemos que no —aventuró Chad—, y sería uno de los primeros pasos para ver cuál es el efecto de las moléculas en los humanos.

—Nosotros ya estuvimos expuestos a ellas hace unas cuantas semanas —apuntó Emily.

—Sí, pero de forma muy limitada, y lo cierto es que no hemos notado ningún tipo de problema, al menos no a corto plazo. Por desgracia, parece que el planeta está lleno de esos obeliscos que esparcen las moléculas y, aunque consiguiéramos destruirlos todos, muchas de ellas ya estarían diseminadas por el planeta. Sería muy complicado eliminarlas por completo para evitar exponernos.

—¡Los obeliscos! —recordó de repente Emily—. Se me había olvidado. ¿Sabéis que vimos uno en nuestro viaje?

—Sí, todos lo vimos —le recordó Taro—. Eso significa que pueden estar en casi cualquier lugar.

—De hecho —siguió Emily—, le pedí a Ada que intentara buscar más por todo el planeta.

—Así es —dijo la IA—. Y ya tengo los resultados. Hay miles de ellos —siguió sin paños calientes—. Y están distribuidos con precisión casi milimétrica por los tres continentes del planeta.

Ada les mostró unas imágenes con la ubicación de los obeliscos, que trazaban de forma clara un patrón de líneas y cuadrados en tierra firme.

—Vaya, sí que es cierto que hay miles —exclamó Taro.

—Ochenta y cuatro mil doscientos setenta y ocho, para ser exactos —concretó Ada.

—¿Qué distancia hay entre cada uno de ellos? —preguntó Chad.

—Depende de la latitud —explicó la IA—. En latitudes más cercanas a los polos, la distancia es menor, pero van entre los sesenta kilómetros de las latitudes en las que os encontráis, hasta los poco menos de cuarenta a medida que nos acercamos a los polos. Forman una casi perfecta red de obeliscos.

—Vaya, es impresionante —reconoció Emily—. Fueran quienes fueran sus creadores, eran muy precisos.

—Sí, y a pesar de que la red no está distribuida y alineada a la perfección —añadió Ada—,

me atrevería a decir que es necesario tener herramientas de gran precisión para conseguirlo. No se me ha escapado el hecho de que los obeliscos más desviados con respecto a otros están cerca de las placas tectónicas del planeta. Lo que quiere decir que, si bien en la actualidad su colocación no es del todo exacta, lo fue hace miles de años.

—¿Podrías datar su antigüedad? —pidió Emily.

—Imposible, necesitaría estudiar con detenimiento la actividad geológica planetaria y los movimientos tectónicos. Pero no creo que tengan menos de cien mil años keplerianos.

—¿Crees que fueron los Khol quienes los construyeron? —preguntó Taro.

—No lo sé —reconoció Emily—, y dudo que los propios keplerianos sepan quiénes los levantaron en realidad. Lo único que sé es que son sagrados para los Gaal-El.

—¡Vaya! —exclamó Chad—. Entonces no creo que consigamos la otra de las peticiones que pensábamos hacerte.

—¿A qué te refieres?

—Queremos desmantelar un obelisco —dijo Chad.

—¿Desmantelarlo? —preguntó ella—. ¿En plan derribarlo para estudiar cómo funciona?

—Eso es —afirmó Taro—. Creemos que los obeliscos son solo la punta del iceberg. Si han estado funcionando durante miles de años, deben de tener tecnología alienígena en su interior, o quizá bajo tierra.

—No sé si seríamos capaces de comprender cómo funcionan —añadió Chad—, pero puede que nos ayude a entender cómo se elaboran las moléculas. Sería fascinante comprobar el proceso de creación de algo tan avanzado. Las aplicaciones de una tecnología así serían ilimitadas, sin duda nos llevarían a una nueva revolución tecnológica. Incluso podría ayudarnos a construir algo que nos permita terraformar el planeta.

—Sí, lo entiendo, pero me temo que no será tan sencillo —dijo Emily—. Al menos, teniendo en cuenta que los obeliscos son sagrados para los keplerianos. Aunque en realidad no sabemos qué es lo que veneran de ellos.

—Bueno, teníamos que intentarlo. —Chad se encogió de hombros.

—La idea es muy interesante —admitió Emily—, pero me temo que ahora mismo no es tan sencillo como acercarnos a una de esas estructuras y tirarla al suelo.

—Por cierto, Ada, ¿dónde está el obelisco más cercano a esta base? —preguntó Taro.

—Es una pregunta interesante —respondió Ada—. El obelisco que se ha encontrado en el viaje es el más cercano en línea recta, seguido de otro que hay a tres kilómetros de la cueva de los Yokai.

—¿Qué tiene de interesante eso? —preguntó Emily sin entender.

—Que, en realidad, debería haber un obelisco justo al otro lado del río —explicó Ada—. Por algún extraño motivo, falta un monolito.

—¿Cómo que falta uno? —exclamó Chad.

Ada amplió las imágenes y señaló con un aspa roja el lugar del planeta donde debería de haber un obelisco.

—Si os fijáis, hay un hueco en medio de esta perfecta distribución.

—Creo que conozco la respuesta, pero ¿dónde está el punto que has marcado? —preguntó Emily.

—Me temo que tus sospechas son correctas —dijo Ada—. Está a medio camino entre los poblados de los Wiikhaadiiz ofiz y donde creemos que se sitúan los Khapabir.

—¿Los Khapabir? —se interesó Chad—. No estoy muy al día de la geografía kepleriana, ¿quiénes son?

—Es la más grande de las poblaciones keplerianas —explicó Emily—. Yisht, la ayudante de Khikhya, nació y creció allí. Es un pueblo gobernado por tecnólogos. Creo que algún día tendremos que visitarlo. Yisht dice que ya dominan algún tipo de energía para mover carruajes.

—Entiendo, pero ¿por qué iban ellos mismos a destruirlo si son sagrados? —preguntó Chad.

—Es una buena pregunta —reconoció Emily.

—Tal vez se cayó solo —apuntó Taro.

—No lo creo. Si hubiera sucedido eso, supongo que Ada habría encontrado más huecos en toda la red, y solo ha encontrado ese, ¿verdad, Ada?

—Correcto, solo he encontrado ese hueco.

—No puede ser casualidad —razonó Emily—. Alguien, kepleriano, Khol o de otra especie, ha destruido el obelisco que debería de haber allí.

—Este planeta no para de arrojarnos incógnitas —dijo Chad.

—Así es —concedió Emily—. Pero poco a poco iremos resolviendo todos esos misterios, por la cuenta que nos trae. ¿Tenéis alguna cosa más que comentarme?

—Por ahora no —dijo Chad—, pero nos gustaría disponer de algún animal o embrión para estudiar los efectos de las moléculas en seres vivos, eso sería lo más importante en estos momentos.

—Bien, veré lo que puedo hacer —dijo Emily—. En el silo de la estación tenemos nuestra particular arca de Noé. Supongo que podremos contar con algunos ejemplares.

—Sería genial —dijo Chad.

—Os diré algo —se despidió Emily.

Hablar de los obeliscos, además de aportarle algo que investigar cuando visitaran los otros poblados keplerianos, le había recordado algo que tenía pendiente de comprobar y que le había resultado curioso durante el viaje. Quizá no fuera nada, pero prefería asegurarse. Se dirigió al almacén que estaba justo enfrente de la puerta a los laboratorios. Allí encontró lo que estaba buscando, inmóvil, en una de las esquinas del almacén. Emily recogió un terminal de una mesa aledaña y un taburete y se sentó al lado de la mula superviviente del desastre de la Copérnico. La encendió y esta emitió el característico zumbido eléctrico que indicaba que estaba operativa y a la espera de órdenes.

Emily manipuló el terminal que acababa de coger y puso a la mula en modo de mantenimiento. Quería revisar por qué esa mula tuvo un comportamiento diferente al de la que acabó despeñándose en el paso nevado por el que llegaron al poblado Gaal-El. No disponía de la mula accidentada para contrastar el estado de ambas, pero quizá encontrara alguna explicación con la que quedaba.

Primero revisó sus datos de fabricación, fecha, lugar de ensamblaje y nombre de la empresa

adjudicataria del contrato de Defensa.

«American Dynamics», leyó.

—Ada, ¿la empresa American Dynamics ha sido la encargada de fabricar todos los dispositivos autónomos de la expedición? —preguntó.

—Sí —respondió—. El pliego del departamento de Defensa de los Nuevos Estados Unidos englobaba toda la maquinaria autónoma para las dos expediciones oficiales. Esa mula que estás manipulando se construyó en el segundo lote.

—¿Y qué hay de las mulas de la Asimov? —preguntó—. ¿De dónde salieron?

—No hubo ningún tipo de contrato público para proveer de material a la Asimov.

—Si la nave estaba ya planificada y en construcción antes del atentado, supongo que los concursos incluirían material extra para proveer de material a la tercera de las arcas —pensó Emily en alto.

—Es muy probable —confirmó Ada—. La Galileo llevó menos material del que se suponía que se había construido.

—Imagino que solo dos tercios de lo previsto, que junto con el tercio sobrante de lo que iba a llevar la Copérnico proveerían de material al arca que se ocultó a la opinión pública.

—Sí, tus estimaciones coinciden a grandes rasgos.

—Supongo que tiene sentido. Y al ser el departamento de defensa el encargado de gestionarlo todo y con lo herméticos que fueron los dos proyectos, pasaría desapercibido el hecho de que se construyera más material del necesario para dos arcas.

Emily continuó leyendo las características de la mula: modelo, número de serie y versión de su software. Emily se detuvo en esa parte.

Versión 4.0.0.

—Ada, ¿qué versión del firmware es la última disponible para instalar en las mulas? —preguntó.

—La 3.14.2 —dijo.

—¿Cómo? —se extrañó—. No puede ser.

—Sí, la versión 3.14.2 es la última —confirmó Ada—. Además, se ha modificado estando ya aquí, en Kepler-442b.

—¿Quién ha hecho esas modificaciones? —preguntó Emily.

—Erik Johansen. Uno de los ingenieros de robótica del director Patel.

—Sé quién es, le di acceso a alguna de tus funcionalidades hace tiempo. ¿Puedes ponerme con él?

—Claro.

Emily necesitaba saber por qué esa mula tenía una versión de software que ni siquiera existía en los repositorios de código de la estación espacial. Era sumamente extraño. A veces se producían errores con las actualizaciones, pero eso implicaría tener una versión obsoleta del software, nunca una versión superior. Eso era imposible.

—¿Sí? —oyó una voz joven—. ¡Ah! Hola Emily, ¿qué tal va todo por ahí abajo?

—Hola, Erik —saludó—. Muy bien, por fin de vuelta en la base, llevamos algunos días sin

parar. ¿Tú qué tal?

—Bien —dijo escueto—. Aquí arriba tampoco nos aburrimos, ya sabes, siempre hay algo que arreglar o que mejorar.

—Sí, te entiendo. Intentaré no quitarte mucho tiempo, pero tengo aquí conmigo una de las mulas supervivientes de la Copérnico.

—Hemos traído varias de las que no se habían llevado todavía a la Copérnico cuando ocurrió todo.

—Lo sé, pero verás, el caso es que he visto que esta mula hacía cosas diferentes a otra de las etiquetadas para la Asimov.

—Bueno, dime cuál es y la puedo revisar, quizá tenga una versión vieja del firmware. A veces el proceso de actualización falla.

—Lo sé, es lo primero que he mirado, pero ese no es el problema —continuó Emily—. De hecho, diría que su comportamiento ha sido muy superior al de otras unidades.

—¿Muy superior? —preguntó—. ¿A qué te refieres?

—Ya sé que suena raro, pero el software de esta mula es mejor que el de las otras. Y todavía no te he comentado lo más extraño. Su versión es la 4.0.0.

—Déjame comprobarlo —le dijo el joven técnico—. No puede ser —negó poco después—, la última versión disponible es la 3.14.2, lo estoy viendo ahora mismo en mi terminal. De hecho, las dos últimas revisiones del software son mías, de hace unos pocos meses. Arreglé un par de problemas que provocaban que los servomotores no respondieran de forma correcta en determinadas circunstancias. Pero no existe una versión 4.0.0.

—Pues yo te aseguro que esta unidad tiene esa versión instalada —insistió ella—. Mira mi pantalla.

—No puede ser —se extrañó él—. Salvo que alguien haya instalado una versión que no haya pasado por el repositorio de la estación, pero para eso necesitaríamos las credenciales del fabricante. Nadie en la estación debería tenerlas.

—¿Qué podemos mirar aparte de eso?

—Bueno, me temo que no podemos saber en qué fecha se compiló esa versión, pero en el terminal puedes ver cuándo se actualizó esa unidad por última vez. Vete a la pestaña de firmware, selecciona “Historial” y en la parte inferior aparecerá una lista con todas las actualizaciones recibidas y la fecha de las mismas.

—No puede ser… —susurró Emily contrariada tras seguir las indicaciones.

—¿Qué? —preguntó él—. ¿Qué fecha aparece?

—Aquí dice que esta mula se actualizó por última vez el 14 de junio de 2292.

—¿Qué es lo que no puede ser? —preguntó Erik—. Quiero decir, aparte del número de versión. Eso solo significa que la mula no se ha actualizado desde antes de salir de la Tierra.

—Todavía no te has dado cuenta, ¿verdad? —preguntó Emily.

—¿De qué?

—Ese es el día que atentaron contra la Copérnico —reveló ella—. Esta mula se actualizó con una versión inexistente el mismo día en que parte de su lote voló por los aires.

—Vaya, no sé qué decir.

—Necesito que la examines —le pidió Emily—. Hablaré con el director para que esté al tanto, pero quiero que la analices en profundidad, que decompiles el software que tiene instalado si es necesario, para saber qué hace esta versión del firmware.

—De acuerdo —dijo él—. Le pediré al director Patel que alguien vaya a buscarla.

—No, yo misma la llevaré en persona dentro de dos días —dijo Emily—. Mañana necesito que me acompañe en una misión importante.

3

La ordalía

7 de noviembre del año 0

Cerca de la base Magallanes, Kepler-442b

Emily se aproximó al claro del otro lado del río junto con la mula. Según Waafdiv, para realizar la ordalía que le otorgaría la ciudadanía debía realizar la prueba sola, pero no dijo nada sobre utilizar herramientas o tecnología, así que había cargado la mula con toda clase de útiles que podrían serle de ayuda en el cometido que tenía que llevar a cabo.

Esperó un buen rato hasta que vio cómo una pequeña comitiva kepleriana se aproximaba al claro desde el norte. Del interior de un carro se apearon dos figuras. La primera de ellas era Liikmi, el fiel ayudante del sumo sacerdote; la segunda era el propio Waafdiv. Ambos se aproximaron a Emily y saludaron con sendas reverencias que obedecían sin duda a su nueva condición.

—Saludos, mujer de metal —dijo Waafdiv, ceremonioso.

—Por favor, levantaos —les pidió ruborizada—. Nada de esto es necesario.

Otras dos figuras descendieron del carruaje.

—Estos son nuestros hermanos, Hoyth y Khasbelt —presentó el sumo sacerdote—. Actuarán de testigos y dejarán por escrito el resultado de la ordalía.

—Hola —saludó Emily mientras ellos también se postraban ante ella—. Pero, de verdad, nada de esto es necesario —insistió incómoda.

—Estando ya todas las partes presentes —comenzó Waafdiv—, podemos comenzar con el ritual.

—Un momento, Waafdiv —pidió ella—. Todavía no entiendo bien en qué consiste la prueba.

—Deberá cruzar la cascada en la montaña —explicó él—. En su interior se encuentra el gran lago en el que descansan las piedras sagradas de los Gaal-El.

—¿Cómo son esas piedras?

—Oscuras y lisas, del tamaño de un huevo de *fuj* —dijo el sumo sacerdote haciendo un gesto con la mano.

—¿Y cómo encuentro ese lago? —siguió ella.

—Entrará en la cueva de la cascada. Allí deberá seguir sus propios instintos, tan solo dispondrá de una rotación para conseguirlo.

—¿Y si no lo logro?

—Sé que lo hará —dijo él con confianza.

—¿Cómo está tan seguro? —preguntó.

—Porque es usted la elegida.

Emily suspiró. Aquella prueba no le daba buena espina. Sola, en un planeta desconocido, dentro de una cueva horadada por la acción del agua. ¿Qué podía salir mal?

—Demos comienzo al ritual —anunció Liikmi—. Reunidas ambas partes, de un lado la aspirante Emily, del pueblo humano y del otro lado el pueblo Gaal-El, representado por el sumo sacerdote Waafdiv. Se pone de manifiesto la intención de la aspirante de formar parte del pueblo Gaal-El. El ingreso en el culto le será otorgado tan solo en el caso de que consiga regresar a este mismo lugar con una de las piedras sagradas en un plazo nunca superior a una rotación completa. ¿Ambas partes están de acuerdo?

—Sí —dijo el sumo sacerdote.

—Sí —repitió Emily, aunque no demasiado convencida de sus posibilidades.

—En conformidad con nuestras leyes, damos comienzo a la ordalía —pronunció el ayudante —. Adelante.

Emily los miró con dudas. Waafdiv sonreía con satisfacción. Al ver que ninguno añadía nada más, decidió que había llegado el momento de salir hacia la cascada. Se dio la vuelta hacia la montaña, suspiró y se puso en marcha.

Ya había visto la cascada hacía unos pocos días, cuando siguieron las instrucciones de Khikhya para llegar hasta la cabaña de Haagar. Pero aquella vez se habían aproximado desde el otro lado del río. Valoró volver a cruzarlo, pero pensó que si los aspirantes a formar parte de los Gaal-El realizaban la misma prueba, quizá existiera un sendero que le permitiera salvar los ochenta metros de altura de la catarata.

La mula, cargada con provisiones y herramientas para casi cualquier imprevisto, la seguía obediente a pocos metros.

—¿Por dónde tengo que ir? —preguntó Emily.

—Te trazaré una ruta hasta la base de la cascada —dijo Ada—. Una vez allí, estudiaremos cómo se puede acceder al interior de la montaña.

Aceleró el paso todo lo que pudo. Solo disponía de un día kepleriano, una rotación, para completar la prueba, así que intentó cubrir la distancia hasta la cascada lo antes posible. Estaba segura de que encontraría dificultades en el trayecto, no había tiempo que perder. Cruzó entre maleza y vegetación hasta que al cabo de un rato dio con un pequeño sendero. No parecía muy transitado, pero estaba claro que aquel camino iba en dirección a la cascada. Ada modificó las instrucciones que le presentaba a Emily para que pudiera seguirlo.

Tras unas cuatro horas de marcha empezó a oír el rumor del agua golpeando el nacimiento del río. Estaba muy cerca. De pronto, el sendero se bifurcaba. A la izquierda parecía conducir hasta el pie de la cascada; por la derecha comenzaba a ascender, pero se perdía enseguida de la vista.

—¿Por dónde voy? —preguntó de nuevo.

—No estoy segura —respondió Ada—. No veo nada desde el satélite.

—Entonces, creo que lo lógico es que tome el camino de la izquierda. Puede que desde la orilla del río encontremos una manera de acceder a la boca de la cascada.

Tomó el camino que viraba hacia la izquierda, hacia el sonido del agua rompiendo contra la base de la cascada. Tardó apenas cinco minutos en llegar a una zona rocosa que le permitió contemplar la espectacular caída del agua, que provocaba gran cantidad de espuma y millones de

pequeñas gotas que se esparcían por el ambiente gracias a la brisa que corría.

—Estamos más alejadas que cuando vimos la cascada desde la otra orilla —dijo Emily al ver a lo lejos el lugar donde habían descansado de camino a la cabaña de Haagar.

—Sí —confirmó Ada—, unos setenta y cinco metros más lejos.

—¿Ves algún sitio por el que pueda acceder a la boca de la cascada? —Miró hacia arriba, a la enorme abertura por la que caía el agua.

—Parece que hay un pequeño camino que pasa justo por debajo de ella —dijo la inteligencia artificial.

—¿Por debajo? —se extrañó Emily.

—Sí —confirmó ella—. Si te fijas, en la parte izquierda de la cascada hay una zona un poco más plana que parece dar acceso a la boca.

—De modo que tenemos que ascender desde este lado del río, pero luego se entra por la parte izquierda, ¿no?

—Eso parece —dijo Ada—. Y algo me dice que, si seguimos el otro sendero, daremos con el camino que cruza la cascada.

—Aprovecharé para recuperar fuerzas.

Tras descansar un rato e ingerir algo de papilla y agua, Emily volvió sobre sus pasos hasta la bifurcación y tomó el sendero de la derecha. Continuó durante un buen rato. El terreno comenzaba a ascender poco a poco, pero todavía no parecía demasiado escarpado.

—Parece que me estoy alejando de la cascada —dijo.

—Sí —confirmó Ada—, pero imagino que después girará a la izquierda. Se aleja del río para evitar que el camino tenga demasiada pendiente.

La vegetación seguía siendo abundante en aquella zona, lo que dificultaba hacer el seguimiento vía satélite y ver por dónde discurría el camino. De momento no había señales de que el pequeño sendero girara de nuevo en dirección a la cascada.

—¿Alguna novedad? —preguntó Robert, que estaba pendiente de la evolución de Emily.

—No, ninguna —respondió ella—. Estoy siguiendo el sendero, creemos que más adelante gira hacia el oeste a través de la roca.

—Sí, lo estoy viendo —confirmó él—. ¿Estás segura de que no quieres que te acompañe? Puedo presentarme allí en un abrir y cerrar de ojos.

—No —confirmó—, lo tengo que hacer sola. Es algo muy importante para ellos, no puedo arriesgarme a hacer algo que lo eche todo por tierra. Podrían tomárselo como un insulto.

—De acuerdo —desistió—. De todas maneras, estaré pendiente en todo momento.

—Gracias, aunque es posible que se corte la comunicación en cuanto entre en la cueva.

—Ada, ¿sabes si eso puede ocurrir? —preguntó Robert.

—No estoy segura —respondió—. Dependerá de la composición de la roca de la que nace la cascada y de la profundidad a la que tenga que llegar Emily. Pero viendo los precedentes, lo más seguro es que no podamos mantener las comunicaciones.

—Gracias, Ada —dijo Robert—. De cualquier manera, estaremos atentos para salir cuanto antes si hay dificultades. Balakova también está avisada y la nave a punto.

—Gracias. Espero que nada de eso sea necesario.

El camino no tardó mucho en virar casi ciento ochenta grados para girar de nuevo hacia la cascada, tal y como esperaban. A cada paso que daba, la roca de la montaña se hacía más presente, y los frondosos y altos árboles daban paso a otros más pequeños y menos abundantes. La inclinación del sendero se mantenía en una constante pero cómoda dificultad. Diez minutos después se había convertido en una angosta cornisa de dimensiones parecidas a las que tuvieron que cruzar en el paso nevado de camino al poblado de los Gaal-El.

Emily miraba de reojo a la mula, que la seguía a escasos centímetros por detrás. Parecía apañárselas bastante bien. Solo había cargado un par de baterías y algo de oxígeno y alimentos. Además de las provisiones, también llevaba algunas herramientas y útiles: una cuerda, una linterna, material para hacer fuego, una manta y varios pequeños utensilios que creyó que podrían serle de ayuda. Seguía dándole vueltas a lo que había descubierto el día anterior. ¿Por qué esa mula tenía una versión superior del software instalada justo el día del atentado en la Copérnico? Esperaba que Erik, el ingeniero que colaboraba con el director Patel, pudiera arrojar algo de luz a aquel misterio.

El estrecho camino continuaba el ascenso mientras se acercaba a la cascada. El sol ya había comenzado a declinar e iluminaba desde el este, señal de que oscurecería una vez que se introdujera en aquella cueva. Emily imaginaba que tendría que hacer noche en el interior de la montaña, aunque todo dependería de cuándo lograra encontrar el lago.

El rumor de la cascada comenzó a llegar de delante, y pronto vio el espray que se levantaba del agua por acción del viento. El sendero ya estaba del todo rodeado por piedra, la vegetación había desaparecido, pero aun así, los árboles a nivel del río eran tan altos que impedían que Emily pudiera ver mucho más allá. El sendero era cada vez más estrecho y la pendiente era ya importante, casi vertical. Las piedras estaban húmedas por el agua que se desplazaba desde la cascada, que ya comenzaba a verse unos metros más arriba de donde transcurría aquel camino.

El agua caía con fuerza desde la pequeña visera que transcurría unos siete metros por encima del camino. Por fin estaban en la zona que habían visto desde abajo. Las piedras estaban resbaladizas. Muchas tenían una especie de baba rojiza que obligaba a Emily a ser muy cuidadosa.

Echó un pequeño vistazo a la mula. Un solo paso en falso sobre esas piedras sería suficiente para que cayera por el precipicio. El camino se había estrechado tanto que la mula había modificado su forma de andar, había bajado su centro de gravedad y se apoyaba en la pared casi vertical. Los pasos de Emily se hicieron más pequeños y cuidadosos. Luego entró en el tramo que discurría justo por debajo del agua. Estaba oscuro, el camino era muy estrecho y casi podía tocar el agua con su mano izquierda a medida que avanzaba.

Se despistó. Su pie derecho pisó una de aquellas piedras resbaladizas sin querer y se precipitó hacia la pared de la derecha, golpeándose con fuerza en el casco y, aunque este amortiguó el golpe, quedó algo aturdida. Para cuando se quiso dar cuenta su cuerpo resbalaba hacia el precipicio. Logró aferrarse con los brazos al estrecho camino, pero el torso y las piernas quedaron suspendidas en el aire. El abundante espray no mejoraba en absoluto la situación. Intentó auparse, pero el traje no obedecía como esperaba.

—¡Emily! ¿Estás bien? —preguntó Robert.

—¡No!

—Intenta levantarte con mucho cuidado.

—¡Es lo que estoy tratando de hacer! —gritó ella, nerviosa.

—Tranquila —le pidió él—. Respira hondo.

Emily trató de tranquilizarse, pero la situación no se lo permitía. Estaba colgada a casi setenta y cinco metros de altura. Quizá la caída no la mataría, pero no quería comprobar la profundidad del nacimiento del río ni las capacidades del traje. De repente, una pata metálica, dando pequeños pero precisos pasos, se colocó a la altura de sus manos. La mula quería ayudarla a salir de aquel apuro.

Se agarró a la pata trasera con su mano derecha y la mula reaccionó echando su peso hacía la pared de roca. Parecía invitar a Emily a colgarse de ella para que el traje pudiera utilizar mejor sus capacidades. Agarró también la pata delantera con la mano izquierda y por fin pudo maniobrar con mayor facilidad. Primero apoyó los pies contra la pared de la cascada y, ayudada por sus improvisados asideros, hizo la fuerza necesaria para levantarse de allí y recuperar la verticalidad. Esa mula lo había vuelto a hacer.

—¿Estás bien? —le preguntó Robert cuando ya había pasado el peligro.

—Sí —respondió ella, todavía con el corazón en un puño—, estoy bien. No sé qué es lo que tiene esta mula, pero acaba de salvarme de una caída segura.

—Es una superviviente —dijo Robert más calmado—, igual que tú.

—Por poco se queda ella sola —bromeó.

—Será mejor que no pienses en eso. Sal de ahí debajo cuanto antes.

Emily obedeció, pero esta vez fue mucho más cuidadosa. Vigiló cada paso que daba, cada piedra que pisaba, hasta conseguir superar la zona de baja visibilidad. Unos metros más adelante, llegó a un lugar donde el camino se cortaba y giraba de vuelta, ascendiendo hasta la misma boca de la cascada. Ya con las pulsaciones más bajas, pudo recuperar el aliento y preparar la entrada en la cueva, que ya veía unos pocos metros más adelante.

—Es probable que a partir de ahora se corten las comunicaciones —dijo Emily.

—Esperaré a que vuelvas a salir —respondió Robert—. Ten cuidado ahí dentro.

—Lo intentaré —prometió, no muy convencida.

Avanzó unos pasos y se plantó en la entrada de la cueva. Era mucho más amplía de lo que parecía desde abajo. La cascada no ocupaba ni una quinta parte de lo que en realidad era la abertura. No era época de deshielo, así que supuso que el caudal que en ese momento tenía el río en esa altura no sería el mayor posible. Las piedras de la entrada así parecían indicarlo, estaban llenas de una especie de alga rojiza similar a las que crecían en las que utilizaban para cruzar el río. Estaban algo húmedas, pero no parecían tan resbaladizas como las que habían provocado el pequeño accidente. Aun así, fue muy cuidadosa al pisarlas.

Por fin estaba dentro.

La cueva era muy amplia. La buena noticia era que allí había sitio de sobra para poder caminar sin riesgo de precipitarse al río, que circulaba por el interior de la cueva con suficiente caudal y fuerza como para poner en aprietos a cualquiera. Aun así, decidió encender una luz, no quería más sorpresas.

El rumor del agua inundaba la estancia. De repente, un sonido sordo llegó desde el interior de la cueva, sonó como si decenas de rocas cayeran en algún lugar lejano, muy adentro. Al parecer, a todos los peligros a los que se podía enfrentar en aquel sitio tenía que sumar los posibles

desprendimientos. Continuó hacia el fondo de la cueva, que de momento era amplia y contaba con espacio de sobra para moverse, aunque tuvo que esquivar rocas, estalactitas y estalagmitas. A pesar de todo, ni a ella ni a la mula les resultó difícil avanzar.

—Estamos sin comunicaciones —indicó Ada.

Tras ascender unos metros más llegó a un lugar en el que había una amplia abertura a su izquierda. Enfocó la linterna del casco para inspeccionar lo que parecía un distribuidor artificial. Aquel lugar conducía a las antiguas minas de la montaña y desde allí partían cuatro túneles excavados en la piedra. Un sonido extraño le llegaba por encima del sonido del agua. No sabía qué era, así que le pidió a Ada que lo filtrara y amplificara. Lo que oyó la dejó helada.

Un gemido de dolor provenía de uno de aquellos pasillos artificiales. Como si alguna criatura estuviera agonizando. No sonaba de forma continua, si no que callaba durante unos instantes y tras un breve descanso volvía a emitir aquellos quejidos desesperados. Fuera lo que fuese aquello, a Emily se le heló la sangre al pensar que pudiera tratarse de un Yokai. De forma instintiva apartó la mirada de aquel distribuidor y se centró en la misión que la había llevado hasta allí. Se giró de nuevo hacia el interior de la cueva y continuó su camino, desoyendo los inquietantes gemidos.

No sabía el tiempo que llevaba andando pero supuso que en el exterior ya era noche cerrada. Aquel lugar era inmenso, y aunque pasó por lugares mucho más estrechos y peligrosos, e incluso tuvo que cruzar un pequeño arroyo, siempre llegaba a otros lugares amplios y con espacio suficiente para avanzar. El camino era ascendente. No demasiado, pero el agua se filtraba por la acción de la gravedad desde los laterales de la cueva para unirse a aquel torrente. No había vuelto a oír ningún ruido que no fuera provocado por el río subterráneo.

El rumor del agua creció cuando llegó a una abertura de la cueva. Al dirigir la linterna de su casco se encontró con una pequeña cascada interior. No era muy alta, apenas tendría cinco metros de altura, pero el camino que había seguido hasta ese momento desapareció. En su lugar, un conjunto de rocas pulidas se amontonaban en una de las esquinas. Podría utilizarlas para superar la altura de la cascada, con un poco de suerte ese sería el último obstáculo antes de llegar al lago.

La mula siguió sus pasos, saltando de roca en roca mientras ganaban altura. Parecía desenvolverse sin problemas. En el tramo final, Emily se apoyó en las manos para salvar el último metro y medio. La mula, por el contrario, utilizó unas rocas intermedias y se apoyó en ellas para ganar la altura necesaria. Iluminó el lugar con la linterna de su casco. El techo tendría unos seis metros de altura, y la sala subterránea era tan grande que Emily no conseguía ver el final. El agua ocupaba toda la extensión y la superficie estaba en una calma que solo el sonido de aquella cascada era capaz de perturbar. Acababa de encontrar el lago.

—¿Qué profundidad tiene? —preguntó Emily.

—No puedo saberlo, pero a juzgar por la inclinación del lecho en las esquinas, podría llegar a superar los diez metros en su zona central —respondió Ada.

—¿Y temperatura?

—Teniendo en cuenta que este agua se filtra desde los picos nevados de la montaña, puede variar entre uno y cinco grados centígrados —informó Ada.

—No sé cómo los keplerianos son capaces de meterse aquí dentro.

Decidió que la forma más segura de acercarse al lago sería adentrarse algo más en la cueva y

atarse a la mula con una de las cuerdas por si en el interior había corrientes que la arrastraran hacia la cascada. Hizo un nudo de alondra alrededor de una de las patas de la mula y se ató el otro extremo alrededor de su cintura mediante dos mosquetes. Probó la fuerza de la sujeción un par de veces para ver cómo reaccionaba la mula, que pareció aguantar el envite sin problemas.

«Allá vamos», se animó a sí misma mientras comenzaba a introducirse en aquel lago.

Pronto el agua le llegó hasta la cintura. La temperatura era de dos grados y medio y Emily comenzó a sentir un frío intenso. El traje lo compensó emitiendo calor. Decidió que podía sumergirse sin peligro, así que continuó andando hasta que el agua la cubrió por completo. La luz de su casco era potente y pudo ver sin problemas el fondo del lecho del río. Sin embargo, las piedras allí eran bastante normales. Waafdiv le había dejado claro que en cuanto las viera sabría de qué tipo de mineral estaban hablando.

«¿Me habré equivocado de lugar?», se preguntó, preocupada.

Continuó hacia el interior del lago. La profundidad alcanzaba ya los cuatro metros, pero las piedras del fondo seguían siendo de lo más vulgares y simples. De pronto, a lo lejos vio una hilera oscura en el fondo del lecho. Estaba a unos veinte metros de distancia, casi en el centro del lago. El agua tenía ocho metros de profundidad en esa zona. De no ser por el traje, le habría resultado imposible llegar a ese lugar. Allí había miles de piedras oscuras con una tonalidad rojiza que le resultó de lo más curiosa. Supo que había encontrado lo que había ido a buscar. Las piedras, un poco más pequeñas que un huevo de gallina, le resultaron de lo más familiar. Cogió una de ellas y se dio la vuelta.

La mula tiró de ella hacia afuera y en poco tiempo estaba de nuevo en el exterior del agua. El traje debía de estar caliente, ya que salía bastante vaho por el contraste con la temperatura del agua. Emily tenía la piedra en su puño. En cuanto desató la cuerda que llevaba alrededor de su cintura, abrió la mano.

—Es un granate almandino —dijo Ada—. Se forma en condiciones metamórficas, lo que significa que este lugar sufrió en el pasado cambios de temperatura y presión. Desde el punto de vista económico no tiene un especial valor, al menos no lo tenía en la Tierra.

—Eso no es lo que más me llama la atención de esta piedra.

—¿Y qué es entonces? —preguntó la inteligencia artificial.

—Que es el mismo tipo de piedra que llevaba el colgante que mi tía Helen me regaló cuando era pequeña.

Emily volvió sobre sus pasos hacia la entrada de la cueva. Había tardado más de cuatro horas en llegar hasta allí, estaba cansada y su cuerpo le pedía un poco de descanso, pero tenía que seguir avanzando. Un par de horas más tarde llegó de nuevo hasta la zona desde la que partían cuatro galerías artificiales, fruto de una época minera anterior. Pidió de nuevo a Ada que mitigara el rumor del agua del río. Solo encontró silencio. Esperó unos instantes, sin saber muy bien por qué. Y de nuevo lo escuchó, mucho más apagado y débil que horas atrás.

«Espero no arrepentirme de esto», dijo mientras atravesaba las rocas que la llevaban hasta el distribuidor.

Escuchó con atención en cada una de las galerías. Dos de ellas ascendían y las otras dos descendían. A buen seguro que comunicaban diferentes secciones de la mina con el río. Quizá en otra época los mineros canalizaron de alguna manera el agua para hacerla llegar a otros lugares, pero nadie lo recordaría ya. El sonido se escuchaba a través de la tercera de las galerías; tocaba

ascender.

Se adentró por aquel pasillo tallado en la misma piedra. La galería era espaciosa, pero de vez en cuando encontraba zonas donde parte de la pared o del techo se habían derruido, aunque en ningún caso impedía el paso. Ascendió unos doscientos metros en línea recta y la galería giró treinta grados a la derecha. Entonces volvió a escuchar los gemidos, esta vez mucho más cerca y con ánimos renovados. Fuera lo que fuese lo que allí había, había oído a Emily en la lejanía. Llegó a otra bóveda natural de la que partían otras tres galerías. Aquello era un auténtico laberinto. Los gemidos se convirtieron en gritos de desesperación. Algo se movía en la entrada de una de aquellas galerías. Un Yokai. Estaba atrapado.

Los gritos desesperados se hicieron más y más fuertes cuando Emily centró la luz en aquella criatura. Sobre ella había un montón de escombros que se habían desprendido del techo de una de las galerías, atrapando las dos piernas de aquel demonio. No podía escapar de allí. Emily comprendió que la luz de su casco le hacía daño.

—Luz fuera —dijo—. Enciende infrarrojo.

La criatura pareció calmarse un poco, aunque continuaba agitando la cabeza y emitiendo un constante gruñido de terror. Sus brazos, más pequeños de lo que recordaba, intentaban proteger el resto de su cuerpo. Era solo una cría y estaba muy asustada. Emily dudó en acercarse, sabía de sobra lo que las garras y mandíbulas de sus mayores eran capaces de hacer. Pero algo en su interior se apiadó de aquel ser indefenso y asustado.

—No puedo creer lo que estoy a punto de hacer —se dijo.

Se acercó a la criatura, que intentó zafarse de nuevo de las piedras que aprisionaban su cuerpo.

—Tranquilo —dijo con voz suave—. No quiero hacerte daño.

Emily retiró una de las rocas superiores de la pila que se había derrumbado. Quería que comprendiera que iba ayudarle a salir de ahí. Retiró una segunda. Pareció calmarse un poco, aunque continuaba emitiendo aquel angustioso gemido. Aquello tenía que dolerle mucho. Retiró una tercera, mucho más pesada que las otras dos y que pareció aliviar bastante al joven Yokai, que ya pudo liberar su pierna izquierda. Se frotó la herida con mucho dolor. Emily se dio cuenta de que estaba tiritando. Solo llevaba un pequeño taparrabos y debía de hacer bastante frio en aquel lugar. Retiró algunas piedras más, hasta que por fin la criatura fue libre para moverse. Utilizó la poca fuerza que le quedaba para arrastrarse hacia una esquina, donde se encogió hecho un ovillo. Estaba débil y asustado. Aquel derrumbe lo habría sorprendido cuando Emily entró en la cueva y desde entonces habría intentado llamar la atención de sus congéneres, que estarían a demasiada distancia para oírle. Emily se retiró con mucha cautela, no quería asustarlo, y cogió una manta isotérmica de la mula. Se acercó de nuevo y se la colocó por encima. Al principio se asustó un poco, pero al ver que las intenciones de su rescatadora eran buenas pareció calmarse.

No tenía nada de comer, pero Emily sabía que, si lo abandonaba con las piernas destrozadas, lo más seguro es que acabara muriendo allí mismo. Recordó las familias de Yokais que habían visto cuando atravesaron la montaña en dirección al poblado Gaal-El. Aquellos Yokai no parecían tan amenazadores, la mayoría eran hembras y crías más jóvenes incluso que este pobre desgraciado. Lanzó un pequeño suspiro y se acercó a la criatura, que se cubrió de nuevo, asustada. Se calmó al ver que solo quería cogerle en brazos. Emily extendió la mano y señaló una por una a las tres entradas de las galerías que partían desde allí. La criatura, que seguía agitando compulsivamente su cabeza, extendió su brazo y señaló la galería del medio. Por allí

estaba su familia.

Emily se adentró por el estrecho pasillo. Cuando el Yokai se tranquilizó, pudo sentirlo y observarlo más de cerca. Tenía la piel muy pálida, casi cerúlea y, a pesar de no ser demasiado alto, sus extremidades eran muy largas. Aunque era una cría, sus garras parecían tan afiladas como para partir a un hombre adulto por la mitad. Pero lo que más impresionó a Emily fue su cabeza. La ausencia de globos oculares y aquella desproporcionada boca de la que asomaban multitud de afilados colmillos le daban un aspecto terrorífico.

Se dio toda la prisa que pudo, pero aun así tuvieron que caminar un buen rato hasta que el pequeño demonio se alteró por algo que escuchó más adelante. Aminoró el paso por precaución, y al cabo de unos instantes comenzó a escuchar multitud de gruñidos y gritos. Y estos no eran nada tranquilizadores. A Emily se le heló la sangre. No tardó en ver movimiento unos metros más adelante en la galería. Un Yokai adulto con cara de pocos amigos se aproximaba a gran velocidad hacia ellos.

De forma instintiva, Emily posó al joven Yokai en el suelo de la galería y dio unos cuantos pasos hacia atrás. Los adultos no tardaron en llegar a su altura y examinaron la situación con una amenazadora expresión corporal. El pequeño intentó incorporarse y se interpuso entre el primero de ellos y Emily. Ambos intercambiaron gruñidos mientras el adulto comprobaba el estado del pequeño. Durante unos interminables segundos, Emily pensó que estaba acabada, que aquellos Yokai la apresarían y acabaría su aventura como el soldado Parrish cuando pisaron el planeta.

Sin embargo, el pequeño pareció convencer a los adultos, que relajaron un poco su actitud. Emily decidió que era el momento adecuado para alejarse poco a poco de allí, caminando hacia atrás sin quitar ojo de aquel extraño reencuentro familiar. Cuando los perdió de vista, se dio la vuelta y salió de la galería seguida de la incansable mula. Pronto llegó de nuevo a la boca de la cueva. Era noche cerrada. Tenía tiempo de sobra para volver al lugar de partida con la preciada piedra sagrada.

Los primeros rayos de luz comenzaban a asomar por el cielo cuando llegó al claro desde el que había partido. Allí la esperaban los cuatro Gaal-El que la despidieron el día anterior. Parecían haber dormido en la misma carreta en la que habían llegado hasta allí.

—Bienvenida de nuevo, Emily —saludó el sumo sacerdote.

—Buenos días, Waafdiv —dijo ella.

—¿Has conseguido tu objetivo? —preguntó él.

—Aquí la traigo —respondió mientras sacaba la piedra de una de las alforjas de la mula.

—¡Fantástico! —celebró Waafdiv—. Liikmi, toma nota de que la aspirante ha conseguido recuperar una piedra sagrada del gran lago oscuro.

—Podemos dar por finalizada la ordalía —apuntó el ayudante.

—¿Y ahora? —preguntó Emily.

—La tradición Gaal-El indica que debe regalar su piedra de la sabiduría a aquel que haya sido su mayor mentor o maestro —explicó—. Espero que sepa quién tendrá el inmenso honor de recibirla.

—Sí —afirmó con seguridad—. Lo tengo muy claro.

4

El ascenso

1 de diciembre del año 0

Estación espacial Asimov

—Buenos días —saludó Emily, besando con ternura la mejilla derecha de Robert.

—Buenos días —respondió él, somnoliento—. Creo que me he quedado dormido.

—Sí. —Le acarició los pectorales con los dedos—. Y he de decirle, teniente, que está usted muy mono mientras duerme.

—Ah, ¿sí? —dijo él, devolviendo las caricias mientras le apartaba un mechón de pelo rebelde —. ¿He de suponer que ha estado usted espiándome?

—Me declaro culpable —susurró ella—. Puede arrestarme si es lo que desea, mi teniente.

—Lo pensaré —dijo él, y la besó en los labios.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó Emily.

—Muy bien, ¿y tú?

—Yo también. —Apoyó el mentón sobre su hombro—. Creo que deberíamos hacer esto más a menudo. Lo de anoche estuvo muy bien, lo necesitaba después de todo lo que ha pasado estos días.

—Sí, estuvo genial. Pero ¿no sería algo extraño que ambos nos ausentemos tan a menudo de la base?

—Bueno, es normal que tengamos cosas que hacer en la estación —razonó ella—. No creo que tener un poco de intimidad sea un delito. Además, me da igual lo que piensen los demás.

—No, eso no es lo que me importa —explicó—. Es solo que siento que no estoy cumpliendo mi cometido de proteger la base.

—Ahora mismo, estás protegiendo a la elegida —dijo Emily con tono burlón.

—Eso es cierto.

Emily notó un ligero cambio en el rostro de Robert. Algo parecía preocuparle.

—Si quieres, podemos pasar la noche juntos solo cuando coincida que ambos tengamos que estar aquí —propuso.

—No quiero que pienses que no quiero estar contigo. —La miró a los ojos—. De hecho, me muero de ganas por volver a repetir lo de anoche.

—Tranquilo —le acarició el pelo—, creo que te entiendo. En cierta manera, la parte responsable de mi cerebro también me empuja a permanecer en la base y a no hacer estas locuras.

—¿Y cómo haces para ignorarla? —preguntó él.

—No lo sé —se encogió de hombros—, supongo que la parte de hacer locuras grita más

fuerte.

—Creo que mi parte de hacer locuras está afónica.

—Bueno, es cuestión de cultivar más esa zona del cerebro, yo te puedo enseñar a hacerlo.

—Ah, ¿sí? —la abrazó y le acarició la espalda— ¿Y cómo lo harías?

—Podría empezar besándote aquí —posó sus labios en el hoyuelo de su barbilla—. Y después podría besarte aquí —siguió en su mejilla izquierda—. Y luego aquí —añadió al besarle con delicadeza en el cuello—. Y quizá también aquí. —Lo besó en los labios.

Ambos notaron la calidez y la humedad de los labios del otro al juguetear con sus lenguas. Emily sintió cómo un repentino pero creciente fuego volvía a despertarse en su interior. El recuerdo de la noche anterior los espoleó a ambos para volver a retomar la lujuriosa danza de la que tanto habían disfrutado antes de su reparador descanso.

Emily no pudo evitar lucir una sonrisa bobalicona mientras el agua de la ducha recorría su cuerpo. Nunca antes había experimentado una sensación como la que ahora mismo sentía, no podía concebir que hubiera nadie mejor con el que compartir su vida, sus experiencias, sus miedos, sus esperanzas. Robert era todo lo que ella buscaba en un hombre, lo amaba. Mientras se colocaba la toalla alrededor del cuerpo, pensó en la suerte que había tenido al encontrarlo.

Sin embargo, cuando asomó de nuevo por la puerta del aseo, lo vio sentado en la cama del camarote, pensativo. Algo lo preocupaba de verdad, y no parecía ser su conciencia diciéndole que tenía que volver a la base para retomar sus tareas.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —dijo—, estoy bien. Es solo que…

—¿Qué ocurre? —se agachó y le acarició las rodillas—. Puedes confiar en mí.

—Sí, lo sé —le dijo—. Tan solo es…

Emily se sentó a su lado en la cama y le pasó el brazo por detrás de su espalda.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—El comandante me ha ofrecido el puesto de capitán.

—¡Vaya! —exclamó Emily, que no comprendía que aquello fuera un problema—. ¡Eso es fantástico! ¡Enhorabuena!

—Gracias.

—Pero, no entiendo, ¿eso no es una buena noticia? —preguntó—. Es un reconocimiento de que estás haciendo bien tu trabajo, ¿no?

—Sí, por esa parte está muy bien —dijo Robert sin apenas cambiar el semblante de su cara.

—¿Entonces? ¿Cuál es el problema?

—Que, si acepto el ascenso, tendré que abandonar la base y es posible que tenga que coordinar las operaciones de las ampliaciones o incluso investigar las actividades de los rebeldes. Eso hará que no podamos estar tanto tiempo juntos.

Emily guardó silencio. Acababa de comprender qué era lo que le preocupaba. Y el egoísmo de su interior le pedía que intentara evitar ese ascenso, sabía que podría llegar a convencerlo de que era una mala idea, más responsabilidad, más subordinados, mucho tiempo.

Sin embargo, la parte responsable de su cerebro recuperó de repente la voz.

—Sigue siendo una gran oportunidad para ti —le dijo—. Creo que deberías aceptarlo.

—Pero ¿y qué hay de lo nuestro? —insistió mirándola—. Justo ahora que parecía que todo comenzaba a tener sentido.

—Podremos con ello —le aseguró—. Y la verdad es que no se me ocurre nadie mejor para sustituir al capitán Garth. Estoy convencida de que lo harás muy bien.

—Pero yo no quiero separarme de ti —protestó con los ojos vidriosos.

—Ni yo de ti. —Lo abrazó con fuerza—. Pero supongo que es el precio que tenemos que pagar por vivir la gran aventura que estamos viviendo.

—No sé si quiero pagar ese precio.

—Yo no quiero pagarlo, pero ahora mismo creo que es necesario. Nos irá bien, nos veremos de vez en cuando y hablaremos todos los días si hace falta. Además, tú tendrás que pasar más noches aquí arriba, así que yo podría buscar cualquier pretexto para venir a verte.

Él la miró con ternura, sus palabras lo tranquilizaban.

—¿Sabes que tienes un don? —le dijo mientras una tímida sonrisa asomaba en sus labios.

—Ah, ¿sí? —preguntó ella.

—Sí, cuando estoy contigo, los problemas parecen más sencillos. Me siento capaz de hacer casi cualquier cosa.

—Vaya —sonrió—. Resulta que tengo un superpoder. Y yo sin saberlo.

—Supongo que aceptaré el ascenso —dijo Robert tras un largo suspiro.

—Me alegro mucho por ti, capitán Beaufort.

—Se me ha erizado el pelo de la nuca solo de oírte decirlo —sonrió.

—Sí, es otro de mis superpoderes. Puedo erizar el vello de tu nuca a placer —rio con ganas.

Ambos rieron. Sin embargo, a Emily le surgieron varias dudas.

—Tengo una pregunta —dijo mientras se incorporaba de nuevo—. Si tú dejas de ser el responsable militar de la base, ¿quién asumirá ahora ese rol?

—Mi primera acción como capitán sería ascender a teniente al sargento Ortiz —dijo Robert —. Él sería el responsable de liderar la base. Aunque es un militar médico, conoce a la perfección el funcionamiento de todo, sé que lo hará bien.

—Sí, desde luego —reconoció Emily—. Es alguien muy capaz.

—Además, también propondré el ascenso de Ferrara a sargento. Los dos forman un muy buen equipo.

—Me alegro mucho por vosotros tres —sonrió Emily—. Os lo merecéis.

—Bueno, por el momento es solo una idea. No lo he hablado con nadie, solo contigo. Primero tienen que aceptar la propuesta del comandante.

—¿Y se sabe ya quién va a liderar la nueva base? —preguntó Emily.

—Estamos barajando un par de nombres, pero sea quien sea, será alguien de confianza. Los dos candidatos sirvieron conmigo en la Copérnico, aunque todavía siguen en crioestasis.

—Estoy segura de que él o la elegida serán los más adecuados, confío en vuestro buen criterio.

Robert estaba nervioso. Ataviado con su traje de gala, se disponía a dar un gran paso en su todavía corta carrera militar. La premura y las necesidades del proyecto habían acelerado los acontecimientos, pero eso no restaba ni un ápice de importancia a lo que estaba a punto de ocurrir. A su lado, el sargento Ortiz y la soldado Ferrara, lucían orgullosos sus trajes de gala. Emily observaba la escena desde una de las sillas del atrio de la estación. Allí se habían congregado casi un centenar de personas entre el personal civil y militar de la expedición. Todos sus amigos estaban allí. En la parte más elevada del atrio, el comandante Bauer se preparaba para dirigirse a todos los allí presentes:

—Estimados compañeros, quiero comenzar dando las gracias a todos los asistentes a esta ceremonia. No es ningún secreto que vivimos en una época incierta, nuestras responsabilidades para con la humanidad son muchas veces una pesada carga sobre los hombros de cada uno de nosotros —comenzó su discurso—. Y si bien los últimos acontecimientos no han sido del todo positivos, este día, qué duda cabe, es un día de celebración.

»Hoy —continuó—, celebramos la dedicación y el esfuerzo sin límites de nuestros compañeros aquí presentes. Sin embargo, me gustaría, en primer lugar, recordar y honrar a los caídos en batalla: A los soldados Parrish, García, Dimitrova y Singh; y también al malogrado Jonathan Wiśniewski, así como a todos los que ni siquiera pudieron llegar hasta aquí. —El silencio inundó el atrio—. También quisiera hacer extensible mi agradecimiento a todos los miembros de la tripulación de la estación espacial, a los colonos de la base Magallanes y a todos aquellos que formamos parte de lo que podría ser el último bastión humano en el universo. Gracias por vuestro esfuerzo y dedicación. La humanidad está en deuda con todos y cada uno de vosotros.

Unos generosos aplausos sonaron en el atrio en agradecimiento de las amables palabras del comandante Bauer.

—¡Teniente Beaufort! —llamó en voz alta a continuación.

Robert abandonó la fila en la que se encontraba y se dirigió con paso militar ante el comandante. Ambos se cuadraron en una coreografiada maniobra.

—Por su valentía y dedicación al servicio —exclamó el comandante—. Yo, Timo Bauer, comandante en jefe del ejército de la colonia humana del proyecto Orfeo, le nombro capitán Robert Beaufort.

El comandante recogió una pequeña insignia plateada de manos de uno de sus ayudantes. Quitó con cierta torpeza la antigua insignia de teniente de la charretera derecha del traje de Robert y colocó después la nueva que lo identificaba como capitán. Repitió el proceso con la del lado contrario. Colocados ambos galones, el comandante volvió a saludar al recién ascendido capitán, que devolvió el saludo con orgullo.

—¡Sargento Ortiz! —gritó de nuevo el comandante.

De la misma forma que Robert, el sargento se aproximó y se cuadró delante del comandante.

—Por tu valentía y dedicación al servicio —repitió el comandante—. Yo, Timo Bauer, comandante en jefe del ejército de la colonia humana del proyecto Orfeo, le nombro teniente primero Carlos Ortiz.

El comandante colocó con mayor agilidad los dos galones del teniente Ortiz y retiró del

lateral de sus mangas los dos parches que lo acreditaban hasta ese momento como sargento mayor de campo. Ambos volvieron a saludarse de nuevo y el teniente se colocó al lado del capitán una vez concluido su ascenso.

—¡Soldado Ferrara! —llamó en último lugar.

La soldado Ferrara repitió la liturgia que sus compañeros acababan de realizar hacía unos momentos.

—Por tu valentía y dedicación al servicio. Yo, Timo Bauer, comandante en jefe del ejército de la colonia humana del proyecto Orfeo, la nombro sargento Giulia Ferrara.

El comandante colocó el parche con las tres flechas apuntando hacia arriba que la distinguirían como sargento en los dos laterales de sus mangas y, tras repetir el saludo, la sargento Ferrara se colocó al lado de sus dos superiores recién ascendidos. La ceremonia concluyó después de que el comandante otorgara también el rango de sargento a otros dos soldados cuyas acciones habían sido relevantes en las operaciones militares del proyecto realizadas hasta la fecha.

Robert no paraba de recibir las felicitaciones de sus compañeros mientras Emily intentaba acercarse. Esperó a que llegara su turno para poder hablar por fin con él.

—Felicidades, capitán Beaufort.

Robert se acercó a ella y la besó con ternura. Ambos se fundieron en un cariñoso abrazo.

—Gracias, Emily —dijo—. Estoy muy contento, aunque esto sea una gran responsabilidad.

—Sé que lo harás genial —le respondió ella—. Has nacido para ello.

—No sé si tanto —sonrió.

—¡Felicidades, capitán! —exclamó Gorka, cuadrándose delante de él e imitando el saludo militar con torpeza.

—Gracias, Gorka —le respondió, dándole un amistoso abrazo.

—Felicidades, Robert —le dijo Paula también.

Beaufort respondió con otro abrazo.

Chad, Taro, Evelyn y Kostas le felicitaron uno detrás de otro. Y aunque Emily estaba muy feliz por él, no pudo evitar pensar que, en cierta manera, este ascenso iba a separarles un poco. Tendrían que acostumbrarse a llevar la relación en la distancia. Por desgracia, no siempre iban a poder excusarse en sus obligaciones laborales para poder verse. Pronto se unieron al grupo el teniente Ortiz y la sargento Ferrara, presumiendo de sus recién estrenados galones.

—Felicidades a ambos —les dijo mientras repartía sendos abrazos.

—¡Por fin puedo dar órdenes! —exclamó la sargento Ferrara—. Ya va siendo hora de que esos jovencitos presuntuosos sepan quién manda aquí —bromeó con respecto a sus nuevos subordinados.

—¡Así se habla! —dijo Chad— ¡Que se enteren de quién manda!

Gorka y Paula aparecieron de repente con un par de botellas de champán y unas copas que la tripulación del proyecto se había encargado de distribuir por todo el atrio. Repartieron las copas y tras un sonoro descorche distribuyeron el dorado líquido entre todos.

—Quiero proponer un brindis —empezó Robert.

—¡Sí, señor! —gritó Chad.

—Me gustaría agradeceros a todos vosotros vuestra amistad y vuestro cariño —dijo—. Y creo que hablo en nombre de mis dos compañeros al decir que toda esta experiencia que estamos viviendo no hubiera sido posible sin todos y cada uno de vosotros. Os consideramos nuestra familia, y como tales sé que lucharemos los unos por los otros. No me cabe ninguna duda de que tenemos un gran futuro por delante. Así que brindemos por el futuro.

—¡Por el futuro! —gritaron todos al son del tintineo de las copas entrechocando.

—Y quisiera hacer oficial que, a partir de este momento, el teniente Ortiz será el primer responsable de la seguridad en la base Magallanes —levantó de nuevo su copa—. Le deseo la mejor de las suertes en su nuevo cometido, teniente.

—¡Por el teniente Ortiz! —gritó Ferrara con júbilo.

La velada no duró demasiado. Al fin y al cabo, se trataba de una mera formalidad, y todo el mundo en la estación tenía que volver a sus tareas. Así que todos, excepto el propio Robert, se dirigieron al hangar para regresar a la base.

—¿Seguro que estás bien? —le preguntó Emily justo antes de que se colocara de nuevo su exotraje.

—Sí —dijo él—. Es solo que no había sido consciente de que íbamos a tener que separarnos hasta este mismo instante.

Emily pasó sus brazos por detrás de su espalda y lo abrazó con ternura.

—Tranquilo —le dijo—. Hablaremos todos los días. Y nos veremos de vez en cuando.

—Se que estaréis bien con Ortiz, pero me cuesta separarme de vosotros —dijo—. Aunque lo que peor llevo es alejarme de ti.

—Te voy a echar mucho de menos —susurró Emily—. Pero estaremos bien.

Ambos se dieron un último beso. Aunque tenía cierto sabor agridulce, fue un beso apasionado que los dos recordarían durante mucho tiempo. Y, a pesar de que Emily supo que iba a estar bien, no pudo evitar que una lágrima se deslizara por su mejilla al ver cómo la persona que más quería en el universo se despedía de ella agitando la mano desde el hangar de la estación espacial.

5

La ampliación

2 de diciembre del año 0

Estación espacial Asimov

Esa misma mañana comenzaban de nuevo las obras de ampliación de la base y los ingenieros del director Patel ya estaban por allí transportando los módulos habitacionales para ello. El experimentado director de ingeniería observaba desde lejos cómo los transportes descargaban los enormes módulos en la zona situada justo enfrente de las instalaciones actuales, a unos metros de los invernaderos que Kostas había recuperado.

—¡Buenos días, Emily! —saludó Patel.

—¿Qué tal van las obras? —se interesó ella.

—Vamos según lo previsto —le aseguró el director—. Hoy haremos varios viajes para descargar los módulos en su lugar. Mañana nos dedicaremos al ensamblaje y la estanqueidad de los módulos y en menos de lo que canta un gallo kepleriano tendremos la ampliación acabada.

—Las nuevas instalaciones serán similares a estas, ¿verdad? —preguntó Emily, señalando la infraestructura que tenían detrás.

—Similares no, idénticas —corrigió el director Patel—. Si algo funciona bien, ¿para qué cambiarlo?, ¿no crees? La única diferencia entre ambas instalaciones es que en vez de laboratorio, habrá un taller de robótica, y en lugar de la zona de gimnasio y enfermería habrá un quirófano completo.

—Qué bien. Imagino que por el momento tenemos suficiente material para continuar expandiéndonos, ¿no?

—Sí, por eso no te preocupes, tenemos material en la estación como para construir cien instalaciones como esta. El pequeño… incidente con los rebeldes solo nos ha retrasado un poco. Además, en esta ocasión la nivelación del terreno y la excavación ya estaban hechas, así que algo de trabajo ya teníamos adelantado.

—Veo que hay mucha más seguridad de lo normal. —Emily se refería a las dos decenas de militares que habían instalado un par de puestos defensivos en la zona.

—Sí —afirmó el director—, ese nuevo capitán amigo vuestro parece que tiene las cosas muy claras. No quiere dejar ni un resquicio por el que el capitán Garth se pueda aprovechar de la situación.

—Es muy capaz —dijo con orgullo—. Todos los militares que tenemos aquí lo son, de hecho.

—Por supuesto, tenemos mucha suerte de contar con todos ellos —afirmó el director.

—¿Se sabe ya quiénes van a formar parte de la expedición?

—¿Te refieres al personal técnico?

—Sí.

—Sí, ya he decidido los nombres —le reveló—. En primer lugar está Marko, al que creo que ya conoces. Ahora mismo es el responsable del equipamiento médico y de la electrónica de consumo.

—Por supuesto —asintió Emily—. Coincidimos cuando usted nos enseñó la Copérnico por primera vez. Y, además, estuvo aquí hace algunos días, cuando reinauguramos la base.

—Correcto —dijo el director—. Y también va a instalarse uno de mis pupilos con más talento, Erik.

—Fenomenal —sonrió Emily, agradada por la elección del joven ingeniero—. De hecho, he hablado hace un par de días con él. Será maravilloso tenerlo aquí con nosotros.

—También vendrá Emma, una soldadora a la que acabamos de sacar de la crioestasis. Y la doctora Schmidt ha decidido enviar a Yara, una doctora generalista que se encargará de las cuestiones médicas de toda la base en estrecha colaboración con Evelyn, claro está. De hecho, el equipo médico que vamos a instalar en la base es más moderno que los que hay en la propia estación. El quirófano, sin ir más lejos, está del todo automatizado y era lo más avanzado cuando salimos de la Tierra.

—Vaya, eso suena muy bien —reconoció Emily—. Aunque espero que no necesitemos utilizarlo.

—Sí, esperemos que solo coja polvo —coincidió el director—. Aunque la idea de instalar uno es validar que el instrumental funciona de forma correcta bajo las condiciones del planeta.

—¿Se sabe algo de quiénes de los otros van a formar parte de la expedición? —preguntó Emily con un suspiro.

—No sé nada sobre eso —confesó el director—, pero imagino que el subdirector se encargará de pasarte los informes pertinentes en breve.

—Solo espero que no causen problemas y que se puedan integrar bien en una comunidad tan heterogénea como la nuestra —confesó Emily.

—Será vital para el funcionamiento de las colonias la correcta integración de los pasajeros de la estación.

—¿Y usted, director Patel? —preguntó ella— ¿No se ve haciendo de colono?

—¡Uy! —dejó escapar un pequeño grito— Ojalá mi agenda me lo permitiera. Pero me temo que tengo demasiadas tareas en la estación para planteármelo siquiera. Además, prefiero dejaros el nuevo planeta a los jóvenes. Un viejo rockero como yo seguro que molestaba.

—No diga eso, director —le regañó Emily—. Estaríamos encantados de tenerle aquí con nosotros. Su experiencia nos sería de mucha utilidad.

—Eres muy amable —sonrió—. Pero ten cuidado, puede que llegue un día en el que acepte la propuesta y ya no podáis deshaceros de mí.

Ambos rieron hasta que Ada los interrumpió.

—Emily, el subdirector acaba de abandonar la estación en dirección a la base —dijo—. Me ha pedido que te avise de su llegada inminente.

—Entendido, Ada —respondió Emily—. Me temo, director Patel, que tendremos que continuar con nuestra conversación en otro momento. El subdirector está de camino.

—Imagino que vendrá a ponerte al día sobre este tema.

—Y a vigilarle a usted —bromeó.

—¡Vaya! ¡Podría ser! Aunque no sé a qué me podría dedicar si me despidiera de repente —se rio con ganas.

—Creo que aquí hacen falta manos para arar el campo.

—Pues estaría encantado, Emily —dijo con una sonrisa en la boca—. Aunque mi espalda seguro que no tanto.

Emily se despidió con cariño del director Patel cuando el transporte que traía al subdirector a bordo apareció entre las abundantes nubes de la mañana. La nave aterrizó cerca de la zona de las obras de ampliación, así que Emily se aproximó a la rampa de la parte posterior, que ya comenzaba a abrirse. En su interior se intuía gran cantidad de equipamiento y material. De hecho, algunos técnicos se asomaban también desde dentro del transporte.

El subdirector descendió de la nave embutido en su exotraje gris y con una raya vertical de un color gris oscuro, señal de que pertenecía a un miembro del personal administrativo y de gobierno de la estación.

—¡David! —saludó Emily—. ¡Qué alegría verte por aquí! No te esperábamos.

—Vengo a ver si tenéis recogida vuestra habitación —bromeó.

—Vaya, pues me temo que te vas a llevar una agradable sorpresa —rio Emily.

—¿Qué tal va todo por aquí? —preguntó.

—Bien —le puso al día—. El director Patel está ya coordinando las obras. Dice que en breve dispondremos de las nuevas instalaciones.

—Genial. Precisamente venía a hablarte sobre eso.

—Lo suponía.

—¿Podemos hablar dentro?

Ambos accedieron a las instalaciones originales y se despojaron de sus respectivos trajes. Entonces, Emily le dio un abrazo en condiciones.

—Mucho mejor así —dijo él—. Con estos dichosos trajes es como llevar una armadura medieval.

Entraron en una de las salas de reuniones y ambos tomaron asiento.

—No te vi ayer en la ceremonia —dijo Emily.

—Me habría gustado asistir, pero por desgracia tenía otros asuntos urgentes que despachar.

—Vaya, espero que no fuera nada malo.

—Nada catastrófico, para serte sincero —reconoció el subdirector—. Pero en cierta manera está relacionado con esta base.

—¿Me tengo que preocupar? —preguntó Emily.

—Tranquila, ya llegaremos a eso más adelante. Lo primero de todo, ¿cómo te encuentras?

—¿Yo? —preguntó extrañada—. Estoy bien, ¿por qué lo preguntas?

—Bueno, según tengo entendido —dijo el subdirector muy serio—, el capitán Beaufort y tú tenéis una relación muy estrecha.

La cara de Emily enrojeció al instante.

—Yo… esto… —balbuceó.

—¡Emily! —Comenzó a reír a carcajada limpia— ¡Estoy bromeando! Me alegro muchísimo por ti. Bueno, en realidad, por vosotros dos. Aunque lo cierto es que me fastidia un poco haberme enterado de todo a través del comandante Bauer.

—El… ¿comandante Bauer? —acertó a decir Emily nerviosa y todavía con la cara enrojecida —, ¿también lo sabe?

—Sí —dijo él con una enorme sonrisa—, espero que no fuera ningún secreto. No hay nada de malo en ello. Además, me parece perfecto para ti.

—Pero… si hemos intentado ser lo más discretos posible.

—Emily, en esta vida solo hay una cosa más poderosa que el amor —dijo el subdirector—, y esa es un buen chismorreo.

—¡Ay, madre! —exclamó ella con las manos en la cabeza—. Somos la comidilla de la estación.

—Tranquilízate, no creo que sea para tanto —sonrió el subdirector—. Ahora en serio, ¿cómo te encuentras?

—Estaba bien hasta que me has dicho que media estación habla de nosotros a nuestra espalda.

—Perdona —siguió riendo—, pero no he podido resistirme. ¿De verdad estás bien? Con su nuevo cargo te será mucho más difícil coincidir con él.

—Sí, ya lo hemos hablado —reconoció ella—, y hemos acordado intentar llevarlo lo mejor posible. Creo que Robert se merecía ese ascenso. Y sé que es lo mejor para el proyecto.

—Desde luego que sí. Es muy resolutivo y responsable. No tengo ninguna duda de que el comandante ha tomado la decisión correcta.

—Estoy de acuerdo.

—Me alegro de que lo llevéis tan bien —dijo el subdirector—. Pero si necesitas hablar en cualquier otro momento, ya sabes dónde estoy. No soy un experto en temas de pareja, pero supongo que puede ayudar hablar estas cosas con una cara conocida.

—Gracias, David —agradeció—. Significa mucho para mí.

—Es lo menos que puedo hacer —dijo él, melancólico—. Lamento que tu padre no esté aquí para verlo, estaría muy orgulloso de la madurez que estás demostrando desde que llegamos a Kepler-442b.

—¿Tú también lo echas de menos? —preguntó ella.

—Sí, mucho —dijo sin dudar—. Me acuerdo de él todos los días. Compartimos muchas experiencias, ya sabes, mucho antes de entrar en el proyecto y también mientras lo organizábamos todo. Sé que no debo tener falsas esperanzas, pero todavía sueño que podemos encontrarlos y que todo esto no ha sido más que una maldita pesadilla.

—Sí, a mí me pasa lo mismo —reconoció Emily, posando sus manos sobre la del subdirector.

—Pero… creo que debemos ser pragmáticos y luchar por la gente de la Asimov.

—Tienes razón. Sea lo que sea lo que pasara con la Galileo, será difícil que podamos hacer gran cosa.

—Así es. Pero bueno, no creerás que he venido hasta aquí solo para comentar los chismorreos de la estación, ¿verdad?

—No, imagino que querrás contarme quiénes serán nuestros vecinos de enfrente.

—Correcto, justo por eso estoy aquí.

—Era de esperar —dijo ella—. Aunque antes, me gustaría darte algo.

—Ah, ¿sí?

Emily sacó un pequeño pañuelo que envolvía algo del bolsillo de su sudadera.

—Verás —comenzó a apartar los extremos del pañuelo—, esta piedra es sagrada para los Gaal-El; representa la sabiduría acumulada por el individuo cuando pasa de la niñez a la edad adulta. Es tradición que los nuevos miembros de su sociedad regalen la piedra a aquella persona que más les haya ayudado a dar ese paso hacia la madurez. Me gustaría regalártela a ti en agradecimiento por todo lo que has hecho por mi durante estos últimos años, por todos los consejos y el cariño que demostraste con mi abuela y conmigo.

—Vaya —respondió él, halagado—. No sé qué decir.

—No digas nada —dijo ella—. Es lo menos que podía hacer.

David recogió la piedra y la sostuvo en la mano.

—Es muy bonita —dijo él—. La guardaré con mucho cariño. Gracias.

Ambos se fundieron en un sentido abrazo que emocionó al subdirector.

—Y ahora, cuéntame, ¿quiénes van a ser nuestros nuevos vecinos? —Emily cambió de tema —. Aunque el director Patel ya me ha avanzado quiénes conformarán el equipo de técnicos de las nuevas instalaciones.

—Bien, así nos centraremos en los demás. El capitán Beaufort —dijo sin poder contener una pícara sonrisa—, ha seleccionado ya a un equipo de jóvenes soldados que estará a las órdenes del teniente Ortiz. Confío del todo en su buen criterio, así que dejaremos las presentaciones para otro día. Pasemos directamente a lo que nos atañe, los pasajeros de la estación que van a formar parte de la colonia.

—De acuerdo —dijo Emily—. Pero, antes de que empieces, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, claro. Dispara.

—¿Cómo consiguieron todas esas personas entrar en el proyecto?

—Supongo que es lógico que lo preguntes —dijo el subdirector—. Firmamos con todos y cada uno de ellos contratos vinculantes. Es obvio que todos, en mayor o menor medida, pagaron un pasaje.

—¿Qué especificaban los contratos?

—Es una pregunta un tanto complicada —respondió pensativo—. Digamos que no se reducía a unas pocas cláusulas. Los abogados de ambas partes estudiaron cada caso en particular y redactaron contratos específicos para cada pasajero. Pero, a grandes rasgos, todos los contratos incluyen cláusulas que especifican el momento en el que serían sacados de la crioestasis.

—Interesante —dijo ella—, ¿y por qué se especificó eso en un contrato?

—Piénsalo. La idea de colonizar un planeta puede ser muy romántica cuando lees un libro o experimentas una ficción en realidad virtual. Pero la realidad, como ya has podido comprobar en

tus propias carnes, es que eso dista mucho de ser cierto. Los primeros años de cualquier tipo de colonización siempre son muy complicados. Son habituales la falta de recursos, las incomodidades, e incluso pueden llevar a afrontar numerosos peligros. No todo el mundo es capaz de soportar esas circunstancias cuando se está acostumbrado a todas las comodidades que existían en la Tierra.

»Aun así, a algunos de los pasajeros les atraía esa experiencia, la sensación de enfrentarse a nuevos retos y situaciones, de formar parte de uno de los hitos más importantes en la historia de la humanidad. Muchos de ellos estaban ya hartos de la monotonía de su vida en la Tierra, otros simplemente querían escapar de un futuro incierto. Así que cada contrato refleja esas realidades diferentes. No te hablaré de cifras, ya que es confidencial, pero dependiendo de todos esos detalles, los pasajeros pagaron más o menos cantidad de dinero.

—Entendido —dijo Emily—. Supongo que, en este caso, los nuevos colonos serán personas con ese perfil más… digamos, aventurero, ¿no?

—Sí, podría decirse así, aunque no siempre será cierto —aclaró—. También hay gente que solo podía permitirse pagar el mínimo y no tenía muchas esperanzas en el resultado del proyecto Atlas.

—Entiendo —dijo Emily.

—Bien, pues si no tienes más preguntas —dijo él—. Te presentaré a tus nuevos compañeros.

—Adelante.

El subdirector manipuló su terminal y mostró a Emily la ficha de un hombre asiático que no llegaría a los cuarenta años.

—Este es Park Min-jun —dijo el subdirector—. En la Tierra era el director general de una importante compañía de robótica y ciencias aplicadas con sede en Seúl. De hecho, se interesó en formar parte del pasaje porque fue proveedor del proyecto durante los últimos años en la Tierra. Es sin duda un genio. Provenía de una familia humilde, pero supo crear de la nada un imperio de billones de dólares. Supongo que su conocimiento y habilidades nos serán de gran utilidad aquí.

—Este parece uno de los que fueron atraídos por la aventura.

—Correcto —reconoció el subdirector—. Además, conoce bien los equipamientos del proyecto. Una de las cláusulas que negoció fue la de tener acceso ilimitado a la tecnología que se utilizaría aquí.

—Bien, parece que puede ser un activo importante para la colonia.

—Sí, será interesante tenerlo aquí —coincidió el subdirector—. Ayer pude hablar con él después de su despertar. Le he puesto al corriente de la situación y se muere de ganas de empezar.

—Me alegra oír eso. La verdad es que estaba un poco preocupada por el tipo de personas que se iban a incorporar a la base.

—Bueno, no te adelantes —dijo él—. Digamos que he querido empezar por el primer espada para animar un poco el cotarro, pero me temo que tendremos un poco de todo.

Emily cambió algo su expresión facial, hasta el punto de que el subdirector tuvo que corregir un poco su última frase.

—Tranquila, no será nada que no puedas manejar.

Volvió a manipular su terminal y en la pantalla apareció un joven de aspecto nórdico, de pelo

rubio pajizo y ojos claros. Apenas superaría la veintena, y en la foto del perfil podían intuirse restos de acné juvenil.

—Y aquí tenemos a Martin Karlsson —anunció el subdirector—. Tiene solo veintiún años, y por desgracia no tiene oficio ni actividad conocida. Su mayor logro es ser hijo de un multimillonario sueco del transporte de mercancías. De la misma manera que el señor Park, contactamos con el padre del señor Karlsson debido a que su empresa se encargó de transportar muchos de los materiales con los que construimos las arcas.

—¿Y el padre? —preguntó Emily— ¿También es un pasajero?

—Es curioso que lo preguntes —dijo el subdirector—. Pero no, el señor Karlsson no se encuentra entre los pasajeros.

—Vaya, ¿un padre que salva a su hijo de una muerte segura?

—O un padre que ve que su hijo no tiene ningún futuro en la Tierra y quiere enviarlo a la otra punta del universo.

—¡Qué horror! —exclamó Emily.

—Problemas de una familia un tanto excéntrica, imagino —supuso el subdirector—. Con este, y ahora hablo de forma extraoficial, imagino que deberás tener cuidado si no quieres acabar con un adolescente rebelde que solo sabe hacer la fotosíntesis.

—Recibido —respondió ella—, espero poder llevarlo por el buen camino.

—¡Genial! —exclamó el subdirector, que manipuló de nuevo su terminal. Fue el turno de un centroamericano de mediana edad, pelo negro bien cuidado, de piel curtida y con el cuello repleto de tatuajes religiosos—. Nuestro siguiente pasajero es el señor Alberto Mendoza. Su fortuna es, digamos… de dudosa procedencia, pero él se define como un empresario al servicio de Dios y de la religión católica. Ya te puedes hacer a la idea de que se trata de un ferviente creyente, de los pocos que quedaban ya. Toda su familia se encuentra en la estación, pero pidió expresamente que lo despertáramos a él de los primeros. Pagó una auténtica fortuna por todo el paquete, y por poder exigir el momento exacto en el que despertar al resto de sus parientes.

—Parecen cláusulas muy curiosas, ¿de cuántos familiares estamos hablando? —preguntó Emily.

—De doce —dijo él.

Emily emitió un sonoro silbido.

—No te voy a engañar —siguió él—, parece alguien muy peligroso. De los que es mejor tener en tu bando, pero toda su familia está aquí, y desde el principio mostró un gran interés en el proyecto. Lo veía como un regalo de Dios para que la humanidad pueda volver a empezar en otro lugar. Creo que colaborará en todo lo que sea necesario.

—Esperemos que así sea —dijo ella.

—Lo hará. Desde que lo hemos despertado no hace más que agradecer a todo el mundo la oportunidad que se le ha dado de estar aquí. Parece ansioso de verdad por hacer algo que sea de utilidad.

—Bien, me alegra oír eso.

—Nuestra siguiente pasajera creo que te va a gustar —anunció.

En la pantalla apareció una mujer de color, de unos treinta años, de pelo rizado y aspecto

intelectual.

—Melissa Hudgens, neurocirujana, una de las más reputadas de nuestra época. A pesar de que su familia tenía grandes cantidades de dinero, es una mujer muy trabajadora. Decidió unirse al proyecto por convicción, creía que podría ser de utilidad aquí. Y aunque su currículum sea envidiable, esperemos que no sea necesario utilizar sus conocimientos.

—Sí, esperemos no necesitar muchas cirugías.

—He dejado el plato fuerte para el final —anunció sarcástico el subdirector.

En la pantalla apareció un hombre blanco de unos treinta y cinco años, en aparente buena forma física, con algún tatuaje asomando por la solapa de su lujosa camisa.

—Y, por último, James Coogan —anunció—. As de las finanzas, estrella de los deportes extremos, multimillonario, excéntrico, creo que no hace falta mucha más presentación.

Emily no pudo evitar soltar un sonoro suspiro. Conocía a ese hombre. De hecho, dudaba que hubiera nadie en la estación o en el planeta Tierra que no conociera a James Coogan.

—Esto sí que no me lo esperaba —reconoció Emily con resignación—. Es un maldito misógino, un chulo y un prepotente.

—Tienes toda la razón, pero por desgracia tenemos un contrato que cumplir con él. De hecho, ayer no pude asistir a la ceremonia militar porque aquí, el señor importante, montó un buen altercado cuando se dio cuenta de lo que había firmado al venir hasta aquí.

—¿Qué es lo que pasó?

—Cuando comenzó a recuperar la consciencia, trató de muy malas formas a los dos enfermeros que se encargaron de sacarlo de la crioestasis. Parece que se esperaba un hotel de cinco estrellas con barra libre en un planeta paradisíaco.

—¿Y cómo pretendes que podamos convivir aquí con semejante idiota?

—No lo pretendo —dijo el subdirector—. Al más mínimo problema pasará unas semanas en una de las celdas de la estación, esas que por desgracia tú ya conoces. Tú solo dame un motivo y yo me encargaré del resto.

—Bueno, intentaremos que colabore con nosotros. Con un poco de suerte igual solo ha estado interpretando un papel para tener notoriedad. Aunque si ayer tuvo ese comportamiento, mucho me temo que la persona sea igual de idiota que el personaje.

—Es muy probable que ese sea el caso —reconoció—. De todas maneras, en cuanto se instalen todos, a la más mínima queja, buscaremos una salida.

—De acuerdo —dijo ella—. ¿Hay alguien más?

—No, por el momento esto es todo. En breve comenzaremos a trabajar en el equipo que se instalará en la segunda localización.

—Parece que esto va cogiendo forma.

—Sí, aunque tenemos todavía muchos problemas que solventar, me temo.

—Los Yokai, los Khol, la inhabitabilidad del planeta… no sé a qué te refieres —dijo ella tirando de sarcasmo.

—Bueno, nadie nos dijo que esto sería fácil ¿eh, señorita elegida?

—Calla, no me lo recuerdes —bufó ella—. A ver cómo salgo de esa.

—Bueno, si quieres un consejo: aprovecha la situación e intenta llevarla a tu terreno —dijo David—. Es una oportunidad que se nos ha presentado y creo que podemos sacar partido de ella.

—Es fácil decirlo.

—Lo sé, pero no tengo ninguna duda de que sabrás elegir el camino correcto en cada momento.

—Gracias, David —sonrió ella—. Aunque hay veces que tu optimismo y confianza desbordantes me abruman.

—Tranquila, sé lo que digo, solo tienes que confiar más en ti misma —le dijo—. Llegarás muy lejos, mucho más de lo que ahora mismo crees, y nos salvarás a todos.

La reunión llegó a su fin y el subdirector regresó a la estación espacial. Pero en la cabeza de Emily resonaba esa última frase una y otra vez. ¿Qué habría querido decir con eso?

6

El salvoconducto

3 de diciembre del año 0

Base Magallanes, Kepler-442b

La mañana transcurría con normalidad. Una fina lluvia regaba los alrededores de la base, agua que a buen seguro sería bien recibida por Kostas y sus ya incipientes cultivos, pero que dificultaba un tanto las tareas de ampliación. Emily trabajaba ya en sus ocupaciones habituales y organizaba sus próximos pasos, ajena al ajetreo de los ingenieros del director Patel en el exterior. Sabía que no debía de contactar con los keplerianos, al menos no hasta tener noticias de los Gaal-El. Por el momento prefería mantener el *statu quo* respecto a la diplomacia kepleriana.

Las amenazas de los soldados Khaavahki y su frustrado secuestro no habían mermado un ápice la determinación de Emily de cultivar las relaciones entre ambas especies. Tocaba esperar, pero la espera sería mucho más llevadera si al menos tuviera una fecha aproximada para dar el siguiente paso. Así que decidió hacer algo de tedioso trabajo burocrático y tramitar las peticiones de Chad y Taro. Habían pedido acceso al silo de la estación espacial. Los dos científicos querían realizar experimentos para exponer organismos complejos y pequeños animales a las moléculas del planeta. Era un paso importante para poder analizar los efectos de las mismas en el ser humano, así que cuanto antes empezaran, mejor.

Escribió un par de mensajes y rellenó las solicitudes pertinentes con ayuda de Ada. Por suerte para todos, la burocracia en la estación se había simplificado mucho y pronto recibió la llamada del subdirector.

—Me acaba de llegar la solicitud, ¿quizá ayer se te olvidara comentármelo en persona?

—Sí, se me olvidó por completo —reconoció ella con una sonrisa inocente—. Estos últimos días están pasando tantas cosas importantes que no sé dónde tengo la cabeza.

—Tranquila, es normal. Si no fuera por Ada, no sería capaz de acordarme de la mitad de las cosas que tengo que hacer.

—Estoy al servicio de vuestros cerebros inferiores —se burló ella.

—Ten cuidado, señorita circuitos —bromeó el subdirector—. ¿O tenemos que recordarte lo bien que funcionaba tu cerebro superior cuando se despertó Emily en la estación?

—*Touché* —respondió ella.

—Bien, la voy a aprobar —aceptó el subdirector—. Pero tened cuidado, recuerda que, según las leyes de la Tierra, la investigación con animales estaba prohibida por los tratados de Manchester. Nuestras leyes fueron redactadas teniendo en cuenta las necesidades de una colonia extraterrestre y no tenemos una prohibición al respecto, pero asegúrate de que se cumpla con los tratados en la medida de lo posible.

—Lo haré —prometió Emily—. Gracias, subdirector.

—¿Algo más que se te olvidara comentar? —preguntó.

—No… Bueno, sí —corrigió—, pero quiero esperar a recabar más información antes de dar la voz de alarma.

—Vaya, eso no suena muy bien.

—Estoy casi segura de que no será nada o de que tendrá una explicación racional —dijo Emily—. Un técnico del director Patel lo está investigando. Es un problema de software.

—Entendido. Sobre eso no puedo aportar demasiado, me temo. Pero si llegáis a alguna conclusión, quiero saberlo. Mantenme informado.

—Lo haré. Gracias, David.

Emily se levantó de su asiento tras acabar la conversación con el subdirector, cogió su ya vacía taza y se dirigió al comedor con intención de rellenarla con un poco más de café caliente. Allí estaba Evelyn, con la misma idea que ella.

—He dormido fatal esta noche —le contó la enfermera—. No sé qué me ha pasado, pero he tenido un montón de pesadillas y me despertaba cada poco tiempo.

—A mí me ha pasado alguna vez, es horrible —reconoció mientras se servía café de un termo metálico.

—¿Qué tal va todo por ahí fuera? —preguntó.

—Hoy todavía no he salido al exterior —dijo Emily—. Está lloviendo y es un rollo secar el traje para no mojar todo el suelo. Pero he mirado antes por la ventana y parece que no paran, ya tienen toda la estructura en su sitio y han empezado a trabajar en el interior de las nuevas instalaciones.

—Esta mañana el comedor parecía un centro comercial en hora punta —bromeó la enfermera en alusión a la cantidad de militares que había pernoctado en la base.

—Supongo que es el precio que tenemos que pagar para evitar que los rebeldes vuelvan a intentar llevarse nuestro material.

—Imagino que habrán hecho guardias en el exterior —añadió Evelyn—. Ahora mismo hay unos cuantos descansando en los dormitorios.

Ada interrumpió la conversación de repente.

—Emily, se acercan dos keplerianos.

—Vaya, disculpa Evelyn. ¿Quiénes son?

—A uno de ellos no lo reconozco, ya que viene con ropajes típicos de un Gaal-El. Podría ser el emisario que estabas esperando.

—¿Y el otro?

—La otra es sin duda Yisht —aseguró Ada.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque trae puesto el chubasquero verde que le regalaste.

—De acuerdo, me prepararé para salir. Para un día que quería estar tranquila…

Emily se puso su exotraje y se dirigió al exterior. Allí pudo ver cómo Yisht y su acompañante se acercaban a las instalaciones.

«Tengo que proponer que construyan una zona con techo para las visitas», pensó. «Ahora mismo no voy a poder ofrecerles cobijo, más allá de algún árbol».

—¡Hola, Emily! —saludó Yisht

—¡Yisht! ¡Qué alegría volver a verte!

La joven kepleriana era muy agradable. Emily había entablado una buena relación de amistad con ella durante su viaje al poblado Gaal-El. Era una auténtica pena que no pudieran mantener el contacto, aunque fuese por radio a través de la mochila de comunicaciones que dejaron en su casa. Pero sin saber de qué manera podían los rebeldes monitorizar la actividad del proyecto, podría llegar a poner en peligro a la propia Yisht. Su acompañante se retiró la capucha y reveló su rostro. Se trataba de Liikmi, el ayudante personal de Waafdiv, sacerdote supremo de los Gaal-El.

—Salve, mujer de metal —saludó con una profunda y respetuosa reverencia.

—Por favor, levanta. No es necesario que te postres —dijo ella incómoda con las constantes muestras de respeto—. Vayamos debajo de aquel árbol —les dijo—. Me temo que no podríais respirar en el interior de nuestros edificios, así que no puedo ofreceros cobijo. Disculpadme.

—No te preocupes —dijo Yisht mientras se dirigían al resguardo que aportaban las enormes hojas de uno de los grandes árboles cercanos a la base—. He de decirte que tu prenda es maravillosa para evitar mojarse. —Estiró el tejido para demostrar que el agua era repelida por completo en cuanto las minúsculas gotas tocaban su superficie.

—Me alegro de que te guste.

—Bien, no perdamos más tiempo —apremió Liikmi una vez estuvieron a resguardo.

El ayudante Gaal-El sacó un pergamino hecho de un grueso y tosco papel que estaba lacrado con un sello redondo en cuyo interior se adivinaban una llave y un pergamino entrecruzados. En la parte superior del sello, cuatro círculos dentados formaban un rombo irregular con otro círculo, algo mayor que los anteriores, situado en la parte superior derecha del rombo. En la parte inferior del sello, otros siete círculos dentados menores formando un trapecio irregular, girado en un ángulo carente de sentido y con tres líneas que sobresalían en diferentes direcciones y que conectaban con otros tantos círculos. Una de esas circunferencias dentadas era de mayor tamaño que las demás.

Emily abrió y desplegó el pergamino que, como era de esperar, estaba escrito a mano y en kepleriano. Ada ayudó a Emily a leerlo, superponiendo la traducción a través de su implante ocular:

Saludos.

Por la presente, yo, Waafdiv, sumo sacerdote del culto Gaal-El, le extiendo una cordial invitación al trascendental cónclave que tendrá lugar en el templo de Khormak. El cónclave se realizará según dictan nuestras ancestrales tradiciones y tendrá como único propósito la unión de nuestro pueblo, la deliberación y el fortalecimiento de las relaciones entre las diferentes facciones de nuestra sociedad.

El cónclave tendrá lugar el próximo 5 de diciembre. Les ruego confirmen su asistencia al emisario portador de esta invitación.

El destinatario de la presente y su acompañante obtendrán un salvoconducto para moverse con total libertad por el territorio conocido.

WAAFDIV, SACERDOTE SUPREMO GAAL-EL

Emily volvió a enrollar el pergamino formando un cilindro casi perfecto y se dirigió a Liikmi.

—Confirmo mi asistencia y la de Rakesh —anunció.

—Vuestra asistencia nos honra profundamente —respondió Liikmi con una nueva pronunciada genuflexión.

Emily volvió a sentirse incómoda con tanta reverencia, pero asumió que iba a ser, por suerte o por desgracia, algo bastante habitual a partir de ese momento, al menos en lo que a los Gaal-El respectaba.

—¿Puedo suponer que llegarán al poblado Gaal-El mañana por la noche? —preguntó el cultista.

—Sí, allí estaremos —confirmó Emily.

—Bien, así se lo haré saber al sumo sacerdote.

—¿Algo que deba conocer antes del cónclave?

—Nada especial —dijo Yisht—. Tan solo que hace varias generaciones que no se celebra ninguno, será algo novedoso para todos nosotros, me temo.

—¿En qué consisten? —preguntó Emily.

—Los líderes y sus respectivos ayudantes se reúnen alrededor de una mesa redonda y tratan el tema por el que se haya convocado el cónclave. Una vez discutidos los puntos a tratar y escuchadas todas las partes, voces y opiniones, todos se retiran durante cinco días, en los cuales no podrán tener contacto con nadie más. Durante ese periodo de reflexión, los líderes y sus ayudantes tendrán que sopesar y tomar las decisiones correspondientes.

—Entiendo —dijo Emily—. He de suponer, entonces, que el día del cónclave no se tomará ninguna decisión.

—Eso es —afirmó la kepleriana—. Las decisiones se pondrán en común en otro cónclave, se realizará una votación y se decidirán los signos de las diferentes resoluciones propuestas a voto.

—Parece bastante democrático —comentó Emily—. Aunque tiene pinta de ser un proceso bastante lento.

—Lo es —reconoció Yisht—. De hecho, puede alargarse durante muchas semanas, ya que alguno de los líderes puede requerir o aportar más información sobre los temas tratados si estos no han quedado claros durante los cónclaves anteriores.

—O sea, que puede que tengamos que viajar multitud de veces durante los próximos días.

—Sí, es posible que así sea.

—Bien. ¿Y cuánto puede durar un cónclave?

—Entiendo que dependerá de los temas a tratar —dijo Yisht—. No creo que este dure más de un día, pero según los libros de historia algunos duraron cientos de días.

—Vaya, sí que tenían cosas que gestionar.

—Eso parece.

—Allí nos veremos —zanjó Emily.

—Por favor —dijo Liikmi—, recuerde que la propia invitación actuará como salvoconducto para poder moverse con libertad por el territorio.

—Entendido.

—Muy bien. Pues si me disculpan, debo concluir con mis cometidos —indicó él, realizando una vez más su exagerada reverencia.

—Sí, y yo debo acompañarle de vuelta —lamentó Yisht—. Lo normal es entregar estos mensajes mediante un ave mensajera, pero no tenemos ninguna entrenada para llegar hasta aquí, así que Khikhya me ha pedido que le acompañe, para mostrarle el camino.

—¡Ah! —se sorprendió Emily—. No sabía que tuvierais un medio de comunicación a distancia.

—Sí —dijo ella—. Es bastante habitual que los líderes de los diferentes poblados intercambien mensajes cortos entre ellos. Pero, para entregar este, Liikmi ha tenido que venir en persona.

—Vaya, lo siento mucho, Liikmi.

—No importa, mi señora. Lo hago con gusto y devoción —dijo con otra reverencia.

—De acuerdo —respondió Emily—. Nos veremos mañana antes de que anochezca.

Los dos visitantes se alejaron por el mismo camino por el que habían llegado y Emily volvió hacia la base. Vio al director Patel, que estaba dirigiendo las obras de ampliación, como de costumbre. Se acercó hasta él y le preguntó si sería posible añadir un pequeño módulo adicional, sin ningún tipo de soporte vital en su interior. Tan solo una sala de reuniones y un par de habitaciones, para poder recibir a visitas en el futuro.

—Claro, Emily —aceptó el director—. Déjame organizarlo. Tenemos módulos más pequeños en la estación, así que cuenta con ello.

—Gracias, director Patel.

—¿Necesitas algo más? —preguntó él al ver que seguía pensativa.

—Pues… no lo sé —dijo ella mientras algo le daba vueltas en la cabeza—. Verá, me preguntaba si sería posible fabricar algún tipo de artilugio para que los keplerianos puedan sobrevivir en nuestras condiciones atmosféricas.

—¿Te refieres a respirar nuestro aire o tener su propio soporte vital?

—Sí, justo a eso.

El director Patel se quedó pensativo unos momentos.

—Sería muy interesante desde el punto de vista diplomático —añadió ella—, y por qué no decirlo, también desde el punto de vista sociológico, poder invitar a los keplerianos a nuestra base, o incluso llevarlos a la estación espacial. Sus reacciones podrían ser dignas de estudio.

—Sí, la verdad es que sería, cuanto menos, algo curioso —reconoció él—. Disponemos de muchos trajes no asistidos, similares a los de los antiguos astronautas. Si obviamos las diferentes proporciones de nuestros cuerpos, en teoría sería posible adaptar algunos de esos trajes para su uso por parte de los keplerianos.

—¿Y el oxígeno?

—Supongo que se podría regular la cantidad de oxígeno que entra en el traje para adecuarlo a lo que encontramos en este planeta. Sería incluso más sencillo que el sistema que tienes en tu exotraje para no utilizar suministro de aire.

—¿Podríamos disponer de algún traje para hacer la prueba?

—Déjame estudiarlo con una de las ingenieras especialistas, pero dudo mucho que encontremos alguna pega.

—Sí, claro, sin problema. Gracias, director.

Emily volvió de nuevo al interior de las instalaciones y tras secar a conciencia el exotraje, se lo quitó de nuevo. Tenía un viaje que organizar y esperaba tenerlo todo bien atado antes de acabar el día.

—Hola, subdirector —saludó.

—Hola, Emily. ¿Qué es lo que se te ha olvidado comentarme esta vez?

—Nada, nada —rio ella—. Es solo que hay novedades respecto al cónclave. Ya tenemos la invitación —le enseñó el pergamino, que había embolsado antes de acceder a las instalaciones para evitar cualquier tipo de contaminación.

—Bien. ¿Cuándo será?

—Pasado mañana.

—En el poblado Gaal-El, entiendo.

—Eso es.

—Y, ¿cómo pensáis llegar hasta allí?

—Entre otras cosas, por eso te llamo —le dijo ella—. Me gustaría saber si podemos disponer de otro rover para que nos lleve, son más de cuarenta kilómetros y, aun con los trajes, nos llevaría mucho tiempo y consumo eléctrico. Además, ahora mismo nuestra única mula está siendo estudiada por uno de los técnicos del director Patel.

—Por supuesto, Emily —aceptó el subdirector—. Déjalo de mi mano, esta misma tarde haré que te envíen un rover y un par de mulas adicionales.

—Gracias, nos vendrán bien.

Emily acababa de cerrar lo más importante, que era el transporte. Ahora tenía que avisar a su compañero de viaje de las nuevas noticias. Encontró a Rakesh en la zona común junto al comedor, sentado en los cómodos sofás mientras ojeaba unos documentos en su terminal.

—Ya tenemos la invitación —agitó la bolsa en su mano.

—Vaya —dijo él extrañado—. ¿Cómo ha llegado?

—La han traído Liikmi y Yisht.

—¿Cuándo nos vamos?

—El cónclave es en dos días. El subdirector nos proporcionará un rover, así que saldremos mañana después de comer, estaremos allí en hora y media, más o menos.

—¿Y cómo vamos a cruzar el río con ese trasto?

—Le diré a la teniente Balakova que nos lleve hasta el claro del otro lado del río.

—Bien. —Se levantó del sofá—. Tendremos que preparar todo el material, provisiones y demás. ¿Sabemos cuánto va a durar?

—No, la verdad —reconoció Emily—. No debería de ser más de un día. Podríamos volver ese mismo día, aunque sea de noche.

—Bien, pues no parece que haya mucho que preparar.

—No —dijo Emily—, pero intenta descansar esta noche, mañana casi seguro que no podrás hacerlo con el exotraje puesto.

Emily dejó a Rakesh en la zona común. Solo le quedaba un detalle importante que cerrar. Teniendo en cuenta que el salvoconducto era válido tan solo para ellos dos, no parecía adecuado llevar escolta militar. Aun así, decidió hablar con Robert, no solo por lo estrictamente profesional, sino porque necesitaba oír su voz.

—Hola —saludó ella.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien —respondió—. Organizando un viaje.

—¿Ya ha llegado la invitación al cónclave?

—Sí, hace un rato. Será en dos días, en el templo. Solo podemos ir Rakesh y yo.

Robert pareció preocuparse.

—Tranquilo —se adelantó ella—, estaremos bien. Dudo que nos convoquen a un cónclave para sacrificarnos a sus dioses.

—No me preocupan los Gaal-El —dijo Robert—. Es el capitán Garth y sus nuevos amigos Khaavahki los que me quitan el sueño.

—No creo que se arriesguen a una confrontación que les ponga en contra del resto de los líderes keplerianos —razonó Emily—. Estaremos bien.

—Aun así, tendré un par de transportes en el aire, lejos de miradas indiscretas, para poder operar de manera rápida.

—De acuerdo —aceptó Emily—. Si con eso te quedas tranquilo, no seré yo quien te lleve la contraria. Estaremos bien, de verdad. Además, vamos a ir en uno de los rover, así que el viaje será mucho menos arriesgado que la última vez.

—¿Tenéis alguno allí? —preguntó Robert.

—No, pero el subdirector me ha dicho que nos enviará uno esta misma tarde.

—Podría encargarme yo de gestionarlo.

—No, me ha dicho que se ocupaba él. Pero bueno, no hablemos del cónclave, para variar. ¿Qué tal estas?

—Bien, con muchas cosas que hacer, pero bien. El nuevo puesto tiene más responsabilidades de las que creía —sonrió—. Pero es llevadero. Lo más difícil es estar lejos de vosotros, lejos de ti.

—Sí, yo también te echo de menos —reconoció ella, melancólica—. Y me consta que el resto también.

—Me encantaría estar ahora mismo allí, contigo.

—Y a mí me encantaría que estuvieras aquí. Pero supongo que ya tendremos tiempo para eso…

—Sí, ahora no nos queda otra que esperar.

—¿Alguna novedad por ahí arriba? —quiso saber.

—No, nada reseñable —respondió él—. La mitad de los ingenieros trabajan en la ampliación y la otra mitad en los planes para la segunda base.

—¿Y vosotros?

—Nosotros estamos ya preparando e instruyendo a los que formarán parte del nuevo remplazo —explicó.

Emily y Robert conversaron un rato. Ambos se echaban de menos y se les hacía difícil pasar tanto tiempo separados el uno del otro. Y aunque eran pragmáticos y sabían que lo importante de verdad en esos momentos era el proyecto, no podían evitar pensar que quizá su relación hubiera sido más fácil en otras circunstancias.

Luego concluyó los preparativos para el resto del viaje. Esa misma tarde, el subdirector les hizo llegar uno de los rover de exploración que había en la estación espacial. Con la ayuda de su exotraje y una mula cargó las baterías, los depósitos de oxígeno y las provisiones en la parte de atrás del vehículo.

7

El viaje

4 de diciembre del año 0

Base Magallanes, Kepler-442b

Emily caminaba por una enorme caverna. El agua discurría por pequeños arroyos que nacían de la humedad de las paredes. Alguien había llamado su atención en el fondo de la cueva. Era Steven Rhodes, su padre. Sin embargo, no importaba lo rápida que fuera al intentar llegar hasta él, siempre se alejaba a más velocidad de la que ella podía alcanzar. Por más que lo llamaba con todas sus fuerzas y corría detrás de él con toda su alma, sus pulmones no emitían ningún sonido y su padre siempre se alejaba más y más. Le daba la impresión de que la cueva se hacía más grande a cada momento que pasaba. El camino pedregoso por el que avanzaba parecía cada vez más ancho, se deformaba mientras intentaba llamar a su padre con lágrimas en los ojos.

Pasó a toda velocidad entre las familias de Yokais que vivían allí dentro. Pudo ver al joven al que había ayudado a salir de aquel pasadizo. Llevaba la manta isotérmica con la que lo había cubierto. A medida que la cueva crecía en longitud y altura, comenzaron a verse árboles dentro de la misma. Los árboles eran cada vez más y más grandes y tenían estructuras fijadas en sus troncos, como si hubiera un poblado kepleriano dentro. Pudo ver a Shildii mientras pasaba a toda velocidad, a Yisht e incluso a Khikhya. Pero ella tenía que seguir corriendo, su padre cada vez se alejaba más. De vez en cuando miraba hacia atrás, como queriendo asegurarse de que ella lo seguía.

Llegó un momento en la expansión del tamaño de la cueva en el que ya era tan grande que apenas se distinguían el techo y las paredes. De pronto, vio cómo su padre entraba dentro del templo de los Gaal-El. Cuando Emily llegó a la misma altura y cruzó las dos enormes puertas de entrada, se dio cuenta de que no había suelo dentro del templo. Cayó durante unos interminables segundos; se removió en sueños hasta que se dio cuenta de que ya no estaba en la cueva, sino en el espacio. Flotaba, sin necesidad de traje ni de soporte vital alguno.

Se giró en todas direcciones en estado de ingravidez y buscó a su padre con la mirada. Allí no había nadie más. Pero vio algo que la sorprendió: la estación Galileo. Detrás de ella, un planeta con tres grandes continentes cuya superficie de color rojizo destacaba sobre el azul de sus océanos. Detrás de ambos había un agujero negro.

«¡Cuidado!», intentó gritar en sueños. Su garganta, sin embargo, no emitió ningún sonido. Emily movió los brazos con desesperación e intentó acercarse a la estación espacial. «¡El agujero negro os absorberá!». Nada.

Justo cuando parecía empezar a moverse del sitio, una cápsula salió despedida de la estación espacial. En ese mismo instante, y casi en lo que dura un suspiro, el planeta se deformó hacia el agujero negro, formando un hilo infinito sobre el que desapareció. La estación espacial sufrió poco después la misma suerte. Y, por último, ella misma sintió cómo el agujero negro la atraía hasta ser estirada y tragada en apenas una milmillonésima fracción de segundo. Sintió la enorme fuerza de atracción del agujero negro y el enorme peso de su núcleo sobre su cuerpo deformado.

Entonces se despertó, casi dos horas antes de que sonara la alarma, empapada en sudor.

Se acercó al comedor. Todavía temblaba por la pesadilla y recordaba a la perfección cada detalle de la misma. Allí, Rakesh disfrutaba de su ya habitual té de las mañanas.

—¿No podías dormir? —le preguntó sorprendido.

—He tenido una pesadilla horrible.

—Vaya, lamento oír eso. ¿Algo que te preocupa? ¿Necesitas hablar?

—No, creo que no —respondió ella—. Solo necesito calmarme un poco.

—Si quieres, puedo prepararte un té —se ofreció—. Pero de los de verdad, no el agua de fregar los suelos que sale de la dichosa máquina.

—Eso estaría genial.

El antropólogo calentó un poco de agua y sacó unas cuantas hojas de una caja metálica que había guardada en uno de los armarios. Las hirvió todas juntas y al acabar añadió algo de leche. Cuando estuvo listo, le ofreció a Emily una taza.

—Esto es *Gakhir Sah*, una de las variedades de té más extendidas de mi antiguo país. Lo habitual es tomarlo con algo de leche, azúcar y algunas especias. Por desgracia, no dispongo de especias aquí, pero el té sigue siendo de muy buena calidad.

Emily olió el aroma que desprendía el té y, tras enfriarlo mediante unos prolongados soplidos, dio un pequeño sorbo.

—Está muy rico —reconoció—. No tiene nada que ver con el que hacen las máquinas.

—Sí, lo sé —dijo él—. Este es de verdad, hecho como toda la vida.

—¿De dónde lo has sacado? —quiso saber.

—Digamos que tengo mis métodos para conseguir cosas de calidad. Eso, y que solo le puse una condición a tu padre cuando quiso reclutarme: la posibilidad de traer y disponer de té de buena calidad.

Emily sonrió al escuchar la curiosa exigencia del antropólogo. Se relajó y rio durante un buen rato con la conversación que mantuvo con Rakesh. Ya lo percibió la primera vez que hablaron, hacía ya unos cuantos meses en el comedor de la estación: había algo en su voz que de alguna manera lograba tranquilizarla.

—Por lo menos ya has recuperado el tono —dijo Rakesh—. Por el color de tu piel, parecía que hubieras visto un fantasma.

Emily solo asintió, aunque en su fuero interno pensó que tal vez era justo eso lo que acababa de ocurrir.

—Ya me encuentro mucho mejor. Gracias, Rakesh.

—No hay de qué —respondió mientras consultaba su reloj—. Es buen momento para empezar a pensar en los últimos preparativos del viaje, ¿no crees?

—Sí, será mejor que nos movamos.

Los dos participantes en el cónclave prepararon con sumo cuidado todo el material y los suministros que iban a necesitar durante la travesía. Eliminaron los asientos de la parte de atrás del rover y lo cargaron con lo suficiente para sobrevivir durante diez días. No querían correr ningún riesgo y no sabían cuánto iba a alargarse el cónclave. También llevaban una mula para

poder desplazarse por el templo o el poblado si fuese necesario prescindir del rover.

Se despidieron de sus compañeros después de comer, y cuando el sol ya había cruzado el punto más álgido, iniciaron su viaje. La piloto Balakova los llevó hasta el claro en el que se habían encontrado otras veces con los keplerianos. Una vez allí, y ya montados en el vehículo terrestre, abandonaron la nave y se dirigieron hacía el poblado de los Gaal-El.

El rover era un vehículo autónomo, por lo que no era necesario conducirlo. Y aunque permitía tomar el control, ninguno de los dos era tan entusiasta de la automoción como para hacerlo.

—Tendremos una hora más o menos hasta el poblado, teniendo en cuenta que el camino no será del todo uniforme —dijo Emily.

—Es una pena que no haya aerotaxis aquí —se lamentó el antropólogo—. Llegaríamos en un periquete.

—En realidad, esto no esta tan mal —sonrió ella—. A mí me relaja bastante viajar por la superficie. Además, nos faltan infraestructuras para que los transportes aéreos autónomos puedan funcionar aquí, al menos con ciertas garantías.

—Sí, lo sé. Supongo que pasarán muchos años hasta que podamos disfrutar de todas las comodidades que teníamos en la Tierra.

—Pero al menos, así podremos conversar durante el trayecto.

—De hecho, antiguamente es lo que se hacía en estos casos —sonrió—. Conversemos, entonces ¿cómo crees que será el cónclave?

—La verdad es que no lo sé —reconoció ella—. He intentado imaginármelo, pero no se me ocurre gran cosa. Imagino que se reunirán los líderes y discutirán la propuesta de los Gaal-El.

—¿Y qué crees que van a proponer?

Emily se encogió de hombros.

—Supongo que será algo relacionado con nosotros y sus sagradas escrituras —dijo—. Quizá hablen también del mando único de los pueblos keplerianos.

—¿Crees que el resto de los líderes tribales estarán dispuestos a ceder el mando? —preguntó el antropólogo.

—No lo creo —respondió Emily—. Si la ambición y el ansia de poder keplerianos son la mitad de fuertes que los de los líderes humanos, dudo mucho que alguno de ellos sea siquiera capaz de planteárselo.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Rakesh—. Sobre todo, viendo cómo se dirigió a nosotros el lugarteniente de Vaahur, el líder Khaavahki, cuando irrumpió en las dependencias de Khikhya.

—¿Cómo crees tú que va a ser? —preguntó Emily.

—Imagino que, siendo una tradición que hace tantos años que no se lleva a cabo, Waafdiv habrá desenterrado del olvido algunas antiguas escrituras para poder llevarlo a cabo tal y como se hizo la última vez. Me lo imagino como algo muy espiritual y, por qué no, también un tanto pomposo. Es posible que se lea algún tipo de texto sagrado, que se recuerden a los ancestros o incluso que se lleve a cabo algún tipo de ceremonia o liturgia religiosa.

Emily sintió un ligero escalofrío al imaginarse en medio de una ceremonia así, no ya como

espectadora del rito, si no siendo una parte troncal de la misma.

—Después de las formalidades y la pompa —continuó Rakesh—, supongo que pasarán a la política. Waafdiv expondrá los motivos por los que se ha convocado el cónclave y el resto de líderes decidirán si apoyan o no lo que quiera que sea que les proponga.

—Sí, aunque Yisht me advirtió que habrá otro cónclave para hacer públicas las decisiones de cada uno de los líderes. Así que mucho me temo que tendremos que hacer más viajes como este en los próximos días.

—Lo cierto es que es fascinante encontrarnos en medio de todo esto —le aseguró Rakesh—. Todavía no acabo de creerme que estemos tratando con una raza alienígena inteligente.

—Sí, todo está yendo demasiado rápido.

Ambos notaron cómo el camino y el terreno eran algo irregulares en algunas zonas. Pero, a pesar de que ya habían pasado por allí antes, dentro del carromato de los Gaal-El, no fueron capaces de reconocer ninguno de los lugares que veían desde el vehículo. De hecho, no sabrían siquiera cuánto tiempo les quedaba de viaje de no ser por la pantalla del rover, en la cual Ada les indicaba en todo momento su posición. No habían pasado ni quince minutos desde la salida cuando Emily observó movimiento en el camino, unos cuantos metros más adelante. Se trataba de un carro, con un animal de tiro al frente y un kepleriano sentado en la parte delantera de la estructura de madera.

—Se acerca alguien —advirtió Rakesh.

—Sí, parece un simple kepleriano transportando algo —observó Emily.

A medida que el carro se acercaba, vieron con más detalle al kepleriano que llevaba las riendas de un *fhore*. Parecía distraído, casi dormido. Pero, de repente, y tras reparar en la presencia del rover, dio un tremendo respingo en el pequeño tablón sobre el que iba sentado en el carro. A punto estuvo de caerse.

El kepleriano detuvo casi por completo el vehículo y se quedó expectante, esperando a que ellos pasaran a su lado. Cuando Emily y Rakesh llegaron a su altura, no pudieron evitar soltar una pequeña carcajada al dejarlo atrás y ver su expresión de incredulidad.

—¿Qué crees que habrá pensado? —preguntó Emily mientras observaba por una de las pantallas cómo el kepleriano retomaba la marcha.

—No creo que haya pensado que somos un animal —dijo Rakesh—. Pero teniendo en cuenta que, según Yisht, los Khapabir disponen de vehículos movidos por alguna tecnología similar al vapor, tal vez haya pensado que el rover es alguna invención kepleriana.

No tardaron en llegar a una zona un poco más complicada para los vehículos. El camino serpenteaba entre multitud de árboles y pequeños accidentes orográficos y había comenzado a ascender hacía las montañas. Se notaba que estaban cada vez más cerca del único y angosto paso que permitía la entrada en los dominios de los Gaal-El. Unos pocos minutos después de comenzar la ascensión, el camino transcurría entre dos montañas, dejando menos vegetación a los lados y convirtiendo la zona en un lugar perfecto para realizar una emboscada o situar un control militar, como era el caso.

Emily y Rakesh pudieron ver en la distancia un pequeño puesto de madera que hacía las veces de garita para los soldados keplerianos que estaban de guardia en aquel paso. En un lugar cercano, bajo un enorme árbol que había sobre un pequeño pedregal, se intuía una edificación de madera de grandes dimensiones. A buen seguro se trataba de las dependencias del destacamento

que controlaba el paso entre la población Gaal-El y el resto de las poblaciones keplerianas. Vaahur había aumentado la presencia militar en los caminos desde la aparición de los humanos en el planeta; sin duda quería controlar el movimiento de los expedicionarios.

Uno de los keplerianos, ataviado con un jubón de color verde y una coraza ligera de metal que acompañaba con una larga y amenazadora alabarda, levantó un brazo y les hizo un gesto para que disminuyeran de velocidad.

—Ahora comprobaremos cómo de válidos son los salvoconductos que nos entregó Liikmi —murmuró Rakesh.

—Espero que sean buenos —dijo Emily, nerviosa.

—A diferencia del campesino, este soldado ni se ha inmutado al ver el rover.

La presencia militar era abundante en la zona. No habían podido comprobar el tamaño de la guarnición cuando pasaron por ahí hace unos días, pero en esta ocasión pudo contar hasta siete soldados, dos de ellos montados en *fhores*. Además, estaba convencida de que en el cuartel aledaño había muchos más.

Ada detuvo el rover a una distancia prudencial, ni demasiado cerca ni demasiado lejos del soldado; no quería realizar ningún movimiento que fuera considerado una amenaza. El primero de ellos se acercó con calma, confiado, observando el vehículo sin prestar demasiada atención ni parecer sorprendido por su presencia allí. Quedaba claro que estaban avisados de su llegada.

Emily accionó el control para bajar el cristal de su puerta.

—Buenas tardes —saludó.

El soldado la miró, luego se fijó en Rakesh, pero no dijo ni una palabra. Continuó hacia la parte trasera del rover y dio la vuelta por el otro lado. Luego volvió a la pequeña garita de guardia y habló con alguien en el interior.

Al cabo de un rato apareció otro soldado. No llevaba coraza alguna, tan solo un jubón del mismo color verdoso que el anterior. Ambos se acercaron de nuevo al vehículo. Delante iba el que, de forma bastante evidente, era el de rango superior.

—Buenas tardes —saludó el oficial kepleriano con tono seco.

—Buenas tardes —volvió a decir Emily.

—Supongo que son ustedes los extranjeros que estábamos esperando —dijo.

—Supongo que sí. —Emily se encogió de hombros.

—Tienen un transporte de lo más interesante —afirmó sin parecer del todo sorprendido.

—Gracias —respondió ella.

—¿Qué llevan en la parte de atrás? —preguntó.

—Provisiones.

—Entiendo que no habrá ningún problema en revisar esas provisiones —dijo el militar.

—En absoluto. —Emily abrió la puerta y bajó del vehículo.

Acompañó a los dos militares hasta la parte trasera y abrió el portón del rover. Dentro, apiladas de forma ordenada a ambos lados, se encontraban decenas de pequeños bultos con el oxígeno y la comida necesaria para los siguientes días. En medio, con sus patas plegadas y en posición de reposo, descansaba una de las mulas de la expedición Asimov.

El oficial kepleriano observó con atención los bultos de los laterales y, cuando reparó en la mula, preguntó:

—¿Qué es eso? —quiso saber.

—Es un artilugio para transportar objetos pesados en lugares de difícil acceso —indicó ella.

Los soldados miraron con atención la mula, sin entender cómo aquel amasijo de metal y polímeros de última generación podían hacer lo que Emily les estaba diciendo.

—Ada —pidió Emily—, haz que la mula baje del rover.

La mula desplegó sin previo aviso sus patas y se dirigió hacia la puerta trasera. Los militares dieron un salto hacia atrás. Uno de ellos bajó su alabarda y apuntó hacía la mula. El oficial, por su parte, sacó su espada de la vaina que llevaba atada en su cinturón.

—¡Por los antiguos dioses! —espetó con la cara desencajada— ¿Qué demonios es esa cosa?

—Tranquilos —dijo Emily, a medio camino entre la cautela y la carcajada—. Es solo un animal de metal. Es inofensivo.

El oficial, un tanto asustado al ver que aquella cosa no modificaba su intención de salir, dio unos pocos pasos atrás apuntando a la mula y a Emily de manera indistinta.

—¡Haga que pare! —ordenó con un grito.

—Ada, detén la mula —pidió Emily con las manos en alto.

Cuando la mula se detuvo, el oficial se calmó un poco. No les había hecho ninguna gracia. No les convenía jugársela, así que ordenó a Ada que la volviera a introducir en el rover.

—Quiero ver su salvoconducto —pidió el oficial muy serio mientras guardaba de nuevo su espada.

—Claro.

Emily volvió al asiento del piloto, recogió la invitación al cónclave y se la entregó de inmediato al tenso oficial. Este observó con atención el pergamino. Tras una prolongada revisión, levantó la mirada del papel y se lo devolvió a Emily con desdén.

—Pueden continuar —dijo—. Pero asegúrese de que esa cosa de atrás no provoca ningún problema.

—Lo haré —respondió ella mientras se acomodaba de nuevo en el asiento.

El oficial les hizo un gesto al resto de soldados de la guarnición, que se apartaron para dejar paso al rover. A partir de ese momento, el camino se volvía mucho más escarpado y complicado, aunque no era nada con lo que el vehículo autónomo no pudiera lidiar.

—Reconozco que ha habido un momento en el que he dudado de que nos dejaran pasar —confesó Emily soltando un suspiro de alivio.

—Sí, cuando ha desenvainado su espada yo tampoco las he visto todas de nuestra parte —coincidió Rakesh.

—Parece que tienen órdenes de dejarnos pasar.

—El líder Khaavahki sabe que tiene que vencernos haciendo política —observó Rakesh—. De momento, los humanos no hemos realizado ningún acto que pueda ser considerado como una amenaza. Si los Gaal-El y los Wiikhaadiiz ofiz nos apoyan, tendrá que medir mucho sus movimientos si no quiere provocar un efecto contrario al que busca.

Emily pensó mucho en las palabras de Rakesh. Tenía razón y eso la hizo plantearse por qué tomaría la decisión de secuestrarla. Si por aquel entonces ya contaba con el apoyo de los Wiikhaadiiz ofiz, ¿para qué intentar nada? ¿Tendrían los Gaal-El tanta capacidad como para hacerle cambiar de opinión y de estrategia respecto a ella?

Fuera como fuese, no tardaron mucho más en llegar a los lindes de la población Gaal-El. Como no tenían muy clara cuál iba a ser la agenda del cónclave, se dirigieron a la pequeña posada donde Liikmi les había alojado la última vez. Tenían la esperanza de que, de la misma manera, hubiera alguien esperando su llegada. Y estaban en lo cierto, allí aguardaba el solícito ayudante personal de Waafdiv.

Ada detuvo el vehículo detrás del alojamiento, donde pasaba desapercibido desde la avenida principal.

—Liikmi, que alegría verte de nuevo —saludó Emily cuando bajó del rover, haciendo un cariñoso gesto con sus manos.

—Yo también me alegro de verlos —respondió él mientras hacía una profunda reverencia—. El sumo sacerdote les manda saludos y les pide disculpas por no poder estar aquí para recibirles. Ahora mismo se encuentra en el templo, preparando la ceremonia de mañana —añadió mientras les invitaba a entrar en el interior de la pequeña pero acogedora posada.

—¿Cómo debemos proceder de cara al cónclave? —se interesó Rakesh.

—Esta noche dormiremos aquí abajo —dijo él—. Mañana, al amanecer, les acompañaré hasta el templo. Allí asistirán a la ceremonia que da inicio al cónclave y a lo largo del día se les dará paso al mismo.

—¿No asistiremos al cónclave desde el principio? —preguntó extrañado Rakesh.

El ayudante sacudió la cabeza de un lado a otro.

—Tan solo los líderes keplerianos pueden participar en él. Sin embargo, dada la condición extraordinaria de la elegida se hará una excepción, llegado el momento. Así lo estipulan nuestras tradiciones ancestrales.

—Entiendo.

—¿Ya han llegado el resto de los líderes? —preguntó Emily.

—Vaahur, el líder Khaavahki y Khikhya, la líder Wiikhaadiiz ofiz, ya se encuentran en las dependencias presidenciales del monasterio —explicó el kepleriano—. Khaaÿ, el líder Khapabir, todavía no ha hecho acto de presencia. Aunque todavía es pronto y me temo que la puntualidad no es una de las características del líder Khapabir.

Estaba en lo cierto, todavía no era ni media tarde, así que había tiempo de sobra para que llegara antes de que cayera la noche.

—¿Qué podemos hacer en el poblado hasta la noche? —preguntó Rakesh.

—Esperar —respondió él sin entender muy bien la pregunta—. Les he preparado las mismas habitaciones que la otra vez.

—¡Oh! —exclamó Emily—. Creo que dormiremos los dos en la misma habitación esta vez.

Liikmi se detuvo extrañado, sin comprender ese repentino cambio. Pero al mirarlos pareció darse cuenta de que tendrían costumbres diferentes, así que lo dejó estar sin hacer más preguntas.

—Como deseen —aceptó—. ¿He de suponer que no necesitan que les prepare nada para

cenar ni desayunar?

—No, gracias, Liikmi —dijo Emily—. Consumiremos nuestra propia comida.

—De acuerdo —respondió—. Si me necesitan, estaré en una de las viviendas de ahí enfrente —añadió mientras hacía una profunda genuflexión y dejaba a sus invitados solos en la antigua posada.

8

La ceremonia

5 de diciembre del año 0

Poblado Gaal-El, Kepler-442b

Rakesh y Emily pasaron la noche aburridos, contemplando la poca actividad de la avenida. Tan solo un par de keplerianos volviendo a sus casas y una kepleriana que perseguía a sus díscolos animales domésticos, poco conformes con tener que regresar al corral. Después intentaron dormir y descansar, aunque a duras penas pudieron hacerlo embutidos en sus trajes como estaban. Ada los despertó en cuanto los primeros rayos de luz asomaron entre las copas de los árboles de la zona.

—¿Has podido dormir algo? —preguntó Rakesh.

—No mucho —reconoció Emily. Había vuelto a soñar con la cueva en la que se encontraba con su padre—. Me costó bastante conciliar el sueño. Este dichoso traje es muy incómodo para cualquier cosa que no sea moverse. ¿Y tú?, ¿has podido dormir?

—Sí, no demasiado mal —confesó—. A pesar de mi edad, todavía soy capaz de dormirme en casi cualquier circunstancia, o quizá sea que me estoy acostumbrando a estar dentro de esta lata.

Tras desayunar algo en la habitación, bajaron las escaleras de la posada y salieron al exterior. Caía una lluvia fina que se colaba entre las copas de los árboles, provocando una bonita y curiosa estampa.

—Vaya —exclamó Rakesh—. Es impresionante, parece que llueve debajo de los árboles.

—Sí, es un efecto precioso —coincidió ella.

Liikmi se les acercó enseguida, atento a cualquier movimiento de sus invitados. Emily no sabía si era por su naturaleza servicial o si se trataba de una cuestión de seguridad, para evitar que nadie reparara en aquellos peculiares extranjeros.

Se acercó a ellos y les regaló una de sus ya habituales reverencias.

—¿Están ya preparados?

—Sí —dijo Emily—. Aunque tenemos que sacar algo de material de nuestro vehículo antes de comenzar la ascensión.

Emily y Rakesh cargaron la mula con provisiones suficientes para un par de días. Habían decidido dejar allí el rover, no querían subirlo hasta el templo por si eso suponía algún problema; recordaban algunos tramos con escaleras y no sabían muy bien dónde podrían dejarlo. En el poblado, escondido de miradas indiscretas, estaría bien. Además, en caso de necesidad, Ada podría llevarlo hasta el templo si fuera preciso.

—Estamos preparados —avisó Emily.

—Perfecto —dijo Liikmi—. Vayamos entonces al templo.

Los tres, junto con la mula que seguía con atención los pasos de Emily, comenzaron la

ascensión por las rampas que conducían hasta el templo de los Gaal-El.

—¿Ha llegado la expedición de los Khapabir? —se interesó Emily.

—Sí —confirmó el joven kepleriano—. Llegaron casi de madrugada.

—Qué tarde.

—Sí, debieron de tener algún tipo de problema con uno de sus vehículos sin *fhores* —explicó —. Salvando las distancias, parece que se mueve por arte de magia, como el de ustedes.

—No hay nada de magia detrás de eso —sonrió Emily—. Es solo tecnología.

—Discúlpeme, señora —dijo él—. Nunca he logrado entender ninguno de los prodigios de los Khapabir, y los suyos parecen todavía más mágicos.

—Es normal, nadie nace sabiendo. Son las civilizaciones y sociedades las que deben proveer de conocimiento a sus individuos para que estos puedan ayudar a evolucionar a las sociedades con nuevas creaciones y prodigios.

El camino, quizá por haberlo andado con anterioridad, o tal vez por el ansia que tenían de llegar al cónclave, se les hizo más largo de lo normal. Si bien con los exotrajes el cansancio no resultaba un problema, se hizo bastante pesado. Emily quería que se resolvieran sus dudas cuanto antes.

Para cuando llegaron a la explanada del monasterio, ya había dejado de lloviznar. Y como si anunciaran su llegada, unos ligeros rayos de luz comenzaban a atravesar las espesas nubes que habían descargado durante las últimas horas.

Los tres subieron la amplia escalinata que daba acceso al templo, dejando a los lados los bustos de los anteriores sumos sacerdotes que las decoraban. En la explanada de la parte superior, casi en la entrada del templo, cientos de cultistas organizados en perfectas hileras conformaban algo parecido a un tablero de ajedrez. Solo que había muchos más cultistas que piezas en aquel tablero imaginario. Todos iban equipados con unos inmensos cayados de madera y dejaban en el pasillo central, al que todos miraban, espacio suficiente para que los invitados al cónclave entraran en el templo.

—¿Qué se supone que debemos hacer ahora? —preguntó Emily.

—Entrar en el templo —dijo Liikmi—. Allí dará comienzo en breve la ceremonia previa al cónclave.

—¿Tenemos que participar nosotros de alguna manera? —preguntó Rakesh.

—No. Tan solo los líderes lo harán. Una vez concluida la ceremonia, los líderes se reunirán en la Cámara de la Concordia, donde dará comienzo el cónclave. A ustedes les llamarán cuando así lo disponga el sumo sacerdote. Mientras tanto, deberán esperar en el interior del templo.

—De acuerdo —aceptó Emily, satisfecha con las explicaciones—. Creo que podemos entrar.

Emily y Rakesh, junto con Liikmi, que iba dos metros por detrás, comenzaron a recorrer el camino que los separaba de la entrada al templo. En cuanto llegaron a la primera de las hileras de cultistas los dos que se encontraban más próximos a ellos golpearon el suelo con fuerza. La madera retumbó contra las enormes losas de piedra que decoraban la explanada. De inmediato, los dos que se encontraban detrás hicieron lo propio y así, de forma sucesiva, hasta llegar a los dos últimos. Emily estuvo a punto de detenerse en seco por lo repentino de aquel gesto, pero lo cierto era que estaban tan coordinados que resultó algo digno de ver.

Volvió a repetirse la misma acción cuando llegaron a la segunda hilera, y también con las

sucesivas. Era una curiosa manera de anunciar la llegada de los invitados a la ceremonia. Rakesh miraba a uno y otro lado, maravillado por aquella bienvenida. Cruzaron el umbral de la puerta del templo cuyas trabajadas hojas, grabadas en una fina placa de metal cobrizo, volvieron a impresionar a Emily y dejaron boquiabierto a Rakesh, que no había podido observarlas desde tan cerca. Pasaron unos segundos hasta que los visores del traje reajustaron la iluminación y pudieron ver lo que había en el interior, que a pesar de los tímidos rayos de sol que atravesaban la puerta continuaba en penumbras.

La estancia había sido limpiada y adecuada para tan magno evento, y lo que Emily había percibido hacía unos días como un lugar descuidado y envejecido, ahora tan solo parecía viejo. Aún con todo, Rakesh emitió un discreto sonido de admiración cuando alzó la vista hacia arriba y comprobó los frescos que se encontraban en el techo de la cueva que daba cobijo a la construcción.

Alguien había encendido dos pequeños pebeteros en la parte frontal, pero a pesar de contener una pequeña y juguetona llama de color anaranjado, no emitían suficiente luz para iluminar la enorme estancia en la que se encontraban. Emily observó que se habían instalado cinco filas de bancos separadas por el pequeño pasillo que conducía hasta el altar. Además, se habían colocado en los laterales del templo numerosas tallas de keplerianos importantes. También se habían colgado a lo largo de las paredes algunas pinturas en un deplorable estado de conservación.

«Todo eso no estaba el otro día —pensó Emily—. Waafdiv y sus cultistas han estado muy atareados estas últimas horas».

Nadie ocupaba los bancos pero al fondo, justo delante del altar, entre penumbras, se podía distinguir una figura. Recostada sobre sus rodillas permanecía inmóvil, sin emitir ni un solo sonido, sin moverse ni un ápice. Era imposible que no hubiera escuchado los golpes de los cultistas del exterior, así que daba la impresión de que su aparente pasividad era premeditada.

Liikmi les hizo un gesto para que se acomodaran en la última fila. Emily y Rakesh obedecieron y se sentaron en silencio en el viejo banco de madera que quedaba a la izquierda del pasillo. Pasaron unos instantes en los que ambos, lejos de querer interrumpir el silencio intercambiando impresiones, aprovecharon para observar a su alrededor. Rakesh se centró en los techos; Emily, por su parte, no quitó ojo de la inerte figura. A pesar de lo misterioso de la situación, estaba del todo segura de que se trataba de Waafdiv.

De repente, nuevos sonidos de golpes de madera llegaron del exterior. Varias ráfagas, cada vez más cerca de la puerta de entrada.

Una comitiva de cuatro keplerianos entró en el templo. Emily y Rakesh se giraron para ver de quién se trataba. Ambos reconocieron de inmediato a Khikhya y a sus tres consejeros. Yisht no parecía estar entre ellos. Los cuatro Wiikhaadiiz ofiz iban acompañados de otro miembro del culto que, de la misma manera que Liikmi con ellos, hizo unos gestos para que se acomodaran dos filas por delante de Emily y Rakesh. Khikhya, que iba ataviada con un precioso manto azul con pedrería y se apoyaba en su inseparable bastón de mando, se sentó en el banco de la izquierda junto con su consejera. Sus otros dos acompañantes lo hicieron en el de la derecha.

Emily supuso que el protocolo marcaba cada movimiento, como el hecho de que se hubieran sentado dos bancos por delante o que Khikhya ni siquiera les hubiera dirigido la mirada. La misteriosa figura continuaba en una especie de trance, sin moverse un centímetro de su posición.

Sin tiempo para pensar, una ráfaga de golpes anunció de nuevo la llegada de la siguiente comitiva. Emily observó el comportamiento de los Wiikhaadiiz ofiz con atención. A pesar de que

alguien estaba ya cruzando la puerta, ninguno de los recién llegados se giró para ver quiénes eran los invitados esta vez. De nuevo eran cuatro keplerianos, todos varones. Uno de ellos, el que lideraba la marcha, vestía un solemne uniforme de gala de color verde militar. Su semblante era de disgusto, casi se podía adivinar que no le apetecía en absoluto estar en ese lugar. En su cabeza, unas prominentes protuberancias dejaban patente su alto porte y estatus social. Bajo su brazo izquierdo llevaba una gorra del mismo color del traje. En su mano derecha portaba un elegante báculo de madera.

Los tres keplerianos que lo seguían vestían ropajes similares, solo que en este caso eran de un tono azul oscuro. Todos eran altos mandos del ejército kepleriano, pero tenían diferentes edades: uno aparentaba ser bastante mayor que los otros dos, y otro mucho más joven. Lo que tenían en común es que todos mostraban con orgullo las numerosas condecoraciones que reposaban sobre las solapas de sus chaquetas de gala. Emily tan solo pudo reconocer a uno de ellos, el de mediana edad. Se trataba de Lajlab, el coronel del ejército que había irrumpido en las dependencias de Khikhya y que amenazó a Rakesh y a Emily, pero sobre todo a la pobre Yisht. De igual forma que a los Wiikhaadiiz ofiz, un cultista les indicó que debían de sentarse en la segunda fila de bancos.

«Ya solo quedan libres dos filas», pensó Emily.

Entonces reparó en algo que no había visto hasta ese momento. Dos coronas florales, una a cada lado de la hilera, reposaban en los bancos de la fila anterior, la que separaba a la delegación de Wiikhaadiiz ofiz de la de ellos.

Otra nueva ráfaga de sonidos llegó desde el exterior. Emily imaginó que se trataba de la delegación Khapabir, y algo le decía que se iban a colocar en la primera fila del templo. Ya no cabía duda de que les estaban organizando por importancia dentro del conjunto de la sociedad. Pero ¿qué significaban los adornos florales de la cuarta fila de bancos? ¿Representaban a los propios Gaal-El? ¿O tenían, quizá, algún otro tipo de significado?

Una nueva comitiva, esta vez formada por cinco keplerianos, hizo su entrada en el templo. Un anciano lideraba el grupo, escoltado por tres keplerianas de diferentes edades y otro más que, aun siendo adulto, era bastante más joven que el resto.

El anciano vestía una curiosa prenda de color blanco a medio camino entre un peto y una túnica. Sobre ella llevaba una ancha estola de un vivo color naranja que cubría sus dos hombros. Unía sus dos mitades en la zona de su pecho con un enorme broche dorado, dejando que sus extremos colgaran sobre el regazo. La estola estaba decorada con un estampado que dejaba entrever algún tipo de blasón. Pero, a pesar de que el anciano caminaba despacio, tan solo pudo reconocer una especie de martillo cruzado con algún otro tipo de herramienta. El anciano se apoyaba de forma fatigosa sobre un elegante báculo de metal dorado, casi cobrizo, del mismo tono que su broche.

Tal y como había supuesto Emily, se trataba de Khaaÿ, el líder del poblado Khapabir. Él y su séquito de consejeros, vestidos también para la ocasión con sus mejores galas, tomaron asiento en la primera fila de bancos.

«Casualidad o no, hemos entrado en orden inverso», pensó Emily mientras observaba con atención a su alrededor. «Aun así, todavía falta el banco de delante, si es que viene alguien más».

Durante todo este tiempo, la misteriosa figura no se había inmutado, ajeno a las entradas de todas las delegaciones. Continuaba sentado sobre sus rodillas, inmóvil y en silencio. Pasaron unos interminables minutos en los que nadie hizo ni dijo nada. Tan solo algún carraspeo o tosido

interrumpía el profundo silencio que reinaba en el interior del templo. Ninguno de los keplerianos parecía apartar la mirada del frente, entregados a la solemnidad del evento.

Las tímidas llamas de los dos pebeteros continuaban crepitando al son, cuando el sumo sacerdote por fin pareció reaccionar. En la misma postura en la que se encontraba, reclinó su cuerpo hacia adelante y posó la frente en el suelo. Estiró los brazos todo lo que pudo hacia adelante, como si hiciera una exagerada reverencia. Y de repente, se levantó. Encaminó sus pasos hacia el altar de la parte delantera sin ni siquiera dirigir una mirada a los asistentes. Cuando llegó al retablo de madera que adornaba el frontal del templo con imágenes bucólicas y típicas de la sociedad kepleriana, se detuvo.

Emily oyó un sonido metálico, como si estuviera abriendo una enorme cerradura. Un agujero rectangular del tamaño de un kepleriano apareció en el mismo retablo, había otra estancia detrás del altar, quizá más de una a juzgar por el tamaño de la cueva. Waafdiv desapareció durante unos instantes en la oscuridad para volver a reaparecer con un libro. No parecía ser un libro cualquiera; su tamaño y desgaste parecían indicar que se trataba de uno muy antiguo e importante, mucho más que cualquier otro que Emily hubiera visto. Y dada la relevancia de la ceremonia, estaba segura de que era uno muy especial.

Waafdiv lo posó con sumo cuidado sobre el altar del templo, casi se podía percibir la tensión para evitar hacerle algún desperfecto cuando lo abrió en una página que estaba marcada con un separador. Una vez abierto, levantó los brazos en un repentino gesto.

—Hermanos y hermanas keplerianos —comenzó solemne—, os doy la bienvenida y os agradezco vuestra presencia en este sagrado templo de los Gaal-El. Muchos siglos han transcurrido desde la última vez que nuestros pueblos acudieron a la llamada de nuestro credo; demasiados, sin duda.

Hizo una breve pausa. Emily no supo si por enfatizar sus palabras o si no estaba seguro de cómo continuar.

—Mis antecesores, al igual que muchos de nosotros, dieron su vida por nuestro credo, por nuestro pueblo, por nuestra especie —añadió—. Me gustaría guardar unos momentos de silencio en memoria de todos los caídos, por todos los keplerianos que sacrificaron sus vidas para que nosotros pudiéramos estar hoy aquí.

Un silencio sepulcral volvió a invadir el templo. Todos los presentes agacharon la cabeza en un gesto que honraba las vidas perdidas a lo largo de la historia kepleriana. Fue un momento emotivo que Emily y Rakesh secundaron con educación y respeto.

—Yo, Waafdiv —interrumpió el silencio elevando de nuevo sus brazos—, sumo sacerdote de los Gaal-El, y a la vista de los últimos acontecimientos que han ocurrido en nuestras poblaciones, invoco el ancestral y sagrado cónclave de los pueblos keplerianos. Y por la presente, dejo aquí mi mando a disposición del cónclave mientras se dilucida el futuro de nuestra sociedad.

Haciendo un gesto bastante teatral, elevó su báculo por encima de su cabeza y lo posó en la parte delantera del altar, donde parecía haber un pequeño hueco para ello. Luego, cogió un cuenco de madera de un lado del altar, y lo que parecía una daga del otro, y alzó ambos objetos:

—Y para sellar mi compromiso con el pueblo kepleriano, ofrezco mi propia sangre como símbolo de sumisión.

Waafdiv posó el cuenco, asió la daga con su mano derecha y se hizo un corte en la palma de su garra izquierda. Unas abundantes gotas de un oscuro y espeso líquido se derramaron en el

cuenco. Waafdiv se apartó del altar e inclinó la cabeza de forma muy ceremoniosa.

Sin mediar palabra Khaaÿ, el anciano líder de los Khapabir, se levantó, no sin ciertas dificultades, de su asiento en la primera fila. Con su báculo en la mano, ocupó el lugar de Waafdiv en el altar y repitió las mismas palabras.

—Yo Khaaÿ —empezó el anciano—, líder del pueblo Khapabir, dejo aquí mi mando a disposición del cónclave mientras se dilucida el futuro de nuestra sociedad.

De la misma forma que había hecho Waafdiv antes que él, posó su báculo en la parte izquierda del altar. Emily se dio cuenta de que había cinco hendiduras en él. Si Waafdiv había posado su báculo en la tercera, Khaaÿ lo hizo en la primera de todas.

—Y para sellar mi compromiso con el pueblo kepleriano —continuó mientras alzaba la daga y el cuenco con sus envejecidas garras—, ofrezco mi propia sangre como símbolo de sumisión.

Tras retirarse hacia atrás y colocarse a un lado del sumo sacerdote, Vaahur, el líder militar de los Khaavahki, se levantó de su banco.

—Yo, Vaahur —exclamó el militar—, líder del pueblo Khaavahki, dejo aquí mi mando a disposición del cónclave mientras se dilucida el futuro de nuestra sociedad.

De igual manera, posó su báculo en la segunda de las hendiduras.

—Y para sellar mi compromiso con el pueblo kepleriano —dijo, repitiendo el gesto de sus dos homónimos—, ofrezco mi propia sangre como símbolo de sumisión.

Era el turno de Khikhya:

—Yo, Khikhya —dijo ella—, líder del pueblo Wiikhaadiiz ofiz, dejo aquí mi mando a disposición del cónclave mientras se dilucida el futuro de nuestra sociedad.

Khikhya dejó su báculo en la cuarta de las hendiduras.

—Y para sellar mi compromiso con el pueblo kepleriano —repitió—, ofrezco mi propia sangre como símbolo de sumisión.

Nadie reclamó la quinta hendidura, así que el propio Waafdiv, situado en el centro de los líderes tribales, tomó de nuevo la palabra dando un paso hacia adelante.

—Siempre recordaremos a nuestros hermanos caídos —dijo con voz solemne—. Allá donde estéis los *Wiijof jikhaashyush*, os rogamos que bendigáis esta ceremonia, al igual que a vuestros hermanos aquí presentes.

Y, haciendo un pequeño y ceremonioso gesto con las manos, justo encima del cuenco, lo recogió y se dirigió hacia una de las esquinas del altar. Allí, en una especie de pila de piedra, vertió el contenido del cuenco con la sangre de los líderes keplerianos. Recogió una pequeña antorcha que había allí mismo y la encendió con cuidado con la ayuda de uno de los pebeteros.

—¡Que la luz nos guíe en la oscuridad! —pronunció— ¡Que nuestros miedos sean devorados por las llamas sagradas! ¡Que nuestros enemigos sean consumidos por el calor del fuego! ¡Que nuestra sangre resurja de sus cenizas y mantenga viva la historia de nuestro pueblo!

Waafdiv acercó la antorcha a la pila y, tras una potente llamarada, dos regueros de fuego anaranjado surgieron de los laterales y recorrieron sin descanso las cuatro paredes del templo, iluminando por completo la hasta ese momento oscura estancia. Lo que había sido oscuridad, ahora era luz.

Después, dejó la antorcha otra vez en su sitio, recogió de nuevo el sagrado libro y regresó al

centro del retablo. Uno por uno, y en estricto orden, los líderes atravesaron la puerta. Una vez los cuatro estuvieron dentro, se cerró. Un familiar sonido metálico les indicó que no iban a permitir la entrada a nadie más.

9

El cónclave

5 de diciembre del año 0

Templo de los Gaal-El, Kepler-442b

Ya con una iluminación más adecuada, Emily y Rakesh pudieron admirar la belleza de los frescos y los detalles de todas las tallas y figuras que había repartidas por las paredes y techos del templo. Incluso el suelo, de una piedra rosácea, parecía de una calidad excepcional.

—Ya solo queda esperar —dijo Rakesh, atento a todo lo que le rodeaba—. Aun sin saber muy bien el año de construcción de este templo, he de reconocer que los materiales y la pericia keplerianos son de primerísimo nivel.

—Sí, todo esto es precioso —reconoció Emily, contemplando de nuevo los frescos del techo, mucho más visibles desde que Waafdiv había iluminado la sala por completo.

En los demás bancos del templo, los consejeros conversaban entre ellos en voz baja, sin prestar mucha atención al resto de los allí presentes. Y como cabía esperar, no se mezclaban entre las diferentes delegaciones. Algunos se habían puesto de pie, paseaban y observaban las obras de arte que lo adornaban todo, al igual que hacían Emily y Rakesh desde el último banco.

Liikmi y los otros tres cultistas que habían presenciado la ceremonia en silencio desde el fondo del templo, cerca de la salida, parecían unas meras estatuas. Fue entonces cuando Emily reparó en alguien. De todos los allí presentes era el único, a parte de los cultistas, que seguía sin intercambiar una palabra con los demás. Permanecía allí sentado, inmóvil. Se trataba del más joven de los militares. A pesar de que los otros dos se habían levantado y contemplaban con atención un busto mientras intercambiaban impresiones, a Emily le llamó la atención que ese joven no hubiera hecho ni un simple gesto. ¿Quién no buscaría hacer al menos un comentario con sus iguales después de presenciar una ceremonia que hacía siglos que no se llevaba a cabo? ¿O contemplar algunas de las obras de arte de tu propia civilización que muy pocos podían llegar a ver?

A cada minuto que pasaba, las dudas de Emily respecto a todo aquel proceso aumentaban. Estuvo tentada varias veces de levantarse de su banco y acercarse a alguien para intentar resolverlas. Sin embargo, prefirió ser precavida y no importunar a nadie. No quería provocar algún tipo de efecto o reacción no deseada en el resto de los presentes, sobre todo en vista de cómo los miraban de reojo cada vez que podían.

Cuando ya llevaban cerca de una hora esperando, Emily y Rakesh decidieron levantarse del banco. Necesitaban estirar las piernas. Pasearon por el templo sin un rumbo establecido. Contemplaron algunas de las estatuas talladas en un precioso mármol blanco. Había personajes históricos, antiguos sumos sacerdotes, pero también había tallados bucólicos, como el de una especie de búfalo enorme pastando a la sombra de un árbol. Repararon también en unos grabados en madera que retrataban pequeñas escenas cotidianas: pastores con animales de todo tipo y tamaño, comerciantes, lecheros e incluso pescadores.

—Resulta curioso —dijo Rakesh—, que siendo un culto que adora a deidades, no tengan ningún tipo de ídolo o mesías. Si te fijas, todas las escenas que hay representadas tanto en las figuras como en los frescos pertenecen a la vida diaria de los keplerianos. Cosas que podrías encontrar en poco tiempo si paseas por alguna de las poblaciones.

—Sí —coincidió Emily—, ya me había dado cuenta. También resulta curioso no hallar referencias a los Khol. Es como si aquí faltara algo.

Dieron una vuelta completa al templo. Emily continuaba intrigada por la pasividad del soldado más joven, que todavía no se había movido del banco. El resto seguían charlando, algunos más animados que otros. Incluso los dos militares de mayor rango y edad se habían tomado la libertad de salir a respirar aire fresco al exterior. Al encontrarse dentro del traje, no eran conscientes de que el ambiente podría estar un tanto cargado allí dentro.

Cuando llegaron a la altura de los cuatro cultistas Emily decidió dirigirse a Liikmi:

—¿Puedes hablar? —le preguntó.

—Claro —respondió el joven kepleriano, acercándose servicial—. ¿Qué necesitan?

—¡Oh! Nada, estamos bien, pero nos preguntábamos si podrías responder a algunas preguntas.

—Claro, mi señora —dijo él inclinando la cabeza—. Lo que necesiten.

—¿Por qué hay una fila de bancos vacía?

—En la antigüedad —explicó el cultista—, eran cinco las poblaciones que conformaban la nación kepleriana. Además de las cuatro que ya conocen, estaban los *Wiijof jikhaashyush*.

—¿Y qué pasó con ellos? —preguntó Rakesh.

—No lo sabemos a ciencia cierta —dijo Liikmi bajando la mirada con pesar—. Ocurrió hace miles de años, después de la Gran Revuelta. Se cree que se fueron separando de forma paulatina del resto de las poblaciones y su sangre se empobreció hasta desaparecer.

—Vaya —respondió Emily—. Qué pena.

—Sí, lo es. Los Gaal-El tratamos de mantener viva la historia de los keplerianos pero, por desgracia, nuestro conocimiento se remonta a un pasado relativamente cercano.

—¿No disponéis de libros anteriores a la Gran Revuelta? —preguntó Rakesh.

—Tenemos legajos y libros muy anteriores a esa época, pero algunos están escritos en el idioma de los antiguos keplerianos, que ya casi ninguno de nosotros sabe interpretar —explicó el joven—. Además, gran parte de nuestra biblioteca más antigua se perdió en un incendio hace siglos.

—Qué lástima —murmuró Rakesh—, veo que ese tipo de problemas no es exclusivo de nuestra especie.

—¿Cómo de grande es esta cueva? —preguntó entonces Emily—. Veo que ahí detrás hay otra estancia, pero ¿hay más?

—La cueva es enorme —afirmó el cultista—. Aunque casi nadie puede acceder más allá de la sala del cónclave, se trata de un lugar sagrado para nosotros.

—¿Por qué es sagrado? —se interesó Rakesh.

—Porque en esta cueva es donde nuestros antepasados se refugiaron por primera vez de los ataques de los Khol. Nadie sabe con certeza cuándo ocurrió eso—dijo él—. Pero al menos varios

cientos de generaciones. Como os digo, hay escritos muy antiguos, pero cada vez quedan menos, y tampoco sobran keplerianos que sepan interpretarlos. Me temo que cada vez somos menos cultistas.

—Entiendo —dijo Emily.

—Liikmi —intervino Rakesh—, ¿hay algún grabado, o algo que podamos ver aquí, que hable de vuestros dioses?

—¿De nuestros dioses? —preguntó extrañado, mirando alrededor—. No, creo que no —dijo encogiendo los hombros.

—¿Y eso no os resulta extraño?

—Me temo que no entiendo la pregunta, lo siento —dijo él—. Aquí hay grabados y pinturas antiguas de una exquisita facturación. ¿Por qué motivo íbamos a decorarlo de otra manera?

—¡Oh! Disculpa, no quería faltar al respeto —respondió Rakesh—. El templo es maravilloso, tan solo me planteaba si existía algo con lo que pudiéramos entender mejor vuestro culto.

—No es necesaria ninguna disculpa —sonrió el joven kepleriano algo apurado—. Lamento si he sonado algo brusco, es solo que me ha sorprendido la pregunta.

—Verás —dijo Emily—, en nuestro lugar de origen era habitual en muchos de nuestros cultos tallar o pintar figuras de las deidades. Aunque también había otros en los que estaba prohibido hacerlo, así que solo queríamos conocer el motivo por el cual aquí no encontrábamos nada parecido.

—Entiendo —dijo él un tanto perplejo—, aunque lo cierto es que desconozco el motivo, si es que hay alguno.

Pasaron otro par de horas sin noticias desde el interior del cónclave. El resto de los asistentes comenzaban a estar cansados de esperar allí, sin ninguna distracción aparte de sus propios pensamientos y las escasas conversaciones con sus compañeros. Entonces, sin previo aviso, cinco cultistas irrumpieron en el templo. Salvo el primero de ellos, que iba con las manos vacías, el resto llevaba una pequeña bandeja tapada. El más anciano dio tres golpes acompasados en la puerta del retablo que permitía el acceso a la cámara del cónclave.

Unos segundos después se oyó el rechinar metálico de una llave girando en la cerradura. La puerta se abrió y, uno por uno, fueron entrando los cultistas con sus bandejas, para salir un par de minutos después con las manos vacías. Luego, el mismo anciano fue de grupo en grupo y les invitó por gestos a abandonar el templo.

Cuando llegó a la altura de Rakesh y Emily les habló de forma educada y servicial:

—Estamos sirviendo la comida para nuestros invitados, pero tengo entendido que ustedes no pueden comerla. ¿Puedo hacer algo por ustedes?

—No será necesario, gracias —respondió Emily.

—De acuerdo —respondió el cultista—. En cualquier caso, el resto de nuestros invitados se ha dirigido al comedor del monasterio, si necesitaran cualquier cosa, no duden en comentármelo a mí o a alguno de mis hermanos.

—Muchas gracias, aunque no creo que sea necesario.

El veterano cultista asintió y se despidió con una marcada reverencia que volvió a avergonzar a Emily, que no pudo evitar agarrarle de los brazos para que se incorporara.

—De verdad, no es necesaria tanta reverencia —dijo con media sonrisa en la boca.

—Como deseen —respondió antes de abandonar el templo.

En el interior solo quedaron ellos dos y Liikmi.

Emily lo llamó.

—Supongo que tendrás hambre —le dijo—, ¿por qué no vas a comer algo?

—Estoy bien —respondió él—. Además, debo permanecer en todo momento con ustedes.

—Pero eres consciente de que nosotros no vamos a ir a comer, ¿verdad? —dijo Rakesh.

—Sí, lo sé.

—Pero ¿podrías comer en el comedor si nosotros estamos allí? —preguntó Emily—. ¿Aunque no comamos nada?

—Sí, supongo que sí.

—En ese caso, llévanos al comedor.

Los tres se dirigieron a uno de los edificios construidos en la explanada. La mayoría de ellos eran de piedra y, a pesar de que las fachadas se conservaban bastante bien, los tejados no parecían estar en tan buenas condiciones. Seguramente por culpa del tiempo y la falta de recursos.

Liikmi los invitó a entrar por la puerta lateral de uno de los edificios más grandes. Estaba bien iluminado, gracias a la multitud de patios interiores por los que entraba la luz solar. Cruzaron uno de ellos, con un gran árbol en su interior que superaba con creces la altura del edificio, hasta llegar a una enorme puerta de madera. Luego accedieron a una sala con tres hileras de mesas y bancos corridos a ambos lados de cada una. El ambiente era bastante oscuro, como la madera que cubría toda la estancia. En aquel lugar diáfano podrían comer sin agobios unas seiscientas personas, pero en ese momento no llegaban a cincuenta, entre cultistas e invitados. Las delegaciones se habían distribuido en varias zonas del comedor, pero todos dejaron lo que estaban haciendo para girarse hacia la puerta y observar a los recién llegados. Un incómodo silencio se extendió en el lugar hasta que Emily y Rakesh se sentaron con Liikmi en una de las esquinas libres. En cuanto lo hicieron, las conversaciones y la comedida algarabía volvieron a aflorar entre los presentes. Emily detuvo de nuevo su mirada en el extraño militar que parecía continuar ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor. Apuraba las últimas cucharadas de algún tipo de guiso de su plato.

Otro joven cultista se acercó a Liikmi y le ofreció un generoso plato con una especie de cocido de carne y verdura.

—¿Puedo… ofrecerles… algo? —les preguntó con extremada timidez.

—No —respondió Emily amable—, muchas gracias.

En lugar de comer, Liikmi parecía estar esperando algo.

—¡Oh! —exclamó Rakesh—. Por nosotros no te preocupes. Podemos comer cuando queramos.

—Sí —reafirmó Emily—, come sin problema, de lo contrario se te quedará frio.

Liikmi entornó los ojos con alegría y comenzó a comer su guiso con avidez. A saber a qué hora habría desayunado el pobre ayudante del sumo sacerdote, siempre tan atento y pendiente de ellos. Mientras, Emily y Rakesh también aprovecharon para alimentarse con su propia comida.

El sol comenzaba a trazar su curva descendente cuando regresaron al templo, donde ya estaban las delegaciones de Wiikhaadiiz ofiz y Khapabir. Emily y Rakesh volvieron a tomar asiento para esperar con paciencia alguna noticia de los líderes keplerianos, que seguían encerrados en el interior de la cámara.

Pasaron otro par de horas hasta que de nuevo se oyó el sonido metálico que anunciaba la apertura de la puerta. Liikmi y los otros tres cultistas que acompañaban a las diferentes delegaciones se apresuraron a acercarse hasta el retablo. Entraron en la cámara y Emily supuso que estarían recibiendo instrucciones, ya que poco después salieron y se dirigieron cada uno a sus delegaciones invitadas.

Liikmi se acercó a Emily y Rakesh.

—Los líderes ya han cumplido con la primera parte del cónclave —anunció—. El convocante ha expuesto las motivaciones por las cuales ha decidido llamar a los líderes keplerianos. Ahora se permitirá el paso de uno de sus consejeros para que compartan con ellos lo que consideren oportuno. Todo con vistas a tomar una decisión lo más objetiva posible.

—¿Nosotros debemos hacer algo?

—No —dijo Liikmi—. Me temo que tendrán que esperar a que esta segunda fase concluya. Después, es posible que les hagan pasar al interior.

—De acuerdo —aceptó Rakesh, resignado—, esperaremos entonces.

Liikmi se retiró a su sitio junto a la entrada del templo después de hacer una profunda reverencia. A Emily y Rakesh no les quedó otra que esperar con paciencia a que les llegara su momento. Decidieron dar otra pequeña vuelta por la amplia estancia para intentar calmar los nervios.

—Qué extraño se ve el fuego aquí —comentó Rakesh al contemplar el crepitar de las llamas que bailaban en los pebeteros.

—Sí —coincidió ella—. Es muy diferente al fuego de la Tierra. Aquí, la menor cantidad de oxígeno presente en el aire hace que sea más fácil de apagar, y también que arda de una manera muy diferente.

—Todavía no me acostumbro a muchas de las cosas que entiendo que son cotidianas para los keplerianos.

—Es normal —sonrió Emily—, solo llevamos unas pocas semanas aquí.

Pensó en lo que acababa de decir. Todavía no acababa de ser consciente de lo que suponía para la humanidad lo que estaban viviendo. Solo habían transcurrido cincuenta y cuatro días desde que la propia Emily pusiera un pie en el planeta. Cincuenta y cuatro días en los que habían conocido a dos razas alienígenas inteligentes. Cincuenta y cuatro días en los que habían descubierto construcciones y material biológico de una tercera especie. En tan solo cincuenta y cuatro días, Emily había vivido en primera persona hechos que pasarían a los anales de la historia de la humanidad. Solo de pensar en la trascendencia de lo que estaban viviendo, le temblaban las piernas.

Intentó templar sus nervios, pero seguía alterada por lo que se estaría debatiendo en esos momentos dentro del cónclave. Entonces se oyó el chirrido metálico que proclamaba una nueva apertura de la cámara. De nuevo, la procesión de cultistas se apresuró a entrar.

Tras unos interminables minutos, Liikmi se aproximó a ellos.

—Los líderes solicitan vuestra presencia en la cámara —anunció mientras hacía un ostentoso gesto con su brazo derecho invitándoles a cruzar el umbral.

Emily soltó un sonoro suspiro y le dio las gracias a Liikmi con una leve inclinación de cabeza. Ambos se acercaron al retablo del templo y entraron con paso decidido. La cámara no era muy grande; de hecho, sorprendía la poca altura que tenía en comparación con el resto del templo. A pesar de que había que bajar un par de escalones para acceder a ella, se notaba que el techo estaba mucho más cerca del suelo. La sala era rectangular y parecía no ocupar todo el ancho del templo, lo que hizo pensar a Emily que detrás de aquellas paredes habría un generoso hueco entre las paredes de la propia cueva.

Todo allí dentro estaba construido en madera, incluso el techo. Una madera oscura, muy bien cuidada para encontrarse dentro de una cueva, pero que también reflejaba el inexorable paso del tiempo. Aun así, y a pesar de que no pudieron prestar demasiada atención, ambos repararon en la riqueza de los cientos de tallas que adornaban las paredes. Merecería la pena visitar esa sala en otra ocasión, sin el contexto de un importante cónclave, para poder disfrutar de todo su esplendor.

En el interior había una gran mesa pentagonal con un gran hueco en el centro formando otro pentágono más pequeño. Era del mismo color que el resto de la sala, y en cada sección estaban grabados los cinco blasones de cada una de las poblaciones keplerianas. Alrededor, ocupando cuatro de sus cinco lados, se encontraban sentados los líderes keplerianos, con sus consejeros de pie, al lado de sus respectivos líderes tribales.

Detrás de ellos, el sumo sacerdote Gaal-El, de pie. Cerró la puerta de nuevo con llave y se dirigió a los recién llegados.

—Por favor —pidió con un gesto amable—, ocupen el lugar de nuestros malogrados hermanos.

Emily y Rakesh obedecieron y se aproximaron a la zona de la mesa que les señalaba. Rakesh ofreció la única silla disponible a Emily que aceptó a pesar de que no le hacía gracia dejar de pie a su compañero. No quiso llevar la contraria a sus anfitriones, así que se sentó entre Khikhya, que apenas la miró, y Khaaÿ, el líder del pueblo Khapabir.

Waafdiv carraspeó antes de hablar.

—Creo que ya podemos continuar. Para poner en antecedentes a nuestros invitados —señaló a Emily y a Rakesh—, haré un breve resumen de lo que se ha hablado hasta ahora y sobre lo que se va a tratar en este cónclave. He estado los últimos días recluido en nuestras bibliotecas sagradas —añadió, haciendo un gesto hacia el exterior de la cámara—. He recabado información sobre nuestras más antiguas tradiciones, he revisado legajos escritos en el idioma de nuestros antepasados, he cotejado profecías ancestrales con escritos históricos e incluso opiniones de mis predecesores. —Waafdiv hizo una breve pausa que aumentó la expectación—. Todo lo que he podido encontrar —continuó—, me ha llevado a la misma conclusión. Los humanos son aquellos a los que llevamos milenios esperando, son los que liberarán a nuestro pueblo del yugo de los Khol.

Un murmullo se extendió por la sala.

—No puede ser cierto —dijo el consejero de Khaaÿ.

—¡Eso es imposible! —exclamó con vehemencia Vaahur, el líder de los Khaavahki—. Incluso va en contra de vuestro propio culto. ¿Acaso no está escrito que nuestros profetizados

salvadores serían keplerianos? Dioses a nuestra imagen y semejanza, con multitud de habilidades y poderes sobrenaturales que nos ayudarían a derrotar a nuestros enemigos.

—¡Todo esto es ridículo! —añadió Lajlab, su consejero.

—Dejemos que Waafdiv aclare sus palabras —pidió Khikhya con firmeza ante tal alboroto.

—Tenéis razón —siguió Waafdiv, mirando a sus detractores—. Yo también lo creía de tal manera. Pero he encontrado unos antiguos legajos que datan de unos cientos de años antes de la Gran Revuelta. Por aquel entonces, el culto de los Gaal-El pasaba por una época complicada, la fe se había perdido, las poblaciones se encontraban divididas. Los Wiijof jikhaashyush hacía ya tiempo que habían desaparecido. La población kepleriana se encontraba sumida en una espiral de decadencia y pesimismo. Las disputas por el poder y el control de los bastones de mando eran constantes. Reinaba el caos.

»Shyunghi, uno de mis antecesores más ilustres, decidió tomar cartas en el asunto. En un cónclave como en el que nos encontramos ahora mismo se decidió, en pos de conseguir una mejor cohesión de las poblaciones y, por qué no decirlo, de controlar a las masas, dotar a las antiguas profecías de algo de misticismo para hacerlas más atractivas, e incluso más creíbles.

—¿Estás sugiriendo que el culto de los Gaal-El es un mero engaño? —preguntó Vaahur.

—No —rechazó Waafdiv con seguridad—. Estoy diciendo que se adornaron las antiguas profecías para salvar a los keplerianos del desastre al que se asomaban.

—Pero aquello dio paso a la Gran Revuelta, de pésimas consecuencias para nuestro pueblo —recriminó Vaahur.

—Sí, cientos de años después —confirmó Waafdiv—. Pero si obviamos el funesto final que desencadenó el levantamiento en armas contra los Khol, aquellos días fueron el resultado de una colaboración sin precedentes entre keplerianos. Aquel cónclave dio paso a una época de prosperidad y crecimiento de nuestro pueblo. Y todo aquello fue el resultado de haber dulcificado la procedencia y las características de nuestros salvadores.

»Lo único cierto aquí es que he revisitado todo lo que mi maestro pudo transmitirme antes de ocupar este cargo. No he encontrado entre los escritos antiguos referencia alguna al origen de nuestros salvadores, tan solo se profetizó que vendrían de fuera de este planeta y que lo harían enfundados en trajes de metal —añadió, señalando a Emily.

Todos se giraron y clavaron sus miradas sobre Emily y Rakesh.

—El caso —continuó—, es que estoy convencido de que los humanos son aquellos que nuestros antepasados, en esta misma cueva, profetizaron que vendrían a liberarnos.

De nuevo, el murmullo se extendió por la cámara. Todos los líderes querían dejar claras sus posiciones, en su mayoría reticentes, a lo que estaba insinuando el sumo sacerdote.

—No podemos creer esas tonterías —dijo Lajlab.

—Es imposible —insinuó la consejera de Khikhya.

—¿Qué es lo que tiene que decir sobre todo esto la líder de los salvadores? —preguntó de pronto Vaahur, remarcando la palabra «salvadores» con un tono que sonó burlón.

Emily se sintió acorralada de repente. No había preparado ningún discurso. ¿Qué se dice cuando se te presenta como la salvadora de toda una especie?

—Yo… —balbuceó— Bueno, nosotros… no hemos venido a este planeta a rescatar a nadie… Ni a entrar en guerra con ninguna raza alienígena. Hasta que llegamos aquí y os

conocimos nunca habíamos oído hablar de los keplerianos o de los Khol.

De nuevo, los murmullos interrumpieron la conversación.

—Ni siquiera ellos conocían las profecías —comentó el consejero de Khaaÿ.

—Está claro que no pueden ser ellos —insistió Vaahur.

Waafdiv alzó los brazos para acallar los comentarios. No fue fácil.

—Hermanos —dijo con seguridad—, nada de lo que ha dicho la representante de los humanos cambia un ápice la determinación con la que aseguro en esta cámara que ellos son quienes nuestros antepasados predijeron que nos salvarían de nuestros opresores. Es más, puedo asegurar sin temor a equivocarme que ella es la elegida para liderar a nuestro pueblo.

—¿¡Qué!? —estalló Vaahur, golpeando la mesa y levantándose de su asiento—. ¿Es que la cordura ha abandonado por completo este monasterio y a sus cultistas? Ninguna extranjera va a liderar jamás a los Khaavahki, al menos no mientras yo siga con vida.

Khikhya le recriminó con vehemencia su actitud y Khaaÿ y su consejero también se encararon con él. Todos los líderes y sus consejeros se enzarzaron en una discusión que fue subiendo de tono y en la que se pusieron de manifiesto todas las rencillas y los roces pasados. Antiguas actitudes, acuerdos comerciales fallidos y abusos de poder. La propia situación y el desencuentro generalizado hizo que Waafdiv se hundiera en su asiento, apesadumbrado y abatido, mientras sus congéneres discutían a pleno pulmón.

Emily observaba apenada la situación. De alguna manera se habían auto engañado al pensar que las discusiones, el egoísmo, todo aquello que había hecho tanto daño en la Tierra, se había quedado mil años luz atrás. Sin embargo, lejos de hundirse en su asiento, tal y como había hecho Waafdiv, una ira incontenible comenzó a crecer en su pecho hasta quemarle las entrañas. No tuvo más remedio que dejarla salir. Se levantó con tal determinación que derribó la silla. Luego golpeó la mesa con las manos y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Silencio!

Todos se quedaron paralizados, quizá más por la sorpresa que por la intensidad del grito, ya que, aunque Ada traducía de forma simultánea manteniendo tono y volumen, el entorno estanco del traje mitigaba su voz real. Fuera como fuese, consiguió captar la atención de los cuatro líderes y de sus consejeros.

—Apenas conozco vuestra sociedad —dijo con rabia—, llevamos poco tiempo entre vosotros. Desconozco vuestra historia y vuestras rencillas pasadas. Pero recuerdo la historia de mi pueblo y nos comportábamos como lo estáis haciendo vosotros ahora. —Emily hizo una pausa, pero consiguió mantener la atención—. No sé nada de profecías —continuó—, ni sobre los dioses keplerianos. Ni siquiera sé nada de los Khol. Pero una amenaza catastrófica amenazó a nuestro pueblo hace mucho tiempo. La gran roca que se dirigía a nuestro planeta destruiría por completo todo lo que amábamos. Si los líderes de mi planeta —dijo, señalando a los cuatro keplerianos que la miraban incrédulos—, no hubieran apartado sus absurdas disputas a un lado, ninguno de nosotros estaríamos aquí, intentando conseguir un nuevo hogar.

»Así que les ruego que me escuchen con atención —advirtió—. Si algún día, alguno de ustedes quiere que su pueblo y sus descendientes sean libres y puedan tener una segunda oportunidad como la tuvimos nosotros, les pido que abran los ojos, que aprendan de los errores pasados y que piensen por una vez en el bien de todos los keplerianos en vez de en sus propios intereses.

Luego levantó la silla del suelo y volvió a sentarse en su asiento, un tanto mareada por el exceso de adrenalina que acababa de generar. Los líderes keplerianos guardaron silencio e intercambiaron significativas miradas. Waafdiv, por su parte, tenía de nuevo los ojos brillantes, parecía eufórico.

—¿Lo veis ahora? —exclamó—. Ella es la elegida.

Emily dio un respingo en su asiento. Su improvisado discurso había tenido el efecto esperado en el resto de líderes, pero había provocado un exceso de entusiasmo en el sumo sacerdote.

—No… —balbuceó Emily— Yo no pretendía…

—Bien —dijo Khaaÿ tras el silencio—. Supongamos por un momento que todo lo que dice el sumo sacerdote es cierto. ¿De qué ejército disponen los humanos para acabar con los Khol? ¿Y quién nos dice que no lo utilizarán contra nosotros llegado el momento?

—Nosotros no estamos aquí para liderar ninguna guerra —rechazó Emily.

—¿Pretenden acabar con los Khol sin empuñar un arma? —se extrañó el anciano líder.

Emily no supo qué contestar.

—¿Cómo quiere el sumo sacerdote que confiemos en una extranjera que no sabe nada sobre la naturaleza de los Khol? —siguió Vaahur—. Ni siquiera tiene nociones militares.

—Las sagradas escrituras son claras en ese sentido —intervino Waafdiv—. Cuando nuestros libertadores lleguen desde el espacio exterior, tras su gran travesía en busca de nuestro planeta, el mando único de nuestro pueblo les será entregado.

—¿Así de simple? —rio Vaahur con sarcasmo—. ¿Les entregamos también las llaves de las murallas de nuestras ciudades?

—Las leyes de nuestro pueblo son claras —insistió Waafdiv—. Si uno de los representantes de los pueblos keplerianos quiere proponer que alguien lidere a la totalidad de los keplerianos, como ya se hizo en numerosas ocasiones, solo necesitará la mayoría de los votos de este cónclave.

—Eso no cambia el hecho de que yo no pienso entregar mi bastón de mando a la primera extranjera que entre por la puerta.

—Pero nuestras leyes nos obligan a ello —repitió Waafdiv, hastiado.

—Aunque consigas convencer a esta chusma —dijo Vaahur en referencia a los otros dos líderes—, nuestras leyes también permiten a los líderes salientes que los candidatos pasen una prueba que certifique su valía.

—Sí —confirmó el sumo sacerdote—. Llegado el caso, estarías en tu pleno derecho de hacer cumplir nuestras leyes.

—Disculpen la intromisión —interrumpió Rakesh en un tono de voz casi imperceptible—, pero ¿podrían explicarnos en qué consiste el mando único?

—En la antigüedad —empezó Waafdiv—, la sociedad kepleriana era una sola y estaba dirigida por un único kepleriano o kepleriana, el sumo sacerdote Gaal-El. Contaba con cuatro consejeros, encargados de controlar diferentes ámbitos de la sociedad. Con el tiempo, y tras siglos de expolio y sufrimiento provocados por los Khol, los sucesores de esos cinco líderes, que eran elegidos por los propios keplerianos, comenzaron a distanciarse. Las discusiones y las diferentes formas de solucionar los problemas importantes acabaron por romper aquella unidad. Así nacieron las cinco facciones, cuatro de las cuales están aquí representadas.

»A pesar de elegir caminos diferentes, el trato entre las facciones fue, y sigue siendo, casi siempre cordial. Cada una de ellas estableció sus propias tradiciones, su propia cultura y, por supuesto, sus propias leyes. Sin embargo, todas prometieron cumplir una sencilla lista de condiciones que prevalecerían sobre cualquier ordenamiento jurídico propio.

»Entre ellas, algunas obvias como la prohibición de robar o matar al prójimo, tenga este el origen que tenga. Otras, como la del mando único, obliga a los líderes de cada pueblo a ceder nuestro bastón de mando si surge un candidato de consenso y las circunstancias así lo requieren. De la misma manera que hemos abandonado nuestro bastón a la entrada de este cónclave, cada líder cede el suyo al elegido. Sin embargo, los líderes se reservan la potestad de poner a prueba a los candidatos si de verdad creen que no son los adecuados.

»Eso ocurrió por última vez hace ya miles de años —añadió—, en la época que conocemos como la Gran Revuelta. Unos siglos después del cónclave del que ya les he hablado, y con toda seguridad espoleados por sus consecuencias en la sociedad, los líderes tribales se reunieron en esta misma sala y decidieron entregar el mando único a un antiguo líder Khaavahki llamado Faddub.

»Las consecuencias de aquellos días fueron desastrosas, lo reconozco, pero se consiguió algo que nunca nadie había conseguido hasta entonces: amenazar la supremacía de los Khol. Faddub era un gran líder militar, y al contar con el respaldo de todo el pueblo kepleriano, planteó una guerra de guerrillas contra los Khol. Al principio todo pareció funcionar, los escasos contingentes Khol que visitaban el planeta fueron sorprendidos por multitud de ataques bien coordinados. Estos ataques, a pesar de nuestra patente inferioridad tecnológica, estuvieron a punto de acabar con ellos. Pero Faddub era también demasiado orgulloso. Las pequeñas victorias hicieron que su ego creciera sin medida y no dudó en confrontar el grueso de su ejército contra los restos del ejército de los Khol.

»Entonces, Faddub, al igual que el resto de los keplerianos, descubrió con horror que los Khol que visitaban el planeta solo eran unos simples soldados Kholvahki. Para nuestra desgracia, entonces conocimos a los Kholchach, los líderes militares Khol. La potencia de fuego de las naves que trajeron consigo los Kholchach acabó con todo el ejército de Faddub en apenas unas horas. El resto es historia. Los Khol endurecieron las condiciones en las siguientes visitas, asesinaron a muchos de nuestros antepasados y secuestraron y esclavizaron a los menos afortunados.

»Desde ese momento, en el que saboreamos la más amarga de las derrotas y nuestras poblaciones fueron reducidas a cenizas, nunca se ha vuelto a proponer el mando único. Nuestro pueblo ha continuado separado desde entonces, cada facción ha seguido su propio camino. Pero ahora la situación es diferente, por fin tenemos con nosotros a la mujer de metal, aquella que nos fue vaticinada. Por fin tenemos a la elegida de nuestro lado.

—Esa es solo tu opinión —farfulló Vaahur.

—Es lo que está escrito —rebatió él.

—¿Y podemos el resto consultar esas escrituras? —se burló.

—Sabes de sobra que solo el sumo sacerdote y sus discípulos tienen acceso a las sagradas escrituras —respondió Waafdiv al envite—. Además, están escritas en el idioma de los antiguos, así que no entenderías nada, aunque quisieras.

—Qué conveniente resulta que solo tú puedas entender lo que solo tú defiendes en este cónclave.

—Solo defiendo lo que nuestros antepasados dejaron escrito, que no es más que la historia de nuestro pueblo.

—Señores —intervino Khikhya—, soy una kepleriana anciana, y sus discusiones que no llevan a ninguna parte comienzan a pasarme factura. Les ruego que vayan al grano.

—La propuesta del sumo sacerdote de los Gaal-El y el motivo de la convocatoria de este cónclave es proponer a Emily Rhodes, líder del pueblo extranjero conocido como los humanos, como poseedora del mando único de todos los pueblos keplerianos —pronunció con solemnidad —. Los líderes y sus consejeros aquí presentes se retirarán ahora a meditar a sus respectivos lugares de origen. La decisión de cada uno de ellos será dada a conocer en el siguiente cónclave. Hasta ese momento, tal y como indican nuestras ancestrales leyes, no podrán comunicarse directa o indirectamente con ninguno de los aquí presentes. Que los espíritus de nuestros antepasados nos guíen en nuestro camino.

10

Nochevieja

8 de diciembre del año 0

Estación espacial Asimov, Kepler-442b

Habían pasado tres días desde el cónclave y seguían esperando al siguiente. Los líderes de cada una de las poblaciones keplerianas y sus consejeros permanecerían incomunicados hasta entonces. Sin embargo, Emily y Rakesh no formaban parte de ese selecto grupo, así que podían actuar con total normalidad.

Todos habían vuelto a la estación espacial porque esa noche, según el nuevo calendario kepleriano, que ya era el oficial en el proyecto, era la última del año. Por este motivo, el subdirector y la capitana Mei habían decidido organizar una pequeña celebración con todo el personal disponible de la estación.

—¿No estáis emocionados? —dijo Chad cuando se quitó el casco en el hangar—. Nuestro primer fin de año en el planeta.

—Teniendo en cuenta que el año de Kepler-442b tiene solo ciento doce días terrestres y vamos a celebrarlo tres veces más que en la Tierra —respondió Taro—, pues no demasiado, la verdad.

—Eso es porque no tienes un espíritu festivo —le respondió el biólogo.

—¿Habrá una cuenta atrás para celebrar la llegada del nuevo año? —preguntó Paula emocionada.

—No lo sé —reconoció Emily, que se encogió de hombros—. El subdirector solo me ha pedido que viniéramos todos.

—Me dan pena los soldados que se han quedado en la base —dijo Chad.

—Alguien tenía que encargarse de la vigilancia —explicó la sargento Ferrara—. Hubo un sorteo y ellos perdieron.

—Aun así, es una lástima que no puedan participar de la primera Nochevieja de la historia en el planeta.

—Como ha dicho Taro, habrá muchas más si las celebramos todas —dijo el teniente Ortiz—. Además, seguirán todo lo que ocurra en la estación en remoto.

Emily estaba bastante emocionada. No tanto por disfrutar de unos momentos de tranquilidad y de celebración con sus compañeros, sino porque desplazarse a la estación suponía poder pasar la noche con Robert. A pesar de que hablaban con asiduidad, las nuevas responsabilidades de su puesto lo tenían demasiado ocupado. De hecho, en ese mismo instante Robert se encontraba en el otro continente, inspeccionando la segunda localización para instalar una nueva base. Se hacía duro no poder estar cerca de él, más de lo que pensaba.

—¿Cuándo vamos a conocer a nuestros nuevos vecinos? —preguntó Kostas.

—¿Tienes miedo de que te pisoteen el jardín? —se burló Gorka.

—Espero no tener que poner una alambrada —bromeó.

—Lo cierto es que no lo sé —confesó Emily—. Esta noche no se hablará de trabajo, al menos en principio. Aunque supongo que puede que nos crucemos con alguno de ellos.

Una voz familiar les saludó desde la plataforma de acceso al hangar:

—¡Feliz Navidad! —oyeron al subdirector.

—¡Feliz Navidad! —devolvió Chad con entusiasmo.

Todos saludaron con cariño al subdirector y a la capitana Mei, que lo acompañaba en aquella recepción espontánea.

—¿Todo bien? —le preguntó a Emily cuando se fundieron en un abrazo en estado de ingravidez.

—Sí —respondió ella—, todo bien.

—¿Alguna noticia de los keplerianos?

—No, nada —informó mientras se desplazaban hacia la Lavadora con las botas electromagnéticas—. Silencio total. ¿Qué tal todo por aquí?

—Bien —dijo el subdirector—. Todo normal, supongo. Como sabrás, los trabajos para ampliar la base han concluido, se está inspeccionando ahora mismo la zona para instalar la nueva base.

—¿Alguna noticia de los rebeldes? —preguntó Emily.

—No —dijo él—, nada. Es como si hubieran desaparecido por arte de magia. Nuestros sensores y satélites no detectan ningún tipo de actividad humana que no sea la dirigida desde la propia estación.

—¿No te parece extraño que una decena de vehículos y naves, además del material robado, no sean detectables de ninguna manera?

—Sí, es bastante extraño —admitió el subdirector—. Pero tal vez estén siendo precavidos y hayan reducido su actividad al mínimo.

—Viniendo del capitán Garth, me resulta extraña tanta precaución —dijo ella, pensativa.

—¿Tienes alguna otra teoría?

—Puede —respondió misteriosa—. Llevo tiempo pensando cómo alguien podría burlar nuestros sistemas de detección.

—¿No me puedes adelantar nada?

—Vamos a esperar a hacer algunas comprobaciones —dijo ella—. Además, puede que no sea demasiado seguro hablar de ello.

—Entiendo —aceptó el subdirector—. Ya veremos a ver dónde acaba todo.

—¿Han regresado ya de la expedición de la segunda localización?

—No —dijo el subdirector—, el comandante Bauer está coordinando desde aquí todas las operaciones. Creo que el capitán Beaufort y su equipo regresarán en un par de horas.

Llegaron a la Lavadora y volvieron a disfrutar de una gravedad mucho más suave que en la superficie del planeta.

—Ahora mismo parece que vayamos flotando —comentó Paula al comprobar que de nuevo

pesaba lo mismo que en la Tierra.

—Tened cuidado —advirtió Emily—. Cuando te acostumbras a la gravedad del planeta, esta puede provocarte algún mareo.

—Sí —admitió Chad—, me siento un poco extraño ahora mismo. Espero que se me pase antes de las celebraciones de medianoche.

—Tranquilo, es temporal —le aseguró Emily—. Esa sensación se pasa enseguida.

Todavía les quedaban algunas horas antes de que dieran comienzo las celebraciones de Nochevieja. El subdirector había convocado a todo el personal disponible de la nave un par de horas antes de medianoche. Se había preparado un pequeño festín en el atrio y todos disfrutarían de una noche especial. Además, habían anunciado una pequeña sorpresa en cuanto se recibiera al nuevo año.

Eso le daba a Emily algo de tiempo para hacer otras tareas. Podría dedicarse a investigar la idea a la que llevaba tiempo dando vueltas en su cabeza para intentar descubrir qué había pasado con los rebeldes. Tenía pendiente una conversación con Erik, el ingeniero que iba a formar parte de la expedición y al que Emily había encargado revisar el software de la mula superviviente. Se dirigió hacia los laboratorios de ingeniería, donde esperaba encontrarse con él, pero no vio a nadie.

—¿Erik? —llamó.

Un sonoro golpe, seguido de un quejido, le llegó desde debajo de una de las mesas del laboratorio.

—Aquí abajo —oyó decir al joven ingeniero.

Emily siguió la voz y encontró a Erik debajo de una de las mesas manipulando un auténtico caos de placas electrónicas y cables eléctricos.

—Hola —saludó Emily.

—Hola —él se incorporó con cuidado—. Hemos tenido algunos problemas eléctricos esta mañana. Estoy intentando arreglarlos antes de la celebración de esta noche.

—Vaya, ¿es grave?

—¡Oh, no! —la tranquilizó—. Solo han sido una serie de desagradables casualidades provocadas por una instalación un tanto deficiente y mil años de travesía por la infinidad del espacio. Aunque no nos podemos quejar, teniendo en cuenta que esta nave es ahora mismo más antigua que nada que el ser humano hubiera creado en la Tierra cuando nos marchamos.

—Ya lo creo —sonrió ella.

—Supongo que vienes para preguntarme sobre el software de la mula que me dejaste.

—Supones bien. ¿Has podido averiguar algo?

—Lo cierto es que sí. —La invitó con un gesto a que la acompañara y se sentaron al lado de otro terminal que había en el laboratorio—. He podido decompilar el código de la versión del software que había en la mula.

—¿Y? ¿Qué es lo que has encontrado?

—Que el código de esa mula es poco menos que una obra maestra.

—¿Una obra maestra? —se sorprendió.

—Sí, he de reconocer que nunca había visto nada igual. Además, lo he comparado con la versión anterior, la 3.14.2.

—¿Había muchas diferencias? —quiso saber.

—Podría decir que lo que me ha costado es encontrar alguna similitud entre ambas versiones.

—Vaya, ¿tan diferentes son?

—Por alguna razón, esta nueva versión se ha construido desde cero, no hay una sola línea de código compartida.

—¿Has encontrado algo que no deba estar ahí? —preguntó Emily—. Algo que pueda poner en peligro la integridad de la mula o de los usuarios.

—Para nada —negó con la cabeza—. El código es simple y llanamente perfecto. Permite a la mula tener en cuenta infinidad de situaciones que la versión anterior ni imaginaba y, además, lo hace de una forma mucho más eficaz e inteligente. Como te he dicho, es una obra de arte. De hecho, le he pedido a Ada que elabore desde cero una versión con las mismas características y, no te ofendas Ada, pero dista mucho de esa perfección.

—No me ofendo —oyeron decir a Ada—. De hecho, a mí también me encantaría saber quién ha creado el código, eso me permitiría mejorar mis capacidades.

—No me esperaba nada de esto —musitó Emily—. Me temía que alguien hubiera saboteado el software de las mulas. ¿Sabes si solo esta mula es la que tiene ese software?, ¿o hay alguna más?

—No, solo esta mula tiene esa versión —respondió el ingeniero—. Y salvo un par de ellas, que tenían una versión anterior debido a algún problema en el proceso de actualización, el resto tienen todas, sin excepción, la versión 3.14.2.

—Qué raro.

—Pero he dejado lo más extraño de todo para el final —anunció.

—¿Algo más extraño que tener una versión de software que no existe en nuestros repositorios? —preguntó, extrañada.

—Sí, eso me temo.

—¿De qué se trata?

—De quién compiló la versión, en junio de 2292.

—¿Quién?

—Según el registro de la cadena de compilación —anunció—, fuiste tú, Emily.

—¿Cómo? —exclamó ella sin entender—. No puede ser. Yo no he compilado nunca una versión del software de las mulas. Si ni siquiera conozco las especificaciones de su hardware, ahora mismo no sabría ni por dónde empezar.

—Por algún motivo imaginaba que dirías eso —dijo el ingeniero—. No entiendo muy bien cómo esta versión ha podido llegar hasta aquí, ni quién la ha creado en tu nombre. Pero tengo claro que está firmada digitalmente con tu identificación. Y hasta donde yo sé, no hay manera de falsear esas firmas.

—Gracias Erik. Has hecho un gran trabajo. Aunque la verdad es que me has generado más incógnitas de las que tenía.

—Lo sé —reconoció él—, lo lamento pero, por desgracia, no puedo darte una explicación lógica. Si no has sido tú quien lo hizo, alguien ha tenido que suplantar tu identidad.

Tras aquella interesante charla con Erik, Emily abandonó el laboratorio con más preguntas de las que había llevado, lo que empezaba a ser habitual cada vez que se investigaba cualquier cosa. Había quedado de sobra demostrado que algunos de los terroristas que organizaron el sabotaje de la estación consiguieron, cuando todavía se encontraban en la Tierra, una copia de su chip de identificación. Pero no entendía por qué esos mismos terroristas que habían conspirado para destruir el proyecto, habían decidido instalar una versión del software de las mulas mucho más avanzada que la que tenían. ¿Qué sentido tenía aquello?

Las ideas y preguntas se arremolinaban en su mente y la martilleaban sin cesar. Caminaba sin levantar la cabeza por el pasillo de la Lavadora cuando escuchó una voz familiar.

—Si le sigue dándole vueltas a ese problema, doctora Rhodes, va a acabar chocando con alguien.

Emily reaccionó y se dio la vuelta de inmediato. Allí estaba él, recién llegado de su misión de exploración en el otro continente.

—¡Robert! —Corrió hacia él mientras su semblante preocupado se tornaba en una inmensa sonrisa.

Robert la aupó y ambos dieron un par de vueltas mientras sus labios se unían una y otra vez en una serie de ráfagas de besos apasionados.

—Pensaba que llegarías en una hora —le dijo ella.

—Hemos adelantado el regreso. Todo el mundo estaba tan entusiasmado con la celebración de esta noche que no he podido evitar ablandarme.

—Entonces, tenemos hora y media antes de que alguien nos eche de menos —dijo Emily con una sonrisa pícara en su boca.

—Dos, si llegamos justo para la ceremonia —confirmó Robert.

—Mi habitación está a cien metros de aquí.

Emily salió tarde de su camarote, para variar. Se atusó el improvisado moño que acababa de hacerse y se estiró la camisa blanca que se había puesto junto con unos vaqueros. Lo que no iba a poder hacer era borrar esa sonrisa bobalicona que se le quedaba cada vez que estaba con Robert. Él se había ido a su camarote hacía veinte minutos para darse una ducha rápida y cambiarse de ropa. Además, querían evitar llegar juntos a la celebración, ya había suficientes chismorreos como para echar más leña al fuego.

El atrio estaba casi a rebosar cuando llegó. Ninguna de las otras veces había visto tanta gente allí. Se notaba que cada vez había más y más incorporaciones a los diferentes equipos del proyecto. Emily tuvo que atravesar la multitud hasta casi el otro extremo del atrio para poder encontrar a sus amigos. Por el camino tuvo que pararse a saludar a los conocidos con los que se encontraba.

—¡Feliz Año Nuevo, Emily! —exclamó Evelyn al verla.

—¡Feliz Año Nuevo, Emily! —corearon el resto de sus compañeros.

—¡Feliz Año Nuevo a todos! —dijo ella con una enorme sonrisa.

—¡Que el Año Nuevo no te quite la costumbre de llegar tarde a los sitios! —bromeó Chad.

—¡Descuida! —respondió con una carcajada—. Eso nunca ocurrirá.

Muchas personas llevaban guirnaldas de colores y gorros de cartón.

—¿De dónde habéis sacado toda esa parafernalia? —preguntó.

—Hay varias mesas distribuidas por las esquinas del atrio —explicó Paula—. Han dejado cosas para que cada uno coja lo que quiera. Hay comida, bebida y cosas de estas.

Un murmullo, seguido de una serie de aplausos, comenzó a sonar en el otro extremo del atrio. Algo pasaba. Tras unos momentos de incertidumbre vieron cómo el subdirector se colocaba en la parte más elevada junto al atril de la tribuna y hacía un tímido gesto con las manos. Tuvo que esperar un rato a que la multitud dejara de aplaudir y vitorear.

—No he preparado ningún discurso —reconoció—. Hoy, todos en la estación somos los protagonistas. Todos estamos de celebración.

Nuevos vítores y aplausos sonaron en el atrio de la estación.

—Los dirigentes de los diferentes estamentos del proyecto y yo mismo hemos creído oportuno que todos podamos disfrutar de un día tan especial como este, en el que entramos en el Año 1 de la presencia humana en Kepler-442b.

Más aplausos y gritos de apoyo hicieron que tuviera que interrumpir su improvisado discurso.

—Disfrutad de todo lo que tenemos aquí, comed, bebed y divertíos, y en poco más de hora y media, despediremos este primer año como se merece.

Los más de quinientos hombres y mujeres allí reunidos rompieron a aplaudir y a celebrar las palabras del subdirector, que bajó de la palestra y se perdió entre la multitud. En ese momento, dos olas humanas se dirigieron hacia los laterales del atrio para hacerse con algo que comer o beber. En la parte central quedaron algunos pequeños grupos de despistados o de gente enfrascada en alegres conversaciones.

—¡Robert! —oyó decir a Paula—. ¡Qué alegría volver a verte!

Emily se giró al escucharla. Era, desde que lo conocía, la primera vez que lo veía vestido con ropa de civil. Llevaba unos sencillos jeans de color azul y una camiseta negra a juego con sus deportivas.

«Qué bien le queda la ropa de calle», pensó.

Emily aguardó con paciencia su turno, esperando a que el resto de sus compañeros lo saludaran. Cuando acabó de recibir todas las bienvenidas y abrazos, se acercó a ella.

—Hola. —Le dio un prolongado beso en los labios—. ¿He tardado mucho?

—Más que yo —dijo ella risueña mientras acariciaba su recién afeitada mejilla.

—Mi camarote está más lejos de aquí que el tuyo —se excusó.

—Nunca te había visto vestido de calle. Estás muy guapo.

—Gracias —dijo ruborizado—. Tú también estás genial.

Chad interrumpió la conversación sin ningún tipo de pudor al traer guirnaldas y gorros para todos, que colocó sobre los hombros y la cabeza de los dos al ritmo de la música que sonaba a través del hilo musical del atrio. Emily se disculpó con el resto y se dirigió al grupo de personas

que estaban con el subdirector.

—¡Feliz año nuevo, David! —exclamó cuando estuvo a su altura.

—¡Emily! —respondió él con una amplia sonrisa.

—¡Que alegría me da ver a todo el mundo pasándolo bien!

—Ya iba siendo hora de poder relajarse y disfrutar de una noche sin responsabilidades de ningún tipo.

—Se nota que hacía falta. —Señaló la alegría desbordada de los presentes.

—¡Emily! —saludó de repente la capitana Mei.

—¡Capitana! —sonrió Emily—. ¡Qué bien la veo!

—¡Hay que aprovechar el día! —dijo mientras daba un pequeño trago a su copa de champán.

Nunca se habría imaginado a la siempre profesional y aplicada capitana disfrutando de una fiesta como la que habían organizado. Se notaba que estaba soltando toda la tensión acumulada durante los últimos meses.

«Espero que eso no le pase factura mañana», rio para sus adentros.

Emily también saludó al comandante Bauer y al director Patel, además de a otros miembros del consejo y personal adjunto a la dirección que se encontraban en aquel grupo.

—Luego quizá sea un buen momento para que conozcas a los miembros de la expedición que ocuparán el otro edificio de la base —le dijo el subdirector antes de que Emily regresara con sus amigos—. De momento, disfruta; esta noche no hay espacio para las conversaciones de trabajo.

Emily regresó con sus amigos. Comieron, bebieron, rieron, bailaron y conversaron. El mañana no importaba, solo aquellos momentos. Solo habría una primera Nochevieja en el planeta, había que disfrutarla sin límites. Todo transcurría con absoluta normalidad y los grupos comenzaban a no estar tan bien definidos. Puede que la bebida animara a muchos a buscar nuevas conversaciones o incluso a acercarse a personas que solo habían visto de paso en el comedor. Emily, sin ir más lejos, charló con parte del equipo médico de la estación, e incluso con varios ingenieros compañeros de Erik.

Emily y Paula estaban en una de las mesas de las esquinas, riendo mientras intentaban abrir, sin mucho éxito, una nueva botella de champán, cuando alguien se acercó a ellas.

—Vaya, vaya, vaya —dijo una voz melodiosa—, ¿qué es lo que tenemos aquí? Dos muñequitas en apuros. Permitidme.

Y antes de que Paula pudiera decir nada, aquel hombre, de unos treinta y cinco años de edad, de piel bronceada, pelo corto decolorado y dientes tan blancos que parecían de marfil, le quitó de las manos la botella de champán francés.

—Veréis, el champán es un néctar muy delicado —dijo el hombre con aquella profunda pero suave voz—. Y ha de ser tratado con suma delicadeza. De lo contrario, podemos echarlo a perder.

Con mucha destreza, el desconocido comenzó a girar la botella mientras sujetaba con fuerza el corcho. Iba ataviado con unos pantalones de pinza blancos, unos mocasines del mismo color y una camisa bastante hortera abierta en la parte superior y que dejaba entrever sus torneados músculos.

—¿Veis?, hay que girar la botella, no el corcho —presumió—. Además, es importante

controlar la sonoridad del descorche —añadió mientras separaba el corcho de la botella sin apenas emitir más que un pequeño suspiro.

El hombre, que no paró de sonreír y observarlas en ningún momento, sirvió con delicadeza el dorado líquido espumoso en las copas.

— Llevo miles de años durmiendo, nada me haría más feliz que empezar este extraño Año Nuevo con una fiesta particular en mi camarote, ¿qué os parece?

—¿Perdona? —exclamó Paula, que no daba crédito a lo que acababa de oír.

—He visto cómo aprovechabais la oportunidad de acercaros a mí. Supongo que mi fama me precede, incluso en este planeta… James Coogan es irresistible en cualquier rincón del universo. ¿Y bien? ¿A qué hora quedamos?

—Pero ¿quién coño te crees que eres? —bufó Paula—. No me acercaría a ti aunque fueras el último ser en la faz del planeta.

—Será mejor que controles a la loca de tu amiga. —Se dirigió a Emily sin cambiar un ápice su semblante de seductor—, o de lo contrario perderás también la oportunidad de probar esto… —añadió mientras pasaba una mano por su torso.

Emily, que había permanecido callada, sin siquiera gesticular, no pudo resistir el impulso de derramarle la copa de champán por encima de la cabeza.

—Prueba esto —le dijo.

Paula se sorprendió al ver a Emily actuar de aquella manera, pero no pudo aguantar la risa al darse cuenta de la cara de circunstancias del hombre. Emily dejó la copa vacía en la mesa y se marchó antes de que él pudiera contestar al agravio.

—Seguro que en tu camarote tienes una toalla esperando a que llegues —dijo Paula con sorna antes de seguir a Emily.

—¡Marchaos de aquí! ¡Encontraré a otras que sepan apreciar lo que es bueno! —gritó, intentando rescatar algo de su naufragado ego.

—¿Quién era ese que os gritaba? —les preguntó Chad cuando regresaron al grupo.

—Un indeseable —dijo Paula.

—Un gilipollas, que por desgracia es uno de nuestros nuevos vecinos —añadió Emily.

—¿¡Qué!? —exclamó Paula—. ¿James Coogan va a ser uno de los nuevos colonos?

—¿Ese era James Coogan? —preguntó sorprendido Chad mientras intentaba buscarlo con la mirada.

—Sí; por desgracia, me temo que sí —confirmó Emily.

—Siempre me ha caído bastante mal —reconoció Chad—. Nunca he entendido cómo alguien como él tenía tanta repercusión.

—Ni yo. Pero si cree que por haber comprado un pasaje puede hacer lo que le venga en gana, lo lleva claro —masculló Paula—. La próxima vez no seré tan amable.

Por fin llegó la hora señalada, el momento de despedir el año en el que el ser humano consiguió llegar a Kepler-442b para tener una segunda oportunidad. Solo quedaban cinco minutos para que acabará.

Todas las pantallas y proyectores del atrio comenzaron a mostrar grabaciones de diferentes

lugares icónicos de la Tierra en las que se celebraba el cambio de año: Times Square, en Nueva York; la Ópera de Sidney; la Gran Muralla, en China; el río Támesis, en Londres; la puerta de Brandeburgo, en Berlín, o la torre Eiffel de París fueron algunos de los muchos lugares que pudieron contemplar.

Todo el mundo contuvo la respiración. Emily vio a más de una persona con lágrimas en los ojos al contemplar las imágenes de la Tierra, de sus propias ciudades. Se preguntaban si seguiría como siempre, si el proyecto Atlas lo había conseguido y la humanidad continuaba existiendo en su planeta de origen. Fueron momentos muy emotivos.

Aun con todo, una explosión de júbilo inundó la estación cuando la cuenta atrás de las pantallas llegó a cero. El personal había preparado unos cañones con confeti para la ocasión que, sincronizados, inundaron la estancia de color y de alegría.

—Feliz Año Nuevo, Emily —le deseó Robert.

—Feliz Año Nuevo, Robert —respondió ella.

Abrazados y con un prolongado beso, ambos dieron la bienvenida a un nuevo año que estaría plagado de sorpresas y aventuras.

Los nuevos colonos

2 de enero del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

Todo el mundo en la estación volvió a sus quehaceres habituales el segundo día del nuevo año, después de un merecido y necesario descanso. Emily y sus compañeros ya habían regresado a la base.

—Qué pereza —se quejó Kostas con cara somnolienta durante el desayuno—. ¿No podrían ser todos los días de vacaciones como el de ayer?

—Y entonces, ¿quién cuidaría tus plantas? —se burló Gorka.

—El sistema automatizado que he instalado en los invernaderos hará que tengamos en breve las primeras frutas y hortalizas cultivadas al cien por cien en Kepler-442b —anunció.

Emily, que estaba sirviéndose un café, se interesó en eso.

—Lo cierto es que te he tenido un poco olvidado, Kostas —se disculpó—. ¿Cómo están yendo los experimentos de cultivo?

—Bastante mejor de lo que me esperaba —reconoció—. Todavía es pronto para lanzar las campanas al vuelo pero, salvo los tubérculos, el resto ha germinado en el exterior, sin necesidad de invernaderos.

—¡Vaya! —se alegró Emily—. ¡Enhorabuena! Es una noticia excelente.

—Gracias —respondió, orgulloso de su trabajo—. Aunque supongo que el mérito es de las plantas, que tienen una mejor capacidad de adaptación al medio que los animales. A pesar de que aquí las condiciones del aire son muy diferentes, son capaces de germinar en casi cualquier entorno, por muy hostil que este sea. El mejor ejemplo son esas briznas de hierba que en la Tierra siempre salían entre las grietas del hormigón.

—¿Y qué hay de los invernaderos? —preguntó Emily.

—Pues resulta curioso, pero por alguna razón, no hay tanta diferencia con lo cultivado en el exterior.

—¿Están creciendo a la misma velocidad?

—No, no —rio él—. Las plantas siempre germinan unos días antes en los invernaderos. Pero me ha sorprendido ver que en el exterior han tardado menos de lo esperado.

—Entiendo —dijo Emily—. Felicidades, es una gran noticia que de verdad va a darnos algo de oxígeno.

—Literalmente —bromeó Kostas.

Esa mañana estaba prevista la llegada del nuevo grupo de colonos a la base. Emily tenía agendada la recepción e instalación de los nueve civiles que iban a formar parte de la expedición. El teniente Ortiz ya había instalado a cinco soldados en la recién estrenada ampliación.

Antes, Emily decidió salir al exterior para revisar las instalaciones. Lo primero que se encontró, con cierta satisfacción, fue que el director Patel había escuchado su petición y había colocado un pequeño módulo sin ningún tipo de control atmosférico ni cámara de descontaminación para las visitas keplerianas. El módulo incluso tenía una habitación con cuatro camas, servicio completo y una zona común.

«Incluso resulta acogedor», pensó Emily. «Es una pena no poder respirar el aire del planeta».

Tras curiosear un rato la nueva zona para invitados, hizo una pequeña visita a los invernaderos en los que ya se encontraba Kostas trabajando.

—Hola —saludó él—. ¿Vienes a comprobar los progresos tú misma?

—En realidad, estoy haciendo tiempo hasta que lleguen las nuevas incorporaciones de la base —reconoció—. Pero tus plantas eran lo segundo en mi lista de prioridades.

—Lo sé, nadie puede resistirse a una buena sesión de horticultura —bromeó.

—¿Qué tienes aquí fuera?

—He plantado al menos un par de semillas de cada especie —le explicó Kostas—. Aquí tenemos lechugas, espinacas, coles, berzas… Y toda esa zona de ahí —señaló—, son cereales. Tenemos trigo, cebada, avena y maíz. Además, tenemos un arroz transgénico que se desarrolló específicamente para el proyecto y que no requiere su cultivo en humedales.

—Vaya, no lo sabía —admitió Emily.

—Sí, el proyecto invirtió una fortuna en disponer de semillas que pudieran soportar casi cualquier condición.

—Ya lo veo.

—Allí, casi al fondo, tenemos legumbres: lentejas, alubias… —continuó—, y al final del todo está el resto: tubérculos de diferentes tipos, pimientos, calabazas y algunas frutas como tomates, sandías y melones, entre otros.

—¡Guau! —exclamó ella—. Hay de todo. Y parece que la mayoría ya han empezado a crecer.

—Sí —dijo él muy contento—. Aunque, por desgracia, todavía no podremos comerlos. Antes habrá que realizar análisis toxicológicos y nutricionales para entender cómo se desarrollan las plantas en este entorno. No olvidemos que es extraño y hostil para todo ser vivo nacido en la Tierra.

Emily entró con él en uno de los invernaderos.

—Aquí dentro la distribución es la misma —dijo Kostas—. Así me es más sencillo comparar las cosas a simple vista.

—Estas están más creciditas —observó Emily—. Pero tampoco se nota mucha diferencia.

—Eso es —sonrió Kostas—. Es una gran noticia. A pesar de que el proyecto dispone de la tecnología y materiales suficientes para construir miles de invernaderos como este, siempre es mejor no depender del material de la estación.

—Tiene sentido, sí.

Emily comprobó que el otro invernadero estaba un poco mejor que el anterior, pero si Kostas no le hubiera advertido ya sobre ello, era probable que no lo hubiera notado. Y tras dejarlo con sus plantas y comprobar que todavía no tenía noticias de los nuevos colonos, hizo una revisión

rápida de las nuevas instalaciones. Eran casi idénticas a las del otro edificio. Las únicas diferencias eran que el laboratorio de Taro y Chad se había sustituido por un taller de ingeniería, y que la zona del gimnasio y la enfermería allí era un pequeño y avanzado hospital de campaña, con un quirófano de última generación incluido. Era imposible saber lo que podría llegar a pasar, por lo que convenía tener claro que la tecnología humana funcionaba en la superficie. Dentro de las instalaciones solo había un par de soldados a los que Emily ya había visto por la estación y a los que saludó con educación.

Emily dio una vuelta por el interior de las instalaciones. Como de costumbre, el director Patel y el resto de los ingenieros habían hecho un magnífico trabajo. Todo estaba en perfecto orden, a estrenar. Luego se tomó un café en el nuevo comedor. Le apetecía más uno de los tés de Rakesh, pero además de que estaba en el otro comedor, tampoco quería abusar de su confianza. Sobre todo, teniendo en cuenta que la cantidad de la que disponía era muy limitada.

«Las 11.40 y aquí no ha llegado nadie. Espero que no haya pasado nada», pensó frustrada. y preocupada al mismo tiempo.

—Ada, ¿dónde se encuentra el transporte de los nuevos colonos?

—Continúan en la estación —respondió la IA—. Están teniendo problemas con uno de los nuevos expedicionarios.

—Déjame adivinar: James Coogan.

—Bingo.

—¿Qué ocurre con él?

—No ha llegado puntual —explicó Ada—. Parece que ha pasado la noche acompañado y se negaba a marcharse todavía. El director Patel y el subdirector Green están intentando solucionar el problema. ¿Quieres que te avise cuando salgan de la estación?

—Sí, por favor. Por lo menos así no tendré que esperar aquí, muerta de aburrimiento. Aprovecharé para hacer algo útil.

Casi dos horas después, Ada la avisó de que la nave había salido de la estación. Acababan de comer en la base, de modo que Emily decidió trasladarse al otro edificio junto con el resto del grupo para hacer las presentaciones.

El transporte no tardó en llegar y pronto oyeron voces en el distribuidor colindante a la zona del comedor.

—¡Hola, Emily! —la saludó el director Patel—. Ya sabíamos que estabais todos. Toda esa cantidad de exotrajes aparcados en la entrada solo podían significar una cosa.

El director parecía cansado, algo lógico si se tenía en cuenta que había tenido que lidiar con el idiota de James Coogan. Pero ni aun así el veterano ingeniero perdía su sonrisa bonachona y jovial.

—Muy bien —dijo después—, creo que es el momento de presentar a ambas expediciones entre sí.

Patel fue nombrando uno por uno a los colonos del primer edificio y especificando sus funciones y cargos. Todos saludaron a sus nuevos compañeros con timidez. Emily observó cierta decepción en la cara de James Coogan cuando el director Patel le presentó a Paula y a Emily, pero cuando se enteró de que ella era la directora de toda la base y que iba a estar bajo su mando, esbozó una repulsiva sonrisa chulesca. Emily sabía que tendría que lidiar con él tarde o

temprano.

A continuación, Patel se volvió hacia los recién llegados y comenzó a presentarlos.

—Empezaré por Melissa Hudgens, neurocirujana. Colaborará con el personal médico de la base qué, por si no lo sabéis, tiene un quirófano completo de última generación justo detrás de esa otra puerta.

Una mujer de color, con una melena azabache muy rizada, muy delgada y de elevada estatura, hizo un casi imperceptible gesto con su mano a modo de saludo. Pero no cambió ni un ápice la seriedad de su rostro.

—Este joven de aquí es Erik Johansen —siguió el director con un orgullo casi paternal—. Algunos ya le conoceréis, lleva un tiempo encargándose de los drones y la robótica en general de la estación espacial.

El joven, que también tenía una importante estatura, saludó al resto con la mano, sin decir nada más que un tímido hola.

—Pasemos al señor Alberto Mendoza. En la tierra era…

—Empresario —dijo él con rapidez y un marcado acento mexicano—. Pero aquí mis dotes empresariales no serán de utilidad, me temo. Aunque se puede decir que tengo unas manos privilegiadas, así que estaré a disposición de cualquiera que necesite mi ayuda.

El mexicano, cuyos brazos estaban plagados de tatuajes, en su mayoría religiosos, llevaba una camisa de manga corta de color azul claro con grandes solapas blancas sin abrochar por completo. De esa manera podía lucir las múltiples cadenas doradas que hacían juego con los anillos de gran tamaño que poblaban sus callosos dedos. Emily observó entre ellos una alianza y recordó que el subdirector le había dicho que toda su familia estaba en la estación, aunque él mismo había solicitado ser despertado el primero.

—Sí… bien dicho —dijo el director, que se encogió de hombros ante la espontaneidad del nuevo colono—. Este de aquí es Marko Babic —continuó—. Hasta ahora ha sido uno de los responsables del equipamiento médico y de uso generalista de la estación. Y en realidad lo seguirá siendo, pero operará desde aquí.

Marko saludó a los presentes, pero su mirada se detuvo en Emily:

—¡Hola! —exclamó.

—Bien, este otro jovencito de aquí es Martin Karlsson —dijo el director Patel—. Creo que cuando embarcamos estabas todavía estudiando, ¿no es cierto?

El joven desgarbado, de tez blanquecina, casi enfermiza, asintió con timidez.

—¿Y en qué destacabas? —le preguntó el director.

—No sé… ¿jugar a videojuegos? —respondió él con dudas.

Hubo algunas risas ante la ocurrente respuesta. Emily, en cambio, permaneció seria. Tendría la responsabilidad de proporcionarle un oficio. Y ya tenía alguna idea sobre dónde podría resultar de mayor utilidad.

—Supongo que eso no es de mucha ayuda aquí —dijo el director—. Pero ya encontraremos algo en lo que puedas ser útil. Esta de aquí es Emma Martin, era soldadora en la estación. Formó parte de los primeros grupos de adecuación de la nave y después de la instalación de este mismo edificio, así que cualquier problema que haya en las instalaciones, ella lo solucionará.

La mujer, de mediana estatura, cabellos dorados y profundos ojos verdes levantó la mano y saludó al resto.

—La siguiente es la doctora Yara Moreau —presentó el director—. Junto con la doctora Hudgens y la enfermera Evelyn… ¿dónde estás, Evelyn? —la aludida levantó la mano—, formarán parte del equipo médico civil de la base. Esperemos que nadie necesite de sus conocimientos.

—Hola a todos —saludó sonriente la doctora de cabello oscuro y ondulado.

—Bien —continuó el director—. Pasemos al señor Park Min-jun, ¿lo he pronunciado bien?

—Perfectamente —dijo el elegante y sonriente coreano de unos treinta y cinco años—. Pero puede llamarme Min, así me llamaba todo el mundo.

—Genial. Min era el dueño de una importante empresa de robótica que, además, proveyó de gran cantidad de tecnología al proyecto. Lleva toda la vida en ese negocio y, por ese motivo, tenemos ese maravilloso laboratorio de robótica en la entrada. Estoy convencido de que su trabajo será de gran utilidad aquí.

—Yo espero poder ser de ayuda —dijo él con humildad.

—Y por último…

—No creo que yo necesite presentación, director… como se llame —le interrumpió James Coogan extendiendo sus bronceados brazos de gimnasio y señalándose a sí mismo—. Estoy seguro de que aquí todo el mundo sabe perfectamente quién es James Coogan.

Emily no pudo evitar lanzar un suspiro, y supo por la reacción del resto de los nuevos expedicionarios, en especial de las mujeres, que nadie allí era demasiado fan de aquel personaje.

—Yo no sé quién es usted —dijo Alberto—, pero mucho gusto.

James le devolvió el saludo con un gesto de su índice, simulando disparar con una pistola imaginaria.

—Creo que no me he dejado a nadie —concluyó el director Patel—. Así que, si os parece bien, podemos continuar con el tour.

—Nosotros volveremos a nuestras tareas —dijo Emily—, solo queríamos saludaros.

—Quizá pudieras dedicar unas palabras a los recién llegados —propuso Patel inesperadamente.

—En realidad no tenía nada preparado —reconoció ella—, pero, sed todos muy bienvenidos a esta base. Creo que puedo hablar en nombre de los que ya estábamos aquí y deciros que estamos encantados de que os unáis a nuestra pequeña comunidad. Estoy convencida de que juntos conseguiremos lo que nos propongamos. Me muero de ganas por colaborar con cada uno de vosotros. Y aunque todos somos bastante novatos en esto de colonizar planetas, cualquier problema o duda que os surja, creo que seremos capaces de resolverla. Así que no dudéis en preguntarnos lo que se os pase por la cabeza.

—No querrás saber lo que se pasa por la mía… —susurró James.

Emily dejó pasar el comentario del problemático personaje. Sabía que iba a necesitar mucha paciencia para lidiar con alguien así.

—Si os parece —continuó—, os dejaremos para que os instaléis durante el resto del día. La aclimatación a la gravedad y el entorno pueden ser algo complicadas. Mañana a primera hora

asignaremos tareas a cada uno de vosotros para que podamos continuar según la planificación del proyecto.

—Gracias, Emily —dijo el director Patel—. Ahora os mostraré la zona médica. Seguidme por aquí.

El grueso del grupo siguió al director mientras los compañeros de Emily comenzaban a abandonar el distribuidor en dirección a la entrada. Marko se acercó a ella para saludarla.

—Ya estamos aquí —dijo él.

—Me alegro de que haya al menos una cara conocida entre las nuevas incorporaciones —sonrió ella.

—Me lo imagino, sobre todo teniendo en cuenta que la otra alternativa es tratar con ese idiota de James Coogan.

—Ya me ha puesto Ada al día de los problemas que habéis tenido para llegar hasta aquí.

—Me gustaría decirte que a partir de ahora su comportamiento será diferente —confesó—, pero me temo que esto no ha hecho nada más que empezar.

—Sí, yo también me temo que solo hemos visto una pequeña parte de lo que es capaz de hacer —dijo, resignada.

—Intentaremos ayudarte todo lo que podamos —le aseguró Marko—, pero ya solo en el trayecto hasta llegar aquí ha empezado a haber ciertas tiranteces entre las dos doctoras y él.

—No me sorprende en absoluto —admitió Emily.

—Supongo que tengo que atender a las explicaciones del director —señaló al resto de sus compañeros.

—Sí, vete. Ya hablaremos —lo animó ella.

—¿Quizá con una taza de café? —preguntó él.

—Claro —aceptó—, dalo por hecho.

Emily se despidió con un gesto de su mano cuando Marko se giró de nuevo para despedirse.

—Es bastante mono —oyó decir a Evelyn detrás de ella.

Emily se sobresaltó al oírla; pensaba que todos estaban ya fuera de las instalaciones.

—Eh… sí —reconoció Emily nerviosa—, supongo que sí.

—Tranquila —le dijo ella riendo mientras se dirigían hacia la salida—, es normal echar un vistazo a la carta, aunque estés a dieta.

—Es solo un amigo —se defendió.

—Pues no me importaría para nada ser su amiga también —dijo ella sonriente.

Todos volvieron a sus tareas diarias en el otro edificio, dejando a los nuevos que se aclimataran al que iba a ser su nuevo hogar. Sin embargo, un par de horas después Emily recibió un mensaje urgente de Ada.

—El subdirector solicita que te presentes de inmediato en el puesto de mando de la estación —le dijo.

—¿Qué ocurre? —preguntó sobresaltada por la poca concreción de aquel mensaje.

—El subdirector prefiere hablarlo en persona contigo y con el resto de los miembros del

consejo para evitar filtraciones indeseadas.

—De acuerdo, dile que voy para allá —aceptó.

Emily dejó de inmediato lo que estaba haciendo y pidió a la teniente Balakova que la acercara a la estación. Pudo llegar al puesto de mando casi una hora después de haber recibido el aviso. Allí la esperaban la capitana Mei, el subdirector Green y el comandante Bauer.

—Hola —dijo Emily apresurada—. ¿Qué es lo que ocurre?

—Hola —respondió el subdirector—. Siéntate, tranquila, solo queremos comentarte algo que ha encontrado Ada y que no queremos que salga de aquí.

—¿De qué se trata? —preguntó asustada.

—Como sabes, Ada rastrea de forma activa todas las frecuencias de radio y láser en todas direcciones —comenzó el subdirector.

Emily tragó saliva, incapaz de ocultar su nerviosismo.

—Esta misma tarde nos ha informado de un extraño hallazgo.

—¿Qué ha encontrado?

—Estamos recibiendo una señal a intervalos exactos de treinta minutos.

—¿Qué tipo de señal? —preguntó, ansiosa por tanto rodeo.

—Aunque todavía no sabemos del todo cuál es la situación real —siguió el subdirector—, ya que la señal es débil e incompleta, Ada no tiene ningún tipo de duda de que se trata de una señal de socorro de la Galileo.

El corazón le dio un vuelco al oír esas palabras. Recibir una señal de la Galileo sería una buena noticia si no fuera porque era incompleta y cada media hora. Treinta minutos era el intervalo de tiempo en el cual las alertas de socorro eran enviadas cuando la nave que solicitaba la ayuda no disponía de suficiente energía para mantenerlas de manera continuada.

—Tenemos que ir al rescate —dijo Emily con determinación.

—Sí —la tranquilizó el subdirector—. Ada ha trazado todas las posibles trayectorias en base a la latencia en las comunicaciones y los diferentes sensores situados a lo largo de nuestra estación.

—¿Y? —apremió ella.

—A pesar de que, al menos por el tamaño de la Galileo, debería ser detectable a simple vista, no ha conseguido ver nada.

—¿Y eso que significa? —Emily se temía lo peor.

—Que puede que se trate de una nave más pequeña, quizá una cápsula de emergencia —explicó el subdirector—. Por desgracia, al estar la señal incompleta no disponemos de más información.

—Aun así, tenemos que ir a su rescate —insistió ella—. Me ofrezco voluntaria para hacerlo.

—Me imaginaba que dirías eso —suspiró—, pero el protocolo es muy claro en este aspecto. Si no se dispone de la posición exacta de la nave en apuros, debemos enviar una sonda.

—Pero ¿qué ocurrirá si necesitaran ser rescatados?

—En el momento en el que evaluemos la situación, enviaremos a alguien en su búsqueda.

—Podría ser demasiado tarde…

—Emily —dijo la capitana con voz seria—, lamento ser tan directa, pero han pasado ya varios años desde que la Galileo debía haber llegado hasta aquí. Es más que probable que ya sea demasiado tarde.

—La capitana tiene razón —terció el subdirector—. No podemos arriesgar más vidas humanas. Seguiremos el protocolo establecido.

—¿A qué distancia está la señal? —preguntó Emily, que mantuvo la compostura a pesar de las lágrimas.

—Proviene de una trayectoria a dos semanas de aquí —intervino Ada—. Aunque será necesario que la sonda vaya corrigiendo la trayectoria a medida que descartemos los posibles puntos de la misma. Es probable que tardemos algo más en llegar hasta el emisor de la señal.

—¿Necesitas algo? —preguntó el subdirector.

—No —respondió Emily, que intentaba mantener la entereza—. Estoy bien. Solo quiero que los encontremos.

12

La segunda base

2 de enero del año 1

Segunda localización, Kepler-442b

Robert había regresado con su equipo y varios miembros del equipo del director Patel a la segunda de las localizaciones del planeta que Ada había dado por válidas cuando llegaron. Ya habían transportado la mayoría de los módulos habitacionales a la misma explanada en la que un rayo impactó en la Ícaro. Habían pasado unas cuantas semanas de aquello. El proyecto ya había sacado de la criogenización a una decena de civiles, científicos e ingenieros, para poblar esa zona del planeta. Sin embargo, a Robert no le preocupaban las tormentas eléctricas ni la proximidad de uno de los obeliscos al campamento, al menos no demasiado. Lo que más le inquietaba era que aparecieran los secuaces del capitán Garth y que volvieran a desvalijar las instalaciones. Por eso estaba él allí, para evitar cualquier problema.

—Acaba de llegar el último transporte, señor —informó uno de sus subordinados.

—Gracias, sargento Cooper —respondió Robert—. Me llevaré a tres soldados para hacer una patrulla por los alrededores. Asegúrese de que los ingenieros del director Patel tienen todo lo que necesitan.

—¡A la orden, señor!

Robert se dirigió a un grupo de tres soldados que observaban cómo una de las excavadoras hacía un enorme agujero en el suelo para instalar allí parte de los suministros que iban a necesitar las instalaciones.

—Ustedes tres —llamó—. Vengan conmigo.

—Sí, señor —obedecieron.

—Usted —le dijo a uno de ellos—. Recoja y ponga en marcha uno de los drones.

—A la orden, capitán Beaufort.

Robert quería comprobar si los alrededores de la zona seguían siendo seguros, o al menos si estaban en las mismas condiciones que hacía unas semanas.

—Ada —llamó Robert—, ¿a qué distancia estamos del obelisco alienígena?

—A unos cinco kilómetros en línea recta —informó la IA—. He trazado una trayectoria de unos seis kilómetros y medio para llegar allí en media hora.

—De acuerdo. ¡En marcha!

Con Robert a la cabeza, los cuatro militares siguieron la ruta que Ada les sobreimprimía en los cascos de sus exotrajes. Abandonaron el claro en el que continuaban los preparativos y siguieron por un pequeño valle de árboles no tan grandes como los que Robert había visto en otros lugares. No había demasiado desnivel, estaban cerca de la costa y allí la orografía del terreno era bastante llana.

Encontraron un pequeño arroyo que surcaba el valle, aunque no llevaba demasiada agua. Supusieron que llegaría al mar o que se filtraría en el interior de la tierra. Aun así, allí había suficiente humedad como para que se desarrollara otro tipo de flora.

«Seguro que aquí Chad disfrutaría mucho —pensó Robert—. Es una lástima que la tormenta no nos permitiera explorar lo suficiente esta zona, parece más tranquila y no hay tanta vegetación».

Uno de los soldados se alteró al percibir movimiento en el agua.

—Ahí hay algo —exclamó.

—Será alguna rana alienígena —bromeó otro.

—No —insistió el primero—. Era mucho más grande que una rana.

—Tened cuidado —ordenó Robert, que recordaba los acontecimientos pasados—. Aquí hay criaturas muy peligrosas.

El joven soldado que había visto la salpicadura en el agua se aproximó a la zona de donde venía el ruido. Sobre el agua había una especie de nenúfares anidados, algas flotantes y espigados juncos, todos de color rojizo que no permitían observar con claridad el fondo de aquel arroyuelo a pesar del agua cristalina que discurría por él. Acomodó su fusil en la parte trasera de su traje y se agachó para poder tener una visión más detallada.

El grito fue escalofriante.

Algo saltó desde el fondo del arroyo y se encaramó al casco del joven soldado, que dio varios pasos hacia atrás, con tan mala suerte que tropezó con una piedra y cayó de espaldas.

—¡Ayuda! —gritaba desesperado— ¡Quitádmelo de encima!

Robert corrió hacia él. En su casco había una especie de gusano de unos sesenta centímetros de largo y unos diez de diámetro. El soldado luchaba por librarse de él, sin éxito.

—¡Aparte las manos! —ordenó Robert.

El soldado obedeció sin rechistar y un disparo partió por la mitad a la criatura. Robert recogió lo que quedaba de la parte delantera del gusano y, tras comprobar que el casco del soldado estaba intacto, lo observó con atención.

«Una ventosa con dientes en su interior», pensó.

—Ada —llamó Robert—, ¿esto es como una sanguijuela?

—Sí —confirmó la IA—. Cumple a grandes rasgos con las características de una sanguijuela. Aunque en este caso es mucho más grande y tiene unas curiosas aletas longitudinales, que entiendo que ayudan al animal a saltar del agua y adherirse a los animales que se acerquen a abrevar.

—Soldado, límpiese el visor y procure tener más cuidado. Ha tenido suerte de que el casco de los exotrajes sea más resistente que los dientes de esta babosa.

El soldado se levantó, todavía asustado. Sus compañeros lo ayudaron a limpiarse los restos del animal.

—Y ahora, sigamos la marcha —ordenó Robert—. Todavía no hemos llegado ni a la mitad del camino.

Un poco más adelante encontraron una numerosa manada de *fhores* que disfrutaban del pasto en una pequeña campa. Los soldados, que todavía no habían visto animales dóciles, quedaron

impresionados con el tamaño de los herbívoros.

—Es como si un rinoceronte y el *Big Foot* se hubieran apareado —susurró uno de ellos.

Aunque se cruzaron con algún otro tipo de animal, resultaba evidente que en ese continente había mucha menos actividad. Tras cruzar varios bosques y subir alguna pequeña colina, Robert pudo certificar que la variedad de la flora también era mucho menor. Por algún motivo, la biodiversidad de la otra zona era muy superior. Aun así, eso no hacía que aquel lugar fuera menos habitable, o que no tuviera la suficiente variedad como para no hacerlo interesante desde un punto de vista científico.

No tardaron mucho más en llegar al pequeño claro donde aterrizaron la primera vez, cerca del obelisco. Todo parecía tranquilo por allí.

—Ada, peina la zona con el dron —pidió Robert.

—Ahora mismo, capitán.

El dron sobrevoló los alrededores boscosos por los que sobresalía el obelisco.

—¿Detectas algo inusual? —preguntó Robert.

—No, nada —respondió ella—. Todo parece en calma.

—Sí, demasiada calma —murmuró Robert—. El silencio es demasiado perturbador.

—Debo recordarle que en este continente apenas hay insectos ni aves.

—Sí —respondió él—, salta a la vista.

Se adentraron con precaución en una zona boscosa poblada de maleza y se acercaron hasta el obelisco. Allí todo parecía permanecer tal cual lo habían dejado. Robert pasó la mano por la esquina de la que Taro y Gorka consiguieron extraer una muestra del material.

—¿Qué es esto, capitán? —preguntó uno de los soldados.

—Un artefacto alienígena de origen desconocido —respondió Robert.

—¿Y qué se supone que hace? —preguntó otro.

—Todavía no lo hemos descubierto —reconoció el capitán—. Solo sabemos que expulsa y esparce por el planeta unas moléculas muy complejas desde las cuatro toberas que tiene en la punta. Hay miles de ellos colocados de forma precisa a lo largo de los dos continentes más grandes.

—Vaya —suspiró el soldado—, eso parece preocupante.

—Tranquilo —dijo Robert—, mientras no se quite el casco, o deje que una sanguijuela se lo arrebate, estará a salvo.

Revisaron la zona con precaución, pero no encontraron ningún tipo de actividad extraña, así que Robert decidió que ya era suficiente.

—Ada, llévanos de vuelta por una ruta alternativa.

—Claro, capitán Beaufort —respondió ella.

Ada les guio esta vez por una ruta que bordeaba la costa. El paisaje era bastante más agradable que el del camino de ida. Podían ver el mar a lo lejos e incluso escuchar las pequeñas olas que golpeaban las rocas de la costa sin demasiado entusiasmo.

—Este sí que parece un lugar tranquilo —dijo el soldado que había tenido el encontronazo con la sanguijuela.

—Además, aquí no hay alimañas que te salten a la cara —rio otro.

Apenas quince minutos después, Ada lanzó un preocupante mensaje:

—He perdido la comunicación con la base.

—¿¡Qué!? —exclamó Robert—. ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé, solo sé que ya no les veo.

—¿Tienes visual de la zona? —preguntó Robert.

—No —dijo ella—. Al no disponer de conexión con la base, no podemos comunicarnos con la estación ni solicitar imágenes del satélite. Lamento decirle que estamos aislados.

Robert había dejado un contingente de diez soldados en la zona, pero eran todos demasiado inexpertos. Cabía la posibilidad de que, sin nadie que liderara una defensa en condiciones, los rebeldes hubieran tomado el campamento sin apenas oposición.

—¡Rápido! Tenemos que aligerar la marcha.

Estaban todavía a unos diez minutos de la explanada y al menos disponían de señal GPS. Cuando estuvieron ya cerca del lugar, Robert les hizo señales con los brazos para que se mantuvieran en silencio y avanzaran sin hacer ruido. Podía ver la tensión en sus ojos, ninguno tenía demasiada experiencia de campo.

Decidió situarse entre unos frondosos helechos que, aunque no les proporcionarían un gran camuflaje, al menos los mantendrían ocultos mientras estudiaban la situación. Desde allí confirmaron sus peores temores. Todos los militares e ingenieros de la base se encontraban agrupados y de rodillas en el centro de la explanada. Cinco militares rebeldes los mantenían retenidos mientras les apuntaban con sus armas. A su vez, varias naves de transporte cargaban el material de las instalaciones.

Comprobó que los soldados rebeldes habían hecho una notable modificación a sus exotrajes: los habían teñido con una especie de pintura rojiza que les permitía camuflarse mucho mejor con la vegetación del planeta.

«Muy inteligente», pensó Robert.

Lo primordial, dada la situación, era saber quién estaba al mando. Pero por más que buscaba, no encontraba a nadie que encajara con el perfil del capitán Garth. Sin embargo, alguien dirigía la operación desde la superficie. Amplió la imagen en el visor hasta que reconoció a la sargento Cameron. Vio cómo daba instrucciones a los ingenieros rebeldes que cargaban el material en los transportes. Sin embargo, no podía escucharla, estaba demasiado lejos.

—Ada —murmuró—. ¿Puedes detectar su canal de comunicación?

—No, capitán. No detecto ninguna señal proveniente de los trajes de los rebeldes.

Eso era extraño, pero en ese momento tenía otras prioridades. Debía pensar en un plan para liberar a los rehenes y retomar el control de las instalaciones. No iba a ser tarea fácil, había mucha distancia entre los rehenes y su posición y la explanada era tan abierta que cualquier movimiento sería detectado con facilidad. Si tuvieran el equipo adecuado, quizá podrían eliminar a los cinco soldados que custodiaban a los prisioneros, pero no disponían de armas de precisión, así que tendría que buscar otra manera de actuar.

La actividad en los transportes se concentraba en la parte más alejada de su posición. Quizá, si se acercaran por el otro lado de la explanada tendrían una posibilidad de acceder y hacerse con uno de los transportes. Robert no creía que el capitán Garth fuera capaz de matar a ninguno de

los rehenes, y mucho menos habiendo sido ya reducidos. Pero estaba seguro de que si el capitán Garth no estaba en la explanada dirigiendo la operación era porque lo estaba buscando a él.

Era hora de moverse, pero cuando se incorporó para darse la vuelta e intentar llegar hasta el otro extremo, oyó una voz familiar.

—Vaya, vaya, vaya —dijo el capitán Garth mientras él y otros cuatro militares les apuntaban con sus fusiles—. Miren a quién tenemos aquí.

—Creo que es el gusano escurridizo del capitán Beaufort —añadió el sargento Reynolds con sorna.

—Eso parece. Y mire, sargento —añadió el capitán—, ha traído consigo a tres de sus novatos. Que decepción, capitán… ¿De verdad pensaba que el dispositivo que ha desplegado aquí iba a poder detenernos? ¿No le parece insultante, sargento Reynolds?

—Desde luego, señor —respondió.

—Tirad las armas muy despacito, sin heroicidades —ordenó el capitán Garth.

Robert hizo un gesto a sus soldados para que obedecieran.

—¿Por qué no nos dejan en paz de una vez por todas? —preguntó Robert con rabia.

—¿Y dejar que solo ustedes puedan disfrutar de toda esta magnífica tecnología y de nuestro sustento? Ni lo sueñen.

—Estos suministros pertenecen al proyecto. Sin ellos, no podremos continuar con nuestro trabajo aquí.

—No se preocupe por eso, capitán —dijo Garth—. Le prometo que haremos un buen uso de todo. Y ahora —señaló hacia la explanada—, andando. Despacito y sin movimientos bruscos.

Robert y los tres soldados fueron conducidos por el capitán Garth y sus secuaces hasta el centro de la explanada, donde permanecían el resto de los rehenes.

—¡Miren a quién hemos encontrado, chicos! —gritó Reynolds.

El resto de los rebeldes levantaron los brazos y celebraron con júbilo que todo el dispositivo militar de la nueva base había sido reducido.

—Ustedes tres —llamó Garth señalando a los tres soldados que acompañaban a Robert—, de rodillas junto con el resto. Capitán Beaufort, usted sígame.

Los dos militares se apartaron del grupo y se dirigieron hacia el pequeño acantilado por el que bajaron a la pequeña cala para ver el mar de cerca la última vez que estuvieron allí.

—Sabe, capitán… Vaya, me resulta extraño llamarle capitán —dijo el rebelde—. Pero, ya que estamos, enhorabuena por su ascenso. He de reconocer que pienso que era demasiado pronto para promocionarle, pero también creo que se lo ha ganado. Felicidades.

—Gracias —respondió Robert con frialdad.

—Sé que hemos tenido nuestros roces —añadió—, que quizá a veces he sido demasiado duro con usted. Pero lo he hecho siempre con la convicción de que era capaz de soportarlo, y de que de esa manera daría todo lo mejor de usted.

—¿A dónde quiere llegar, capitán? —preguntó Robert con impaciencia.

—Verá, no me siento demasiado orgulloso de lo que hice, pero estoy seguro de que esos malditos burócratas pusilánimes van a llevarnos a cometer los mismos putos errores que hicieron

decaer a nuestras sociedades en la Tierra. Su maldita superioridad moral y su tibieza a la hora de hacer lo que sea necesario para preservar la seguridad y la libertad de los ciudadanos va a acabar por destruir lo poco que nos queda.

—¿Todo esto es por la sentencia del señor Wiśniewski? —preguntó Robert.

—¿Y por qué otro motivo iba a ser, si no? —espetó el capitán Garth—. ¿Por esos malditos niños ricos que se han comprado un pasaje al culo del universo? No sea inocente, Beaufort. Pude tolerar el despertarme sin arsenal militar. Puedo tolerar tener que lidiar con esos turistas espaciales. Pero lo que no voy a aguantar es que no se ajusticie como es debido al maldito bastardo que quiso destruirnos.

—Wiśniewski fue juzgado y cumplió su condena —rebatió Robert.

—Juzgado con tibieza y mostrando de nuevo la debilidad de un sistema que ya se caía a pedazos cuando aquel meteorito acabó de jodernos —respondió—. Y para colmo, se le da la posibilidad de volver a empezar. Una oportunidad que, por cierto, no tuvo el almirante O'Connell. Un militar condecorado, que dio su vida por su país, con multitud de misiones exitosas a sus espaldas. Una sola uña del almirante tenía más valor que cien escorias terroristas. ¿Y tú, querido comandante? ¿Le has visto homenajear a su superior fallecido durante la travesía? Honramos a los terroristas y dejamos que los héroes caigan en el olvido. Ese, y no otro, es el puto problema de la sociedad. Da igual dónde nos encontremos, la política es el cáncer de las sociedades.

—Pero eso no te da derecho a tomarte la justicia por tu mano —le recriminó Robert, recordando el terrible final que tuvo Wiśniewski.

—La inacción de los dirigentes me da todo el derecho del mundo —dijo el capitán Garth muy serio—. Ojo por ojo, vida por vida.

Robert no quiso contestar a su antiguo superior, quedaba claro que sus puntos de vista estaban en las antípodas el uno del otro.

—Sabe, Beaufort, aunque no lo crea, le respeto —siguió Garth—. Tiene principios, y eso me gusta en un soldado. Pero, desde que empecé esta operación hace meses, siempre me he preguntado si podría haber actuado de forma diferente, más como lo haría usted. Así que solo oirá este ofrecimiento una única vez. Le quiero en mi equipo. Sé reconocer a un soldado en cuanto lo veo, y con usted lo supe en cuanto lo asignaron a mi mando en la Copérnico. Sé que con usted de nuestro lado sería solo cuestión de tiempo que el resto entrase en razón.

Robert se giró para mirarlo a la cara.

—No volvería a estar bajo su mando aunque mi vida dependiera de ello —le espetó—. Es usted un sádico.

—De acuerdo —dijo él, muy tranquilo—. Tenga mucho cuidado, entonces. A partir de ahora me temo que nuestros encuentros no serán tan amistosos como el de hoy.

—Lo tendré.

—Volvamos con el resto —ordenó Garth—. Y recuerde, no intenten seguirnos ni localizarnos, o tenga muy claro que tomaré represalias. Acabaremos en seguida, no desespere, y pronto su querido comandante mandará un transporte para recogerlos. Hemos elegido un día con pocas nubes, estoy seguro de que estarán atentos a todo lo que está pasando aquí abajo.

Robert regresó con los demás rehenes.

—Dele saludos al resto del equipo —añadió Garth—, incluida a su querida doctora.

Robert lo miró fijamente y apretó los dientes. No le gustaba nada la condescendencia con la que le acababa de tratar el capitán Garth. Tal y como había anunciado, la operación de los rebeldes no tardó demasiado en concluir. Todos los transportes despegaron con el material y las estructuras de las instalaciones colgadas de unos resistentes cables de acero. Poco después, desaparecieron en el horizonte.

Media hora más tarde, un transporte procedente de la estación espacial tomó tierra en la explanada. El comandante Bauer supervisó el rescate en persona.

—¿Están todos bien, capitán? —le preguntó a Robert cuando llegó junto a los rehenes.

—Si, comandante. No ha habido ninguna refriega.

Luego se apartaron del resto del grupo.

—¿Todo bien? —le preguntó en privado

—Sí, señor —afirmó Robert con una amplia sonrisa en la boca—. Ha ocurrido todo tal y como habíamos planeado.

13

Una pequeña crisis

3 de enero del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

Se encontraba sola, flotando dentro de una cápsula de escape como las que había repartidas por toda la estación. No sabía cómo había llegado hasta allí ni lo que había pasado para que acabara allí dentro. Pero algo iba mal. La luz roja intermitente de la cápsula no dejaba lugar a dudas. Se movió por el interior y revisó el pequeño terminal de control. Apenas había energía y oxígeno. Le quedaban pocas horas de vida. Los nervios hicieron que su pierna comenzara a moverse con pequeñas sacudidas, como le pasaba siempre.

De repente notó que algo golpeaba el casco de la cápsula. Se giró y miró en todas direcciones, pero no fue capaz de detectar el lugar exacto desde el que procedían los golpes. Se asomó por el ojo de buey de la escotilla de salida. No pudo ver gran cosa, tan solo la inmensidad del espacio. Los golpes continuaban sonando desde otro punto de la cápsula, pero parecían venir del exterior.

«¿Quién es?», intentó preguntar, sin que ningún sonido saliera de su garganta.

Más golpes. Procedían de uno de los laterales, pero se desplazaban hacia la escotilla. Emily intentó gritar, pero no pudo. Los golpes casi habían llegado a la zona de la escotilla. Entonces pudo ver que quien golpeaba la cápsula era su padre, Steven Rhodes. Ni siquiera llevaba un exotraje puesto, solo ropa de calle, unos vaqueros y una camisa de cuadros. Era la camisa que la abuela de Emily le había regalado en uno de sus cumpleaños. Lo miró y le pidió ayuda en silencio. Como tantas otras veces. Como cuando era pequeña y tenía algún problema. Como aquella vez que se cayó de la bici y él acudió en su ayuda. Sin embargo, él también estaba en peligro.

—¡Ayúdame! —le oyó decir con total claridad. Luego golpeó con fuerza la escotilla de la cápsula y volvió a repetir—: ¡Ayúdame!

Emily trató de abrir la escotilla con todas sus fuerzas, pero apenas consiguió mover un milímetro la maneta alargada que permitía la apertura manual de la cápsula. En estado de ingravidez le era difícil ejercer la suficiente fuerza, así que decidió colocar los dos pies sobre la escotilla para tener un apoyo con el que imprimir la energía necesaria.

Tras tres intentos fallidos, por fin consiguió abrirla, pero cuando lo hizo ya no había nadie allí fuera. Emily intentó llamar a su padre pero, de nuevo, ningún sonido salió de su boca. Allí no había nadie, no había nada.

Regresó al interior de la cápsula. Estaba allí, inerte, sentado en uno de los asientos, con su camisa de cuadros y los vaqueros azules. Sus brazos parecían flotar, libres por la ausencia de gravedad. Su piel había tomado un color azul intenso y los miles de minúsculos cristales de hielo que cubrían su rostro brillaban con intensidad, dándole un aspecto macabro. Ya no había ninguna luz roja, ya no quedaba energía ni oxígeno en la cápsula. Pero ella seguía allí, con vida, y su

padre no.

Un sonido llegó desde su espalda. Cuando se giró vio que allí estaba la Galileo. Pero esta vez lo que había detrás de ella no era Kepler-442b, sino una gigantesca estructura metálica con forma de aro. Aquella construcción alienígena tenía ocho dispositivos distribuidos de forma simétrica por la superficie que formaban una figura octogonal. De ellos emanaba una intensa energía de color azul eléctrico que parecía rodear el espacio vacío del interior. En el vacío había una masa oscura con un halo brillante a su alrededor que no dejaba escapar la luz. Era un agujero negro.

La estructura circular dejó de emitir el pulso eléctrico y, sin previo aviso, comenzó a colapsar sobre el agujero negro y a deformar y a tragarse los dispositivos y el gigantesco aro. La Galileo fue la siguiente en desaparecer. Estaba a punto de ser tragada por el agujero negro cuando se despertó.

«Esto empieza a ser demasiado habitual», pensó sobresaltada cuando se incorporó en la cama empapada en sudor.

Todavía era temprano, pero se levantó y se dio una ducha; necesitaba relajarse un poco. Esta vez no había nadie despierto, ni siquiera vio a los dos soldados de guardia. Supuso que se encontraban en el exterior, ya que dentro de la base reinaba el silencio. Decidió tomarse un café descafeinado para ver si conseguía templar un poco sus nervios. Tendría que hablar con Evelyn y con la doctora Moreau, quizá todas esas pesadillas fueran el resultado de un desequilibrio alimenticio u hormonal.

Tras unos minutos de relax en el comedor, se puso a trabajar. Entró en una de las salas del laboratorio y revisó los expedientes de los nuevos colonos. Quería asignar a cada uno de los civiles el trabajo más adecuado a sus aptitudes.

Horas después, cuando el resto de la base se levantó, Emily los reunió a todos en la primera de las instalaciones.

—Hoy es una mañana un tanto especial —empezó—. Espero que hayáis pasado una buena noche y tengáis las pilas… —Se detuvo—. Un momento, ¿dónde está el señor Coogan?

—Seguía durmiendo —dijo divertido Martin, el joven hijo de un multimillonario sueco.

—Se ve que estaba muy cansado de decir tonterías e intentar ligar con todo lo que se mueve —añadió con sarcasmo la doctora Hudgens.

Emily lanzó un sonoro suspiro de resignación.

—Luego me encargaré de eso —dijo—. Sigamos. Creo que el equipo médico puede encargarse por su cuenta de organizar sus tareas. —Miró a las tres sanitarias de la expedición—. Evelyn, quizá puedas empezar poniendo al día a las doctoras Hudgens y Moreau sobre las condiciones que tenemos en la superficie del planeta y los resultados de los análisis que nos has realizado durante todo este tiempo.

—Sin problema —aceptó la enfermera—. Yo me encargo.

—Quizá podáis también, aunque no esté aquí presente, contar con el teniente Ortiz, ya que es el responsable médico militar de la base.

—Por supuesto, dalo por hecho.

—Gracias —dijo Emily—. Bien, señor Mendoza…

—¡Oh! Puede llamarme Alberto, señorita.

—De acuerdo, Alberto. Sobre esto, y si nadie opina lo contrario, me gustaría evitar los

formalismos. Tuteémonos, puedes llamarme Emily —le dijo a Alberto—, de hecho, cualquiera de vosotros puede hacerlo. El funcionamiento de esta base se basa en la confianza mutua, en intentar ser una pequeña familia de humanos que trabajamos por el bien común. Por supuesto, somos todos libres de solicitar ser tratados de otra manera. Dicho esto, Alberto —sonrió—, he pensado que harías un buen equipo con Gorka, nuestro responsable de ingeniería. Además, ambos habláis español, así que lo podéis practicar si queréis.

—Eso estaría bien chido —dijo Alberto en su idioma materno.

—Min —continuó Emily—, tú eras un importante empresario del sector de la robótica. Gracias a ti, disponemos de un maravilloso laboratorio. Creo que no es necesario que te diga nada, salvo que colabores junto con Erik para realizar investigaciones. Por desgracia no disponemos de recursos ilimitados, pero estoy segura de que con tu ingenio podremos hacer muchos avances.

—Sin problema —asintió él.

—Martin —continuó Emily, dirigiéndose al joven sueco—. No sé muy bien dónde encajarte, pero he pensado que puedes aprender cosas útiles junto a Min y a Erik.

El joven se encogió de hombros sin decir una sola palabra.

—Marko —continuó ella—, tú tendrás que mantener la electrónica del material médico y de consumo de la estación. Poco tengo que decirte sobre cómo hacer tu trabajo.

—Supongo que haré revisiones periódicas de las instalaciones, además de reunirme también con el equipo médico y de ingeniería.

—Eso suena genial. Gracias, Marko. Y, por último, Emma —dijo dirigiéndose a la soldadora —. No tenemos tareas concretas para ti, pero colaborarás con el resto de los equipos además de garantizar que las instalaciones no sufren ninguna brecha en su integridad. Estamos en tus manos.

—Sin problema —aceptó ella.

—Entonces, manos a la obra —concluyó Emily—. Kostas, ¿tienes un minuto? —añadió.

—Claro, ¿qué ocurre?

—Verás, había pensado en asignar a James Coogan a tu cargo para que te ayudara con tus tareas diarias, quizá así aprenda a cuidar de los cultivos e invernaderos y a ser de utilidad —dijo —, pero en vista de que parece bastante problemático, quería comentarlo contigo antes.

Kostas lanzó un pequeño suspiro mientras apartaba la mirada, pensativo.

—Bueno —se mesó la barba—, no es que sea la persona con la que más ilusión me hace trabajar, pero entiendo que alguien tiene que intentar llevarle por el buen camino. De acuerdo, yo seré esa persona.

—Gracias, Kostas —dijo Emily aliviada—. Te agradezco el esfuerzo.

—Tranquila, supongo que en el fondo será mejor de lo que parece. Esperemos que seamos capaces de hacer que colabore, aunque no hayamos empezado con buen pie.

Emily se colocó el exotraje y cambió de edificio. Allí, el resto de los miembros de la expedición ya estaban ocupados con sus tareas. Dejó el exotraje en el pasillo y se dirigió a los dormitorios del edificio, donde imperaba una calma total.

—Ada, desactiva la cancelación de ruido —pidió.

—Hecho —respondió ella.

Un fuerte ronquido se oyó en toda la sala. James seguía durmiendo con un tronco, ajeno a la frenética actividad del resto de sus compañeros.

—Ada, emite a todo volumen el sonido de la bocina de un transporte de carga.

—Necesito tu permiso para emitir un sonido por encima del umbral de dolor del ser humano —pidió la inteligencia artificial.

—Tienes permiso —dijo ella, que se tapó los oídos.

Una potente bocina de camión sonó en la estancia. Incluso con los oídos tapados, Emily se asustó por el descontrolado volumen. Pero el susto que James Coogan se llevó fue antológico. Se incorporó en la cama presa del pánico.

—¡Mierda! ¡Joder! —exclamó, todavía somnoliento y sin entender lo que ocurría.

Emily esperó unos instantes.

—Esto no es un crucero de placer, señor Coogan —le espetó—. Si quiere continuar perteneciendo a esta expedición, deberá tener un comportamiento mucho más adecuado, seguir un horario establecido y obedecer las indicaciones que…

—Menudo susto —se quejó, ignorando lo que Emily le estaba diciendo—. Casi se me salen los huevos por la garganta.

—¿Ha escuchado algo de lo que le he dicho, señor Coogan?

—No, lo siento, preciosa. Todavía tengo que comprobar que tengo todo en su sitio, me has dado un susto de muerte. Estaba teniendo un sueño maravilloso en el que, para tu desgracia, no salías. Pero me lo has chafado con estas tonterías de campamento de verano.

Emily se acercó a él.

—No pienso tolerar que me hables en esos términos —le dijo indignada—. Esto no es un hotel, aquí trabajamos por conseguir la supervivencia de toda la humanidad. ¿Te parece eso algo para tomarte a risa?

—Sí, lo que tú digas —repuso él, distraído—. ¿A quién le tengo que pedir que me prepare un café?

—Aquí no somos sirvientes de nadie —respondió Emily todavía más enfadada—. Si quieres algo, tendrás que preparártelo tú. Y ahora, levanta tu culo de la cama, date una ducha y reúnete con Kostas en el exterior para empezar con tus tareas diarias.

Emily abandonó la habitación muy alterada. Sabía que James Coogan era un auténtico idiota, pero albergaba ciertas esperanzas de que su manera de actuar fuera solo una fachada de cara al público. Todo parecía indicar que no. Aun así, no quería tirar la toalla, era casi una cuestión de principios; no podía permitir que alguien con esa actitud rompiera la armonía que habían conseguido mantener hasta ese momento.

De repente, Emily comenzó a sentirse mareada. Le costaba respirar, su corazón latía a demasiada velocidad y sintió una fuerte presión en el pecho.

—Ada —dijo Emily mientras se detenía en el pasillo y se sentaba en el suelo—, avisa a Evelyn.

La enfermera apareció un par de minutos después, seguida por las doctoras Hudgens y Moreau.

—¡Emily! —gritó al verla en el suelo.

—Tranquila —dijo ella—, creo que estoy mejor.

Evelyn se agachó para examinarla. Ni siquiera se había quitado el exotraje.

—Ada me ha dicho que estabas teniendo una pequeña crisis —dijo Evelyn—. Pero tranquila, no pasa nada. Estamos aquí y tú estás bien. Solo es un pequeño ataque de ansiedad. ¿Crees que podrás incorporarte?

—Sí, creo que sí.

—Vamos a llevarte a la enfermería y te haremos un chequeo, ¿de acuerdo? Solo para quedarnos tranquilas.

Emily asintió con un leve movimiento de cabeza. Una vez en la zona médica, Evelyn le tomó la tensión arterial.

—Tienes ciento cuarenta y noventa —dijo—. Es alta, pero es lo habitual según tu historial. Tranquila, habrá sido algo puntual que te ha hecho tensionarte demasiado.

Emily asintió con la cabeza.

—No voy a preguntarte si estás viviendo situaciones estresantes porque es evidente que sí. Todo lo que has estado experimentando desde que pusimos un pie en este planeta puede afectar a cualquiera —comentó la enfermera—. ¿Descansas bien por las noches?

Emily recordó las pesadillas que los últimos días la habían hecho despertarse antes de tiempo empapada de sudor, pero decidió no darles importancia por el momento.

—Sí, supongo que sí —mintió.

—Eso es buena señal —aplaudió la doctora Moreau—. Es importante tener un descanso adecuado y una alimentación sana para evitar estos pequeños problemas.

—Tenemos un análisis de sangre tuyo de hace pocos días —dijo Evelyn—, pero voy a hacerte otro, ¿vale? Solo para quedarnos tranquilas.

—De acuerdo —aceptó Emily.

La enfermera recogió su pistola extractora y la apoyó contra el pliegue interior del brazo. Tras un chasquido, el pequeño tubo se llenó de la sangre de Emily.

—¿Quieres que te de algún tranquilizante?

—¿No será demasiado?

—Son naturales. ¿Necesitas hablar de algo? —se ofreció.

Emily se encogió de hombros:

—Creo que no, aunque gracias —dijo—. La verdad es que no me he sentido agobiada en ningún momento. Quizá un poco abrumada a veces, por la importancia de lo que hacemos, pero no había notado que me agobiara.

—Muchas veces no somos conscientes de nuestro estado anímico real. Supongo que estarás preocupada por todo eso de que seas la elegida —le dijo la doctora Moreau—. Y lo que pasó ayer en la nueva base tampoco ayudará.

—¿Qué ha pasado en la nueva base? —preguntó Emily, preocupada de nuevo.

—¿No has hablado con Robert? —preguntó Evelyn.

—No, no hemos hablado desde hace un par de días —reconoció Emily—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Están bien?

—Sí, tranquila —dijo la enfermera—, están todos bien. Vaya, pensaba que ya estarías enterada. Parece ser que el capitán Garth y sus esbirros han vuelto a hacer acto de presencia y se han llevado todo el material de la nueva base.

—¿¡Qué!? —exclamó Emily.

—Sí, pero tranquila, no hubo combate. Todos los ingenieros y soldados volvieron sanos y salvos. Tan solo hubo pérdidas materiales.

—Perdonad —se disculpó Emily—. Necesito hablar con Robert ahora mismo.

—Por supuesto —dijo ella—. Pero procura estar más calmada.

Emily regresó al otro edificio en busca de privacidad.

—¿Cuándo pensabas contarme lo del ataque de ayer? —preguntó Emily enojada en cuanto Robert aceptó la llamada.

—Es que en realidad no ha pasado nada —se defendió él—. Y lo cierto es que no hay demasiado que contar.

—Pero podría haber pasado algo —insistió ella.

—Emily, soy militar. Sabes que este trabajo conlleva situaciones complicadas.

—Pero me gusta saber que mi… lo que sea que seamos, está bien. Y no enterarme por otras personas de que un sádico ha atacado la base en la que te encontrabas.

—Tienes razón, lo siento —reconoció Robert—. Supongo que debí llamarte. Pero sé que estás muy atareada con la ampliación y no quería darte otra preocupación más.

Emily rebajó un poco su enfado al escuchar lo que parecía una disculpa sincera.

—Bueno, cuéntamelo ahora.

—En realidad, poca cosa —dijo él—. Todo iba bien. Me ausenté con tres soldados para inspeccionar el obelisco cercano y Garth y sus hombres aprovecharon para atacar el campamento y reducir a la pequeña guarnición que habíamos dejado allí.

—Vaya, ¿están todos bien? —se interesó.

—Sí, no pasó a mayores —dijo Robert—. De hecho, tuve una interesante conversación con el capitán Garth.

—Ah, ¿sí? ¿Qué te dijo?

—Ya te lo contaré cuando estemos juntos —dijo Robert—. Me temo que ahora mismo no confío demasiado en las comunicaciones.

—De acuerdo —concedió—. Supongo que no es normal que se enteraran de la localización y el momento exacto para dar el golpe.

—Así es —dijo Robert—. Está claro que tenemos algún tipo de brecha. Es mejor que hablemos de ciertas cosas en persona. ¿Tú que tal con los nuevos?

—En general, bien —empezó—. La mayoría parecen trabajadores y competentes. Pero hay uno que me va a dar muchos quebraderos de cabeza.

—No me lo digas: James Coogan, ¿verdad? —adivinó.

—Era fácil, así que no se ponga medallas, «capitán obvio».

Robert rio con ganas. —¿Te está dando problemas? —preguntó él.

—Esta mañana he tenido que ir a despertarle —se quejó Emily.

—Tener alguien así puede ser agotador —le advirtió Robert—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. —Evitó contarle la pequeña crisis que acababa de sufrir.

—Ánimo. Ahora tengo que dejarte, tengo instrucción —le dijo—, pero ten mucha paciencia, y también mucho cuidado allí abajo —le pidió Robert—. Te echo mucho de menos.

—Y yo a ti también.

Una inesperada visita

4 de enero del año 1

Segunda localización, Kepler-442b

Se había tomado uno de los tranquilizantes que le había proporcionado Evelyn para poder descansar bien tras su pequeña crisis del día anterior. Y, a pesar de sus reticencias, funcionó. De hecho, según el informe de descanso que le había mostrado Ada, había dormido casi diez horas. Hacía semanas que no dormía tanto y tan bien, se encontraba descansada y de muy buen humor. Hasta tal punto que ni las estupideces de James Coogan podrían quitarle la sonrisa de la cara. Antes del desayuno, Evelyn le volvió a extraer sangre y a tomar la tensión.

—Los resultados de los análisis de ayer no mostraban nada reseñable —le dijo la enfermera mientras le colocaba el tensiómetro—. Estás sana como una de las lechugas de Kostas.

—Ya te dije que no me encontraba mal —respondió Emily—. Supongo que sería la acumulación de cosas en la cabeza.

—Sí, es probable —aceptó la enfermera—. De hecho, ya vuelves a tener una tensión normal, incluso algo baja. Aunque veo que estás genéticamente predispuesta a la hipertensión, así que entiendo que son los valores normales.

—Puede ser, sí.

—¿Qué tal te encuentras? —quiso saber.

—Fenomenal, he dormido como un tronco —reconoció Emily.

—Me alegro —dijo la enfermera mientras le extraía la sangre—. Esas pastillas son milagrosas, aunque conviene no abusar de ellas. Siempre es mejor que sea el propio cuerpo el que descanse por su cuenta.

—Tiene lógica.

—Pues ya estaría —dijo mientras guardaba la muestra—. Y si ya te sientes bien, no creo que sea necesario que hablemos mañana.

—De acuerdo. Gracias, Evelyn.

Tras desayunar, Emily habló con Kostas.

—¿Qué tal ayer con James? —le preguntó.

—¿Que qué tal? —respondió Kostas con tono sarcástico—. Pues teniendo en cuenta que no apareció y que se pasó todo el día en el gimnasio —señaló la zona de enfermería donde había un pequeño pero funcional gimnasio—, diría que bien.

—¿No apareció en todo el día?

—Ni pasar a saludar —se quejó.

Emily pensó en qué hacer para que el infame James Coogan entrara en razón y colaborara con las labores de la base. Dio vueltas a otro enfoque, buscando una menor

confrontación. Esperó a que se despertara, se desplazó al otro edificio y se acercó a él cuando terminó de asearse:

—James, me gustaría hablar contigo en privado.

—Claro, muñeca —le respondió él con su habitual tono chulesco.

Emily se armó de paciencia para obviar aquel comentario y ambos entraron en una de las pequeñas salas que había en el nuevo edificio.

—Siéntate por favor —le dijo—. Creo que hemos empezado con mal pie.

—Sí, no cabe duda.

—Déjame acabar, por favor —le pidió—. Sé que todos vosotros habéis pagado unas cifras astronómicas para poder estar aquí. Sé que consideras que tienes unos derechos, que nadie te puede obligar a hacer nada que no quieras hacer. Sé que en la Tierra eras alguien importante, que vivías de esa imagen de prepotencia que has mostrado desde que se te ha sacado de la criogenización. Pero también sé que hay otro James Coogan ahí dentro, uno tímido, inseguro, que necesita ser valorado por lo que es de verdad, que necesita la aprobación constante de los demás. Y que quiere formar parte de algo más grande que él.

Emily clavó su mirada en los ojos de James con tanta intensidad que él tuvo que apartarla. Sin embargo, aquella timidez repentina solo duró unos instantes.

—Pero ¿qué dices? Yo no necesito la aprobación de los demás —aseguró—. James Coogan es mucho más fuerte e independiente que todo eso.

—Tu mirada te delata, James —afirmó Emily—. Incluso la manera en la que hablas de ti mismo demuestra que tengo razón. Pero quiero que sepas que tengo mucha más paciencia que la mayoría de las personas. Así que te diré lo que va a pasar a partir de ahora: yo seguiré tratándote con amabilidad y de forma correcta y tú continuarás con tu retahíla de frases rancias y comentarios casposos. Pero llegará un momento, cuando te des cuenta de que nadie va a reírte las gracias, en el que te sentirás solo y querrás formar parte de todo esto. Y ese día, todos te recibiremos con los brazos abiertos.

—Vaya, no sabía que el pasaje incluía sesiones de psicoanálisis —rio.

Emily sintió auténtica lástima por él al ver cómo una y otra vez recurría a los mismos clichés humorísticos.

—Antes de acabar la sesión —le siguió el juego—, déjame decirte que este lugar es peligroso, aquí hay criaturas que podrían partirte por la mitad de un solo golpe, incluso aunque lleves puesto el exotraje. Y estoy convencida de que hay amenazas mayores a las que todavía no nos hemos enfrentado. Cuando te encuentres cara a cara con esos peligros querrás tener a alguien que te cubra la espalda. Si no trabajamos todos juntos, si no colaboramos en las tareas que se nos asignan, puede llegar a morir gente. Y para desgracia de todos, la humanidad, o lo que quede de ella, está en peligro de extinción. De ti depende sumar o restar en nuestra supervivencia. De ti depende que haya o no alguien que nos recuerde.

Esta vez James no pudo rebatir algo tan serio con un comentario ingenioso así que, por primera vez, permaneció callado. Emily se levantó de su silla y posó su mano en su hombro cuando salía.

—Kostas te espera —añadió—. Me gustaría mucho que le dieras una oportunidad. Quién sabe si ese James, al que todos queremos conocer, pueda salir por fin a la superficie.

Salió de la sala con una sonrisa triunfal, pero casi no tuvo ni tiempo para saborear lo que parecía una pequeña victoria en aquella guerra que tendría muchas más batallas. Nada más abandonar la sala, Ada le informó de que Shildii estaba a punto de llegar a la base.

Aceleró el paso y se acercó al comedor para recibirle con un buen pedazo del bizcocho de chocolate con el que tanto disfrutaba el joven kepleriano.

Cuando salió del otro edificio con él en la mano, Shildii ya enfilaba el último tramo hasta la base. Emily lo esperó en el lugar habitual.

—¡Shildii! —saludó con entusiasmo—. ¡Qué alegría verte!

—Hola, Emily —dijo el joven kepleriano, que entornó los ojos con alegría.

—¿Qué tal estas? —preguntó ella.

—Bien— respondió—, aunque Rakesh y tú ya no venís a Wiikhaadiiz ofiz.

—Tienes razón —respondió Emily—. Hemos estado muy ocupados estos días. Yo casi no he estado aquí, en nuestro poblado.

Shildii no pudo evitar relamerse en cuanto vio que Emily traía un pedazo de bizcocho en la mano.

—Ven, vamos a aprovechar que hace sol para sentarnos debajo de algún árbol —le invitó Emily mientras ambos se dirigían a uno de los enormes árboles de grandes hojas que delimitaban la explanada.

Se sentaron en el suelo y apoyaron la espalda en el gigantesco tronco de un milenario ejemplar. Emily seguía disfrutando mucho viéndole comer. De alguna manera, empezaba a verlo como el hermano pequeño que nunca tuvo, a pesar de todas las veces que se lo pidió a sus padres cuando era una niña. Su vida habría sido muy diferente con un hermano, de eso no había duda.

—¿Está rico? —preguntó.

—Sí —dijo él casi sin respirar mientras daba buena cuenta del desayuno.

En ese momento, una criatura pequeña, del tamaño de una ardilla, cayó del árbol. Tras unos desconcertantes instantes, aquel animal se quedó mirándolos. Inclinaba su cabecita hacia los lados mientras parecía observarlos con curiosidad. Tenía dos enormes y saltones ojos oscuros y unas diminutas orejas en forma de pequeñas trompetas. Además, caminaba a pequeños saltitos sobre sus cuartos traseros, como si fuera un canguro en miniatura. Sus diminutas garras delanteras se juntaban en el pecho, donde las frotaba en un graciosísimo gesto. Parecía estar preguntándose qué estaba pasando allí.

—Vaya, pero ¿qué es lo que tenemos aquí? —preguntó Emily.

—¡Es un *jush*! —exclamó sorprendido Shildii—. Es muy difícil verlos en Wiikhaadiiz ofiz, son muy escurridizos. Hacía mucho tiempo que no veía uno.

—Por la manera en que te mira, diría que quiere que compartas parte de tu bizcocho con él —observó Emily.

Shildii la miró con cara de valorar si de verdad iba a tener que compartir su preciado desayuno con ese animal.

—Mi madre suele decirme que no le de comida a los animales silvestres —se excusó—. Por si me muerden.

—Es un buen consejo —aceptó Emily—. No le ofrezcas comida, entonces; ya se irá.

—¿Quieres darle tú un pedazo? —Shildii le ofreció la mitad de lo que le quedaba de bizcocho. Él también estaba intrigado con aquella criatura.

—Vale, supongo que con el traje no podrá hacerme nada.

—Igual se hace daño en sus pequeños dientes —sonrió el joven.

Emily colocó un trozo minúsculo de bizcocho en la palma de su mano y se inclinó un poco hacía el pequeño *jush*, evitando acercarse demasiado para no asustarle. Al principio, el animal dudó, volvió a inclinar su cabecita hacia ambos lados, como si evaluara la situación. Sus pequeñas manos habían dejado de frotarse y estaban preparadas para recoger la jugosa muestra de desayuno que aquel extraño ser metálico le ofrecía. Al final, no pudo evitar sucumbir ante el hambre y la curiosidad. De tres pequeños saltos se acercó y recogió con sus garritas lo que Emily le ofrecía. Luego se alejó con otro par de saltos y, sin dejar de observarles con esos desproporcionados globos oculares, se llevó la comida a la boca, que comenzó a moverse a toda velocidad. Sus diminutos dientes masticaron el jugoso y dulce bizcocho de chocolate. Mientras, las dos pequeñas protuberancias que le caían de la mandíbula, a modo de graciosa barba, se movían sin cesar. Cuando acabó, se plantó sobre su larga cola, acabada en un penacho de plumas, y volvió a frotarse las manitas.

—Creo que quiere más —dijo Emily.

—Le gusta el bizcocho, como a mí —sonrió Shildii.

Emily cortó otro pedazo y lo puso de nuevo sobre la palma de su mano. El animalito dudó menos que la primera vez y se acercó de un par de saltos. Le arrebató la comida en un rápido gesto, pero esa vez no se movió del sitio y se quedó a solo un palmo de ella.

—Pareces simpático —dijo cuando acabó—. Pero ya solo me queda este trozo, aunque tiene un poco de crema. —Posó el último pedazo encima de su mano.

El animal lo cogió y lo disfrutó moviendo sus mandíbulas en un rítmico subir y bajar. Cuando acabó, Emily soltó una leve carcajada al comprobar que se había manchado las manitas con la crema del bizcocho.

—Mira —dijo—. Le ha pasado lo mismo que a ti la primera vez que lo probaste.

—Sí —el joven entrecerró divertido sus ojos—, aprendí a la fuerza que eso manchaba.

El pequeño intentó frotarse de nuevo las manos, pero eso solo hizo que la crema se esparciera todavía más. Algo contrariado, comenzó a lamérselas con la lengua y continuó con una intensa sesión de acicalamiento. Emily y Shildii observaron el proceso en silencio, disfrutando con los graciosos movimientos del animal.

Cuando acabó, se quedó mirándolos de nuevo, esperando. Al ver que eso no provocaba el efecto deseado, movió sus bracitos con rapidez, como si pidiera que extendiera la mano de la que pensaba que salía la comida.

—No tengo más, pequeño —dijo ella, mostrándosela.

El animal la husmeó en busca de algún resto que llevarse a la boca. Emily intentó acariciarle con la otra mano. Al principio se asustó un poco, pero pronto vio que las intenciones no eran malas y se dejó hacer. En poco tiempo Emily lo tenía tumbado boca arriba sobre su regazo, recibiendo con gusto sus carantoñas.

—¿Quieres tocarlo? —le preguntó a Shildii—. Parece bastante tranquilo.

—Está bien —aceptó.

Armándose de valor, extendió el brazo derecho y comenzó a rascarle la peluda barriga oscura. Shildii emitió un sonido que parecía indicar que él también disfrutaba haciendo carantoñas a su nuevo amigo. Pasaron un buen rato con el pequeño animal, conversaron sobre su familia, sobre cómo veía Shildii a los Wiikhaadiiz ofiz, y también sobre su futuro. Shildii no tenía claro a qué quería dedicarse de adulto, pero parecía que ponía especial interés cuando hablaban sobre la historia de ambas civilizaciones. De hecho, según le contó a Emily, su padre solía contarle historias de antiguos héroes keplerianos que lucharon contras los Khol.

Cuando se levantaron, Emily decidió enseñarle el pequeño edificio que el director Patel había construido sin soporte vital.

—Ven, seguro que esto te encanta —le dijo—. He encargado que construyan este pequeño lugar para poder recibir visitas de cualquiera de vosotros a resguardo de la lluvia.

A Shildii pareció entusiasmarle la idea, o al menos así lo manifestó con su habitual gesto con los ojos. Cuando entraron, Shildii dejó escapar un quejido y se cubrió los ojos con la mano.

—Hay demasiada luz —se quejó.

Emily no había caído en la cuenta de que, salvo contadas excepciones, todas las estructuras, muebles y material de la expedición eran de un neutro color blanco. Si a eso se le sumaban unas potentes lámparas que emitían una intensa pero fría luz, el resultado era que un alienígena tuviera problemas para mantener sus ojos abiertos. Los keplerianos estaban acostumbrado a una estrella de poca intensidad y no utilizan ningún tipo de fuente de luz artificial en sus edificios, ya que disponían de visión infrarroja. La excesiva luz estaba machacando las retinas de Shildii.

Emily apagó de inmediato las luces artificiales para que solo la luz que atravesaba los cristales de la instalación iluminara la estancia.

—Mucho mejor así —dijo él—. Aunque sigue siendo muy luminosa.

Emily no pudo evitar pensar en la cantidad de similitudes que había entre ambas especies, pero también en las cosas que los diferenciaban. La percepción de la luz era sin duda una de esas diferencias.

Shildii observó con atención la estancia, el blanco de las mesas, las sillas de plástico, lo finas que estas eran.

—¿Qué clase de madera es esta? —preguntó al tocar el respaldo de una de las sillas.

—No es madera —le explicó Emily—. Es un material sintético creado por los humanos.

—No parece muy resistente —observó.

Emily le enseñó la habitación del pequeño módulo. En ella había cuatro camas separadas por unas taquillas para cada uno de los inquilinos. Shildii se quedó mirando los cuatro colchones, y no pudo evitar sentarse en una de las camas.

—Vaya —dijo sonriente—, esto es muy cómodo.

—Túmbate —le sugirió Emily.

Shildii se tumbó en la cama, subiendo sus piernas encima del colchón y probando la firmeza del mismo.

—Es muy duro —dijo él—. Pero es muy uniforme y cómodo.

—¿Crees que podrías dormir ahí? —preguntó ella.

—Sí, claro que sí —afirmó—. Esto es mucho mejor que la paja. Aunque huele un poco raro,

como todo en este sitio.

Emily se dio cuenta de que con el traje no podía percibir los olores del lugar. Supuso que sería similar al olor a nuevo que todavía tenían el resto de las instalaciones.

—Sí, me imagino que el olor tiene que ser extraño para ti.

—¿Los humanos oléis así? —preguntó.

—No —dijo ella con una sonrisa—, los humanos olemos diferente.

—Es una pena que no podáis salir de vuestro caparazón.

—Sí que lo es —reconoció Emily—. Oye, si algún día quieres quedarte a dormir aquí, lo puedes hacer. Eso sí, siempre que tus padres te den permiso.

A Shildii se le encendieron los ojos.

—¿Y podré comer bizcocho? —preguntó con ilusión.

—Claro que sí —dijo Emily.

Shildii salió de la pequeña habitación dando saltos de alegría, contento por tener un lugar donde poder disponer de su desayuno favorito. Cuando salieron del módulo comprobaron que el pequeño *jush* seguía allí, esperándoles.

—Vaya —dijo Emily—, mira quién nos ha seguido hasta aquí.

—Parece que quiere más bizcocho —rio Shildii—. Es un animal muy listo.

Emily entró en el edificio principal mientras Shildii esperaba en la puerta. Como no sabía muy bien en qué consistía la dieta de un *jush,* recogió varios paquetes pequeños con diferentes cosas, algunas verduras, frutos secos e incluso una barrita de cereales con un sucedáneo de miel.

Cuando salió de nuevo al exterior, Kostas y James, que entraban al edificio a por material, estaban charlando con Shildii.

—Aquí está Emily —dijo Kostas—. Un placer conocerte por fin, Shildii.

—Sí, un placer —dijo él, entornando sus grandes ojos.

Emily observó con satisfacción que su conversación con James había tenido éxito y parecía estar colaborando con Kostas. Aunque, en esos momentos, su cara de terror y la forma en la que se ocultaba detrás de Kostas indicaba que estaba pasando unos inquietantes momentos al ver por primera vez a un kepleriano. Cuando volvieron a estar solos, Emily abrió uno de los pequeños paquetes con verduras cocidas. Le ofreció algunos a Shildii para que también los probara y comprobó con cierta sorpresa que le gustaban bastante.

A continuación se puso en la mano un pedazo de zanahoria y un par de guisantes y se los dio a probar al pequeño animal. Este se acercó, ya sin timidez, y olisqueó con curiosidad aquellos coloridos alimentos que le ofrecían. Cogió el trozo de zanahoria con ambas manos y se lo llevó a su diminuta boca, que empezó a masticar con determinación.

Luego cogió dos medias nueces y dos almendras y partió un pedacito de la barrita, dándole el resto a Shildii. Volvió a repetir la operación, aunque en esta ocasión el animal dejó de lado la barra energética y se decantó por los cuatro frutos secos, que se comió en un instante. Emily no sabía cuánto era capaz de comer un animal de ese tamaño, pero suponía que era una cantidad importante teniendo en cuenta, además, que era posible que el *jush* ya hubiera comido algo esa mañana. Desde luego, ya no parecía pedir la comida con tantos aspavientos.

Shildii también prefería los frutos secos a la barrita energética.

—Esto se me queda pegado en la boca —argumentó—, es una sensación desagradable.

—Sí, es verdad —rio Emily.

—Pero estas cosas sí que me gustan —siguió él—. Son duras y secas, pero saben bien. ¿Qué son?

—Son una clase especial de frutos, como los que se venden en el mercado de Wiikhaadiiz ofiz, pero que posteriormente se dejan secar o se tuestan al fuego.

Shildii pareció dar por buena la explicación de Emily.

—Me tengo que ir —anunció después el joven kepleriano.

—Bien, ya sabes que puedes venir aquí siempre que quieras —le dijo ella—. Me ha encantado volver a verte.

—Sí, a mí también.

Emily le acarició la cabeza con cariño y lo abrazó para despedirse. Mientras Shildii se alejaba, pudo ver en la distancia un par de figuras que contemplaban la escena. Cuando Shildii llevaba un buen tramo recorrido, desaparecieron.

—Ada, ¿quiénes estaban al borde del claro? —preguntó alarmada.

—Son una niña y un niño kepleriano —respondió la IA—. Han seguido a Shildii sin que este se enterara y han estado curioseando la base desde lejos.

—¿Y por qué no me has dicho nada?

—No parecían amenazadores. Además creo que, dado tu estado anímico, necesitabas disfrutar de un rato de tranquilidad con Shildii. Cuando estás con él, tu cuerpo se relaja mucho.

—Sí que disfruto de estos momentos, pero avísame la próxima vez —pidió—. Aunque no suponga ningún peligro, me gustaría saber si alguien se acerca a la base.

«Algo me dice que Shildii empieza a ser famoso entre los suyos —pensó mientras regresaba a las instalaciones—. Esperemos que eso no le traiga ningún problema».

Cuando llegó a la puerta recordó que tenía un nuevo amigo que ahora la seguía a todas partes.

—¿Qué ocurre, pequeño? —le preguntó—. No me queda más comida, ¿qué es lo quieres?

Emily observó cómo inclinaba su cabecita hacia ambos lados, curioso.

—¿Quieres agua?

Iba a entrar a por un pequeño cuenco con agua cuando recordó que Kostas tenía unos depósitos allí mismo, al lado de sus cultivos. Encontró multitud de pequeñas macetas de plástico, algunas con una incipiente planta y otras vacías. Recogió una de las vacías, sacó la piedra que había dentro y la lleno de agua de uno de los depósitos.

Emily lanzó la piedra cuando salió del invernadero y acercó la pequeña maceta con agua a la puerta de entrada de las instalaciones.

—Bueno, pues aquí tienes el agua.

No vio ni rastro del animal.

Sin embargo, no tardó mucho en saber dónde estaba. El pequeño *jush* se dirigía hacia ella dando pequeños saltitos. Llevaba algo entre las manos. Cuando llegó a su altura, dejó caer delante de ella la misma piedra que acababa de tirar.

—¡Vaya! —exclamó Emily sorprendida—. Esto sí que no me lo esperaba. En la Tierra muchas mascotas tardan meses en aprender este truco. Eres un animalito muy inteligente —le dijo.

Recogió la piedra muy complacida con el curioso comportamiento del pequeño animal y este, una vez entregada la mercancía, bebió tres grandes tragos del agua de lluvia que Emily le había preparado.

15

Radio rebelde

4 de enero del año 1

Estación espacial Asimov, Kepler-442b

Ferrara llegó a la estación espacial como única pasajera del transporte. El capitán Beaufort le había ordenado que se acercara para llevar a cabo algún tipo de misión. Pero eso era todo lo que sabía, no tenía más información. Solo que tenía que personarse a las ocho de la mañana para recibir más indicaciones. Robert la esperaba en el hangar con los brazos cruzados por detrás de la espalda. No llevaba el exotraje.

—Capitán —saludó ella, cuadrándose delante de su superior.

—Sargento —le devolvió él—. Me alegro de verla.

—Y yo de estar aquí —dijo ella, todavía con su traje puesto.

—Bien, no perdamos más tiempo, partiremos en breve. Venga conmigo.

—¿En qué consiste la misión, capitán?

—Llegado el momento, se lo haré saber —le respondió—. Pero todavía no.

—Entendido, señor —acató ella.

Se dirigieron a otro hangar, mucho más pequeño y solitario, y en el que había una sala aledaña. Era un pequeño cuarto multiusos al que por el momento no se le había dado una utilidad concreta y que permanecía en penumbras. La luz se encendió al entrar. Allí, colocados y a punto, había dos exotrajes.

—¿Y esto? —preguntó Ferrara sin entender por qué les habían cambiado el color.

—¿No le gustan los tonos rojizos, sargento? —preguntó Robert, divertido al ver su reacción.

—Entiendo que eso nos permitirá ser menos visibles en la superficie —razonó ella.

Robert tenía en mucha estima a Ferrara, desde que entró en su mando siempre habían tenido muy buena sintonía entre ellos. Solo tuvo que mirarla a los ojos para que ella entendiera qué iban a hacer y por qué no le había dicho todavía a dónde se dirigían.

Se pusieron los exotrajes pintados de diferentes tonalidades de colores rojos y marrones que seguían una especie de patrón de camuflaje militar. Después regresaron al pequeño hangar, donde había una única nave de transporte, lista para partir. Una vez a bordo, el piloto realizó la maniobra de despegue sin ni siquiera pedir permiso al puesto de control de la estación.

—Estos trajes y esta nave no disponen de comunicaciones —explicó Robert, hablando en voz muy alta mientras se aproximaban al planeta—. Pero tienen las coordenadas del lugar al que vamos. No hace falta que le explique cómo funciona esto, ¿verdad? —preguntó, señalando una anilla amarilla que asomaba por encima de su hombro izquierdo.

—No, señor —respondió ella—. Lo tengo muy claro. Y creo que ya sé a dónde nos dirigimos.

El transporte en el que viajaban era un tanto diferente a los demás. Era más pequeño y robusto, construido para otro tipo de tareas, como esparcir gases u otros compuestos por las capas superiores de la atmósfera. No estaba diseñado para el transporte de pasajeros. Aun así, era un vehículo no militar apto para lo que Robert tenía en mente, que no era otra cosa que tirarse en paracaídas.

—Vamos a hacer un salto HALO, o lo que es lo mismo, *High Altitude Low Opening*. Saltaremos desde unos treinta y cinco mil pies de altura, algo más de diez kilómetros, y no abriremos el paracaídas hasta los tres mil pies, cuando estemos a menos de un kilómetro de la superficie. Cuando lleguemos a nuestro destino le daré más detalles de la misión.

—Entendido, señor —dijo ella con una sonrisa—. ¡Por fin algo de acción!

No tardaron en comenzar a cruzar las primeras capas de la atmósfera del planeta, lo que hizo que allí dentro solo se escuchara la fricción del casco de la nave al traspasarlas. Pasaron un buen rato en silencio, disfrutando del alegre vaivén provocado por las diferentes densidades de la atmósfera de Kepler-442b. No tardaron mucho en volver a sentir cierta estabilidad en la nave. Una luz roja comenzó a parpadear en la bodega, donde se encontraban. El piloto abrió la pequeña puerta que separaba ambas zonas y les avisó:

—En cinco minutos llegaremos a la zona de lanzamiento.

—De acuerdo. Gracias, teniente.

Robert desató las fijaciones de su asiento y se levantó. Volvían a tener gravedad.

—Será mejor que nos preparemos —le dijo a Ferrara.

Ambos se situaron en la parte más cercana a la puerta de la bodega, que se abriría en los próximos instantes. Se aseguraron con un arnés a la estructura de la propia bodega. Por fin, la puerta comenzó a abrirse. Un ruido ensordecedor inundó el interior del transporte y ambos notaron la fuerza del aire cuando comenzó a entrar en la estancia. La luz continuaba siendo roja, pero ambos sabían que estaba a punto de cambiar de color.

La luz se tornó a verde.

Primero Robert y después la sargento Ferrara se lanzaron al vacío sin vacilar. Ambos adoptaron una posición aerodinámica para poder acercarse lo máximo posible al punto de aterrizaje. Robert miró su visor, que le indicaba la posición exacta en la que estaban y Ada, aun solo disponiendo de la comunicación GPS, les iba marcando la trayectoria óptima. En poco más de dos minutos estaban a unos mil metros de altura. Robert comprobó que Ferrara le seguía por detrás, tal y como habían acordado.

El visor les informó al llegar al punto adecuado de que era el momento de abrir el paracaídas. Robert tiró de la anilla amarilla, pero no ocurrió nada. Novecientos metros. Volvió a tirar, pero obtuvo el mismo resultado. Ochocientos metros. Tiró de ella una tercera vez, tampoco se desplegó. Setecientos metros. Las copas de los árboles del otro lado de la cordillera en la que se encontraba la base Magallanes comenzaban a verse más y más cerca. Robert buscó la anilla roja del paracaídas de emergencia. Seiscientos metros. Ferrara ya no estaba detrás. Supuso que su paracaídas había funcionado a la primera y estaba sobrevolando con calma la zona de aterrizaje. Quinientos metros. Tiró de la anilla roja y un paracaídas salió por fin de la parte de atrás de su traje. Cuatrocientos treinta y cinco metros hasta tomar tierra.

Mientras dirigía el paracaídas, además de relajar sus pulsaciones aprovechó para comprobar cuánto se había desviado de la zona de aterrizaje prevista. Eran casi cinco kilómetros, tendría que

andar una buena tirada para reunirse de nuevo con Ferrara. Al menos, la ausencia de viento le permitió maniobrar para intentar acercarse algo más mientras estaba en el aire. Lo que no iba a poder hacer era buscar alguna zona libre de árboles en la que posarse, tendría que atravesar las copas antes de llegar a la superficie.

El impacto contra las primeras ramas no fue demasiado violento, pero llegó a una altura en la que ya tenían un tamaño considerable. Además, los árboles de ese planeta eran bastante más duros que en la Tierra, por lo que acabó colgado a unos quince metros de altura.

Miró hacia arriba. El paracaídas se había quedado atascado en las ramas superiores. Por suerte, el traje le había ahorrado múltiples rasponazos y alguna que otra torsión articular.

Cuando dejó por fin de balancearse, planeó cómo bajar de allí. Los trajes no estaban pensados para saltar desde tanta altura, así que pensó en utilizar los propulsores para suavizar la caída. Extrajo el cuchillo de campaña del lateral de su pierna derecha y con sumo cuidado comenzó a cortar las tensas líneas que unían el paracaídas con su traje y que lo mantenían colgado de la parte superior del árbol.

Cortó las dos primeras con precaución, por si eso le desequilibraba. El resto se tensaron más y dio un giro de casi noventa grados sobre sí mismo. Por el momento parecía estable. Continuó con otras dos líneas, y esta vez sí que la tela del paracaídas se resintió al descansar todo el peso en una menor superficie. Se deslizó un poco más hacia el suelo, pero se detuvo antes de llegar a recorrer un metro. Cuando se sintió de nuevo estable se dispuso a cortar otras dos líneas, pero escuchó unos sonidos muy preocupantes que le llegaban desde abajo.

Pudo ver seis animales cuadrúpedos, del tamaño de un perro grande, que rondaban la zona. Sus fauces divididas en tres mandíbulas recordaban mucho a las de las criaturas que les atacaron hacía unas cuantas semanas y que acabaron con la vida de uno de sus soldados e hirieron de gravedad a otro. Aun siendo estas de menor tamaño, parecían igual de temibles. Poco a poco se fueron acercando a la posición de Robert. Emitían un gruñido gutural bastante amenazador.

«Perfecto, por si no tuviera ya demasiados problemas para bajar de aquí», se dijo.

Valoró sus opciones. Podía sacar el fusil e intentar acabar con ellos. Mientras no pudieran llegar hasta él no habría peligro. Pero eso revelaría su posición. Si había algún rebelde en la zona sabrían que estaba allí y comprometería la misión. Podía esperar a que Ferrara lo sacara de este aprieto, pero si no acababa con ellas antes, es posible que la propia sargento tuviera dificultades con esas seis criaturas. Robert tenía muy presente lo que las garras de sus hermanos mayores eran capaces de hacer en los exotrajes. No, tenía que hacer algo, de lo contrario pondría en peligro a Ferrara.

Sacó un objeto de la parte lateral de su traje y, tras repasar el plan en su cabeza y lanzar un largo suspiro, manipuló el dispositivo y lo tiró al suelo. Mientras las criaturas miraban el pequeño cilindro alargado, Robert agarró a la vez el resto de líneas que le unían al árbol y las cortó todas lo más rápido que pudo. Cerró los ojos cuando comenzó a caer. Todo ocurrió en un instante.

Un potente flashazo de luz que aturdió a las criaturas inundó aquel lugar. Robert accionó los propulsores del traje para amortiguar su caída y posarse sobre el suelo con las rodillas bien flexionadas. En su mano derecha brillaba el filo de su cuchillo de comando. Abrió los ojos y aprovechó el desconcierto de las criaturas para correr hacia la que parecía la más grande de todas. No lo vio venir y Robert pudo hundirle con facilidad la hoja de casi veinticinco centímetros en el cuello y aprovechó la asistencia del traje para recorrer con profundidad el resto

del pescuezo del animal, que cayó inerte al suelo con un desesperado gemido.

«A por el siguiente», pensó.

De un potente salto se abalanzó sobre la segunda de las criaturas, que se encontraba a unos cinco metros de distancia de la primera. Mismo ataque. Esta vez lo hizo desde abajo, con tanta violencia que casi atraviesa por completo su garganta. Un líquido de color negruzco comenzó a brotar a borbotones del cuello del animal y cubrió casi por completo la mano y el cuchillo de Robert. Esta vez hizo fuerza hacía la derecha para provocar una laceración mayor en su presa. Aquel movimiento acabó con la criatura en el suelo.

«Otra menos», se dijo.

Repitió la operación contra el tercer animal, que parecía recuperar la visión y fue capaz de lanzar alguna dentellada defensiva. Pero no era rival para alguien entrenado como Robert y acabó corriendo la misma suerte que sus dos compañeros. Para cuando se giró hacia los tres animales restantes, estos ya podían verlo y contemplaron con horror lo que acababa de ocurrir. Lejos de presentar batalla, dudaban. Sabían que era peligroso, que acababa de eliminar a su líder y a otros dos compañeros de la manada como por arte de magia.

Robert comenzó a correr hacia ellos cuchillo en mano y emitió un amenazador grito que le permitió soltar algo de la adrenalina que su cuerpo generaba. Ninguno de los tres animales se quedó para ver el desenlace, sino que huyeron por donde habían venido.

—Eso es —dijo todavía con la adrenalina a tope—. ¡Salid corriendo!

Robert miró el estado del paracaídas en el árbol. No era lo más adecuado dejar allí restos de su incursión, pero tampoco podía hacer mucho más. Si alguien lo encontraba, él ya estaría lejos. Limpió la hoja del cuchillo con el pelaje de una de las criaturas y lo volvió a guardar en el pequeño compartimento del traje. Miró su visor, le quedaba un buen trecho para reunirse con Ferrara en el punto de aterrizaje.

«Espero que haya tenido más suerte que yo», pensó mientras se ponía en marcha.

Un rato después llegó al claro donde se suponía que debía de haber aterrizado en primera instancia. No encontró ni rastro de los tres animales supervivientes durante el camino. Sin embargo, allí estaba Ferrara, esperándolo con el paracaídas recogido y oculto debajo de unos helechos.

—Pensaba que le iba a tener que ir a buscar, capitán —dijo ella—. ¿Está de una pieza?

—Sí, estoy bien —asintió—. Pero ha faltado poco para que no lo contara.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Qué no me ha pasado, querrá decir. El paracaídas no quiso desplegarse, he tenido que utilizar el de repuesto. Y para mi desgracia, toda esta zona hacia el norte —señaló hacia su espalda—, es bosque cerrado, así que me he quedado un buen rato colgando de los árboles.

—Vaya. He dudado en ir a por usted, pero como no tenemos comunicaciones quizá nos hubiéramos cruzado sin darnos cuenta, así que he preferido esperar.

—Ha hecho bien, sargento —le dijo Robert—. Si hubiera ido en mi búsqueda se hubiera cruzado con seis animales peligrosos que han intentado incluirme en su menú.

—Eso no suena nada bien.

—He tenido suerte de que he recordado que los keplerianos tienen la vista tan aguda que no les hace falta iluminar las estancias, así que me la he jugado con una granada cegadora.

—Bien hecho, capitán.

—Sí, de no ser por ello habría tenido que revelar nuestra posición utilizando el fusil —añadió.

—¿Y qué ha sido de ellos? —quiso saber la sargento.

—Acabé con tres —explicó Robert—. Creo que uno era el líder de la manada, y los otros tres salieron huyendo cuando se recuperaron del fogonazo.

—Bonita manera de empezar el día, señor.

—No se puede despistar uno en este planeta —advirtió—. Será mejor que nos pongamos en marcha, sargento. El lugar al que nos dirigimos está casi a cuarenta kilómetros hacia el sur.

—Sí, señor —acató Ferrara—. ¿Debo entender que nos dirigimos a una posible localización del campamento rebelde?

—Acierta de pleno —dijo Robert—. Le pondré al día durante los primeros diez kilómetros, luego avanzaremos en silencio. No queremos llamar la atención de algún indeseable.

Comenzaron su particular excursión bordeando el claro en el que había tomado tierra la sargento Ferrara. El día estaba algo nublado, así que la luz no era muy intensa, y lo fue menos cuando se adentraron en la zona boscosa que se extendía hacia el sur.

—Bien —comenzó—. El comandante Bauer me ha dado orden de intentar localizar la situación de los rebeldes. No con una intención clara de atacar sus instalaciones, si no para monitorizar la zona de manera permanente con un nuevo satélite. Con la estación espacial fijada en el área de la base Magallanes, los satélites no pueden abarcar mucho más territorio. Como siempre hemos dado por hecho que las comunicaciones de la estación están comprometidas, además de que casi seguro disponen de algún infiltrado que les pueda advertir de lo que ocurre en la estación, todo esto se organizó utilizando métodos de espionaje de muy baja tecnología.

—¿Baja tecnología? —preguntó ella.

—Sí, toda la operación se organizó en lugares sin cámaras de vigilancia y se diseñó sin decir una sola palabra en voz alta.

—¿Y cómo es eso?

—Lo hicimos a la vieja usanza, con papel y lápiz.

Ferrara detuvo la marcha unos instantes.

—¿Me está diciendo que han diseñado una operación de espionaje militar utilizando una hoja de papel y un lápiz?

—Sí, sargento —dijo él—, es justo lo que le estoy diciendo. De hecho, no fue sencillo, no hay mucho papel en la estación, tuve a una persona en el almacén moviendo contenedores y cajas hasta dar con algo con lo que escribir como hacían en el siglo XX.

—Así evitaban posibles escuchas —dijo ella, impresionada—. Inteligente. Sencillo, pero muy inteligente.

—El caso es que organizamos la instalación de la segunda base tendiéndoles una pequeña trampa a los rebeldes. Aprovechamos que los desertores conocían de antemano los planes originales del proyecto para comprobar cómo de comprometidas estaban nuestras comunicaciones. Fingimos querer establecer una base permanente en la segunda localización del planeta y actuamos como si de verdad fuéramos a hacerlo.

—¿Y no era así?

—Sí y no —dijo él—. Todo era un esfuerzo real, los ingenieros pensaban que estaban trabajando según lo planificado, y en cierta manera así era. El plan era que, si el capitán Garth no estaba al tanto de nuestros movimientos o no pretendía hacer la misma jugada que con la ampliación de la Magallanes, la base se instalaría de manera efectiva y los científicos comenzarían a realizar sus experimentos allí. Pero si, por el contrario, nuestras comunicaciones estaban comprometidas y eran conscientes de cuándo íbamos a establecernos en el otro continente, el capitán Garth se iba a intentar llevar todo lo que pretendíamos instalar en la superficie.

—Pero ¿y eso cómo nos beneficia?

—En uno de los módulos habitacionales pusimos un transmisor de señales de alta frecuencia.

La sargento pensó en el plan que habían trazado el capitán y su comandante durante unos momentos y después comenzó a desenmarañarlo.

—Los trajes y las comunicaciones con los satélites no utilizan señales de alta frecuencia, por lo que sería más complicado que lo detectaran. Pero ¿cómo sabía que no se presentarían en el lugar pegando tiros?

—El capitán Garth es un loco, pero por encima de todo es un soldado en el sentido clásico de la palabra. Aunque no lo parezca, se rige por unos estrictos códigos militares. Tan solo se conduce de forma desproporcionada cuando cree que se ha actuado en contra de ese ideal militar que tiene en su cabeza. Los conceptos de traición y terrorismo no tienen sentido para él. No sería capaz de acabar con la vida de soldados o ingenieros inocentes, por mucho que se opongan a sus objetivos.

—Pero ¿y si alguno de los soldados llega a abrir fuego contra los rebeldes?

—Bueno, yo me encargué de que eso no ocurriera. Todos los que me acompañaron en la operación eran recién salidos de la academia. Di órdenes explícitas de no abrir fuego pasara lo que pasara. Y me encargué de estar ausente de allí durante un buen rato para que el capitán Garth tuviera vía libre para irrumpir en el campamento.

—Le abrió la puerta de entrada.

—Y no solo eso —añadió Robert—. Cuando volví a la zona me encargué de aproximarme por su flanco menos vulnerable para que dieran con nosotros con facilidad y nos redujeran sin pegar un solo tiro.

—¿Me está diciendo que se entregó a posta?

—Sí, así es —reconoció Robert con una amplia sonrisa—. Le dejé creer que me había ganado. Imaginaba que el propio ego del capitán haría que bajara la guardia y no se planteara que acababa de caer en una trampa preparada para engañarle.

—Vaya, capitán —exclamó Ferrara—. Tengo que felicitarle, parece un plan magnífico.

—Una vez mordió el anzuelo, solo tuvimos que soltar un dron sin ningún tipo de comunicación con la estación que sobrevolara a gran altura buscando por las diferentes zonas del planeta alguna señal que concuerde con los cinco megahercios del emisor que instalamos en uno de los módulos que se llevaron.

—Y ese dron nos ha dado la localización a la que nos dirigimos ahora mismo —dedujo Ferrara.

—Correcto.

—Pero, aun así, tengo una duda. ¿Cómo han sido capaces de ocultar todo el material robado de los satélites?

—Es una buena pregunta —dijo Robert—. Creemos que han instalado sus bases siguiendo los mismos patrones que utilizan los keplerianos para ocultarse de los Khol.

—¿Quiere decir que los ocultan bajo los árboles?

—Eso es —confirmó Robert—. Y se mueven con los transportes los días nublados o a oscuras, de noche, para evitar que Ada los pueda rastrear a simple vista.

—Al no existir una luna que refleje la luz de la estrella, la oscuridad es casi total.

—Correcto y, por desgracia, las ópticas de infrarrojos no son tan potentes como para rastrear sus movimientos desde los satélites.

—Pero moverse a oscuras sin disponer de GPS puede ser muy peligroso.

—Sí, esa es la única parte que todavía no hemos podido explicar. Hacer vuelos y aproximaciones nocturnas a oscuras sin disponer de asistencia por satélite es un suicidio, y no es sencillo anticiparse a la meteorología para organizar tantas operaciones a realizar solo durante los días nublados. Así que otra de las hipótesis más factible es que hayan saboteado algo en la estación para poder continuar utilizando nuestras infraestructuras sin que nosotros lo sepamos, escapando al control de Ada.

—Y ahora estamos a punto de descubrir dónde se ocultan —dijo Ferrara.

—Sí —Robert miró la posición en la que se encontraban—, y será mejor que sigamos en silencio a partir de ahora. No sabemos cómo de lejos de la posición están vigilando. Tenga cuidado por dónde pisa, sargento, puede que encontremos algún tipo de trampa o dispositivo oculto.

—Lo tendré, capitán.

Avanzaron en silencio, tomando precauciones para moverse entre la vegetación. La iluminación era escasa, ya que el día seguía nublado, pero había suficiente luz como para avanzar con rapidez. Ada, aunque estuviera incomunicada, les seguía mostrando el camino en los visores. Fueron momentos tensos, cualquier ruido proveniente de algún animal o incluso del movimiento de las ramas de los árboles que provocaba el viento hacía que se detuviesen durante unos instantes para verificar la fuente del sonido. La marcha se hizo mucho más lenta. Lo que en condiciones normales hubiera sido un paseo de un par de horas, les estaba llevando más del doble de tiempo.

Cuando estaban ya a menos de un kilómetro del lugar desde el que se emitía la señal oculta, empezaron a desplazarse de uno en uno, con movimientos sincronizados y ocultándose tras los troncos de los árboles. Tras cada paso al siguiente árbol, revisaban con celo a su alrededor intentando buscar algo que les pudiera indicar la presencia de los rebeldes en la zona. No había ningún rastro, ni siquiera habían encontrado huellas o algo que les anunciara que estaban cerca de llegar a su destino.

Y entonces lo vieron. A unos doscientos metros, detrás de un gran tronco de árbol. Era uno de los módulos habitacionales que los rebeldes se habían llevado tras la última refriega. Robert se asomó desde el parapeto que le proporcionaba el árbol en el que se encontraban. No parecía haber actividad ni nada más en los alrededores, tan solo estaba ese módulo. Un pequeño

escalofrío le recorrió el cuerpo, y la sombra de la decepción comenzó a reflejarse en su cara.

—Creo que han detectado el transmisor —dijo Robert.

—Sí, creo que aquí no hay nadie —confirmó Ferrara.

—Aun así, vayamos con cuidado —ordenó él—. Puede que ahora mismo nosotros seamos la presa.

Ferrara hizo un gesto de asentimiento. Recorrieron la zona con suma precaución y con especial atención al suelo. Solo cuando estaban cerca del módulo vieron algún rastro de actividad humana. Había huellas, pero solo parecían haber estado allí de pasada.

Se dirigieron a uno de los extremos del módulo. La puerta estaba abierta de par en par y alguna hoja seca se había colado en el interior, pero por lo demás, estaba vacío. Tan solo había una silla. Robert se acercó con sumo cuidado. Sobre ella había un terminal encendido con un mensaje: PONME EN MARCHA. Ferrara lo examinó, no parecía haber sido manipulado.

—No parece peligroso —dijo.

Robert hizo lo que decía y lo puso en marcha. Garth les había dejado un mensaje.

Hola, capitán. Tengo que felicitarle por este intento. Ha estado muy cerca de conseguir su objetivo. De no ser por una afortunada casualidad no hubiéramos sido conscientes del transmisor que este módulo tenía oculto. Me alegra saber que hay alguien digno dentro del proyecto con el que medirme. Así que puede estar tranquilo, capitán, por esta vez no hemos llenado de explosivos el módulo.

Pero tenga cuidado, se está acercando demasiado y eso atenta contra nuestro pequeño acuerdo: ustedes no intentan rastrearnos y nosotros no tomamos represalias contra la estación. Téngalo muy presente, capitán. Procure que esta disputa entre nosotros dos no llegue a colmar mi paciencia. No deseo que miles de muertes de inocentes recaigan sobre sus espaldas.

Capitán Tyson Garth.

Corto y cierro.

La comunicación acabó ahí. Robert y Ferrara se miraron decepcionados.

—Era una buena idea, capitán —lo animó la sargento.

—Pero no lo suficiente —dijo él.

16

El descubrimiento

5 de enero del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

Emily quiso comprobar los avances de las investigaciones que Chad y Taro habían realizado con sus experimentos con ratones clonados y otros pequeños animales. Era importante de cara a determinar el impacto de las diferentes moléculas alienígenas sobre organismos complejos. Cuando llegó al laboratorio después de desayunar solo encontró a Taro.

—¿Y Chad? —preguntó Emily—. Quería que me contarais vuestros avances.

—Está cuidando de esos dos *fhores* de fuera —dijo Taro—. Los alimenta, les da paseos por los alrededores, les habla…

—Cualquiera diría que estás celoso —se burló Emily.

—Si alguna vez me hubiera prestado tanta atención como a ellos, quizá —dijo él con indiferencia.

—Chad —llamó por radio.

—Sí, Emily —lo oyó al otro lado.

—Me gustaría que me pusierais al día de lo que habéis estado haciendo estos últimos días.

—Claro. Ahora entro. Aunque… igual es mejor que salgas tú —le dijo—. Aquí hay alguien que diría que está esperando algo.

—¿Quién?

—No estoy muy seguro de lo qué es, será mejor que salgas —insistió.

Emily se enfundó su exotraje para ver qué era lo que Chad quería que viera. En cuanto salió de la base supo al instante a qué se refería. Allí, casi en el mismo sitio donde lo había dejado, estaba el pequeño *jush* con el que había compartido algo de comida y agua. El animal emitió unos gritos de alegría al verla de nuevo y se acercó dando pequeños saltos y moviendo con rapidez sus pequeñas garritas.

—Vaya —dijo ella sorprendida mientras se agachaba para recoger al animal y dedicarle unas cuantas caricias—. ¿Tú otra vez por aquí? Tienes hambre, ¿verdad?

El animal agradeció las muestras de cariño de Emily con unos gemidos de placer. Luego se incorporó sobre sus manos y comenzó a corretear por sus brazos, cuello y espalda. Podía escuchar sus minúsculas pero afiladas garras al recorrer el material metálico del exotraje.

—Parece que te has echado una mascota —dijo Chad cuando se acercó a ella.

—¿Tú crees? —preguntó Emily—. Solo le di algo de comer ayer.

—Bueno, quizá esta especie no tenga un depredador natural y por eso no tienen miedo a acercarse a nosotros —especuló el biólogo.

—¿Qué crees que es? —le preguntó a Chad.

—Por el aspecto, se parece a una ardilla. Pero recuerda bastante a alguna especie de lémur de la Tierra.

—Shildii dice que esta especie se llama *jush* —apuntó Emily.

—Desde luego, él sabrá mucho más de las especies locales que nosotros —reconoció Chad encogiéndose de hombros.

—¿Crees que es peligroso? —preguntó Emily.

—No lo creo —dijo él—. Por su tamaño parece una especie frugívora u omnívora. El mayor peligro que podría suponer, y que nos pasará con cualquier otro tipo de especie animal del planeta, es que nos contagie algún tipo de enfermedad desconocida. O que nosotros los contagiemos a ellos. Mientras continuemos con los trajes y no lo metamos dentro de la base, no creo que haya ningún riesgo.

Emily le sacó algo de comida en un cuenco y rellenó su pequeña maceta de plástico con algo más de agua. El pequeño animal se puso muy contento al recibir las provisiones que le traía su nueva amiga.

—Vas a tener que ponerle nombre —le dijo Chad.

—¿Un nombre? —preguntó.

—Claro, si vas a alimentarlo todos los días, se convierte en tu mascota —argumentó el biólogo—. Tendrás que ponerle un nombre.

—Vaya, no lo había pensado —dijo ella—. Nunca he tenido mascotas en casa. No sé qué nombre se le pone a una ardilla alienígena.

—No sé —pensó Chad—. ¿Qué te parece Lemy?

—¿Lemy? —dudó Emily—. ¿Qué clase de nombre es ese?

—Bueno, se parece un poco a un lémur, ¿no? —se encogió de hombros.

Emily pensó en la idea de Chad. Le gustaba.

—Muy bien, pequeño —le dijo mientras acariciaba su lomo—. Te llamarás Lemy.

Lo dejaron allí, disfrutando de su pequeño festín. Taro les esperaba dentro del laboratorio analizando una muestra mineral que la propia Emily había traído de su último viaje.

—Bueno, ponedme al día, ¿qué tal están yendo las pruebas? —les preguntó ella.

Chad se sentó de nuevo en su silla.

—Aunque todavía es pronto para sacar conclusiones, hemos hecho algunos descubrimientos. Para empezar, hemos expuesto a varios de los clones de ratón —señaló los terrarios en los que tenían separados una docena de ratones—, a las diferentes moléculas alienígenas y en diferentes cantidades y condiciones. Lo primordial es que todos ellos se encuentran bien, tal y como nos anticiparon las simulaciones previas que hizo Ada. La exposición a las moléculas no parece tener un efecto nocivo. Los resultados han sido en su mayoría inocuos o imperceptibles.

—¿En su mayoría? —preguntó ella.

—Ha habido algunos casos muy interesantes desde el punto de vista biológico —adelantó él.

—Vete al grano, Chad —le recriminó Taro—. Te gusta demasiado adornar las historias.

—¡Déjame disfrutar de mi momento de gloria! —se quejó.

—Estás haciendo perder el tiempo a Emily —le dijo.

—Está bien, iré al grano. El caso es que en los sujetos en los que ha habido mayor concentración de uno y solo uno de los tipos de moléculas, hemos notado un cambio fisiológico evidente. Tenemos ahora mismo a un sujeto que ha generado un treinta por ciento adicional de masa ósea.

—¿Dices que uno de los ratones ha fortalecido sus huesos?

—Sí, hemos realizado varias placas de rayos X a todos ellos y hay una diferencia notable —dijo Chad—. Así que, para salir de dudas, hemos hecho también una densitometría ósea. Los resultados son muy esclarecedores —mostró unos datos en su terminal—. Los sujetos que más exposición han tenido han experimentado un mayor fortalecimiento a nivel óseo y también a nivel muscular.

—¿La molécula crea súper ratones? —preguntó Emily.

—No del todo —matizó Chad—. Taro tiene una teoría al respecto.

—Creemos que la molécula hace que los sujetos se adapten al entorno que los rodea —dijo Taro sin rodeos—. Si miras los datos, esa proporción de crecimiento óseo y muscular coincide con la diferencia de gravedad que hay entre la Tierra y Kepler-442b.

—Un treinta por ciento —murmuró Emily.

—Exacto —afirmó Chad.

—Pero ¿por qué hay algunos que no han sufrido esa evolución?

—Porque les hemos administrado otro tipo de moléculas —dijo Chad—. Creemos que cada una tiene una serie de propiedades diferentes y que, por lo tanto, afectan a diferentes tipos de seres vivos. Para validar esta teoría vamos a realizar un test adicional con alguna planta que Kostas nos ayude a plantar aquí dentro, en un entorno controlado similar al de la Tierra.

Emily se quedó pensativa durante unos instantes.

—Chad, voy a hacerte una pregunta personal —dijo Emily de repente—. No estás obligado a responderme, ya que se trata de un tema médico y es información sensible. ¿Recuerdas cuando salimos de la cuarentena y la doctora Schmidt nos hizo unos análisis?

—Sí —dijo él con una sonrisa—. Y sí, creo que vas por buen camino. Cuando nosotros estuvimos expuestos a las moléculas después de aquel fatídico accidente, nuestros cuerpos reaccionaron de igual manera.

—La doctora me dijo que tenía una cantidad anómala de calcio, y nos hizo a todos la misma prueba que les has hecho a los ratones —dijo Emily.

—Mi densidad ósea también era superior a la normal —confirmó Chad—. Lo suponía, pero no tenía forma de corroborarlo.

—Pero ¿por qué solo os afectó a algunos? —preguntó Taro.

—Ese día fue bastante caótico —dijo Emily—. Pero Chad, Robert, Ferrara, la teniente Balakova y yo fuimos los únicos que no hicimos guardia.

—Y os quitasteis el traje dentro de la tienda de emergencia —cayó en la cuenta.

—Exacto —dijo Chad—. Estuvimos, aunque poco tiempo, expuestos a las moléculas que entraban con el propio traje, ya que la tienda no tenía capacidad para descontaminarnos al entrar.

—Es un gran descubrimiento, Chad —dijo Emily—. Y ahora ¿qué?

—Ahora tenemos que validar con plantas la teoría de que diferentes moléculas afectan a diferentes tipos de seres vivos —anunció Chad.

—Tenemos cuatro tipos de moléculas —dijo Taro—. Una de las cosas que tendremos que averiguar es que, si hay una molécula especializada en el mundo animal y otra en el mundo vegetal, ¿para qué sirven las otras dos?

—Es una buena pregunta —meditó Emily—. Seguid con ello, chicos. Estáis haciendo un gran trabajo.

—Yo también quería hablar contigo sobre las dos piedras que trajiste de aquel lago —dijo Taro.

—¿Has averiguado algo?

—Sí, que Ada estaba en lo cierto, son granates almandinos. En la Tierra también se daban. No tienen nada de especial, se utilizaban en joyería y también para fabricar lijas y productos abrasivos. Me temo que nada místico ni sobrenatural.

—Vaya —dijo Emily, decepcionada—. Era lo que esperaba, pero todavía albergaba la esperanza de que tuvieran algo mágico.

Esa misma tarde, Emily se desplazó a la estación espacial e informó al subdirector de todas las novedades de la base. La colaboración de las nuevas incorporaciones, los avances en las investigaciones y todo lo concerniente al futuro cónclave fueron algunos de los temas que se abordaron. Pero en realidad, Emily viajó a la Asimov por otros motivos que no comentó con nadie. Sospechaba que los rebeldes habían manipulado algo en la sala de control de Ada que les permitía saber en todo momento lo que ocurría en la estación. Su idea era revisar el lugar a conciencia para ver si lo que tenía en la cabeza podía ser una sospecha fundada.

Fue sola e intentó además pasar desapercibida hasta llegar a la sala de control de Ada. Se recogió el pelo en un moño y se calzó unas botas electromagnéticas en el eje de la Lavadora. Iba a necesitar tener las manos libres y algún punto de apoyo para poder manipular con libertad la consola y revisar los armarios del *hardware* de Ada. La falta de gravedad hacía siempre todo más complicado. Tras el breve paseo, Emily entró en la sala de control de Ada.

«Creo que no me ha visto nadie», pensó, sintiéndose la protagonista de una novela de espías.

Sacó de su mochila algunas herramientas y dispositivos que le iban a permitir realizar unas cuantas pruebas en la sala. Lo colocó todo sobre la mesa de la terminal de acceso privado a la IA.

—Hola, Ada —saludó.

—Hola, Emily —le devolvió ella—. ¿A qué debo el honor de tu visita?

—Un simple control rutinario —mintió, intentando parecer tranquila.

—¿Quieres que ejecute un análisis completo de mi estado actual? —preguntó ella.

—No de momento —le dijo Emily.

—De acuerdo, espero tus instrucciones.

Emily no quería, al menos por el momento, que Ada se involucrara en su propio diagnóstico. Si ella misma no había sido capaz de encontrar algo extraño en su núcleo, lo más seguro era que los ingenieros del capitán Garth hubieran sido capaces de ocultar sus huellas.

Su primera sospecha tenía que ver con la propia estancia en sí. La sala de Ada estaba aislada del resto de la estación. Ningún tipo de señal electromagnética podía entrar o salir de allí a través de sus paredes. El motivo principal era que una señal electromagnética podría afectar a su procesador cuántico, pero también era un buen sistema para evitar que un atacante externo intentara acceder a Ada desde el exterior. Cualquier comunicación con la IA se realizaba a través de un complejo sistema de cableado que cruzaba la puerta por el techo de la sala. Todo llegaba hasta allí a través de unos cables que la permitían recibir información de los millones de dispositivos que conformaban la estación espacial.

Por lo tanto, dentro de esa sala no se debería detectar ningún tipo de transmisión inalámbrica. Emily manipuló uno de los dispositivos que llevaba consigo y que había preparado durante los últimos días en sus ratos libres. El aparato rastreaba todas las frecuencias posibles para detectar cualquier tipo de emisión inalámbrica dentro de la sala. Si alguien había manipulado de alguna manera el aislamiento de las paredes, ese dispositivo lo detectaría. Emily aguardó con paciencia los cinco minutos que tardaba en detectar señales en todo el espectro posible. El resultado fue negativo.

«Bueno, tampoco me sorprende mucho —pensó—. Habría sido demasiado fácil».

Pero esa no era su principal baza. Sabía que los hombres del capitán Garth podían tener a su disposición una copia de su chip de identificación para acceder a ese lugar. Podían haber realizado cualquier cosa con Ada de forma presencial, sin tener que hacerlo de forma inalámbrica.

«Pasemos al siguiente punto».

—Ada, muéstrame los planos de esta sala.

—Ahora mismo —accedió obediente.

Ada le mostró un diagrama con todos y cada uno de los sistemas que componían el cerebro de la inteligencia artificial, así como de las interconexiones entre todos ellos. Por un lado estaban los armarios con los procesadores y la memoria que, por desgracia, Emily ya había tenido que manipular una vez. Por otro, el complejo entramado de cables de datos que conectaban todos los armarios y que acababan convergiendo en la terminal en la que Emily se encontraban para después dirigirse a la parte superior de la puerta de salida. Por último, una serie de cables de corriente conectaban la sala de Ada con la contigua, donde descansaban los tres generadores de fusión nuclear que alimentaban toda la instalación.

—¿Por qué hay tres generadores, Ada? —preguntó Emily.

—Los tres están aislados del resto de los de la estación —explicó Ada—. Se diseñaron para que pudieran alimentarme tan solo al diez por ciento de su capacidad de tal manera que, si dos de ellos fallaran, el sistema seguiría funcionando con un pequeño porcentaje de la capacidad de uno de los generadores. En caso de fallo catastrófico de todos ellos, hay una entrada auxiliar que me permitiría conectarme al sistema eléctrico general de la estación.

—Entiendo.

Emily se quedó un rato pensativa. Repasó el plano varias veces, preguntándose una y otra vez cómo podría conseguir que decenas de naves, módulos habitacionales y exotrajes robados pasaran desapercibidos para Ada.

«Alguien ha instalado algo en algún lugar que hace que a Ada no le llegué toda la información —pensó—. Pero ¿dónde? Hay miles de kilómetros de cable que convergen en esta

sala».

Y fue entonces cuando se le ocurrió.

—Ada, ¿tienes información sobre tu consumo eléctrico? —preguntó.

—Sí —dijo ella—. ¿Qué necesitas saber?

—Quiero conocer el consumo pormenorizado de tus armarios y, dentro de cada uno de ellos, de todos los componentes.

—Bien, dispongo de todo eso —afirmó.

—¿Puedes comparar tus consumos con los que tenías hace unos meses?

—Sí, tengo datos desde… bueno, desde el incidente. ¿Qué quieres que busque concretamente?

—Alguna variación muy sutil, hablamos de unos pocos vatios de consumo.

—Me temo que hay muchas variaciones a lo largo del tiempo. El consumo de todos mis procesadores depende de la carga y de las tareas que tenga en cada momento. ¿Podrías ser más específica en tu petición?

Emily pensó en cómo expresar lo que quería encontrar sin mencionar a los rebeldes. Si estaba en lo cierto, esa chusma podría tener acceso a todas las conversaciones e información de la estación, pero sin la ayuda de Ada para filtrarlas tendrían que hacerlo ellos de manera manual. Así que decidió no utilizar algunas palabras clave, como mencionar al capitán Garth o a los rebeldes.

—Busco un dispositivo nuevo que se haya conectado a alguna de tus fuentes de alimentación y que no estuviera ahí cuando salimos de la Tierra —dijo por fin.

—Déjame rastrear toda la información de la que dispongo, me llevará un rato.

Emily siguió dándole vueltas a cómo los rebeldes podían haber conseguido dos cosas: evitar ser detectados y conocer de primera mano todo lo que pasaba en la estación. Tenía que haber algún dispositivo que lo filtrara todo antes de que la información le llegara a Ada, y también un emisor que les hiciera llegar a ellos lo que necesitaban saber.

«Pero el emisor tiene que estar fuera de aquí a la fuerza, acabo de validar que dentro no hay nada que emita o reciba ninguna señal», pensó.

—Ya tengo los resultados —avisó Ada.

—¿Has encontrado algo?

—Uno de mis armarios de la fila central registró un aumento de consumo eléctrico que no se corresponde con la carga de trabajo que tenía en ese momento —explicó la IA—. Y desde ese mismo instante, el consumo del armario es algo más de cien vatios mayor de lo que debería.

—Muéstrame ese armario —pidió.

Ada le marcó el lugar en la terminal y Emily se dirigió hasta él. Recordó la última vez que había tenido que acceder a los armarios de Ada. Acababa de despertarse de su fase de criogenización y la estación espacial corría peligro de ser engullida por un agujero negro. Su mero recuerdo le hizo sentir un escalofrío que recorrió su espina dorsal de arriba abajo. Cuando llegó al armario en cuestión lo abrió sin dudar. Todo parecía en orden a simple vista. Los bloques de memoria se repartían por toda la parte inferior de la columna. En la superior, uno de los complejos y enormes procesadores cuánticos descansaba en un pequeño acuario sumergido en

nitrógeno líquido.

—La alimentación de los bloques está en la parte trasera de la columna —le advirtió Ada.

Emily dio la vuelta a la columna del armario y lo revisó por la parte de atrás.

—¡Dios mío! —se alejó un par de pasos mientras se llevaba las manos a la cabeza.

—¿Qué ocurre, Emily? —preguntó Ada—. ¿Qué has visto?

—Nada, tranquila, Ada —respondió, intentando aparentar una seguridad que no sentía.

Se armó de valor y acercó la cabeza para revisar de cerca lo que a todas luces parecía un explosivo. No era muy grande, del tamaño de una granada de mano. Pero detonarla justo ahí, dentro del cerebro de Ada, provocaría daños irreparables en ella. La perderían para siempre. Y sin la IA, la estación espacial sería ingobernable. El capitán Garth había elegido bien dónde golpear. Una pequeña explosión no abriría ninguna brecha en el casco de la nave, pero les dejaría sin ojos ni oídos. Y con el paso del tiempo, es posible que incluso la estación por completo dejara de funcionar, dejando todo el material contenido en ella a disposición de alguien como él.

Tenía que desactivar esa bomba. Y tenía que hacerlo sin que los rebeldes se dieran cuenta. Emily la revisó con detenimiento. Estaba incrustada en una pequeña placa base con dos grupos de cables conectados a ella, uno para la alimentación y el otro para la transmisión de datos. Supuso que, si se desconectaba uno de los dos, la bomba explotaría.

«Tengo que saber a dónde va este cable de datos», pensó Emily.

El cable seguía hacia el suelo y se perdía a través de un tubo por el que pasaban otros cables. Volvió a la terminal, donde revisó de nuevo el diagrama de Ada. Todas las columnas del procesador incluían dos entradas eléctricas, una tubería para el circuito de refrigeración de los procesadores y dos cables de datos que convergían en la terminal de acceso a Ada en la que se encontraba.

«Bien, ese tercer cable no aparece en el diseño. Ahora solo tengo que encontrar el otro extremo».

Emily observó la placa cuadrada y metálica del suelo que había justo delante de la terminal de Ada. Había unas pequeñas marcas en el metal, como si alguien la hubiera manipulado. Supuso que las conexiones pasarían por allí debajo, de camino a la terminal. Las placas estaban atornilladas al suelo, así que sacó un destornillador de su mochila y comenzó a quitar los tornillos. Por debajo de la plancha pasaban todos los cables de datos de los procesadores de Ada colocados en perfecto orden y fijados mediante unas pequeñas pinzas. Pero, aparte de esos cables, había otro que llamaba mucho la atención ya que flotaba por la falta de gravedad en su camino hacia el exterior de la sala. Estaba suelto, alguien lo había añadido a posteriori sin demasiado cuidado.

No pudo ver dónde acababan los cables, ya que las hileras se perdían al atravesar la terminal. Siguió el rastro y reparó en que la placa metálica que había justo antes de la terminal también había sido manipulada. Repitió el mismo proceso y retiró los tornillos que la fijaban al suelo. Allí ya no había tantos cables, solo ocho, pero todos estaban ordenados y fijados al suelo de la misma manera. Según el diagrama, todos salían al exterior para conectar a Ada con otros sistemas de la nave. Y allí estaba el cable extra, sin fijar y conectado a algo que no debería estar allí. En ese tramo de cables había un dispositivo que no aparecía en el diagrama. Era una pequeña placa, bastante rudimentaria y algo más grande que la conectada a la bomba. Además, el dispositivo tenía otro cable apuntando al exterior de la sala; lo más probable era que ese permitiera a alguien

operar sobre este dispositivo sin necesidad de entrar. Pero, sin duda, lo que más llamó la atención a Emily fue el resto del dispositivo.

Tenía cada uno de los ocho cables del suelo pinzados por dos lugares. Mediante la primera de las pinzas recibía toda la información desde el exterior. La segunda les permitía enviar a Ada solo lo que el dispositivo quería que viera.

Una conexión de tipo vampiro para poder llevar acabo un ataque *man in the middle*. «Maldita sea, ¿cómo no se me ha ocurrido antes?», se lamentó.

Emily abandonó la sala de control como alma que lleva el diablo. Dejó todo patas arriba. Necesitaba hablar con urgencia con el subdirector Green.

Contramedidas

5 de enero del año 1

Estación espacial Asimov, Kepler-442b

Emily entró nerviosa en el despacho del subdirector. No sabía muy bien qué hacer para disimular la tensión y la urgencia al hablar, pero era vital que la conversación no fuera interceptada por los rebeldes.

—¿Qué ocurre? —preguntó el director—. Parece que has visto un fantasma.

Emily se detuvo en seco y frunció el ceño.

—Espera —dijo de repente—. Dame unos minutos.

Volvió a salir del despacho a toda velocidad y tomó una de las cápsulas. De nuevo sin gravedad, atravesó los módulos de cultivo hidropónico, el silo, la granja y llegó hasta el enorme módulo de la bodega. Allí disponían de todo lo que el proyecto había traído desde la Tierra. Era el más grande de los que quedaban. Se acercó al operario encargado de atender las peticiones del resto de los tripulantes de la estación. Para algunas era necesaria la aprobación del subdirector, pero esperaba que este no fuera el caso.

—¡Hola! —saludó con amabilidad al verla.

—¡Hola! —respondió Emily algo apurada—. Voy a hacerte una petición un tanto extraña, espero que no haya problemas.

—Adelante —dijo él con curiosidad.

—Necesito papel y lápiz.

—Estás de broma, ¿no? —le dijo él con cara de circunstancias.

—Para nada, necesito unas cuantas hojas papel y un par de lápices —respondió Emily, sin entender la reacción del encargado.

—¿Qué probabilidad hay de que en menos de una semana dos personas diferentes me pidan papel y lápiz? —dijo en voz alta—. ¿Vais a aprender todos a escribir a estas alturas?

—¿Otra persona te ha pedido papel y lápiz? —preguntó ella, extrañada.

—Sí, hace unos días, ese joven capitán de los militares —explicó—. Vino aquí y me pidió lo mismo.

Emily esbozó una sonrisa de satisfacción. Desde luego, era curioso que Robert hubiera utilizado la misma técnica para evitar ser escuchado por oídos indiscretos. Pero supuso que tenía sentido. No era habitual el uso de herramientas para escribir, salvo que seas un niño de cinco años y tus padres te hayan apuntado a clases extraescolares para aprender caligrafía. Hacía más de un siglo que todo el mundo utilizaba terminales para escribir y comunicarse con los demás.

—Bien, en ese caso, necesito alguno más.

—Menos mal que ya pasé por esto el otro día —dijo con alivio—. Tuve que buscar en tres

almacenes para encontrarlo todo y el sistema tuvo que mover muchísimos bultos para poder llegar hasta los dichosos lápices.

Emily escuchó cómo se movía la maquinaria de dentro del enorme almacén. Al cabo de un rato, el operario desapareció tras una de las puertas. Volvió con un taco de hojas de papel tamaño A4 y un par de lápices bien afilados.

—Aquí tienes. Te los apunto a tu nombre, ¿verdad? —le preguntó el operario.

—Sí, por supuesto. Muchas gracias.

Regresó al despacho del subdirector y entró de nuevo a toda prisa. Estaba sudando, pero tenía el material que necesitaba en la mano.

—Vaya, ahora sí que me has sorprendido —dijo David al verla.

Emily se llevó el dedo a los labios para pedir silencio y se sentó en una de las sillas para invitados del despacho. Luego, con mucha dificultad, ya que nunca antes lo había hecho hasta ese momento, comenzó a escribir.

«He encontrado la bomba», escribió de forma más o menos legible.

—Esto es más difícil de lo que creía —dijo en voz alta.

«También sé cómo los rebeldes se mantienen ocultos y cómo hacen para estar al tanto de todo lo que ocurre en la estación», escribió después.

Emily le entregó el trozo de papel al subdirector. Este lo leyó y la miró sorprendido, aunque acabó por pedir el lápiz con un gesto de su mano.

«¿Sabes cómo desactivarla?», escribió él con algo más de pericia.

Emily negó con la cabeza.

«No, necesitaré a alguien experto en explosivos».

El subdirector asintió y siguió escribiendo en su cuartilla.

«¿Qué consecuencias tendría la explosión?», le preguntó.

«Ada quedaría inutilizada para siempre, la estación sería ingobernable. El proyecto correría grave peligro».

El subdirector cerró los ojos y suspiró. Luego se hundió pensativo en su silla.

«¿Y qué sugieres que hagamos?», escribió después.

«Sé cómo desconectar el dispositivo con el que nos espían, pero necesitaré que alguien revise la bomba antes de manipular nada», respondió Emily.

«No podemos hacer eso, si deja de llegarles información sabrán que lo hemos encontrado».

Esta vez fue Emily la que pensó antes de tomar el lápiz de nuevo.

«Quizá podamos hacer algo como lo que han hecho ellos», escribió. «Si consigo desviar la entrada y la salida de información del dispositivo a Ada, tendremos todo lo que necesitamos para engañar al artefacto y quizá entonces podamos desconectar la bomba».

«Hablaré con el comandante Bauer para que se ponga en contacto contigo un experto en explosivos», redactó el subdirector. «Mientras tanto, trabaja en una solución que nos dé ventaja sobre el capitán Garth sin que volemos por los aires».

—De acuerdo. Estaré en el laboratorio de ingeniería —le respondió mientras hacía pedazos la

hoja en la que habían estado escribiendo.

Emily salió del despacho y fue directa a uno de los laboratorios de ingeniería de la estación. Erik estaba en la base Magallanes, de modo que allí no había nadie. Cogió unas placas base, unas cuantas pinzas para poder hacer un *bypass* de los cables de datos que había en la sala y un soldador. Se puso manos a la obra. En poco más de una hora tenía dos prototipos de dispositivo para hacerles a los rebeldes algo muy parecido a lo que les estaban haciendo a ellos ahora mismo. Ada podría ver toda la información sobre los rebeldes y les haría creer que seguían recibiendo todo lo que querían ver y oír.

Pero lo que más le preocupaba a Emily era la bomba. Cualquier decisión mal tomada o un paso en falso haría que estallara. Eso tiraría por los suelos todos los esfuerzos realizados hasta la fecha, y quien sabe si también condenaría a la humanidad a la extinción.

«No me estás ayudando nada si piensas en catástrofes», le dijo a su propio cerebro.

Comenzó a testar los dos dispositivos. Conectó varios cables a un terminal y lo dejó validando que la señal llegaba. Se dispuso a pinchar cada uno de los cables a diferentes alturas para cerciorarse de que el flujo de datos no se cortaba en ningún momento. Cuando acabó de pinchar todos los cables, pudo comprobar que la información pasaba por el dispositivo justo antes de llegar al terminal. Y la buena noticia era que para el terminal no había habido corte alguno.

«Bien —suspiró—. Ahora solo queda programar la placa para que Ada pueda filtrar lo que no queramos que vean».

Se sentó y comenzó a buscar en la base de datos de código fuente de la estación. Tenía acceso a millones de repositorios de código para poder hacer lo que quisiera. En una situación normal, Ada se habría encargado de hacerlo todo en un santiamén pero, en la actual, tenía miedo de que los rebeldes pudieran monitorizar lo que hacía. Así que no le quedó más remedio que hacerlo a la vieja usanza. De cualquier manera, y gracias a la modularización de Ada, pudo utilizar sus rutinas de programación para facilitarle el trabajo.

Se dio cuenta de que necesitaría muchas horas para tenerlo listo. «Necesitaré café», decidió para regocijo de su cerebro.

Así que, resignada, pero muy concentrada y acuciada por la situación, se dirigió al comedor. Era pronto todavía para la hora de la cena, tan solo un par de grupos charlaban ajenos a la pequeña crisis que Emily estaba intentando solucionar. En el laboratorio había un microondas, así que se llevó tres grandes vasos de café.

«Ya lo calentaré más tarde si se enfría, me tiene que durar toda la noche», pensó.

Cuando regresó al laboratorio, oyó ruido en el interior. Entró con cuidado, alerta. Empezaba a ser ya un poco tarde para que alguien fuera a trabajar a esas horas. Oyó a alguien revolviendo cosas en el interior de la sala en la que Emily había estado trabajando. Estaba casi segura de que había cerrado la sesión de su terminal antes de salir para evitar que nadie curioseara lo que estaba haciendo.

Entró en la sala, haciendo todavía malabares con los tres cafés calientes entre las manos. Había alguien revolviendo un armario, pero la hoja de la puerta no le permitía ver quién era. Se dio cuenta de que llevar tres cafés no era lo ideal para defenderse de un posible atacante, así que buscó un sitio donde apoyarlos. Se giró, vio un hueco en una de las mesas de trabajo y los dejó con cuidado. Pero el intruso la vio antes de que ella se diera la vuelta.

—¡Emily! —exclamó el director Patel.

Ella gritó.

—¡Oh! ¿te he asustado? Perdona, no sabía que estabas aquí. Te hacía en la base.

—Me va el corazón a mil —dijo ella, suspirando aliviada.

—Perdóname. Pensaba que aquí no había nadie. Hoy hemos estado trabajando en el hangar y necesitábamos unas cizallas. —Levantó satisfecho la enorme herramienta metálica—. Sabía que Erik tenía unas aquí y he venido a por ellas. Y si no es por el evidente olor a café que me ha llegado, me temo que el susto me lo habrías dado tú a mí.

—Sí, ha sido una casualidad —dijo Emily, recuperando el aliento.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el director.

—Tenía que venir a una reunión y he decidido quedarme —intentó no mentir.

—Ah, ya veo. Y supongo que aquí te es más difícil dejar de trabajar.

—Sí, la verdad —reconoció.

—Bien. Aunque intenta que no se convierta en una rutina. También es necesario descansar.

—Lo tendré en cuenta, director Patel.

—En ese caso, te dejo que continúes, yo ya tengo lo que quería —volvió a mostrar orgulloso la cizalla.

Mientras Patel abandonaba la sala, Emily volvió a la terminal y comprobó que continuaba encendida.

«¿Es posible que no haya cerrado la sesión?», se preguntó sin recordar. Pero no pudo evitar desconfiar de la casualidad de que el director Patel entrara justo cuando ella no estaba. «Te estás volviendo una paranoica», se dijo a sí misma cuando recordó que estaba hablando del director Patel, de alguien al que conocía desde hacía mucho tiempo y que incluso había asistido a la defensa de su doctorado. «No puede ser», se dijo convencida.

Recogió los cafés y los dejó en la mesa del terminal. Trabajó sin descanso durante horas. Quería tenerlo acabado y disponible para el día siguiente. Era preciso eliminar la amenaza que se cernía sobre la estación lo antes posible. Lo que estaba haciendo era que Ada pudiera, a través de esos dos dispositivos, engañar al de los rebeldes y a la propia bomba para que todos ellos pensaran que la situación no había cambiado. Así que tenía que definir qué era lo que quería ocultarles y qué no. Por primera vez, irían dos pasos por delante de ellos.

Pero lo que más le preocupaba era la bomba. Varias horas después, cuando ya tenía los dos dispositivos casi listos, se levantó del asiento y comenzó a recorrer la sala mientras pensaba en una solución.

«Estoy segura de que el dispositivo está enviando señales a la bomba de forma casi constante —pensó—; de esa manera, la placa de la propia bomba haría que explotara si se corta la corriente o si deja de recibir la señal desde el otro dispositivo».

Llegó a la conclusión de que, para engañar a la bomba, tenía que mantenerla conectada a la corriente eléctrica y continuar enviando la misma señal. «Si consigo replicar treinta minutos de la señal que le llega en un nuevo dispositivo alimentado con baterías y conectamos también la corriente de la bomba a las baterías, puede que podamos sacarla del armario sin que ella misma sea consciente de que la estamos moviendo».

Le gustaba el plan. Cogió una nueva placa, la conectó a una batería portátil y se dispuso a añadirle las pinzas de datos y de corriente para hacer el *bypass*. Una vez construido el nuevo aparato, programó su comportamiento: recibir la señal del dispositivo principal durante media hora, encontrar el patrón y repetir la misma señal hasta que el artificiero que iba a enviarle el subdirector la desactivara o la hiciera explotar de forma controlada.

Un vaso de café caliente y dos fríos después, Emily acabó todo lo que necesitaban para eliminar la amenaza. Estaba exhausta.

Guardó todo lo que había preparado en una mochila y se dio un paseo por la estación. Cuando llegó al comedor se dio cuenta de que no había comido nada desde hacía ya demasiadas horas. Se preparó un nuevo vaso de café, un zumo de naranja y dos trozos de bizcocho de zanahoria. Mientras intentaba relajarse, alguien llegó al comedor y la besó en la cabeza.

—No sabía que estabas aquí —dijo Robert.

—Hola —respondió despistada y con la voz cansada.

—¿Pasa algo? —Parecía preocupado.

—Sí… bueno no… —No supo que decir—. Ya te lo contaré, quizá con lápiz y papel.

Robert cambió su semblante por otro más serio.

—Entiendo —dijo él—, supongo que ambos tenemos muchas cosas de las que hablar.

—Sí, eso me han dicho.

—Bien, ya hablaremos entonces. ¿Y este festín que te estás dando?

—Ayer no cené —le contó—, así que me estoy dando un capricho.

—Ya veo.

—Voy a tener una mañana un tanto ajetreada pero ¿quieres que pasemos la tarde juntos? —le preguntó.

Robert se quedó pensativo, evaluando su agenda.

—Claro que quiero —respondió—. Intentaré adelantar algunas de las tareas del día a esta mañana. ¿Hablamos luego?

—Sí, llámame por la tarde —respondió—. «Si es que seguimos aquí», pensó para sí.

—Bien —la besó en los labios y la dejó allí para continuar con su rutina diaria.

A una hora prudencial, se dirigió de nuevo al despacho del subdirector para explicarle los avances que había hecho durante la noche. Todo, por supuesto, utilizando papel y lápiz.

«¿Estamos ya preparados para comenzar con la operación?», le preguntó él al acabar la explicación.

Emily asintió con la cabeza y el subdirector llamó de inmediato al comandante.

—Timo —dijo—. Estamos listos.

Cuando colgó, se dirigió a Emily.

«Reúnete con el experto del comandante en la puerta de la sala de control de Ada», escribió. Ella asintió de nuevo, pero antes de salir del despacho, el subdirector le dijo en voz alta: —Ten mucho cuidado.

—Descuida, lo tendré —prometió con seguridad.

Cuando llegó allí ya había una persona esperando en la entrada. Se trataba de un hombre de mediana edad, en la cuarentena, pero con abundantes canas. Llevaba a cuestas un gran baúl y un enorme aparato metálico azul con forma esférica que se parecía bastante a una enorme olla con tapa. De no ser por la falta de gravedad, el equipo debía de pesar muchísimo.

—Buenos días —saludó Emily—. Espero que esté al tanto de todo y que no tengamos que hablar demasiado.

—Sí, no se preocupe por eso —le aseguró él—. Estoy al corriente.

—De acuerdo.

Se apresuraron a entrar antes de que alguien los viera. Una vez dentro, Emily sacó los dispositivos que llevaba en su mochila y los colocó en el suelo, cerca de donde debían colocarse. El artificiero, vestido con los colores de la sección militar del proyecto, dejó el baúl en una de las esquinas.

—Le recomiendo que se ponga esto —dijo él—. Yo la ayudo.

Acababa de sacar del baúl dos enormes trajes de artificiero, acolchados y resistentes, capaces de soportar el impacto de una bomba mucho más grande que aquella. Emily dudó. El traje tenía pinta de ser bastante incómodo a la hora de hacer los trabajos tan delicados que ella tenía que ejecutar. Pero enseguida comprendió que manipular una bomba es bastante más delicado y ellos los usan. Así que no discutió la orden y se lo puso con ayuda del militar.

Mientras él se colocaba también su traje, Emily comenzó a trabajar sobre el dispositivo de los rebeldes. Primero tenía que conectar uno de los suyos a los ocho cables de entrada. Uno por uno, fue pinchando las pinzas en el tramo correspondiente de la autopista de cables que llegaba desde el exterior de la sala. Cuando acabó, el propio dispositivo se lo indicó mediante un pequeño terminal que incorporaba. Pasó a repetir el proceso con la salida de su dispositivo y a conectarlo todo con Ada, para que esta tuviera toda la información de nuevo.

«Todo está bien —suspiró—. Ya podemos modificar cuando queramos los datos que reciben los rebeldes».

A pesar de la baja temperatura de la sala, comenzó a sudar dentro del traje de artificiero. Sería muy seguro, pero la transpiración no era uno de sus puntos fuertes. Emily dio un largo suspiro para templar sus nervios y pasó al siguiente tramo de cables, el que salía desde el dispositivo de los rebeldes. Repitió el mismo proceso con las pinzas de su dispositivo, cable a cable. En apariencia todo fue bien, Ada ya sería capaz de saber qué era lo que los rebeldes estaban ocultándoles.

—Ada —dijo Emily en alto—, ¿Recibes todo lo que te acabo de enviar?

—Sí, Emily —dijo ella—. Y he de decir que han sido muy inteligentes.

—Sí, aunque ahora tenemos otra prioridad, luego me pones al día de lo que ves. Mantén el flujo de información para que solo les llegue lo que tú creas conveniente —añadió—. Creo que ya podemos pasar a lo importante —dijo Emily dirigiéndose ahora al militar.

—Indíqueme dónde está —pidió este.

Llegaron hasta la parte trasera del armario de Ada en el que estaba la bomba y se la señaló. El militar miró el artefacto a través de su casco y sacó una linterna y un pequeño espejo para poder revisarla desde todos los ángulos. No habló para no desvelar nada importante, pero era evidente que tenía algo que decir.

—¡Oh! Perdone —le dijo Emily—. Puede hablar con normalidad. Ya no hay riesgo de que alguien esté a la escucha.

—Bien, porque de lo contrario, iba a ser muy difícil hacer esto —dijo él aliviado—. El comandante me ha dicho que usted tiene un replicador de la señal.

—Así es. —Le mostró el tercero de los dispositivos que había preparado—. Está programado para pincharse al cable de datos, reconocer los patrones de la comunicación durante la siguiente media hora y repetir después el mismo patrón.

—¿Y la corriente?

—Tiene batería —dijo, enseñándosela.

—Genial —exclamó al recoger el dispositivo—. Empezamos con el cable de datos y esperamos media hora, ¿verdad?

—Sí —respondió ella.

—Aunque no parece tener mucha carga —advirtió el artificiero—, por precaución, colóquese pegada a la pared, detrás de la última columna.

Emily obedeció sin poner ni una sola pega y se ocultó detrás de uno de los armarios de Ada, aunque no pudo evitar asomarse por una esquina para ver cómo el artificiero operaba sobre la bomba.

Con un gesto preciso, el militar pinchó la pinza del dispositivo de Emily sobre el cable de datos que enviaba información al artefacto. No ocurrió nada.

—Ya está —dijo él—. Ahora nos toca esperar.

—Así es.

Emily salió de su improvisado escondite.

—¿Dónde ha aprendido el funcionamiento de una bomba? —le preguntó el hombre—. Por cierto, soy el sargento primero James Scott, de artificieros —se presentó, extendiendo su mano enguantada.

—Encantada, sargento Scott. Yo soy la doctora Emily Rhodes. Y no entiendo su pregunta. No tengo ni idea de cómo funciona una bomba.

—Pero ha hecho un gran trabajo con esto —le dijo, señalando su creación—. Ni yo lo hubiera hecho en tan poco tiempo.

—Lo que de verdad entiendo es cómo funciona la comunicación digital. Y esa bomba está pegada a una placa base y es alimentada como cualquier otro dispositivo —intentó encogerse de hombros con toda aquella parafernalia puesta por encima.

Conversaron un buen rato mientras esperaban a que el dispositivo de Emily acabara de recabar la información necesaria para generar una señal que pudiera engañar a la bomba. El sargento Scott aprovechó esos momentos para levantar una de las placas metálicas del suelo. Colocó la enorme y redonda olla metálica con tapa que había traído consigo en el hueco y comenzó a fijarla a la estructura de la sala de control de Ada.

—Tengo que fijar la cámara de contención al suelo —explicó—. De lo contrario, en un entorno de ingravidez como este, podría salir despedida en cualquier dirección y causar daños no deseados.

El sargento fijó la cámara al suelo con cuatro grandes pernos que aseguró con dos enormes

tuercas y una pistola hidráulica. Cuando el dispositivo de Emily acabó de hacer su trabajo de muestreo, le volvió a pedir que se apartara de nuevo.

—Vamos a sacar la bomba de aquí —anunció.

El militar cogió la pinza del dispositivo que iba a alimentar a la placa de la bomba a través de la batería. Cualquier fallo de cálculo, cualquier corte en el suministro, sería catastrófico para Ada y, por lo tanto, para toda la estación. Emily sintió cómo el corazón se le desbocaba en la garganta. A continuación, el sargento cerró la pinza sobre el cable que alimentaba la bomba. No ocurrió nada, todo parecía seguir funcionando. En cuanto quitara las fijaciones que la unían a la estructura del armario de Ada, podrían sacarla por fin de allí.

El artificiero militar se puso a ello. La bomba estaba fijada a través de su placa a la estructura del armario por cuatro tornillos, que comenzó a soltar. Cuando acabó de liberar el último, sujetó con mucho cuidado el conjunto de batería y bomba. Todo parecía ir bien, pero de pronto algo comenzó a pitar en la placa de la bomba. Cada vez pitaba más rápido. El sargento la introdujo a toda prisa dentro de la cámara de contención y cerró la tapa con un rápido movimiento.

Una sonora deflagración se escuchó de repente desde dentro de la olla a presión. Emily, que de forma instintiva se había llevado las manos a la cabeza y había cerrado los ojos, continuaba con las botas electromagnéticas calzadas, por lo que notó cómo la estructura de la sala vibraba por la explosión. Cuando abrió de nuevo los ojos y se atrevió a asomarse desde su escondrijo, vio que la cámara de contención continuaba en su sitio, aunque las robustas barras del subsuelo estaban algo deformadas por la fuerza de la explosión. El sargento Scott se quitó el casco y las gotas de sudor de su cabeza se amontonaron formando pequeñas bolas transparentes que flotaban sin control en el aire.

—Ya está —dijo él—. Ya ha pasado todo.

18

El teléfono

6 de enero del año 1

Estación espacial Asimov, Kepler-442b

Emily se despertó en su camarote. Miró la hora. Estaba todavía muy cansada y somnolienta, y eso a pesar de haber podido descansar durante bastante tiempo. Se incorporó, todavía bajo el calor de las mantas, e intentó recordar lo que había hecho ayer antes de acostarse.

—¡Robert! —exclamó de repente.

Pero Robert ya no estaba allí. Habían quedado por la tarde y él se retrasó un poco a causa de algún problema de última hora que le había surgido. Estuvieron hablando de nimiedades y cosas ajenas al trabajo y después decidieron pasar la noche juntos. Pero no recordaba mucho más aparte de eso.

«¡Mierda! —bufó—. Creo que me quedé dormida antes de tiempo», se lamentó.

—Ada, ¿A qué hora me quedé dormida ayer? —preguntó.

—A las 19.28, Emily.

—¿Estaba Robert aquí conmigo? —quiso saber.

—No puedo almacenar información sobre las localizaciones del equipo militar —le recordó.

—Es cierto.

—Aun así, tienes un mensaje suyo en tu bandeja de entrada.

—Reprodúcelo —ordenó.

«Buenos días, dormilona —comenzó la transcripción—. Te preguntarás por qué te has despertado sola. Pero es que, al salir de la ducha ayer, estabas durmiendo ya a pierna suelta. No sé en lo que estuviste metida la noche anterior, pero te ha dejado exhausta. Así que, tras contemplar un buen rato lo guapa que estás cuando duermes, decidí dejar que descansaras tranquila. Ya hablaremos en otro momento. Robert».

Emily se levantó y se aseó. Le dolía la espalda de tanto dormir. Llevaba casi catorce horas en la misma posición, y eso acaba pasando factura. Tenía una reunión importante con la cúpula, pero era muy pronto todavía, así que decidió desayunar algo. Haberse quedado dormida tan pronto tenía sus pegas y es que tampoco había cenado nada la noche anterior.

—Ada, ¿alguna novedad desde la base? —preguntó cuando se sentó sola en una mesa del comedor.

—Nada reseñable —dijo ella—. Aunque Shildii estuvo ayer allí con Rakesh.

—Vaya —suspiró—, qué pena no poder comunicarme con él para que no venga en balde.

—Bueno, estuvo muy entretenido con el profesor Kumar —dijo Ada—. Si lo que te preocupa es que alguien haga de anfitrión, parece que está todo controlado.

—Tienes razón, estoy convencida de que estará bien con Rakesh.

—Lo que empieza a preocuparme un poco —añadió—, es que cada vez hay más keplerianos que se animan a cruzar el río y se acercan a la base a curiosear.

—¿Han vuelto los dos críos de la otra vez?

—Sí, pero esta vez no han venido solos —dijo la inteligencia artificial—. Está vez han venido otros tres más.

—Parece que Shildii está empezando a ganar popularidad —dijo Emily—. Eso puede ser un problema. Tendremos que pensar en algo, no creo que nos convenga tener un montón de keplerianos a las puertas de la base.

—Yo solo puedo informar.

—Sí, gracias. ¿Alguna cosa más?

—Kostas lleva un par de días trabajando solo de nuevo —siguió Ada—. James Coogan ha abandonado las tareas que le asignaste.

Emily emitió un largo suspiro de resignación. No iba a resultar tan sencillo que ese tipo pasara por el aro y se convirtiera en alguien de provecho para el proyecto. Tendría que volver a hablar con él.

—Además, ha tenido nuevos enfrentamientos con sus compañeros —añadió Ada—. Me temo que quieren hablar contigo sobre el tema.

Emily volvió a suspirar; sabía que era cuestión de tiempo que algo así pasara. Pero todavía albergaba esperanzas de que el propio grupo se autogestionara e hiciera que el antiguo *influencer* entrara en razón y comenzara a comportarse como es debido. Pero todo parecía indicar que iba a tener que tomar cartas en el asunto.

Acabó el desayuno y recogió su bandeja. Era algo pronto todavía, así que vagó sin rumbo por la Lavadora. Pensó en todas las cosas que a veces le quitaban el sueño: la señal de socorro de la Galileo, el segundo cónclave, los rebeldes, los Yokai… Y aunque todos esos temas la preocupaban sobremanera, por algún motivo pensó en un futuro más lejano. ¿Era de verdad aquel planeta el futuro hogar de la humanidad? ¿Cómo iban a conseguir que las condiciones del planeta fueran compatibles con la vida humana? ¿Qué pasaría con los keplerianos? ¿Tenían derecho a modificarlas teniendo en cuenta que el planeta no les pertenecía a ellos?

Llevaban mucho tiempo esquivando todas esas preguntas, nadie en el proyecto parecía reclamar la responsabilidad de generar un debate abierto. Pero temía que tarde o temprano tendrían que tomar una decisión al respecto: o los keplerianos, o la humanidad. Le temblaron las piernas solo de pensarlo.

Cuando volvió al comedor era ya la hora de acercarse al puesto de mando. Esta vez, para variar, llegó la primera a la sala. Pronto le siguieron los otros tres asistentes, que tomaron asiento tras saludarla.

—¿Has podido descansar? —preguntó el subdirector.

—Sí, he dormido casi catorce horas —presumió.

—No me extraña —dijo la capitana Mei—. Tenías que estar exhausta, sobre todo después de soportar tanta tensión.

—El sargento Scott me ha dicho que ayer hizo usted un gran trabajo, doctora Rhodes —añadió el comandante.

—Él fue quien arriesgó de verdad su vida —reconoció Emily—. Yo estuve siempre en un segundo plano.

—De cualquier manera, con tus acciones y descubrimientos has salvado de nuevo la estación —dijo el subdirector—. No te haces a la idea de la cantidad de deudas que el proyecto está adquiriendo contigo.

—Hago lo que tengo que hacer, subdirector.

—Desde luego, y te damos las gracias por ello —respondió él—. Pero será mejor que nos pongamos manos a la obra. Creo que estamos todos al día de lo que ha ocurrido estas últimas horas. Pero para que no se nos escape ningún detalle, haznos un resumen del estado actual de la estación, por favor.

—Bien, como ya sabéis, ayer mismo retiramos la bomba que estaba colocada en la sala de control de Ada —comenzó—. Además, se instalaron dos dispositivos que nos permiten devolverles la jugada a los rebeldes. Ahora podemos controlar qué es lo que ven y oyen, y qué no.

—¿Cómo habían conseguido burlar a Ada? —preguntó la capitana Mei.

—Su artilugio estaba colocado justo antes de que la información de la estación llegara hasta la IA —explicó Emily—. Todo el material que se comunica con la estación o los satélites tiene un identificador único, una especie de carnet de identidad. El artilugio evitaba que la información de determinados dispositivos llegara hasta los núcleos de Ada. Y, además, utilizaban nuestras antenas de comunicación para enviar a través de nuestros propios satélites la información que ellos consideraban relevante.

—¿Qué tipo de información? —preguntó el subdirector.

—En realidad, todo lo relacionado con lo militar y con esta cúpula.

—Pero, no entiendo. ¿Ada no tenía prohibido almacenar cualquier información relacionada con el ejército? —preguntó la capitana.

—Sí, pero hay ciertos matices —dijo Emily—. Ada no lee el contenido ni analiza nada que tenga que ver con un asunto militar, pero la información le llega como otra cualquiera. Los datos sensibles los almacena en unas bases de datos cifradas sin siquiera leerlos. Este artilugio, al estar situado antes de que la información le llegase, incluía toda esa información sensible a la que solo se puede acceder, una vez que Ada la almacena, mediante las órdenes de un militar superior.

—Entiendo. Eso significa que tenían acceso virtual a todo lo que pasaba en la nave.

—Exacto, aunque al carecer de la capacidad de procesado de Ada, supongo que solo serán capaces de vigilar la actividad de determinados elementos o personas —explicó Emily—. De ahí que el dispositivo les filtrara solo lo que ellos consideraron de interés.

—¿Y cómo se supone que debemos de actuar a partir de ahora? —preguntó el comandante Bauer.

—Con normalidad —aclaró Emily—. Ya no harán falta lápices ni otros mecanismos antiguos para comunicarnos.

—Pero ellos siguen creyendo que tienen ventaja. Debemos aprovecharnos de eso —propuso el subdirector.

—Sí, Ada compartirá con los rebeldes lo que queramos que vean —dijo Emily—. Esta reunión, sin ir más lejos, no habrá tenido lugar para ellos. Pero debemos ser inteligentes en ese

aspecto ya que están acostumbrados a que actuemos de una forma concreta, que hagamos lo que dicta el protocolo. Propongo que cada reunión que se realice en esta sala o entre cualquiera de los miembros de este consejo que tome decisiones que puedan afectar a los rebeldes, tenga una segunda reunión anterior o posterior para trazar la estrategia real. Se decidirá qué es lo que queremos que sepan en todo momento y Ada se encargará de enviarlo a través de los dispositivos.

—Y todos tendremos que actuar como si todavía no hubiéramos encontrado nada —añadió el subdirector.

—Las operaciones encubiertas deberán seguir siéndolo —matizó el comandante.

—Y podremos instalar la segunda base cuando queramos —dijo el capitán.

—Sí, siempre y cuando se mantenga la coherencia en las reuniones ficticias —aclaró Emily.

—¿Y Ada se encargará de todo? —preguntó la capitana.

—Eso es. Solo tendremos que hacerla partícipe de las decisiones y estrategias que queramos que siga con respecto a los rebeldes.

—Estoy preparada para jugar a este juego de espías —intervino Ada.

—Bien —dijo satisfecho el subdirector—. ¿Y qué sabemos de la situación de los rebeldes?

—En realidad, no demasiado —reconoció la IA—. Sigo sin recibir la geolocalización de sus exotrajes ni de sus comunicaciones. Tampoco he recibido, al menos de momento, ninguna señal de las naves extraviadas.

—Tienen ingenieros con mucha experiencia en sus filas —les recordó Emily—. Es más que probable que hayan desactivado ciertas características del material.

—Creo que están utilizando sistemas analógicos para comunicarse entre ellos —dijo el comandante.

—¿Cómo está tan seguro de eso? —preguntó la capitana Mei.

—Por algo que me contó el capitán Beaufort —respondió él.

Emily se tensó al oír cómo el comandante hablaba de Robert. Hacía muchos días que no sabían lo que hacía el otro, y algo le decía que iba a enterarse ahora de lo que él había estado haciendo.

—La operación para instalar la segunda base fue un señuelo —dijo el comandante.

Todos en la sala guardaron silencio, nadie allí parecía estar al tanto de aquella información.

—El capitán Beaufort ocultó en un módulo un emisor de onda larga, de los que ya no se utiliza hoy en día. La idea era poder detectar la posición de la base de los rebeldes una vez instalaran el módulo —dijo el comandante—. Sin embargo, el capitán Garth descubrió el señuelo y llevaron ese módulo a un lugar aislado. Pero le dejó un mensaje en el que venía a decir que habían descubierto el engaño debido a una «afortunada casualidad». Lo más seguro es que la propia señal interfiriera en sus comunicaciones de alguna manera.

—Tiene sentido —razonó Emily tras escuchar la teoría del comandante.

—Pero hay algo que es muy extraño —intervino Ada—, ya que sí que estoy detectando la señal de algunas de las infraestructuras que se llevaron.

—Bien —dijo el subdirector—. Algo es algo. ¿Qué es lo extraño de eso?

—Que están repartidas por muchos lugares —explicó mientras les mostraba en el mapa las localizaciones.

El subdirector lanzó un largo suspiro.

—Seguro que también son un señuelo.

—Sí, tiene toda la pinta —coincidió la capitana Mei.

—No nos queda otra que esperar a que se muevan por la noche —dijo el comandante—. El capitán Beaufort cree que no vemos las naves desde los satélites porque se desplazan en la oscuridad.

—Pero sin luz de ningún tipo, necesitarían utilizar los satélites —añadió la capitana.

—Y ahora Ada puede rastrear el origen y el destino de los transportes —dijo el subdirector —. Parece que tenemos un pequeño plan. Esperemos que esto nos permita encontrar a esa maldita sanguijuela de Garth. Hasta entonces, tendremos que jugar a este juego de espías.

Emily quería comer en la base, así que una vez concluida la reunión buscó un transporte. Nada más aterrizar, Ada la puso en antecedentes.

—Hoy solo tenemos a cuatro keplerianos esperando en la distancia —le dijo.

—Vaya, ¿dónde están?

—A unos cien metros al norte. —Se lo marcó en el visor de su traje.

—Ya los veo. —Emily se detuvo en seco.

No sabía si acercarse a ellos sería una buena idea. Darles algo de comer, como a Shildii, podría ser interesante. Pero si hoy había cuatro, mañana quizá vinieran más, y eso no sería nada bueno. Aun así, decidió acercarse a ellos.

—Parecen niños —dijo Emily.

—Lo son —dijo Ada—. Ninguno es mayor que Shildii. Según el calendario kepleriano hoy es día libre para los jóvenes, no tienen colegio.

—Entiendo.

Emily dio un respingo cuando vio por el rabillo del ojo que algo se acercaba a ella. En el visor de su traje saltó una alerta de proximidad. Giró el cuello hacia el suelo y vio un bulto pequeño que se movía hacia ella a toda velocidad.

—¡Qué susto me has dado, Lemy!

Emily se agachó y extendió el brazo hacia el animal, con la palma de su mano abierta.

—Lo siento, pequeño, pero no tengo comida, acabo de llegar de la estación.

El pequeño *jush*, que parecía haber perdido del todo el miedo a los humanos, se acercó con alegría dando sus habituales saltitos. Y antes de que Emily pudiera reaccionar, se encaramó con sus pequeñas garras al brazo del exotraje y trepó con agilidad, dando un par de vueltas alrededor de su cuello hasta asentarse en el hombro derecho de Emily.

—¡Oye! —le recriminó—. Pero ¿a dónde vas? ¿Te gusta estar en las alturas?

Sonrió y decidió acercarse hasta el pequeño comedero que le habían puesto al lado de la

entrada de las instalaciones. Se agachó, procurando que el pequeño no se desequilibrara desde su privilegiada posición, y recogió algo de la comida que alguno de sus compañeros le había dejado allí esa mañana.

—Aquí tienes, pequeñín —le dijo mientras le acercaba unos pocos cereales inflados del desayuno.

Mientras el animal recogía con sus manitas la comida y se disponía a dar buena cuenta de ella, Emily volvió a mirar a los visitantes que la seguían observando con atención desde la distancia. Se dirigió hacia ellos con cuidado de que el pequeño Lemy no se cayera al suelo, aunque lo cierto era que parecía apañárselas muy bien para mantener el equilibrio gracias a sus cuartos traseros y su musculada cola. Cuando ya había recorrido la mitad del trayecto, los niños se asustaron y salieron corriendo. Primero los dos que parecían más mayores y después los de menor estatura.

—¡Tranquilos! —llamó Emily sin muchas esperanzas— ¡No quiero haceros daño!

—Me temo que ya es demasiado tarde —le dijo Ada—. Están regresando por donde han venido.

—Sí, creo que los he asustado —lamentó—. Pero ya volverán, supongo.

De vuelta en la entrada a las instalaciones, pensó que le gustaría seguir manteniendo el contacto con los keplerianos. A pesar de que sus líderes debían de estar aislados, según las leyes que regían los cónclaves, Emily echaba de menos las conversaciones con Shildii y Yisht, a la que no había vuelto a ver desde que le entregara la invitación para el primero de los cónclaves.

Así que, estando ya el problema de los rebeldes en apariencia solucionado, pensó en habilitar de forma remota el comunicador que le había regalado. Era algo simple de realizar, pero tenía miedo de que alguien descubriera que estaban hablando de forma remota. Incluso la propia Yisht se podría asustar si, de repente, lo que ella pensaba que era un cerebro electrónico empezara a hablar en nombre de Emily.

—Ada, ¿podrías establecer comunicación con la mochila de comunicaciones de Yisht y explicarle cómo funcionan las comunicaciones a distancia para evitar que se asuste?

—Claro —accedió—. ¿Quieres que lo haga ahora?

—Sí. Pero procura no asustarla —repitió— y mantén la discreción para que nadie en el edificio se entere de que habla con nosotros.

Lo último que quería Emily era que la acusaran de traición, como casi ocurrió hacía no tanto tiempo. Entró en la cámara de descontaminación sin darse cuenta de que Lemy continuaba subido en su hombro. Pero la alerta de la base se lo recordó con luces estroboscópicas y un molesto sonido que debió de asustar un poco al pequeño, ya que se removió nervioso en la improvisada atalaya que era su hombro.

—Tranquilo, Lemy —le dijo mientras lo cogía en brazos para sacarlo al exterior—. Es solo la alarma que me recuerda que tienes que quedarte aquí fuera.

Le dio pena alejarse de él mientras veía cómo sus bracitos se agitaban en el aire demandando más cariño de su nueva amiga.

—Lo siento —dijo mientras pasaba de nuevo el control.

—He establecido comunicación con el dispositivo de Yisht —anunció Ada—. Ahora mismo no se encuentra en su habitación. Intentaré explicarle el funcionamiento de las comunicaciones a

distancia cuando regrese.

—Perfecto, gracias Ada.

Más tarde, justo después de la hora de la cena, Emily recibió un tímido saludo desde el otro lado de la comunicación:

—¿Emily? —preguntó una voz familiar—, ¿estás ahí?

—¡Yisht! —saludó con entusiasmo—. Qué alegría poder hablar contigo. ¿Qué tal estás?

—Bien —dijo ella—. Ada me acaba de explicar cómo funciona esto de hablar a distancia. ¿Estás de verdad en tu poblado?

—Sí, así es —confirmó—. Estoy a unos pocos kilómetros de ti.

—¡Vaya! —exclamó impresionada—. Esto es increíble, ojalá nosotros tuviéramos una tecnología que nos permitiera hablar a distancia. Quiero decir, tenemos aves mensajeras, pero esto es sin duda algo que deberían ver los ingenieros de Khapabir. La cantidad de viajes y de peligros que se ahorrarían los dirigentes.

Emily sonrió ante la reacción de Yisht.

—Dime, ¿qué tal estáis Rakesh y tú? —preguntó ella—. Supongo que ahora hay tantas cosas urgentes que hacer que ya no nos es posible mantener nuestras pequeñas reuniones matutinas.

—Estamos bien —dijo Emily—, pero sí, me temo que estás en lo cierto. Todo lo que ha pasado en el cónclave nos impide continuar aprendiendo sobre vuestra cultura y vuestras costumbres.

—Bueno, lo cierto es que tampoco es que esté por aquí la situación como para tener reuniones tranquilas —dijo la joven kepleriana.

—¿Va todo bien? —Emily la notó preocupada.

—Supongo que sí —susurró—. Pero desde el cónclave esto está lleno de gente extraña que yo no había visto jamás. Y… no sé si debo decirlo… pero Khikhya apenas sale de su despacho, y son casi constantes las reuniones con estos keplerianos.

—Pero ¿no se supone que los líderes deben estar aislados de cualquier interacción con el exterior?

—Sí, pero Khikhya está actuando de forma extraña desde hace algún tiempo —le aseguró Yisht—. Intenta hacernos creer que esos keplerianos son parte de sus consejeros, pero aquí todos sabemos que eso no es cierto. Y, además, parece que nunca le gusta lo que le dicen, es habitual que se oigan sus gritos desde fuera de su despacho.

—Pero, si no son consejeros, ¿quiénes son? —preguntó Emily.

—Nadie lo sabe, han salido de la nada, como quien dice. No llevan distintivos de ningún tipo ni hablan con nadie de fuera de su círculo. Solo sé que uno de ellos, uno joven y que tiene siempre una expresión impasible, parece ser el líder de todo ese grupo.

—¿Joven e impasible? —preguntó Emily.

—Sí, apenas mira al resto, siempre camina de forma altanera, como si no existiéramos, y nunca le he oído hablar con nadie, solo escucha lo que los demás dicen, sin cambiar nunca su expresión. Es un tanto siniestro.

Emily tuvo una pequeña corazonada al escuchar la descripción de aquel kepleriano.

—Espera un momento, Yisht —le pidió. Comenzó a manipular su terminal—. Ada, ¿puedes buscar una imagen en la que se le vea la cara al joven militar que acompañaba a la comitiva de los Khaavahki en el cónclave?

—Claro —dijo ella.

Poco después, Emily vio un vídeo en el que el joven se giraba en el templo para mirar hacia atrás. Sin embargo, aquel gesto le resultó muy extraño, ya que estuvo muy atenta al joven durante casi todo el cónclave. Y no recordaba que en ningún momento se hubiera movido de su posición. Ni siquiera cuando sus otros dos superiores se levantaron del banco y pasearon por el templo para conversar entre ellos. Se había mantenido siempre aislado, impasible. Eso fue lo que más le llamó la atención. Es curioso que Yisht utilizara la misma palabra que habría elegido Emily para describirlo.

—¿Es esta la única vez que se giró durante toda la ceremonia? —preguntó Emily.

—Sí —confirmó Ada—. No hizo ningún otro ademán en todo el tiempo, ni siquiera durante el cónclave. Tan solo se levantó para acercarse al comedor, y ni siquiera he registrado una sola imagen en la que se le viera intercambiar una palabra con el resto de la delegación Khaavahki.

—Qué interesante —murmuró Emily—. ¿Qué ocurría cuando se giró?

—Me temo que ya sabes la respuesta —le dijo Ada.

—Khikhya se levantaba de su asiento para entrar en la sala del cónclave.

—Exacto.

Emily le mostró la imagen del joven militar a Yisht.

—¿Es este el joven del que hablas? —preguntó Emily.

—¡Sí! —exclamó excitada— ¡Ese es! ¿Lo conoces?

—No, no sé quién es, en realidad —reconoció Emily—. Pero sí sé que es un militar de alto rango a las órdenes de Vaahur, es un Khaavahki.

Yisht ahogó un grito al pensar qué estaba ocurriendo.

—¿En qué maldita intriga se haya metida Khikhya? —se preguntó en susurros la kepleriana.

—No lo sé —respondió Emily—. Pero si los Khaavahki están de por medio, no puede significar nada bueno.

—Intentaré averiguar todo lo que pueda —decidió.

—Yisht, ahora sabes demasiado y puede que corras peligro. Ten mucho cuidado con las preguntas que haces y por dónde te mueves. Algo extraño está ocurriendo con Khikhya, y no quiero que te pase nada malo.

—Sí, esto no huele muy bien —dijo con un hilo de voz.

—Ten cuidado —repitió Emily.

—Lo tendré.

19

La segunda invitación

1 de febrero del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

—Ada me ha dicho que James Coogan no está colaborando contigo, ¿es cierto? —le preguntó Emily a Kostas mientras apuraban sus desayunos.

—Sí, así es —confirmó él—. Empezó con muchas ganas, y parecía que hasta le gustaba lo que hacíamos, pero enseguida se vino abajo. Me dijo que se aburría, que eso no era para él.

—¿Y qué ha hecho durante estos últimos días? —preguntó Emily.

—Yo lo he visto en el gimnasio todas las mañanas —le dijo Paula, que estaba atenta a la conversación.

—Lo cierto es que no lo sé —respondió Kostas—. Si no aparece para comenzar la jornada, yo no tengo autoridad para decirle lo que tiene o no tiene que hacer.

—Sí, está bien, tranquilo, Kostas —dijo Emily—. No es tu responsabilidad. Por desgracia, es la mía. Tú solo tienes que dedicarte a hacer lo que sabes hacer.

—Tendrás que hablar con él —confirmó Gorka—. ¿Necesitas que le intimidemos?

Emily sabía que Gorka era muy capaz de amedrentarle, fue boxeador semiprofesional antes de partir de la Tierra. Pero no quería rebajarse a ser una matona de tres al cuarto, seguía creyendo que era mucho mejor que las personas colaboraran en el proyecto por convicción más que por obligación. Tenía que encontrar la manera de que James Coogan cambiara su forma de pensar sin necesidad de recurrir a métodos drásticos.

Y, para empezar a entender el estado de ánimo y las necesidades de los nuevos colonos, Emily tenía previsto entrevistarse con todos ellos. Había reservado la mañana completa para eso. Comenzó con Min, el genio de la robótica, que se encontraba junto a Erik en el laboratorio tecnológico del otro edificio. A Emily le constaba que casi ni se habían movido de allí desde que llegaron a la base.

—¿Min? —llamó desde la puerta—. ¿Podríamos hablar unos minutos?

—Claro, sin problema —accedió él.

Ambos entraron en una de las salas para charlar en un entorno más tranquilo.

—Solo quería saber qué tal te estás aclimatando a la base —empezó Emily—. Si crees que necesitas algo, o si las personas con las que estás colaborando son las adecuadas. Entiendo que son muchas cosas a las que adaptarse y puede ser complicado manejarlas todas. Lo sé por experiencia.

—¡Oh! Gracias —sonrió al descubrir de qué se trataba la reunión—. Por ahora estoy encantado. El material del que disponemos no es perfecto, pero sí adecuado para el momento en el que nos encontramos. Y estoy muy bien con Erik, es muy inteligente. Es una pena que no lo encontrara antes para incorporarle a alguno de los proyectos de mi empresa.

—Sí que es muy inteligente. Y, además, siempre está dispuesto, da gusto trabajar con él —añadió ella—. Me alegra oír que estáis en tan buena sintonía. ¿Y qué tal con Martin?

Emily observó por su expresión facial que esa pregunta no la iba a contestar de una manera tan directa. Sabía de sobra que Min era un genio en su campo, pero quizá no tenía las habilidades sociales demasiado desarrolladas.

—Bueno, Martin… es un chico con una situación especial —balbuceó.

—Tranquilo Min —dijo Emily—. Martin no tiene estudios. No ha demostrado interés en algo en toda su vida. Es posible que este no sea su lugar. Si crees que esto es demasiado para él, puede que lo mejor sea buscarle otras tareas.

—Puede que sí, desde luego —agradeció la ayuda.

—Hablaré con él —prometió Emily—. Y en función de su punto de vista, tomaremos una decisión sobre si este es el lugar más adecuado para que contribuya con el proyecto. No te preocupes.

—Gracias —dijo él más tranquilo.

—¿Algo más que quieras añadir? —preguntó.

—Bueno… no me gusta demasiado hacer este tipo de cosas —empezó con timidez—, pero creo que James Coogan está generando muy mal ambiente entre los que nos encontramos aquí.

Emily entornó los ojos, consciente de lo que se le venía encima.

—¿Qué clase de comportamiento? —preguntó, sin saber si de verdad quería escucharlo.

—Bueno, hace comentarios muy misóginos y trata a todo el mundo como si él fuera el dueño de todo esto. Yo no es que haya tenido ningún enfrentamiento con él, pero la doctora Hudgens no es de las que se calle precisamente… Y veo a Alberto que muchas veces está a punto de estallar, aunque consigue controlar sus nervios. Pero tarde o temprano todo eso puede cambiar, y Alberto no parece de los que se para ante nada ni nadie. Creo que puede llegar a pasar algo grave.

Emily se dio cuenta de que el edificio era una bomba de relojería. Si no realizaba las acciones precisas, puede que la situación se le acabara escapando de las manos.

—Gracias por tu sinceridad, Min —dijo con una sonrisa forzada—. Esperemos poder hacer algo entre todos para reconducir la situación.

Una intensa preocupación comenzó a crecer de nuevo en su interior, pero intentó calmarse para no caer en la espiral de angustia y agobio que la había embargado hacía pocos días. Llamó a Alberto Mendoza, el multimillonario de fortuna opaca.

La saludó con un efusivo apretón de manos que casi le desmonta el hombro.

—Qué alegría verte por aquí.

—Hola, Alberto —dijo ella—. Es genial encontrarte de tan buen humor. Solo quería hablar contigo sobre tus sensaciones, sobre si estás a gusto aquí, sobre tus asignaciones.

—¡Uy, sí! —exclamó con entusiasmo—. Muy a gusto, la verdad, muchas gracias por preguntar. Todo esto es fascinante, este lugar, este planeta. Jamás imaginé cuando era un chamaquito pequeño que podría llegar tan lejos. Y aunque se nota el extra de gravedad cuando estamos aquí dentro, lo veo como algo positivo, espero así poder bajar esta panza —rio con ganas mientras sus tatuadas manos golpeaban su prominente barriga con sonoridad.

—Me alegro de verte tan positivo —dijo Emily, abrumada por la energía desmesurada del mexicano.

—La vida es celebración —respondió él con convicción—. Ya tendremos tiempo de estar serios en nuestras tumbas.

—Tienes toda la razón del mundo. ¿Hay algo que quieras comentarme de cara a mejorar vuestra situación?

—¡Oh! No —respondió él muy serio—. Estoy muy contento aquí. Esto es mejor de lo que me imaginé nunca. Verás, creo que todo el mundo aquí es consciente de que no he sido una persona modélica en el pasado —mostró sus numerosos tatuajes—. He hecho cosas muy malas, he cometido atrocidades que os harían vomitar a cualquiera de vosotros. Y, además, no me arrepiento de nada. Pero no quiero ocultarme nunca más, para mí este viaje es la manera que tengo de intentar inclinar algo la balanza.

»Ya sabrás que mi mujer y mis hijos están todavía congelados en la estación. Me despedí de todos al partir de la Tierra —recordó emocionado—. Mi penitencia será preparar este mundo para que ellos no tengan que cometer las mismas atrocidades que yo mismo tuve que hacer para sobrevivir. Es algo que siento que debo hacer, no solo por ellos, si no por los hijos de todos los que hemos buscado un nuevo punto de partida. Y es un cometido que he aceptado con orgullo y con humildad. Haré lo que sea necesario, aunque eso suponga tener que recoger estiércol durante el resto de mi vida.

Emily escuchó con atención las palabras de Alberto, no quería saber a qué clase de atrocidades se refería pero, aunque hubiera verbalizado su falta de arrepentimiento, sus ojos decían justo lo contrario. Estaba aquí para redimirse de sus acciones pero sobre todo por su familia. Y, desde luego, al menos en esa parte, no podría estar más de acuerdo con él.

—Vaya… —dijo Emily— no sé muy bien qué añadir a todo eso.

—No tienes que decir nada —dijo él—. Pero si me necesitas para cualquier cosa, por descabellada que sea, yo soy tu hombre.

—Te lo agradezco, Alberto. Y si puedo hacer algo para que tu estancia aquí sea más llevadera, por favor, házmelo saber.

—Desde luego —dijo—. Por el momento, está todo chido.

—¿No hay nadie que consideres que está comportándose de manera negativa? —preguntó Emily.

—Si te refieres a ese tal James, no pretendo crear problemas —dijo él—. Pero te mentiría si dijera que en la Tierra habría aguantado igual su comportamiento. Pero como te digo, decidí comenzar de nuevo, ya no soy más aquella persona. A menos que me lo pidas.

—¡Oh, no! —exclamó Emily asustada— Quiero modificar su comportamiento, pero de una manera pacífica, haciéndole ver que todos debemos colaborar con el proyecto por el bien común.

—Bueno, de cualquier manera —se encogió de hombros—. Estoy dispuesto a ayudar como sea necesario.

—Gracias, Alberto. Aunque espero no tener que llegar a esos extremos.

—Gracias a ti —dijo él con una sonrisa de oreja a oreja.

Emily llamó a la doctora Moreau a continuación. Estaba dilatando a sabiendas la entrevista con la doctora Hudgens para poder hacerse una idea de cómo veían los demás el problema del

comportamiento de Coogan. Pero cuando llegó a la sala donde la esperaba Emily, no lo hizo sola. Tanto la doctora Hudgens como Emma, la soldadora encargada del mantenimiento general de las instalaciones, aparecieron con ella.

—Hola, Emily —la saludaron.

Ella se quedó un tanto sorprendida.

—Pero… se trata de entrevistas personales —se excusó.

—Lo sabemos —dijo la doctora Hudgens—. Pero las tres vamos a contarte lo mismo, así no perderemos más tiempo.

—De acuerdo —aceptó lo que se le venía encima—, tomad asiento, por favor.

La doctora Hudgens tomó la iniciativa.

—Creo que hablo en nombre de mis compañeras, y puedo afirmar que las tres nos encontramos muy emocionadas de poder formar parte de este proyecto. Sabemos que es algo histórico. Pero lo que ninguna de nosotras estamos dispuestas a tolerar son comentarios y comportamientos misóginos constantes por parte de un troglodita cabeza hueca con el coeficiente intelectual de una ameba. Que, además, no es capaz de mantener su nivel de testosterona por debajo del de un simio.

—Soy consciente de todos los perjuicios y el malestar que os supone la presencia del señor Coogan en la base. Creedme, yo también lo he sufrido —dijo con seriedad—. Y creedme también cuando os digo que tengo la potestad para tomar medidas drásticas. Solo tendría que hacer una llamada y todos nuestros problemas desaparecerían. Pero no quiero hacerlo. Al menos, no sin intentar que entienda que su comportamiento no tiene cabida aquí. No sin tratar de convertirlo en alguien que pueda sernos de ayuda.

»Veréis, éramos poco más de veinte mil personas en el proyecto —añadió—. Algunas de ellas, demasiadas, por desgracia, fallecieron antes siquiera de llegar hasta donde estamos. Tenemos varias decenas de personas que han decidido separar su camino del nuestro por diferencias en la forma de gestionar la colonización del planeta. No quiero… no creo que nos podamos permitir prescindir de nadie más. Os pido un poco de paciencia mientras intento que recapacite. Sé que os estoy pidiendo un gran esfuerzo, pero creo de verdad que podemos sacar de dentro de ese cascarón odioso al James inseguro que estoy convencida que habita en él.

Las tres mujeres guardaron silencio.

—He de reconocer que esta no era esta la conclusión que esperábamos sacar de esta conversación. —La doctora Hudgens miró confundida a sus otras dos compañeras—. Pero entiendo tu punto de vista y supongo que podemos intentar aguantar un poco más. ¿Qué opináis vosotras?

—Esperaremos a ver si hay alguna evolución —dijo la doctora Moreau.

—Creo que podré soportarlo —añadió la soldadora.

Tras conversar un rato más con ellas tres Emily pudo comprobar que, al igual que Min y que Alberto, estaban muy emocionadas por estar allí y con la misma sensación de todos de estar escribiendo un nuevo capítulo en la historia de la humanidad. Tan solo había que solucionar los problemas con James. Aun así, prefirió hablar antes con Martin, el joven hijo de un multimillonario sueco.

Martin saludó a Emily con timidez, se sentó en una de las sillas y esperó atento a que ella

llevara la iniciativa de la conversación.

—¿Qué tal todo? —le preguntó—. ¿Qué tal estás llevando tu nueva vida?

—Bien, supongo.

Emily sabía que le iba a costar mucho sacarle la información a un muchacho tan tímido.

—¿Te has aclimatado bien a las condiciones del planeta?

—Sí.

—¿Y qué tal con tus nuevos compañeros?

El joven se encogió de hombros.

—Bien, daré por supuesto que eso es una respuesta positiva —dijo Emily—. ¿Qué tal te ves con tus asignaciones? ¿Crees que tienes futuro en la robótica o en la ingeniería en general?

—No lo sé.

—Bueno, pero alguna opinión tendrás, ¿no? —insistió Emily—. ¿Dónde te ves en unos años?

—No lo sé, ¿aquí?

—Sí, pero me refiero a qué es lo que quieres hacer con tu vida profesional.

—No lo sé —repitió.

Emily se armó de paciencia y trató de buscar un nuevo enfoque.

—¿Te ves capaz de entender lo que Erik y Min hacen?

—No mucho.

—Bien, no pasa nada. Es comprensible. Yo tengo un título en otra rama de la ingeniería y creo que también me costaría seguirles el ritmo. ¿Qué hacías en la Tierra cuando no estabas jugando a videojuegos?

—No lo sé, ¿dormir?

—¿No querías ser nada de pequeño? Yo, por ejemplo, quería ser astronauta, como mi padre.

El joven meditó un poco su respuesta. Y de repente, algo se iluminó en su cara.

—Cuando era pequeño solía pasar mucho tiempo con el jardinero de la familia, haciendo agujeros en la tierra para plantar flores y plantas —dijo—. Aunque mi padre nunca me dejaba jugar con él, solía decirme que ese no era un trabajo para alguien como yo.

—Qué interesante —sonrió Emily—. Pues quizá tenga una solución para que puedas hacer algo que te guste.

—Ah, ¿sí? —preguntó extrañado.

—Mañana empezarás a trabajar con Kostas —anunció Emily.

—¿Quién es Kostas?

—Es el biólogo botánico de la colonia —le explicó—. Allí podrás trabajar con plantas, si es lo que prefieres.

—Vale. —Se encogió de hombros sin mostrar demasiado entusiasmo.

Emily decidió afrontar el plato fuerte al despedirse de Martin. Llamó a James Coogan, pero este no contestó.

—Ada, ¿dónde está James? —preguntó.

—En el otro edificio, en el gimnasio —respondió.

Emily volvió a colocarse su exotraje para salir de allí, pero un piloto rojo se encendió en su casco. Algo no iba bien.

—Detecto que el sistema de filtrado de aire que diseñaron los ingenieros del director Patel no está funcionando de manera correcta —informó Ada—. Quizá necesite algún ajuste.

—Pero sigue teniendo el depósito de oxígeno, ¿verdad?

—Sí, pero es algo más pequeño de lo normal, no dura ni doce horas.

—Entiendo —dijo quitándose el casco—. Le diré a Erik que le eche un vistazo.

Se dirigió de nuevo al laboratorio de robótica, donde Min y el propio Erik continuaban trabajando en un prototipo. Ambos la miraron al cruzar la puerta.

—Perdonad que os moleste —dijo—, pero mi traje me alerta de que el filtro de aire no funciona bien. ¿Podríais echarle un ojo?

—Claro —se adelantó Erik—. Aunque yo no estuve en ese proyecto, quizá sea necesario llevarlo a la Asimov. ¿Dónde está el traje?

—En el pasillo de carga —dijo Emily señalando hacía atrás.

Erik se quedó pensativo.

—Necesitarás otro mientras te lo revisamos. Coge uno de los de repuesto del almacén, creo que hay uno de tu talla.

—Sí, no te preocupes por eso, yo me encargo de buscar uno y de pedir al director Patel que nos envíen otro de repuesto si es necesario.

Emily y Erik salieron del laboratorio. El ingeniero se fue directo a recoger el traje de Emily al pasillo de carga mientras ella entraba en el almacén, donde había un par de trajes listos para utilizar, de dos tamaños diferentes. Estaba revisando el más pequeño cuando escuchó una voz familiar.

—Hola, Emily —la saludó Marko—. ¿Qué ocurre?, ¿necesitas algo?

—Hola —respondió alterada.

—Perdona, te he asustado.

—Sí, un poco, la verdad. Pensaba que no había nadie aquí —dijo.

—Estoy buscando un aparato que está listado en el inventario, pero no aparece —explicó él rascándose la cabeza—. ¿Tienes algún problema con tu traje?

—Así es. El director Patel me dio un prototipo que no necesitaba depósito de oxígeno, pero parece que se ha estropeado.

—Entiendo. —Marko se acercó a los exotrajes—. Creo que este es de tu talla —la miró mientras estimaba el tamaño del traje.

Emily pudo oler su perfume mientras pasaba por delante de ella. Eso, de alguna manera, la puso aún más nerviosa.

—Intentaré meterme dentro —bromeó mientras intentaba encenderlo sin éxito.

Pulsó el botón varias veces hasta que Marko, divertido con la torpeza de Emily, la sacó de su error:

—Estas tomas no permiten encender los trajes mientras estén conectados a la corriente. —Pasó el brazo por detrás del traje—. Hay que desconectarlos de forma manual antes de poder entrar en ellos.

En cuanto desconectó los bornes de carga, Emily pudo encender el traje, que se abrió de par en par para que pudiera entrar en él.

—Gracias, Marko.

—De nada, pero esto tiene un precio.

—¿Un precio?

—Sí —dijo él con una amplia sonrisa en la boca—. Ahora tendremos que tomarnos dos cafés en lugar de uno.

—Sí… por supuesto —aceptó ella mientras el traje se cerraba sobre su cuerpo.

Ambos se movieron para recoger el casco, pero sus brazos chocaron y sus caras se quedaron a escasos centímetros la una de la otra.

—Perdona —dijo Marko—. Iba… a acercarte tu casco.

—Sí… gracias, casco… digo, Marko —respondió ella con torpeza—. Yo… esto… creo que me tengo que ir.

Y, colocándoselo, salió del almacén lo más rápido que pudo.

«Serás idiota. ¿A qué estás jugando?», se preguntó mientras su corazón recuperaba el ritmo habitual.

Salió del edificio para afrontar lo que en realidad no quería hacer: tener una conversación de adultos con James Coogan. Allí fuera estaba Kostas, que lanzaba algo lejos. Lemy, el pequeño animal, salió corriendo detrás. Lo recogió con sus pequeñas manitas y regresó junto a Kostas saltito a saltito.

—Mira, Emily —le dijo al verla—. Este pequeñín me devuelve lo que le tiro.

Volvió a repetir la operación y el pequeño Lemy salió dando botes detrás de la piedrecita que le acababa de lanzar. Sin embargo, y para sorpresa de Kostas, esa vez Lemy no le devolvió la piedra a él, si no que se la colocó dentro de la boca y escaló por el traje de Emily hasta colocarse en su antebrazo. Ella abrió la mano y el pequeño depositó la piedra haciendo gestos de alegría con sus graciosos bracitos.

—Pero, será… —Kostas puso los brazos en jarra e intentó aparentar una falsa indignación—. Qué animal más traicionero. Conque esas tenemos ¿eh, pequeño Judas? Luego no te quejes si no hay agua en tu cuenco.

Emily se rio con ganas.

—Muy bien, Lemy —le regaló un par de carantoñas—. Que sepa todo el mundo quién manda aquí.

Después, a Emily no le quedó más remedio que volver a la realidad y se dirigió directa al gimnasio, donde esperaba encontrar al infame James Coogan. Pasó por delante de Evelyn, que negó con la cabeza para manifestar su hastío. Lo encontró subido a una máquina de correr y escuchando música a todo volumen.

—Señor Coogan —llamó Emily. Pero él seguía a lo suyo, con la música a tope—. ¡James! —gritó sin obtener una respuesta—. Ada, quita la música y detén la cinta de correr.

Ada obedeció y de inmediato un lamento salió de la garganta del hombre.

—¡Eh! ¡Que había cogido un buen ritmo! —se quejó.

—Me da igual el ritmo que tuvieras —le dijo Emily enfadada—. Esto no es un crucero de placer, James. Aquí hay obligaciones, todos tenemos que trabajar para sacar…

—Bueno, no me rayes, bomboncito —le dijo mientras se secaba el sudor.

Emily tuvo que hacer un esfuerzo titánico para contenerse.

—Voy a obviar tus tonterías —siguió, de repente muy calmada—. Y a pesar de que tengo la potestad de ordenar que te lleven detenido una temporada a la estación espacial…

—¿Qué? —exclamó él, escandalizado— ¿Me estás amenazando? ¡Eso sería ilegal! ¡Tengo derechos!

Emily detuvo su intervención y le hizo un gesto para que se callara.

—James —continuó—, aquí estás solo, ninguno de tus seguidores de la Tierra va a aplaudir tus payasadas. ¿Crees que a alguien de los que estamos aquí nos importaría que te llevaran a una celda de la estación? ¿Crees que no puedo hacerlo? Te recomiendo que pienses en lo solo que estás y si de verdad te conviene estarlo cuando nos ataquen los Yokai, o los Khol… Es muy probable que prefieras estar en una celda el resto de tu vida.

James guardó silencio un instante pero enseguida recuperó su actitud chulesca.

—Me da igual vuestra compañía, me dan igual esos Yokai y los Khol o como se llamen, sean lo que sean.

—¿A qué demonios has venido a este planeta? —le preguntó Emily.

No obtuvo respuesta.

—Yo te lo diré —dijo—. Tienes miedo. Tienes miedo de morir, tienes miedo de estar solo, tienes miedo de ti mismo. Pero tranquilo —añadió—, te lo dije la otra vez. No pienso tirar la toalla contigo, acabarás dándote cuenta de lo inútil de tu comportamiento, te lo garantizo.

James pareció no estar escuchando nada de lo que Emily decía.

—Por el momento, y dado que te comportas como los adolescentes que te idolatraban en la Tierra, te trataremos como tal. Ada —dijo Emily—, revoca el acceso de James al gimnasio hasta nueva orden.

—¿¡Qué!? ¿Estás loca?

—No, no lo estoy, solo actúo para darte la educación que necesitas. Si quieres volver a disponer de tus privilegios tendrás que hacer dos cosas: cumplir con tus obligaciones, como hace todo el mundo en esta base, y pedir disculpas a tus compañeras por las barbaridades que has hecho y dicho.

—¡Ja! —se quejó—. Lo lleváis claro si creéis que James Coogan se va a disculpar.

—Lo harás —insistió Emily con una seguridad inesperada en su mirada.

En ese momento, Ada la interrumpió de nuevo.

—Emily, se aproximan tres figuras —dijo—. Una de ellas es Yisht, y las otras dos parecen, por sus vestimentas, soldados khaavahki.

Emily dio un respingo.

—¿Soldados? —preguntó en alto.

—Sí, eso me temo.

—¿Qué habrá pasado? —murmuró preocupada mientras se dirigía a la salida.

Se aproximó a los tres visitantes y esperó a que ellos hicieran la última parte del trayecto. Tal y como había dicho Ada, Yisht llegaba escoltada por dos intimidantes keplerianos vestidos con ropajes pesados y armados con dos enormes alabardas. En su pecho lucían el blasón del ejército kepleriano, una torre de piedra con dos espadas cruzadas.

—¿Es usted Emily Rhodes? —preguntó uno de los desconocidos.

—Sí, ¿qué ocurre? —preguntó.

Con un felino gesto de su mano que sorprendió hasta a la propia Emily, el soldado extrajo una carta de su cota de cuero. Luego se la entregó a ella, que pudo leerla tras romper el sello de lacre con el emblema de los khaavahki.

Cordiales saludos:

Por medio de la presente, yo, Vaahur, líder del pueblo Khaavahki, la convoco al cónclave que tendrá lugar en el templo de Khormak, en el corazón del poblado Gaal-El. El cónclave se realizará según dictan nuestras ancestrales tradiciones y tendrá como único propósito deliberar sobre el destino de la proclamada «mujer de metal», del pueblo de los humanos.

El cónclave tendrá lugar el 2 de febrero. Les ruego confirmen su asistencia al emisario portador de esta invitación.

VAAHUR, LÍDER DEL PUEBLO KHAAVAHKI

—¿Qué significa esto? —preguntó Emily, desconcertada—. ¿Puede cualquiera de los líderes convocar un cónclave?

—Sí —confirmó Yisht, mucho más callada de lo habitual.

—Pero esto es mañana —observó Emily.

—Vaahur ha convocado de urgencia un nuevo cónclave.

—¿En el mismo lugar que el anterior?

—Así es.

—¿Confirma su asistencia? —preguntó el soldado que le había entregado el mensaje.

—Aquí no especifica que pueda llevar un compañero.

—¿Confirma su asistencia? —volvió a preguntar el soldado, que parecía más un autómata que un soldado.

—Sí —dijo Emily—. Confirmo mi asistencia.

Los soldados se dieron la vuelta y emprendieron el regreso. Yisht hizo lo mismo, con la cabeza gacha, sin siquiera mirarla a la cara. Aunque, cuando ya se alejaban se giró un instante y sus miradas se cruzaron. Parecía asustada.

20

De nuevo en marcha

1 de febrero del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

Alguien intentaba comunicarse con ella en susurros.

—¿Emily?

—¡Yisht! —exclamó—. Me tenías preocupada, ¿qué tal estás?

—Bien, bien —dijo—. No sé cuánto tiempo tendré. Ayer quise hablar contigo, pero me tenían muy controlada.

—¿Qué está pasando, Yisht? —preguntó Emily.

—Lo cierto es que no lo sé —reconoció—. El ambiente aquí está muy enrarecido. Khikhya está teniendo comportamientos impropios de ella. Se pasa el día gritando a todo el mundo, hasta por el más nimio detalle. Ayer se presentó aquí una guarnición de soldados khaavahki y le entregaron el mismo mensaje que a ti. Luego me obligaron a acompañar a esos dos soldados para entregarte la invitación, pero no me atreví a decirte nada.

—Tranquila, lo importante es que estés bien. Debías de estar muy asustada.

—Sí —confirmó en un susurro—. No pude ni saludarte como es debido, y me imagino que tendrías muchas preguntas.

—La verdad es que sí —respondió ella—. Ni siquiera sé si es normal que otro de los líderes convoque de nuevo el cónclave.

—Es posible —aclaró Yisht—. Y aunque yo también lo vi extraño, parece que Waafdiv lo había comentado con todos los líderes en el anterior cónclave.

—¿Has vuelto a saber algo del misterioso militar que se reunía con ella? —quiso saber Emily.

—No, al menos no desde hace un par de días —dijo Yisht—. Pero hay algo que me resulta aún más extraño en todo esto. ¿Por qué iba un alto oficial del ejército a permanecer unos días en Wiikhaadiiz ofiz para luego desaparecer antes de que llegue la guarnición?

—¿Crees que Khikhya y Vaahur están compinchados?

—No lo sé, aunque con la vehemencia con la que habla siempre Khikhya sobre él, me costaría creerlo —dijo Yisht—. Pero, tras ver su forma tan extraña de actuar de los últimos días, ya no sé qué creer.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Emily.

—En realidad, muy poco últimamente —dijo—. Pero he tenido que cumplir sus órdenes, por extrañas que me parecieran.

—¿Cómo qué? —preguntó Emily.

—Hace un par de semanas nos ordenó adecuar con todos los lujos una de las habitaciones de su residencia —explicó Yisht—. Y también obligó a un par de mozos a buscar unas extrañas flores para decorar la estancia. Pero resulta que esas flores no se dan en Wiikhaadiiz ofiz, así que tuvieron que viajar a las montañas a por ellas.

—¿Mandó a alguien a la montaña solo para buscar flores? —preguntó Emily, sorprendida.

—Sí, unas que se dan solo a cierta altura —añadió la kepleriana—. Los pobres tuvieron que ir hasta más allá de la cabaña de Haagar para conseguirlas. Volvieron exhaustos.

—Qué raro —dijo Emily—. ¿Y quién ocupó esa habitación?

—Esa es otra de las cosas extrañas. Cuando llegaron los visitantes, nos dio órdenes de no acercarnos allí bajo ningún concepto.

—¿Crees que fue nuestro misterioso soldado el que se alojó allí?

—Diría que sí —afirmó Yisht—. Al menos es lo que se rumorea entre los sirvientes. El resto de la comitiva se acomodaron en otro lugar, fuera de la residencia de Khikhya.

—Parece que se ha tomado muy en serio lo de agasajar a su invitado —dijo Emily—. ¿Alguna vez había recibido a alguien de esa manera?

—No, o al menos no desde que estoy yo aquí —le aseguró Yisht—. A los líderes se les suele acondicionar un edificio cercano para que estén con su propia seguridad y tengan las comodidades que necesiten. Que yo sepa, siempre se ha actuado así pero, por desgracia, no llegué a conocer a mi predecesora, así que desconozco si antes se obraba de forma diferente.

—Qué extraño —repitió Emily.

—Sí —reafirmó—. He estado estos últimos días hablando mucho con el servicio. Y me cuentan que no es la primera vez que Khikhya tiene este tipo de comportamientos raros.

—¿No?

—Parece ser que hace muchos años, tras una época con constantes gritos y visitas misteriosas, cayó muy enferma y estuvo cuatro años sin ejercer sus responsabilidades.

—Vaya, tenía entendido que los keplerianos no enfermabais.

—Y así es —dijo Yisht—. Pero lo más curioso es que nadie la vio durante esos cuatro años. Ningún curandero vino a visitarla, nadie le preparó comida. Fue como si no estuviera aquí.

—Esto me está empezando a sonar muy mal, Yisht.

—Sí, lo sé. A mí también me da la impresión de que aquí ocurre algo muy grave —dijo preocupada—. Sobre todo, por la manera en la que otra sirviente recriminó a la que me lo contó. Parecía asustada, como si pudiera pasarles algo por chismorrear.

—¿Por qué me cuentas todo esto a mí, Yisht? —preguntó Emily.

—Porque no sé en quién puedo confiar —confesó la kepleriana—, desde hace un par de días, algunos keplerianos me miran de forma extraña. Pero también porque temo que ese cónclave resulte ser una trampa de los Khaavahki —añadió—. Emily, creo que corres peligro. Toma precauciones.

—Descuida. Tendré cuidado.

—Yo voy a intentar averiguar qué está pasando aquí.

—Ten mucho cuidado tú también, Yisht —advirtió—. Parece que te estás acercando a algo

que alguien se está tomando muchas molestias en mantener oculto.

Emily estaba sentada en silencio en la silla del despacho del subdirector. No podía dejar de mover la pierna. Tenía que tomar una decisión lo antes posible.

—Creo que no deberías de asistir —afirmó el subdirector.

—Me ha quedado clara tu postura —respondió ella—. Pero yo siento que tengo que ir.

—Al menos, deja que el comandante prepare un pequeño contingente para acompañarte.

—No. Si ocurre algo, morirían keplerianos, y puede que humanos también. No quiero ser la causante de que entremos en guerra con ellos.

—Entonces, la solución es no ir —insistió Green.

—Pero creo que es nuestra obligación asistir —le rebatió de nuevo—. Ni siquiera sabemos si las sospechas tienen algo de fundamento. No quiero arriesgar todo lo que hemos avanzado mediante la diplomacia solo por una ligera sospecha.

—De acuerdo, supongamos que asistes al cónclave y que este resulta ser una trampa —dijo el subdirector—. Te apresan o, peor todavía, te pasa algo. ¿Qué se supone que deberíamos hacer?

—Nada.

—¿Nada? —repitió incrédulo—. Uno de nuestros activos más importantes es capturado, ¿y pretendes que no hagamos nada?

—Eso es —dijo Emily—. No quiero ser la desencadenante de ningún tipo de represalia o acto violento. No en mi nombre.

—Emily, ¿eres consciente de que puede que te estés metiendo en la mismísima boca del lobo? —preguntó alarmado.

—Sí, David, lo sé.

—Sabes que siempre te he apoyado —continuó su mentor—. Y créeme, he notado cómo has madurado desde que salimos de la crioestasis por culpa de aquel agujero negro. Pero no acabo de entenderte.

—He tomado ya la decisión, y estoy convencida al cien por cien, David —afirmó ella con seguridad—. No quiero provocar una masacre en mi nombre. Y tampoco quiero rehuir mi responsabilidad.

—Pero se trata de una responsabilidad que te ha sido impuesta por el líder borracho de un culto religioso venido a menos.

—Tú no lo entiendes, David —dijo ella—. De alguna manera que no se explicar, siento que su fe es verdadera.

—No creerás en las viejas leyendas de una especie alienígena subdesarrollada, ¿verdad? —preguntó él.

—No, no soy tan inocente. Pero sé que confían en mí para tener una oportunidad de escapar de la esclavitud. Los keplerianos llevan milenios soportando una losa que no les deja avanzar como sociedad ni como especie. Nos necesitan para poder vencer a los Khol, y creen que yo soy la llave para conseguir el apoyo de los humanos.

—Puede que se estén aprovechando de ti para luchar sus batallas internas y ajustar las cuentas que tienen pendientes entre las diferentes tribus.

—No lo niego —reconoció Emily—. Pero tampoco puedo pasar por alto que, si queremos permanecer en este planeta, tarde o temprano tendremos que enfrentarnos a los Khol. Y para poder hacerlo sin nuestro arsenal, vamos a necesitar todo el apoyo posible. Además del conocimiento que los keplerianos tienen sobre ellos. Creo que un activo, por importante que este sea, es un buen intercambio si conseguimos avanzar en ese sentido.

—Puede que tengas razón, pero no me gusta que seas tú la sacrificada —dijo David.

—Así es como han ocurrido las cosas. Pero nos jugamos mucho. Debemos tener en cuenta que los Khol, casi con total seguridad, no serán tan indulgentes con una raza capaz de viajar por las estrellas. Está en juego la supervivencia humana. Creo que es necesario correr riesgos si con ello conseguimos una oportunidad de sobrevivir, por pequeña que esta sea.

El subdirector pensó un buen rato en lo que acababan de discutir.

—De acuerdo —dijo por fin—. Espero que sepas lo que haces. De lo contrario, no me lo perdonaría jamás.

—No es una decisión que debas tomar tú, David. Solo me corresponde a mí hacerlo.

De nuevo, guardó silencio.

—Tu padre estaría muy orgulloso de la mujer que tengo delante. Él sabía que algún día te convertirías en una gran líder. Pero la verdad es que no pensé que ocurriría tan pronto —dijo con orgullo.

—Él habría tomado la misma decisión que yo —dijo convencida.

—Lo sé, Emily. A veces me preocupa lo mucho que te pareces a él.

Comenzó de inmediato a realizar los preparativos de su nueva partida. Esta vez iría ella sola, sin nadie que la acompañara. No quería que nadie más arriesgara su vida por una decisión que ella había tomado.

—Gorka, ¿podrías revisar que el rover se encuentra en perfecto estado? —le pidió.

—Sí, claro, Emily —le dijo—. ¿Te vas de excursión?

—Sí, algo así.

—¿Hay algún problema? —preguntó al verla preocupada.

—No, tranquilo —respondió ella con una sonrisa forzada.

—Sabes que puedes contar con todos nosotros, ¿verdad? —le dijo Gorka.

—Sí, lo sé. Gracias, te lo agradezco de veras.

—Bien, revisaré el rover.

Emily pretendía seguir la misma agenda que para el cónclave anterior: salir de la base por la tarde y llegar allí antes de que anocheciera. Supuso que Liikmi estaría esperándola abajo, en el poblado Gaal-El para que pasara la noche allí. Después de comer, se dio una ducha y se preparó para comenzar su aventura en solitario, quién sabía si por última vez.

Pero, cuando salió parar cargar el vehículo con los suministros necesarios para tres o cuatro

días, se sorprendió al comprobar que alguien ya lo había hecho por ella. Y no solo eso, sino que había suministros suficientes para varias semanas. Extrañada, se bajó del vehículo y se encontró con tres de sus compañeros.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Emily.

—Eso mismo nos preguntábamos nosotros —dijo Paula.

—Así que hemos decidido hablar con Rakesh —añadió Gorka.

—Y yo les he contado lo que sabía —dijo el aludido.

—Así que hemos decidido que, esta vez, te acompañaremos los tres —finalizó Paula la encerrona.

—Volved a la base —les pidió Emily—. He tomado la decisión de ir yo sola, esta vez me temo que es demasiado peligroso.

—Con todo el respeto del mundo, Emily —empezó Gorka—. No vamos a cambiar de opinión.

—Vamos contigo —afirmó Rakesh—, te guste o no.

—Pero yo he tomado la decisión de ir sola —se quejó ella—. Vosotros no podéis…

—No podemos, ¿qué? —preguntó Paula—. ¿Tomar nuestras propias decisiones, como haces tú?

—No queremos dejarte sola, Emily —dijo Rakesh.

—Pero puede que sea muy peligroso —esgrimió ella.

—Sí, todo eso ya lo hemos hablado —dijo Paula—. Y los tres estamos dispuestos a correr el riesgo.

—Pero no lo entendéis…

—Sí, Emily, entendemos a la perfección los riesgos que corremos —la cortó Rakesh—. No eres la única que puede hablar con Yisht.

Emily tomó aire y los miró uno por uno. Vio determinación en ellos y, aunque estaba preocupada por lo que pudiera pasar en el cónclave, en cierta manera se sintió aliviada de tener a sus amigos a su lado, aunque eso no supusiera una gran diferencia si vinieran mal dadas.

—Está bien —dijo—. Supongo que no puedo obligaros a quedaros aquí.

—No, no tienes ninguna posibilidad —sonrió Paula.

Y así, los cuatro comenzaron de nuevo el viaje hacia el poblado Gaal-El, donde al día siguiente se iba a celebrar el segundo cónclave. Esta vez, Emily dejó que Gorka ocupara el puesto de conducción, ya que insistía en probar la potencia del rover. Así que Ada le cedió el control total para que los llevara hasta su destino.

Una de las preocupaciones de Emily era cruzar el control militar que los Khaavahki tenían a medio camino. La última vez se les especificó un máximo de dos personas. Esta vez eran el doble y quién sabe cómo se lo tomarían los soldados. El viaje transcurrió más o menos en silencio. Emily tenía bastantes cosas en las que pensar y no tenía demasiadas ganas de conversar. Pero respondió a las dudas que le iban planteando sobre el cónclave o la situación política de los keplerianos en general.

—Aminora la marcha —le dijo de repente Emily a Gorka—. Nos estamos acercando al

control.

Gorka hizo lo que pidió y disminuyó de forma notable la velocidad. Sin embargo, no parecía haber demasiada actividad en la zona.

—Qué extraño —dijo Emily—. No parece que haya nadie en la garita.

—Tampoco veo a nadie en el cuartel —dijo Rakesh, husmeando desde la fila de asientos trasera.

—¿Qué hago? ¿Seguimos? —preguntó.

—Sí —dijo Emily—. Aunque me resulta muy raro que no haya nadie controlando esto.

—Quizá hayan tenido que salir de la zona —propuso Paula encogiéndose de hombros.

«O quizá nos han abierto las puertas de la madriguera del lobo para que nosotros mismos nos metamos en sus fauces», pensó Emily.

No tardaron demasiado en llegar al poblado donde, como de costumbre, les esperaba el siempre atento Liikmi, que recibió a Emily y a sus compañeros con una profunda reverencia:

—Les he preparado las dos habitaciones de siempre —dijo el kepleriano mientras los acompañaba a la antigua posada en la que ya habían pasado otras noches.

—Perfecto, Liikmi —dijo Emily—. Muchas gracias.

—No se merecen —respondió él con amabilidad y un gesto con la cabeza—. ¿Puedo hacer algo más por ustedes?

—De hecho, sí —dijo Emily—. Me gustaría hacerte algunas preguntas, si pudieras respondernos.

—Claro, lo que ustedes deseen.

—¿Ha habido algún tipo de actividad inusual en la zona?

—¿Actividad inusual? —preguntó Liikmi sin entender.

—Sí, algo fuera de lo normal —insistió Emily—. Que haya de repente muchos keplerianos de paso en el poblado, o alguien que aparece en el monasterio de imprevisto. Algo fuera de lo habitual en un día normal.

Liikmi se quedó pensativo unos instantes, pero interrumpió su silencio con un escueto monosílabo.

—No.

—Y, ¿es normal que hoy no hayamos encontrado a nadie en el control militar que hay de camino aquí? —continuó Emily.

Con aquella pregunta sí que notaron como a Liikmi se le abrían los ojos de par en par.

—¿No había nadie en el puesto?

—No, ni un alma —dijo Gorka.

—Eso sí que es extraño —reflexionó el cultista—. Recuerdo épocas en las que la dotación ha sido más pequeña, o más grande, pero siempre ha habido alguien. Qué extraño. La verdad es que no entiendo muy bien las motivaciones de los soldados. Quizá hayan tenido que salir de la zona —añadió al final mientras se encogía de hombros.

—Eso mismo he dicho yo —puntualizó Paula.

—¿Necesitan saber algo más?

—No, Liikmi —dijo Emily—. Bueno, en realidad, sí. Entiendo que el cónclave se realizará a la misma hora y en las mismas condiciones que el anterior, ¿verdad?

—Sí, así es. Mañana subiré con ustedes al monasterio, ya que de nuevo me ha correspondido el honor de ejercer de ujier de la elegida.

Liikmi realizó una reverencia tan marcada que hizo que Emily lo instara a levantarse. Mientras, Paula y Gorka asistían divertidos a la devoción del kepleriano.

—Parece muy simpático —dijo Paula cuando Liikmi abandonó la antigua posada.

—Lo es —dijo Rakesh.

—Pero me temo que es demasiado correcto en las formas. No creo que me lo lleve de cervezas un día de estos —bromeó Gorka.

—Bien, ¿y qué hacemos hasta mañana? —preguntó Paula.

—Esperar —suspiró Rakesh.

—Esperar y observar —matizó Emily.

—¿Sigues dándole vueltas a la ausencia de militares en el puesto? —preguntó Paula—. ¿Te preocupa que nos hayan dejado pasar así, sin más?

—Sí —admitió.

—¿De verdad crees que se arriesgarían a provocar una guerra contra los humanos solo porque se te ha propuesto como candidata a liderar al pueblo kepleriano? —preguntó Rakesh.

—Desde luego —dijo Emily—. La historia humana está llena de acontecimientos en los que una facción se levanta contra el resto.

—Por supuesto —dijo Rakesh—. Pero en ninguno de esos casos el agresor se enfrentaba a una civilización mucho más avanzada. Si la historia humana nos ha enseñado algo, es que la civilización más avanzada siempre ha aniquilado a la más débil. No están en una posición adecuada para realizar ninguna acción en contra tuya. Por lo menos, no sin una razón de peso que los respalde.

—¿Una razón de peso? —preguntó Paula.

—Sí, algo que incluso los humanos no pudiéramos negar —se explicó Rakesh—. Algo que haga que la civilización avanzada se quede sin argumentos lógicos para contraatacar.

—¿Algo cómo qué?

—A principios del siglo XX, en lo que todavía se denominaba como los antiguos Estados Unidos, había un mafioso llamado Al Capone. Como cualquier mafioso que se precie, hacía muchas cosas ilegales que estaban penadas y perseguidas por la ley. Sin embargo, la policía no conseguía atraparle. Y cuando lo hacían, no lograban reunir suficientes pruebas para demostrar todas las fechorías que llevaba a cabo. Hasta que un agente federal llamado Eliot Ness decidió investigar los pagos de impuestos de toda su fortuna conseguida de forma ilícita.

»Tras muchísimo trabajo de campo. Eliot Ness y su equipo consiguieron que Al Capone fuera arrestado y condenado a once años de cárcel por evasión de impuestos. No pudieron demostrar ni uno solo de sus negocios ilícitos, pero le condenaron por lo que debería de haber pagado si estos hubieran sido legales.

—No sé si he entendido bien la moraleja de esa historia —se quejó Gorka.

—Lo que quiere decir Rakesh —dijo Emily mientras observaba a través de la ventana de la posada—. Es que mientras no cometamos ninguna ilegalidad demostrable por sus leyes, las voces contrarias a los humanos no podrán intervenir de forma directa.

El último adiós

Fecha desconocida

Lugar desconocido, Kepler-442b

Un carro tirado por un único *fhore* se acercaba a la linde del poblado. Era mediodía y, aunque el tiempo era bastante apacible para esa época del año, Shyiich llevaba puesta la ropa de abrigo. Había estado muy débil y no quería arriesgar la recuperación de la herida de su pierna. Cuando despertó dos semanas atrás ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta Khaavahki. Fueron momentos de mucha confusión, solo sabía que el curandero había hurgado en la herida sangrante, pero volvió a desmayarse después a causa del dolor y no volvió a despertar hasta dos días más tarde.

Por más que los responsables médicos quisieran evitar su muerte, él ya sentía que estaba muerto. No tenía nadie ni nada por lo que seguir vivo, se sentía muerto en vida. Aquel extranjero le había arrebatado todo lo que tenía. Y por más que intentara quitárselo de la cabeza, esos pequeños ojos lo miraban en sus pesadillas desde dentro de aquella extraña armadura. No había habido ni una sola noche desde aquel día en la que no se despertara de madrugada, asustado y empapado en sudor. Los ecos de los gritos desesperados de su mujer y su hijo resonaban una y otra vez en su mente tras ser asesinados sin piedad por aquel ser despiadado.

Detuvo el carro antes de entrar en el poblado y miró su casa en la distancia, pero no se atrevió a avanzar un metro más. Contemplar de nuevo el que había sido su hogar durante los últimos años, donde tantos momentos alegres y tanta felicidad experimentó, le produjo una tremenda punzada en el pecho. No se sintió capaz de visitar el lugar donde sus seres queridos habían sido asesinados. En vez de seguir el camino de entrada al poblado, decidió girar su carreta hacia el oeste. Agitó las riendas del *fhore*, que obedeció manso.

Aquel sendero no era muy concurrido. De hecho, tan solo se había utilizado un par de veces desde que él y sus vecinos se asentaron allí. Sin embargo, había huellas recientes en el camino. Sabía que los soldados de Khaavahki habían estado allí para recuperar los cadáveres. Avanzó unos cuantos metros hasta llegar a un claro no demasiado grande. En el centro encontró una pequeña montaña de cenizas. Detuvo el carro de tal manera que la parte trasera apuntara hacia los restos calcinados de las piras funerarias que los soldados habían realizado días atrás.

Lanzó un suspiro y bajó del carro con dificultad. La herida de la pierna era todavía reciente, y los curanderos que lo habían tratado le habían colocado unos aparatosos vendajes que le impedían doblar las articulaciones con comodidad. Además, el dolor físico era todavía demasiado intenso como para ignorarlo, y cada vez que realizaba un movimiento que requiriera utilizar la zona afectada arrugaba el gesto ostensiblemente.

Llegó cojeando hasta la parte trasera del carro y comenzó a descargar los maderos. Con mucho esfuerzo, los colocó formando dos rectángulos de diferentes tamaños en el suelo. Tardó mucho más de lo esperado en vaciarlo. La herida de la pierna le dolía al hacer cualquier gesto, cuando subía y bajaba del carro, o cuando tenía que colocar las diferentes capas de maderos. Se

acordó de los ofrecimientos que el teniente del ejército que le había atendido le hizo en múltiples ocasiones, pero era algo que tenía que hacer por sí mismo, solo.

Una vez construidos los dos rectángulos, descargó la hojarasca que llevaba en la parte delantera del carro. Llenó con ella el espacio vacío que quedaba entre los maderos apilados de ambas estructuras. Ya solo le quedaba la última parte del plan. Pero, por algún motivo, su mente quiso dilatarlo durante un rato más. Era mediodía, así que se acercó a la parte delantera y descolgó el pellejo con agua fresca y el zurrón que llevaba consigo. Se acomodó apoyando la espalda en una de las ruedas del carro y dio un trago largo. Cuando sació la sed se quedó un buen rato contemplando con amargura la obra que acababa de realizar. Era algo que jamás pensó que tendría que hacer.

Abrió el zurrón y extrajo unas tiras de carne seca, un pedazo de queso y un trozo de pan grisáceo. El teniente había insistido en darle todo aquello para que pasara el día. Probó la carne, que despedazó con la zona lateral de sus dos piezas molares y comenzó a masticar con indiferencia. Estaba sabroso, pero la comida había dejado de proporcionarle placer, todo le resultaba insípido, carente de atractivo. Cortó un trozo de pan y se lo metió a la boca. Por último, cortó un trozo de aquel queso amarillento con su navaja y lo masticó con la mirada perdida. Estaba agrio.

Sin embargo, el mordisco consiguió agriar algo más que sus papilas gustativas. Ÿiiÿa, su difunta mujer, solía disfrutar del queso mucho más que él, a ella le apasionaba. Solía preparar su propio queso con leche de *tiir* y el cuajo que le daba Laankhol, el ganadero del poblado. Solo por eso solía comerlo, a pesar de que no era de su agrado. Las lágrimas que había conseguido mantener a raya comenzaron a deslizarse por sus mejillas. El queso le había recordado cómo Ÿiiÿa se esmeraba en mezclar la leche con el cuajo. La visualizó colando y drenando el suero con los paños e introduciéndolos en los moldes redondos que acabarían dando la forma final. Nunca le dijo que no le gustaba, a pesar de que se encargaba de que en su zurrón siempre hubiera un pedazo.

Lloró un buen rato en soledad, atenazado por los recuerdos y lo reciente de su pérdida. Pero tenía que seguir con su tarea y eliminar aquello de su mente. Se apoyó en los radios de la rueda para levantarse del suelo y se dirigió de nuevo a la parte trasera del carro, donde había dos bultos de diferente tamaño envueltos en tela blanca. Cogió el más pequeño, de poco más de diez kilos. Lo acurrucó en su regazo una última vez mientras las lágrimas corrían sin control. Con sumo cuidado, e ignorando por completo el dolor de la pierna, lo colocó encima de la estructura más pequeña que había construido con la madera.

Después recogió el bulto más grande. Le llevó mucho más tiempo ponerlo en su lugar. Sin embargo, no fue la pierna lo que más le dolió. Lo dejó con sumo cuidado encima de la estructura de madera y apoyó la cabeza contra él. Con lágrimas en los ojos, posó su mano en la parte superior del bulto y pronunció unas palabras entre sollozos. Después regresó al carro y recogió lo último que quedaba en él, un enorme pellejo. Abrió el tapón y vertió por encima de las dos estructuras el líquido viscoso y dorado que había en su interior.

Sacó de su zurrón una pieza metálica y una piedra de color blanco. Frotó ambas con rapidez hasta que saltaron algunas chispas. Sin embargo, el aceite que acababa de derramar no prendió. Volvió a intentarlo otras tres veces más hasta que, por fin, una de las chispas cayó en él con suficiente calor como para hacerlo arder. Dio varios pasos hacia atrás y observó cómo el fuego devoraba las dos piras funerarias en las que su mujer y su hijo serían consumidos para siempre. Tras contemplar el humo que surgía de las llamas anaranjadas durante un buen rato, se secó los

ojos con la tela de su chaleco y abandonó aquel lugar para no volver jamás.

Siguiendo la pista

2 de febrero del año 1

Lugar desconocido, Kepler-442b

Robert y Ferrara salieron del transporte aéreo montados en un rover que el capitán se había encargado de pintar de colores rojizos y marrones, como sus trajes, para poder pasar desapercibidos mientras se desplazaban entre los frondosos bosques del planeta. En cuanto tomaron tierra, el transporte volvió a elevarse para regresar a la estación. No hubo ningún tipo de comunicación entre ambos vehículos. Robert se había encargado de que ni los transportes ni el material utilizado en la misión tuvieran comunicaciones activas para evitar ser detectados por los rebeldes.

Se encontraban a unos doscientos kilómetros al norte de la base, al otro lado de las dos cordilleras que formaban el enorme cráter situado a medio camino. A unos cincuenta kilómetros al noreste del lugar donde habían realizado el aterrizaje hacía unos pocos días.

—Bien —dijo Ferrara—, ¿cuál es el plan esta vez, capitán?

—Después de que la doctora Rhodes encontrara los dispositivos mediante los cuales los rebeldes nos espiaban —explicó—, hemos podido devolverles la jugada. Y ahora son ellos los que piensan que nos tienen controlados cuando es justo lo contrario. Sabemos dónde están, pero ellos no están recibiendo nada sobre nuestra actividad y Ada les está enviando actividad falsa.

—¿Sabemos dónde están? —preguntó ella.

—Bueno, más o menos —reconoció Robert—. Por eso estamos nosotros aquí, sargento.

—¿Cómo podemos saber más o menos la posición de los rebeldes?

—En cuanto la doctora Rhodes consiguió eliminar el dispositivo que ocultaba su rastro, comenzamos a recibir señales GPS de algunos de los módulos de las instalaciones robadas. Sin embargo, por algún motivo seguimos sin recibir ningún tipo de comunicación de los rebeldes.

—¿Y cómo es eso? —quiso saber Ferrara.

—Creemos que no utilizan nuestros satélites para comunicarse entre ellos —especuló él.

—Entiendo.

—El problema es que tenemos cinco localizaciones diferentes separadas por decenas de kilómetros entre ellas —explicó—, pero también un constante y perturbador silencio de radio.

—Eso resulta extraño, ¿no? —dijo Ferrara.

—Sí, muy sospechoso, de hecho.

—¿Cree que habrán levantado más de una base? —preguntó ella.

—En realidad, no creo que ninguno de esos localizadores esté en la base de los rebeldes —respondió Robert.

—Son señuelos…

—Sí, eso pienso —afirmó—. El capitán Garth es perro viejo. Sabe que tarde o temprano intentaremos localizarlos. Esparcir pequeños cebos por una amplia zona me parece una buena idea para detectar si nos estamos acercando demasiado a la verdadera base.

—Desde luego, es un tanto sospechoso, sí —dijo ella—. ¿Por eso seguimos sin comunicaciones?

—Sí —dijo Robert—. No podemos arriesgarnos a que estén monitorizando nuestras frecuencias, por eso tenemos que hablar a pleno pulmón. Además, la última vez consiguió encontrar el señuelo que habíamos escondido en uno de los módulos que robaron. Ese señuelo utilizaba señales de alta frecuencia, y el capitán Garth nos felicitó por el intento. Acuérdese que dijo, literalmente: «De no ser por una afortunada casualidad no hubiéramos sido conscientes del transmisor que este módulo tenía oculto».

—¿Qué cree que quiso decir con eso? —preguntó Ferrara.

—Creo que cometió un error —dijo Robert—. Al revelar que fue una afortunada casualidad vino a decir que ellos no utilizan esa frecuencia para sus comunicaciones. Pero, sin embargo, la detectaron por casualidad.

—Lo cual quiere decir que utilizan otras que se ven afectadas por la que utilizaba el señuelo —dedujo la sargento Ferrara.

—Eso es —admitió Robert—. Investigué con Ada la dispersión de las ondas que había en este planeta. En la Tierra, las ondas de baja, media y alta frecuencia rebotaban en la ionosfera, haciendo que las señales pudieran ser recibidas a muchos kilómetros de distancia sin necesidad de repetidores. Sin embargo, en este planeta esa capa no parece tan densa como lo era en la Tierra, por lo que las ondas de radio en esas frecuencias solo llegan a unos pocos kilómetros alrededor del emisor.

—Lo que las hace perfectas para la comunicación de corto alcance sin peligro de ser detectados —concluyó Ferrara.

—Exacto —confirmó Robert—. Y, de alguna manera, los rebeldes encontraron el emisor porque interfería en sus comunicaciones.

—Y ahora nosotros lo sabemos.

—Aun así, debemos movernos con mucho cuidado —advirtió Robert—. Puede que nos hayan preparado alguna sorpresa desagradable.

—¿Y no tenemos ni idea de dónde puede estar la auténtica base? —preguntó Ferrara.

—En realidad, no —reconoció Robert—. Hasta que no muevan alguno de sus vehículos y necesiten utilizar el GPS, no podremos estar seguros. Y, por desgracia, deduzco que solo mueven las naves cuando deciden atacar una de nuestras bases.

—Entiendo —dijo Ferrara—. Así que solo vamos a comprobar que esos transpondedores que se han detectado no son más que un señuelo.

—Sí, por el momento me temo que así será.

—¡Vaya! —se quejó con amargura—. Y yo que pensaba que íbamos a tener algo de acción.

—Tenga cuidado con lo que desea, sargento. En este planeta hay muchos animales que podrían partirnos por la mitad.

Avanzaron y atravesaron con sumo cuidado el espeso bosque de aquella zona. Todavía era bastante temprano, y una densa niebla se colaba entre las copas de los árboles y dificultaba la

visión. Ada había memorizado y precalculado una ruta antes de comenzar la misión, así que les iba guiando a medida que se desplazaban entre la vegetación.

—¿Cómo vamos a saber si estamos cerca de alguna trampa? —preguntó Ferrara.

—Ada ha preparado este rover para detectar emisiones en todas las frecuencias posibles —dijo Robert—. Si nos encontráramos cerca de algo que emita algún tipo de señal, nos enteraríamos y seguiríamos a pie. También podemos soltar alguno de los drones que llevamos atrás.

—¿Y si lo que han hecho es colocar trampas aisladas o explosivos? —preguntó.

—Aunque se llevaron parte de nuestro material militar —explicó Robert—, esperemos que el capitán haya valorado mucho mantener intacto el exiguo arsenal del que dispone y no desperdiciarlo colocando trampas tradicionales que podrían ser activadas por algún animal salvaje.

Aunque se cruzaron con algunos animales aislados, no tuvieron ningún encuentro digno de mención. Llegaron a una zona que estaba ya lo bastante cerca de la primera de las señales como para plantearse ir a pie. Dejaron el rover en un lugar bastante recogido, lejos de cualquier mirada indiscreta, y bajaron del vehículo. Robert abrió la parte trasera y se colocó una especie de mochila en la zona delantera del torso. Ambos recogieron sus fusiles y algo de munición extra.

—Bien —dijo él cuando estuvieron preparados—, la señal proviene del noreste. Intentemos no resbalar para que Ada pueda guiarnos con precisión sin ayuda del GPS.

—Entendido, señor.

—Nos moveremos en silencio —añadió él—. Al menos por ahora. Vigile donde pisa.

Ferrara dibujó un OK con los dedos. Iniciaron la marcha siguiendo el camino que les marcaba Ada en sus visores. Intentaron caminar con cuidado y hacer el mínimo ruido posible. Querían evitar tropezar con algo. Cuando llevaban unos cuantos metros recorridos, Robert hizo una señal con el puño cerrado y ambos se detuvieron en seco. Abrió la mochila que llevaba en la parte delantera y extrajo tres de los pequeños drones de exploración que llevaba. Los conectó a su traje mediante un pequeño cable y los manipuló para que trazaran y escanearan lo que él quería. Cuando acabó con el tercero, los soltó para que salieran en diferentes direcciones.

—Esperaremos aquí —susurró.

En poco menos de diez minutos aparecieron de nuevo los drones, uno detrás de otro. Robert realizó de nuevo la misma operativa, los recogió y los conectó al terminal de su traje, que le mostró en pantalla los resultados de sus pequeñas excursiones.

—No hay nada alrededor del punto indicado —dijo el capitán—. Ni emisores de radio, ni sensores de movimiento, ni estructuras humanas. No creo que merezca la pena acercarse, podría haber algún tipo de trampa mecánica y solo vamos a encontrar un localizador GPS oculto entre la maleza.

—Bien, pues vayamos al siguiente punto —dijo Ferrara—. ¿A cuánta distancia se encuentra?

—A algo más de veinte kilómetros hacia el este— respondió Robert—. Volvamos al rover.

Tomaron la ruta que les recomendaba Ada pero, antes de que cubrieran siquiera la mitad de la distancia entre ambos localizadores, Robert detuvo de nuevo el vehículo.

—Ahí delante hay algunas estructuras —dijo señalando hacia el frente.

—¿Dónde? —preguntó Ferrara.

—A unos ciento cincuenta metros a las once y media —señaló—, diría que parecen dos cabañas de madera.

—Sí, las veo —confirmó Ferrara—. Y detrás parece que hay más, ¿las ve?

—Puede ser. Bajemos del vehículo. Nos acercaremos a pie. Prepárese para cualquier eventualidad.

Ambos repitieron la liturgia de la anterior parada pero, esta vez, Robert lanzó los drones desde el propio rover.

—Qué extraño —dijo cuando comprobó las imágenes que le devolvían.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Ferrara.

—Parece una pequeña aldea kepleriana —explicó Robert—, no tiene más de diez o doce cabañas. Pero, a pesar de que parece que los edificios están en perfecto estado y de que hay algún huerto, no se ve ningún tipo de actividad.

—Pues sí que suena extraño —coincidió Ferrara—. Será mejor que tengamos cuidado.

—Sí, no sé qué está ocurriendo aquí, pero no me huele nada bien.

—Podría ser una trampa.

—Es posible.

—Vamos a ello —dijo Ferrara con una sonrisa pícara en la cara.

Se aproximaron en total silencio y con sumo cuidado a la parte trasera de una de las primeras cabañas visibles. Caminaban con pasos pequeños y un poco ladeados para evitar realizar más ruido del necesario. Lo hicieron de forma sincronizada, cada uno vigilando uno de los flancos. Ferrara fue la primera en apoyarse en uno de los tabiques de la parte trasera de la cabaña, que rodeaba por completo un enorme tronco de árbol. En él descansaba también un pequeño tejado hecho a base de madera y hojas secas que se apoyaba en las paredes de la construcción. Toda la madera parecía bastante nueva. Robert pasó sin intercambiar ni una palabra por su lado mientras ella se asomaba por la esquina apuntando con su fusil para cubrir a su superior.

Cuando Robert llegó a la esquina delantera del edificio, Ferrara comenzó a moverse hacia adelante y se colocó justo detrás de Robert, apoyando su mano izquierda sobre su hombro derecho. Ambos cubrieron todas las zonas de la avenida que se abría delante de ellos. Al menos otras cuatro cabañas se podían ver desde donde se encontraban, al otro lado de la avenida.

—Despejado —dijo Robert.

—Despejado —repitió Ferrara.

—No parece que haya nadie a la vista —confirmó él—. Pasemos al otro lado.

Los dos se asomaron de forma coordinada para cruzar el espacio que separaban las dos cabañas que lindaban con el bosque de las cuatro que se encontraban enfrente. Cruzaron el pequeño camino que dividía el porche de las dos primeras. Allí había jardines con extrañas flores y plantas, y también un pequeño huerto con curiosas verduras que ninguno de los dos había visto jamás. Pero parecían un tanto descuidados. Giraron sobre su eje, apuntando el rifle en todas las direcciones, como si de un coordinado baile de salón se tratara.

Cuando llegaron a la separación de las cabañas del otro lado de la avenida, volvieron a separarse y continuaron en fila de a uno hasta la siguiente hilera de árboles, donde se entreveían otras cinco cabañas, colocadas en fila y apoyadas sobre otros tantos árboles.

—Aquí tampoco hay nadie —murmuró Ferrara.

—Los jardines parecen llevar un par de semanas sin atención —dijo Robert tras juzgar a simple vista el estado de algunas plantas.

—Es como si los habitantes se hubieran desvanecido.

—Sin embargo, algunas puertas permanecen abiertas —le hizo ver—. Entremos en esta de aquí.

Robert cruzó una pequeña valla de madera que separaba la avenida de la propiedad. No tardó mucho en detenerse. Algo había llamado su atención. Se agachó al llegar a un pequeño jardín con flores que había en la entrada y examinó algo.

—¿Qué ocurre, capitán? —se interesó la sargento.

—Alguien ha atacado este lugar hace varios días —dijo—. Mira, aquí alguien se ha desangrado, las flores están aplastadas y hay una gran mancha oscura en la tierra.

Ferrara dejó de cubrir la zona con la mirada mientras apuntaba con su rifle para girarse y agacharse junto a su superior, que continuaba examinando su hallazgo.

—¿Quién ha podido acabar con un pueblo entero de keplerianos? —preguntó Ferrara.

—Le daré dos oportunidades, pero seguro que acierta a la primera —dijo Robert, que sostuvo un casquillo de bala del mismo calibre que las que ellos mismos llevaban en sus fusiles.

—¡Garth! —exclamó ella.

—Le dije que acertaría a la primera.

—¡Maldito cabrón! —gritó ella—. ¿Por qué motivo haría algo así?

—Por xenofobia, porque no quiere keplerianos cerca de su base de operaciones, por diversión…

—Acabar con un poblado entero por diversión… —siseó Ferrara asqueada— Solo de pensarlo me entran ganas de vomitar.

—Revisemos el resto del lugar —ordenó Robert—. Tal vez encontremos alguna pista que nos ayude a descubrir qué ha ocurrido aquí.

Recorrieron una por una todas las cabañas de madera del pequeño poblado. En todas encontraron restos de sangre y señales de un altercado violento. Examinaron con especial atención una de las viviendas, que se encontraba en una de las esquinas de la avenida.

—Aquí alguien quedó malherido, pero con vida —dijo Robert, examinando el ligero rastro de sangre que parecía salir de la puerta de la cabaña hasta la pequeña valla que separaba el jardín de la avenida.

—¿Crees que al capitán se le escapó alguien con vida? —preguntó Ferrara.

—Eso parece. Pero me resultaría extraño, es muy meticuloso en todo lo que hace. Dejar un cabo suelto sería un error imperdonable por su parte, impropio de alguien como él.

—Igual todo esto lo provocaron sus secuaces…

—¿Y perderse la diversión? —preguntó Robert con sarcasmo—. Él siempre encabeza todas las misiones, dudo que esta vez fuera diferente.

—Entonces, solo puede ser que lo haya hecho a posta.

—Sí, eso me temo. Pero eso me lleva a repetirme una y otra vez la misma pregunta.

—¿Por qué el capitán Garth ha decidido atacar un poblado de agricultores y ganaderos y ha dejado a alguien con vida?

—Exacto.

—Tal vez quiera poner en nuestra contra al pueblo kepleriano —especuló la sargento.

—Tal vez —asintió Robert—. Pero ¿qué sacaría él de un enfrentamiento entre keplerianos y humanos?

—¿Sembrar el caos para evitar que nos fijemos en sus actividades?

Robert no contestó esta vez. Era muy extraño que el capitán Garth hubiera masacrado un poblado por completo sin razón aparente. Algo estaba ocurriendo, y su instinto le decía que esa masacre iba a jugar un papel importante en la diplomacia con los keplerianos. Entraron en la cabaña siguiendo los restos de sangre.

—Dios mío —exclamó Robert al entrar e inspeccionar la estancia principal.

—¿Qué ocurre?

—Aquí el superviviente recibió el disparo que lo hirió —señaló una mancha de sangre reseca de mayor tamaño—. Pero había otras dos personas más en este lugar, una sentada en esa mecedora y otra más en esa esquina, y a juzgar por los juguetes de madera que hay en el suelo, se trataba de un niño.

—¿Qué clase de hijo de puta asesina a un niño a sangre fría? —preguntó asqueada.

—Uno sin escrúpulos.

Robert observó los dos lugares con atención.

—Creo que ambos murieron desangrados —dijo—. Pero el que consiguió escapar, lo hizo arrastrándose por el suelo al principio. Poco después consiguió levantarse, apoyándose en la puerta y en la valla del porche —salió de nuevo al exterior—. Consiguió llegar a la puerta de la propiedad tambaleándose. Arrastraba la pierna izquierda. Después siguió por la avenida, hasta girar por aquí.

Siguieron el ya casi imperceptible rastro de sangre, que continuaba atravesando la separación de la cabaña del superviviente con la de al lado y llegaba hasta la siguiente avenida de árboles. Enfrente de la única cabaña de esa avenida había un enorme establo con capacidad para muchos animales. Sin embargo, estaba vacío, tan solo había un par de animales muertos, sin señales de violencia aparente.

—Nuestro superviviente cogió una montura de este establo y huyó —dijo Robert.

—Parece que aquí había muchas cabezas de ganado. —Ferrara señaló las numerosas huellas en el interior.

—Alguien las ha sacado todas hace no demasiado tiempo —calculó Robert observando lo aplastado que se encontraba el terreno en la salida del establo.

—¿Después del ataque?

—Sí, podría ser —respondió él—. Los restos de sangre se pierden justo en la zona con más pisadas. No sé cómo de rápida será la descomposición de los cadáveres en este planeta, pero a juzgar por el estado de esos dos animales, diría que llevan más o menos una semana muertos.

—Es decir, que alguien ha vuelto al lugar días después del ataque y se ha llevado al resto del ganado.

—Eso es —confirmó Robert—. De lo contrario, se habrían llevado también a estos dos.

—Nuestro protagonista volvió unos días después.

—Él o alguien que sabía lo que había pasado aquí —dijo Robert—. Además, no hemos encontrado ni un solo cadáver de las víctimas. Lo más seguro es que alguien haya regresado para enterrar a los fallecidos.

El segundo cónclave

2 de febrero del año 1

Poblado Gaal-El, Kepler-442b

Después de que los primeros y tímidos rayos de luz se colaran por las ventanas de la habitación de la posada, Emily y los demás se despertaron somnolientos y algo cansados. La incomodidad de los trajes y las dudas sobre lo que iba a ocurrir hicieron mella en todos ellos durante la noche. Pero el cansancio no iba a evitar que subieran por las escarpadas rampas de las montañas hasta el templo Gaal-El. Liikmi se acercó a la posada en cuanto vio que sus invitados se habían despertado.

—¿Han dormido bien? —les preguntó.

—Sí, muy bien —mintió Emily—. Gracias por preguntar.

—Bien —asintió el kepleriano con una inclinación de su cabeza—, entiendo que no necesitarán que les prepare nada para desayunar.

—No —respondió Emily—. Ya nos encargamos nosotros de ello.

—Bien, en ese caso, podemos partir cuando ustedes quieran.

—¿Estáis todos listos? —Emily se giró hacia sus compañeros.

—Sí —respondió Paula—, todos listos.

—Todo lo dispuestos que podemos estar después de dormir dentro de estas malditas latas de sardinas —se quejó Gorka, que no parecía llevar muy bien la falta de descanso.

Tanto Paula como Gorka, que nunca habían estado allí, disfrutaron mucho de la subida al templo. En cuanto llegaron a la zona con menos vegetación y superaron la altura de la mayoría de los árboles del poblado, pudieron contemplar las espectaculares vistas que les ofrecía el enorme y rojizo mar de hojas que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El viento mecía las copas de los árboles y les regalaba una estampa difícil de olvidar.

Cuando llegaron a la explanada del monasterio ninguno de los dos pudo contener su admiración por lo que los keplerianos habían construido en aquel lugar. Atravesaron la escalinata, adornada con los desgastados bustos de mármol, hasta llegar por fin a la entrada del templo. Allí, igual que en el cónclave anterior, cientos de cultistas esperaban ya, armados con sus cayados de madera y formando ordenadas filas. Todos aguardaban con atención la llegada de los invitados al cónclave.

—¡Vaya! —exclamó Paula—. Esto es impresionante.

—Pues te va a encantar lo que viene ahora —le advirtió Rakesh.

A medida que avanzaban por el pasillo que formaban los cultistas estos comenzaron a golpear con fuerza el suelo, consiguiendo el mismo efecto que experimentaron la vez anterior. Cada hilera empezaba a golpear a medida que los visitantes avanzaban hacia la puerta del templo.

Esta vez encontraron el interior del templo bien iluminado. Además de los dos pebeteros encendidos, las hendiduras por las que se prendió el fuego en el anterior cónclave continuaban ardiendo. Paula y Gorka pudieron contemplar sin ayuda de los exotrajes todos los detalles del interior en todo su esplendor.

—¡Guau! —exclamó Gorka mirando hacia todos lados—. Esto es increíble.

—Sí —afirmó Paula, incapaz de cerrar la boca de pura admiración—. Desde fuera no da la impresión de que pueda ser tan magnífico. Fíjate en los frescos del techo.

—Este lugar es una auténtica obra de arte —corroboró Rakesh.

De nuevo eran los primeros en llegar y Liikmi les instó a tomar asiento en el mismo banco que la otra vez. Emily comprobó que habían sustituido las flores en el banco anterior al suyo. Ahora ya sabía que eran en homenaje a los Wiijof jikhaashyush, la desaparecida facción kepleriana. Y en el mismo lugar que la vez anterior, en la misma postura, se encontraba Waafdiv, quieto, impasible, ajeno al pequeño alboroto que sus cultistas acababan de provocar en la quietud de aquel lugar. Emily cayó en la cuenta de que, a pesar de ser los únicos en el lugar, los báculos de los líderes de las poblaciones keplerianas seguían colocados en el mismo sitio en el que quedaron antes de acceder a la pequeña sala tras el retablo.

«No se los han llevado —pensó—. Será una manera de representar que el único deber de los líderes es dirimir lo que se haya expuesto en el cónclave».

Una por una, y en el mismo orden, fueron apareciendo las diferentes delegaciones de los keplerianos. Primero llegaron los Wiikhaadiiz ofiz. La líder, Khikhya, se apoyaba en el brazo de uno de sus consejeros, torpe sin su báculo. Tras unos minutos se abrieron paso los Khaavahki, liderados por Vaahur, que esta vez llegó solo con los dos militares de mayor rango, Lajlab y el otro kepleriano de mayor edad y graduación militar. No había ni rastro del misterioso joven que parecía haberse reunido durante los últimos días con Khikhya.

«¿Quizá Khikhya estaba confabulada de algún modo con el joven militar de los Khaavahki y Vaahur los ha descubierto?», se preguntó Emily al comprobar que la comitiva khaavahki no era la misma que la última vez.

Después, y tras el correspondiente anuncio por parte de los cultistas del exterior, llegaron los representantes del pueblo Khapabir, cuya comitiva encabezaba Khaaÿ, su anciano líder. Los cinco integrantes de la última de las facciones tardaron más de lo esperado en tomar asiento. Al igual que Khikhya, la edad pesaba ya demasiado sobre los hombros del anciano, pero a diferencia de su colega, él no aceptó la ayuda de ninguno de sus cuatro consejeros, lo que ralentizó su avance.

A pesar de que ya estaban todos sentados en sus respectivos lugares, Waafdiv permaneció todavía unos minutos inmóvil, haciendo caso omiso de los allí presentes. Al igual que la vez anterior, se levantó sin previo aviso y dirigió sus pasos hacía el retablo de madera que decoraba el frontal del templo. De nuevo, apareció con el vetusto y enorme libro que contenía todo el saber litúrgico de los Gaal-El. Con sumo cuidado, lo colocó en el altar y se dirigió a los presentes levantando los brazos:

—Hermanos y hermanas keplerianos —empezó con solemnidad—, os doy de nuevo la bienvenida y os agradezco vuestra presencia en este sagrado templo de los Gaal-El. Nuestro pueblo se encuentra sumido en la meditación y la esperanza de ver cómo sus líderes concluyen las deliberaciones que surgieron de la primera sesión del cónclave, una reunión que volvió a celebrarse después de tantos años y que retoma de nuevo nuestras más antiguas tradiciones. Hoy,

sin embargo —dijo tras una pausa—, no nos encontramos aquí reunidos para concluir lo que comenzamos hace algunos días, sino debido a una interpelación del pueblo Khaavahki. Así pues, sin más dilación, los líderes de los pueblos keplerianos libres entraremos en la sala del cónclave para deliberar sobre dicha interpelación.

Tras unos instantes de silencio, Waafdiv repitió el ritual de entrada a la cámara del cónclave.

—Yo Waafdiv —dijo, elevando sus brazos—, sumo sacerdote de los Gaal-El, invoco el ancestral y sagrado cónclave de los pueblos keplerianos. Y, por la presente, dejo aquí mi mando, a disposición del cónclave, mientras se dilucida el futuro de nuestra sociedad. Y para sellar mi compromiso con el pueblo kepleriano, ofrezco mi propia sangre como símbolo de sumisión.

Tal y como procedió la anterior vez, se realizó un corte en la mano con la daga ceremonial y derramó unas gotas de sangre en un cuenco. Uno por uno, los otros tres líderes verbalizaron la misma liturgia y derramaron su propia sangre en el mismo cuenco. Waafdiv, una vez concluida la primera parte de la ceremonia, lo recogió y vertió su contenido en la pila de piedra que había en una de las esquinas. Hecho esto, los cuatro líderes volvieron a entrar en la cámara del cónclave y, con un sonido metálico, la puerta se cerró tras de ellos.

—Ahora nos toca esperar —dijo Rakesh.

—Por el momento no parece que esté ocurriendo nada fuera de lo normal, ¿no? —preguntó Paula con optimismo.

—No —confirmó Emily, que miró inquieta a su alrededor—. Todo parece en calma.

Todos esperaban aburridos mientras en el interior de la cámara se estaría presentando algún tipo de alegación o enmienda a las propuestas de los Gaal-El. Vaahur no pareció estar demasiado de acuerdo en ceder su bastón de mando en el anterior cónclave y había decidido presentar batalla. Emily se tranquilizó un poco al comprobar que, al menos por el momento, la vía diplomática seguía siendo válida para resolver las disputas entre los diferentes pueblos.

Tanto Paula como Gorka se levantaron del banco para contemplar de cerca los múltiples grabados y tallas que se repartían por toda la estancia. Algunos de los consejeros decidieron salir al exterior a estirar las piernas y respirar aire fresco. Sin embargo, los dos militares khaavahki estaban hoy mucho más callados de lo normal, casi inmóviles. Quizá eran más conscientes que los demás de lo que se estaba tratando allí dentro. Aquello puso muy nerviosa a Emily.

De repente, y a pesar de estar separados por unos espesos muros, un creciente murmullo empezó a escucharse desde el interior de la cámara. Una calurosa discusión había comenzado en el seno del cónclave. Fuera lo que fuera lo que Vaahur había llevado hasta allí, no parecía haber gustado a los demás líderes.

El murmullo se mantuvo durante unos intensos e interminables minutos. Por fin, cuando había pasado ya casi una hora desde el comienzo del cónclave, el sonido de la llave en la puerta de la cámara anunció que algo estaba a punto de ocurrir. Los cuatro cultistas que hacían las veces de cicerone de las delegaciones se apresuraron a acercarse. Waafdiv conversó en un murmullo con ellos. Justo en ese mismo instante, algo inusual ocurrió en el traje de Emily y en el de sus compañeros. Una pequeña advertencia les apareció a todos ellos en el visor de sus cascos: «Conexión perdida».

Liikmi se acercó a Emily.

—Los líderes solicitan su presencia en el interior de la cámara —dijo.

Emily y Rakesh se levantaron del banco, pero Liikmi le hizo un gesto a Rakesh.

—Me temo que esta vez tan solo han requerido la presencia de la elegida.

—Aquí está pasando algo extraño —murmuró Paula agarrándola por el brazo—. No tenemos conexión con la Asimov ni con el rover.

Se detuvo unos instantes y pensó en la situación.

—Intenta recuperar las comunicaciones —le pidió a Paula—. No debo hacerles esperar.

Emily les hizo un gesto de tranquilidad a sus tres compañeros y se dirigió hacia la entrada de la cámara. En el interior, los cuatro líderes, sentados en sus correspondientes asientos, aguardaban con gestos serios y preocupados. Fuera lo que fuera lo que se había hablado hasta el momento, la tensión podía palparse con las yemas de los dedos. Waafdiv procedió a cerrar de nuevo la puerta; se le notaba alterado, incluso un tanto abatido.

Emily se sentó en la silla libre sin que nadie le dirigiera la palabra. Todos agachaban la cabeza, salvo Vaahur, que la miraba de forma desafiante con una mueca que pretendía ser una sonrisa triunfal.

—Bien, señorita Rhodes —empezó el líder de los Khaavahki—, tengo entendido que es así como se llaman los humanos entre sí, ¿verdad? Utilizan el nombre de su padre para ello.

—Sí, así es —confirmó Emily. El tono de la conversación no le estaba gustando.

—De acuerdo, señorita Rhodes —repitió Vaahur—. Se preguntará por qué he convocado este cónclave. Creerá que nuestro pueblo no desea a una extranjera como dueña del mando único de los keplerianos. Y lo cierto es que no está desencaminada. El pueblo Khaavahki no la desea aquí. Pero en realidad, ese no es el motivo por el que se ha convocado este cónclave.

Vaahur se levantó de su silla y, pasando por detrás de Khaaÿ, el líder del pueblo Khapabir, se aproximó hasta ella.

—¿Sabría decirme qué es esto? —preguntó, depositando unos pequeños cilindros plásticos sobre la mesa.

Emily los observó con atención, sabía muy bien lo que eran.

—Son… casquillos de bala —respondió.

—Discúlpenos, pero creo que no estamos muy familiarizado con la tecnología de los humanos —dijo él—. ¿De dónde salen estas pequeñas piezas?

—Son los restos que caen al suelo cuando se disparan nuestras armas —confirmó Emily.

Vaahur apuntó su mano hacia el resto de los líderes allí presentes, que escuchaban con atención. Pero lo hizo de una forma más vehemente cuando llegó a Waafdiv.

—¿Lo veis? —les preguntó—. Ella misma acaba de confirmar lo que yo os había adelantado. Se saben tan superiores que ni siquiera intentan ocultar su barbarie.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Emily—. ¿De dónde han salido estos casquillos?

—No es necesario que disimule, sabe de sobra que hablamos del crimen atroz que usted y su gente han cometido hace tres semanas.

—¿¡Qué!? —preguntó asustada—. ¿De qué está usted hablando?

—Lo sabe a la perfección. Hace tres semanas, usted y un grupo de humanos ataviados con esas mismas armaduras —señaló su exotraje—, masacraron una aldea de agricultores y ganaderos nómadas, acabando con diecinueve vidas keplerianas, incluyendo una hembra embarazada y su hijo pequeño.

—¿¡Qué!? —volvió a repetir sin entender—. Nosotros no hemos cometido semejante barbaridad…

—Es inútil que lo niegue, tenemos testigos que así lo corroboran —dijo Vaahur—. Y tendrán que pagar por sus crímenes.

—Pero esto no puede ser cierto —insistió ella—. Nosotros no hemos atacado jamás a los keplerianos.

—¡Miente de nuevo! —Vaahur golpeó con fuerza la mesa.

—Será mejor que nos calmemos —pidió Waafdiv—. Estoy convencido de que se trata de un error y que hay una explicación lógica para todo esto.

—¿Que explicación lógica puede haber? —gritó Vaahur fuera de sí—. Los humanos a los que tanto idolatras han masacrado a diecinueve keplerianos inocentes. ¿Qué más necesitáis para aceptar la evidencia?

—¿Por qué motivo iban ellos a realizar tal atrocidad? —preguntó Waafdiv.

—¿No es evidente? ¡Quieren nuestras tierras! Y para ello saben que tendrán que exterminarnos a todos nosotros —exclamó Vaahur—. Han empezado por un pequeño poblado, y si no actuamos de forma contundente se harán con el control del resto de nuestras poblaciones.

—Creo que la humana tiene derecho a defenderse —dijo Khikhya, que no había abierto la boca hasta ese momento.

Los cuatro miraron con atención a Emily, cuyo cerebro iba a mil por hora. De ser aquello cierto, estaba claro que llevaba la firma del capitán Garth. Pero también era evidente que Vaahur no iba a creerla, se notaba a la legua que no quería hacerlo. Además, hubiera sido Garth o no el causante de la masacre, seguía siendo un ataque de los humanos a los keplerianos con diecinueve víctimas. Iba a ser muy complicado que pudiera manejar esta situación, la confianza con los pueblos keplerianos se acababa de perder para siempre.

—Les puedo prometer que ni yo, ni ninguno de mis aliados hemos atacado a ningún de los suyos —afirmó tras meditar su respuesta.

—Creo que tendrás que darnos algo más que una promesa —respondió Khikhya muy seria.

—De momento, es todo lo que puedo darles —respondió Emily—. Acabo de enterarme ahora mismo de que ha habido un terrible ataque. Si me dejan tiempo para investigarlo más a fondo, yo…

—¿Más tiempo? —se quejó Vaahur— No sé cómo funcionará la justicia entre los humanos, pero aquí se castiga a los delincuentes y los malhechores de manera fulminante.

—Por todas las estrellas del firmamento, ¿cómo demonios pretendes que demuestre su inocencia si no la dejas investigar lo ocurrido? —preguntó Waafdiv, que al igual que Emily no parecía entender nada de lo que estaba ocurriendo.

—Tu absurdo credo y tus esperanzas nublan tu juicio, Waafdiv —le recriminó Vaahur—. Los humanos han venido aquí para acabar con nosotros. Ningún extranjero es de fiar.

—¡Merecen un juicio justo! —gritó Waafdiv.

—Mentiría si dijera que lo siento mucho —dijo Vaahur—, pero no tengo más remedio que ponerla bajo arresto.

—¡¿Qué?! —gritó Waafdiv— ¡Esto es ridículo! ¡No puedes hacer tal cosa!

—¿Que no puedo? —rio— Soy la máxima autoridad militar de todos los keplerianos. ¡Por supuesto que puedo hacerlo! ¡Y lo haré!

—No puedo creer que estemos permitiendo que se trate así al pueblo que está destinado a salvarnos de los Khol —añadió Waafdiv mientras miraba a los otros dos líderes—. Khaaÿ, no has dicho nada en todo este tiempo, ayúdame a detener este sinsentido.

El anciano levantó la vista de la mesa y, tras recapacitar unos instantes, dijo:

—Intento ordenar todo este embrollo, Waafdiv, de verdad que lo intento. Pero por desgracia, ahora mismo todo apunta a que ha sido un ataque humano.

Waafdiv se dirigió a Khikhya.

—Khikhya, tú conoces a esta humana mejor que nadie —dijo—. ¿De verdad la crees capaz de hacer algo así?

—Lo cierto es que ya no sé qué creer —respondió ella—. Desde luego, de ser cierto me haría sentir muy estúpida. Les he recibido en mi propia casa, pensando en el bien de nuestro pueblo… y… luego…

Khikhya pareció derrumbarse al pensar en las atrocidades cometidas en la aldea.

—No has sido capaz de convencer a nadie, santurrón —Vaahur se burló satisfecho—. Ten al menos la dignidad de admitir tu derrota. Pero no te preocupes lo más mínimo, tu jarra de bebida te aguarda, podrás volver a tu vida anterior, antes de que toda esta pantomima empezara.

Waafdiv se abalanzó preso de la ira hacía Vaahur y le propinó un potente derechazo en el mentón que pilló desprevenido al líder Khaavahki. La potencia del impacto le hizo trastabillar y cayó hacia atrás, propinándose un buen golpe contra la madera del suelo.

—¡Esto es todo idea tuya, Vaahur! —gritó Waafdiv fuera de sí— ¡No creas que no me he dado cuenta, despreciable rata!

Vaahur se incorporó con dificultad del suelo, pero soltó una risita malvada al ser consciente de la reacción del sumo sacerdote.

—Reconozco que tienes un buen golpeo para ser un maldito borracho, santurrón —volvió a burlarse mientras se frotaba la mandíbula—. Pero acabas de firmar la sentencia de muerte de tu querido e inútil culto.

Un sinfín de sonoras pisadas parecían acercarse a la entrada de la cámara desde el exterior. Se oyeron gritos y algún altercado que acabó con el desesperado e inconfundible grito de una mujer.

—¡Paula! —gritó Emily.

—Será mejor que os apartéis de la puerta —advirtió Vaahur.

—¡Este es un lugar sagrado! —exclamó Waafdiv.

—Os advertí que una extranjera no podía tomar el mando único de los pueblos keplerianos —siguió Vaahur—. Los extranjeros no son de fiar. Estas son las primeras consecuencias.

Un fuerte impacto sonó en la enorme puerta de madera maciza, que aguantó el primer envite. Un segundo golpe hizo estallar una de las enormes bisagras de metal que soportaban su peso, pero no pudo aguantar un tercero y se vino abajo con un gran estruendo. La puerta, de incalculable valor, se astilló por varios lugares, echando a perder sus hermosas tallas.

Tras el estruendo, una docena de soldados armados con enormes alabardas y ataviados con pesados petos metálicos irrumpieron en la cámara. Rodearon y apuntaron a Emily con sus armas.

Lajlab entraba con ellos con su habitual sonrisa malvada.

—Yo de usted no intentaría ninguna estupidez —dijo con voz tranquila el secuaz de Vaahur —. Tenemos a sus amigos. Aunque he de reconocer que nos ha costado más de lo esperado contener al grandullón.

—No me resistiré —le aseguró Emily—. Iré con vosotros, pero yo soy la responsable de la base humana, ellos no tienen nada que ver con esto.

—Por desgracia —dijo Vaahur—, eso no lo decide usted. ¡Prendedla!

Dos de los soldados se aproximaron a Emily y pasaron sus brazos por la espalda, poniéndole unas rudimentarias pero sólidas esposas de metal fundido.

—¡Lleváosla de aquí! —ordenó Lajlab.

Los soldados obedecieron las órdenes con presteza y Emily pudo comprobar al salir de la cámara el estado de sus otros compañeros. Paula y Rakesh parecían estar bien. Paula sollozaba preocupada por Gorka, que yacía en el suelo rodeado de una multitud de soldados keplerianos. Sin embargo, no habían sido pocos los heridos por el antiguo boxeador. Emily pudo contar hasta ocho heridos y tres inconscientes.

—¿Estáis bien? —preguntó Emily mientras se los llevaban del templo.

—Sí —sollozó Paula—. Pero Gorka…

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Emily.

—Llegaron sin previo aviso e intentaron detenernos —explicó Rakesh—. Gorka ha conseguido zafarse de varios, pero uno de ellos ha utilizado una especie de taser para reducirlo. ¿Qué es lo que ha ocurrido ahí dentro?

—Garth. Eso ha ocurrido —dijo Emily mientras los sacaban a la explanada del templo.

24

El ojo de la montaña

2 de febrero del año 1

Lugar desconocido, Kepler-442b

Robert y Ferrara regresaron al rover y abandonaron el masacrado poblado kepleriano. Bordearon el lugar por la zona sur, que ya empezaba a tener algo de inclinación al estar cerca de la cordillera. Pasaron al lado de una carretilla de madera con algunos aparejos que parecía haber sido abandonada de forma apresurada. Pensaron que quizá perteneciera a algún habitante del poblado que salió corriendo al oír los disparos.

—Supongo que pasaremos a la siguiente señal —dijo Ferrara apesadumbrada.

—Sí, aunque tenga el estómago revuelto —respondió Robert—. Debemos de continuar con la misión, y todavía nos quedan otras cuatro posibles localizaciones. Tenemos que encontrarlos para poder acabar con todo esto.

—Sobre todo sabiendo que son capaces de atacar a inocentes —dijo ella.

Avanzaron entre la vegetación en silencio durante unos minutos, Robert tuvo que maniobrar el rover en diversas ocasiones para esquivar rocas, zarzas o algún agujero bastante pronunciado en el terreno.

—¿Puedo hacerle una pregunta, capitán? —dijo Ferrara.

—Claro, sargento. Pero no quiero que nos despistemos hablando, puede que estemos cerca de nuestro objetivo y tenemos que estar más atentos que nunca.

—Sí, por supuesto, capitán —dijo ella—. Es solo que lo que hemos encontrado me ha hecho pensar.

—No la culpo —dijo Robert—. Acabamos de presenciar los restos de una barbarie sin precedentes. Mentiría si dijera que lo que hemos visto no me está dando vueltas a la cabeza una y otra vez.

—Es que, verá —dijo ella—. La historia humana está llena de casos en los que la civilización más poderosa o avanzada acaba subyugando a la más débil. Y en muchas ocasiones eso derivó en una total exterminación de la raza menos preparada. Ocurrió con los australopitecos, que entre otros motivos sucumbieron ante la evolución de los *homo habilis*. Pero también con muchos pueblos nativos de América o África y en otros tantos lugares de la Tierra a lo largo de nuestra historia.

—¿Le preocupa que acabemos haciendo lo mismo con los keplerianos? —preguntó Robert.

—Sí.

—No puedo responderle. Pero si le sirve de consuelo, yo mismo me hago esa misma pregunta cada vez que pienso en los keplerianos, en su civilización, en que ellos son los verdaderos pobladores de estas tierras, no nosotros.

—¿Cree que acabaremos exterminándolos, como pretende Garth? —preguntó Ferrara.

—Sí de mi dependiera —dijo Robert—, tenga por seguro que eso no ocurriría jamás. Preferiría vivir el resto de mi vida en una estación espacial o incluso morir, que participar en un genocidio. Por suerte o por desgracia, este planeta es enorme, y si los keplerianos no están poblando el resto de los continentes, puede que podamos llegar a compartirlo en relativa armonía. Pero lo que pase en las generaciones venideras… eso me temo que está lejos de nuestro alcance.

—No tenemos derecho a hacerlo —dijo ella, tajante—. Y me da mucha rabia que personas, por llamarlas de alguna manera, como el capitán Garth, puedan siquiera plantearse hacer algo como lo que acabamos de encontrar.

—El capitán Garth no es representativo de la moralidad con la que los fundadores del proyecto sentaron las bases de todo esto.

—Ya, pero es que me da la impresión de que tarde o temprano acabaremos haciéndolo —se temió Ferrara—. Y, lo que es más, puede que los Khol lo hagan también con nosotros.

—Desde luego —admitió Robert—. ¿Cómo podemos siquiera pensar en formar una familia y asentarnos en ningún lugar de este planeta con la incertidumbre que tenemos alrededor?

Ambos guardaron silencio. Eran conscientes de que estaban viviendo momentos difíciles para la humanidad. La batalla se estaba librando en muchos frentes, y la ética y la moral debían cobrar especial importancia en aquellos momentos iniciales. No tenía sentido para ninguno de ellos sentar las bases de una nueva civilización sobre las mismas atrocidades que la anterior.

—Tal vez nuestro destino sea extinguirnos —reflexionó Ferrara.

Todavía quedaban unos kilómetros hasta la siguiente señal pero, a pesar de que la conversación podría alargarse muchísimo más, ambos decidieron guardar silencio. No tenían nada positivo que comentar, así que prefirieron concentrarse en la tarea que los había llevado hasta allí. Varios animales se cruzaron en su camino durante ese trayecto: un insecto volador de tamaño bastante preocupante y aspecto peligroso; algún animal escurridizo que huyó en cuanto se percató de la presencia del rover, y hasta pudieron ver con el rabillo del ojo algún animal que se lanzaba desde la rama de un árbol para cobrarse una presa en el suelo.

Cuando estaban a una distancia prudencial de la señal, ambos se apearon del vehículo y repitieron las mismas acciones que habían llevado a cabo en anteriores ocasiones. Robert lanzó los drones y se prepararon para comenzar la marcha si encontraban alguna señal que les indicara la situación de la base rebelde.

Los drones regresaron y el capitán comprobó uno por uno los resultados.

—Negativo, aquí tampoco parece haber nada —dijo—. Descansaremos un rato y estiraremos las piernas. Aproveche para comer algo.

—No es que tenga muchas ganas, la verdad —confesó ella.

—Hágalo, nunca sabemos cuándo puede ser la última papilla que podamos comer —la animó Robert—. De hecho, también deberíamos recargar nuestros trajes mientras nos movemos en el rover.

—De acuerdo, capitán —aceptó Ferrara—. ¿No tendríamos que dar parte de lo que hemos encontrado?

—Sí —dijo Robert—. Lo he pensado, pero ya es tarde para los habitantes del poblado. Y parece que pasó hace ya algunos días, así que no creo que informar de inmediato suponga una

diferencia notable. Sobre todo, a sabiendas de que eso revelaría nuestra posición. Si los rebeldes nos detectan, sabrán que nos estamos acercando. Nos haría perder el factor sorpresa y sabrían que hemos encontrado el artilugio con el que se ocultaban en la estación espacial.

—Cierto —admitió ella—. Esto está empezando a resultar muy complicado de manejar.

Ambos comieron algo y descansaron durante un buen rato mientras contemplaban la roja inmensidad que se abría delante de ellos. Todavía no habían encontrado ni rastro de los rebeldes y debían completar la misión antes de concluir el día. Aunque no lo creían posible, podría haber Yokais en algún lugar. No parecía muy inteligente quedarse allí a pasar la noche para comprobarlo.

—En marcha —dijo Robert, que enfiló el vehículo hacia el siguiente punto.

No llevaban ni dos kilómetros recorridos cuando el sistema de radio comenzó a funcionar. Tan solo se oía ruido estático, pero de vez en cuando se distinguían otros tonos, que se perdían entre el ruido blanco que generaba el receptor de radio analógico que habían instalado.

—¿Cree que son ellos? —preguntó Ferrara.

—Tienen que serlo —dijo Robert—. He programado la radio del rover para que escanee de forma ininterrumpida todo el rango de frecuencias.

—Parece que hay algo entre los 2,2 y los 2,7 megahercios —dijo Ferrara, señalando el terminal del vehículo.

—La señal del señuelo que pusimos en la otra base era de cinco megahercios, así que puede tener sentido que la detectaran por casualidad —argumentó Robert.

—Hemos utilizado una frecuencia que tiene justo el doble de hercios que la de ellos —dijo Ferrara—. Puede que se generaran armónicos y que por eso una señal anulara a la otra.

—Sí, eso tiene sentido —razonó Robert—. Voy a soltar los drones otra vez.

Manipuló los tres aparatos, que desaparecieron entre las copas de los árboles, cada uno en una dirección.

—Permanezca atenta —ordenó a Ferrara—. Estaremos a varios kilómetros, pero puede que tengamos alguna sorpresa esperándonos en los alrededores de la base.

No tardaron demasiado en volver. Robert los analizó uno por uno mientras Ferrara vigilaba. Robert abrió los ojos como platos al ver el lugar en el que habían estado los drones.

—¿Han encontrado algo, capitán? —preguntó Ferrara, ansiosa al no recibir respuesta de su superior.

—Sí —dijo él—. Pero es muy extraño.

—¿Por qué? —se interesó.

—Mírelo usted misma.

Le mostró las imágenes que uno de los drones había grabado en su pequeña incursión. En ellas, el terreno tenía ya bastante inclinación. La presencia cada vez más habitual de rocas y paredes casi verticales daban la impresión de que la cordillera comenzaba a ser rocosa en su mayoría, aunque todavía se veían algunos árboles y arbustos entre los que se movía el dron.

Sin embargo, el aparato llegó a un emplazamiento, a unos diez kilómetros de su posición, en el que las faldas de la montaña desaparecían y en su lugar había una enorme hondonada rectilínea que se prolongaba hacía el interior de la montaña. Aquellas paredes de piedra formaban

un enorme vacío que tendría cerca de un kilómetro de ancho y se adentraba en la montaña como si de una enorme cueva cúbica de varios cientos de metros de altura se tratara. Esa cueva era demasiado perfecta.

—Pero ¿cómo puede ser esto? —preguntó Ferrara mientras miraba incrédula a su superior.

—No lo sé —dijo Robert—. Pero tengo claro que esa gruta no es natural.

Señaló los bordes de la hendidura, tallados en la misma piedra y con una superficie completamente lisa.

—Fíjese, las paredes son casi planas. Solo en algunas zonas pueden observarse impurezas y partes donde la piedra parece más desgastada.

—Pero, esto no puede ser obra del capitán Garth y de los rebeldes —dijo Ferrara—. No disponen de maquinaria para realizar una excavación de tal magnitud.

—Dudo mucho que exista en la Asimov maquinaria para hacer algo ni remotamente parecido —dijo él.

—¿Insinúa que es una obra alienígena?

—Desde luego, no es humana —argumentó—. No hay escombros por ninguna parte y, además, las propias paredes parecen estar desgastadas y haber sufrido múltiples desprendimientos.

—Es una construcción muy antigua.

—Sí, milenaria quizá.

—¿Cree que los que construyeron los obeliscos hicieron esto? —preguntó Ferrara.

—Es posible —meditó Robert—. Dudo mucho que los keplerianos hayan sido capaces de esto con la tecnología de la que disponen.

Visualizaron el resto de la grabación desde el terminal de Robert y vieron cómo a lo largo de aquella hendidura, en una zona resguardada y bastante llana, una decena de naves de transporte reposaban en el suelo de piedra sin ser conscientes de que un pequeño dron las observaba en la distancia. Cerca de aquel hangar improvisado, varios habitáculos interconectados entre sí formaban la base rebelde que durante tanto tiempo habían estado buscando.

—¡Ahí están! —exclamó Ferrara victoriosa— ¡Los tenemos!

—Sí, por fin.

—¿Y ahora qué? —preguntó Ferrara— ¿Informamos a la Asimov y venimos con la caballería?

—No, todavía no —dijo Robert—. Vamos a acercarnos. Quiero explorar la zona desde una posición más próxima. Desde la distancia da la impresión de que aquello fuera una especie de hangar en la antigüedad. Quizá desde más cerca podamos ver algún tipo de construcción o señal que nos de alguna pista. Además, quiero comprobar cómo de complicado sería llegar hasta ellos sin ser detectados.

—¡Por fin algo de acción! —celebró Ferrara.

Robert se enfundó la mochila con los drones en la parte delantera y Ferrara cargó todo el material de utilidad que pudo. Dejaron el rover bien oculto entre algo de vegetación y tomaron dirección este, hacia aquella hondonada. Comenzaron a marchar en fila de a uno y sin intercambiar una sola palabra; ambos sabían lo que tenían que hacer en cada momento. Fusil en

mano, y cada uno encargándose de un flanco, recorrieron la distancia que los separaba del comienzo de la hondonada. Para cuando llegaron allí habían recorrido casi seis kilómetros. No encontraron rastros de actividad alguna, apenas algún pequeño animal o nubes de insectos que intentaban alimentarse de las resinas que rezumaban algunas de las especies de árboles que había en la zona.

Dieron con una zona en la que el terreno descendía de una forma poco natural. Un descenso demasiado pronunciado y regular para la inclinación que tenía el terreno y que se dirigía hacia el interior de la montaña. Robert le hizo a Ferrara unas señales para que estuviera atenta; acababan de llegar a la parte donde la colosal excavación comenzaba a internarse en la cordillera. Si los cálculos eran correctos, esa especie de rampa de acceso a la hendidura los llevaría hasta la base rebelde. Lo que a buen seguro en épocas pasadas fue una explanada yerma, ahora era un espeso bosque que impedía que los ocupantes de la cueva pudieran vigilar la entrada desde su atalaya artificial.

Ferrara se dispuso a bajar el desnivel, de unos cuarenta y cinco grados de inclinación y casi treinta metros de altura. Pero antes de que diera dos pasos, Robert la detuvo con un gesto de su mano. Le señaló con dos dedos sus propios ojos y después señaló una zona a unos cinco metros de distancia. Robert se acercó a la zona que señalaba, muy despacio. Justo antes de llegar, se paró y se agachó para observar el terreno más de cerca. Cuando encontró lo que buscaba, hizo un gesto a Ferrara para que se acercara. Robert le enseñó cómo, entre los dos árboles que tenían a un lado, alguien había camuflado un pequeño dispositivo.

—Active los infrarrojos con el filtro para luz diurna —le susurró.

Ferrara obedeció y manipuló su terminal para evitar dar la orden a Ada.

—Láseres detectores de movimiento —masculló entre dientes.

Robert se incorporó y preparó uno de los drones. Le especificó un recorrido a través de todos los bordes de la hendidura, iría por el lado en el que se encontraban y volvería por el contrario. Ajustó sus lentes para que detectara los láseres que los rebeldes habían puesto por el perímetro y lo envió a recuperar información. Tras un rato esperando, volvió a aparecer, silencioso como un ave rapaz. Robert examinó la información recabada por el dron y señaló hacia el sur, siguiendo el borde de la hendidura.

—Bordearemos esta zona —le susurró a Ferrara—. Más adelante hay dos torretas vigilando el frente de la base. Si lo bordeamos, el acceso será más complicado, pero evitaremos sus sensores.

Se pusieron en marcha y comenzaron la ascensión en dirección a la montaña mientras bordeaban la hendidura que se introducía más y más en las entrañas de la tierra. Cada vez había menos árboles, y los que había eran más pequeños. Se notaba que aquella zona era más rocosa y que había menos tierra donde echar raíces. Todo iba bien, ambos vigilaban que no hubiera ninguna sorpresa en el camino. Hasta que Robert se asomó a uno de los bordes y resbaló con una piedra suelta. Su pie izquierdo se hundió hacia el abismo, haciendo que el resto de su cuerpo perdiera el equilibrio y empezara a deslizarse sin control hacia el fondo de aquella estructura milenaria.

Le pareció que la caída duraba una eternidad. Intentó agarrarse a algo, pero se había precipitado de espaldas y, por más que intentó aferrarse, el ángulo era demasiado pronunciado para que cualquiera de los arbustos que se encontraba detuviera su descenso descontrolado. Entonces se le ocurrió encender los propulsores de su exotraje. Eso disminuyó la velocidad y le

permitió agarrarse a un arbusto sin romperlo. Por fin se detuvo.

Una gran cantidad de tierra y piedras de diversos tamaños siguieron cayendo por el escarpado terraplén. Había armado un pequeño gran alboroto. Robert fue consciente de que ese inoportuno resbalón podía haber revelado su presencia a los rebeldes. Se mantuvo inmóvil durante unos instantes, con el corazón en la garganta y esperando un disparo de advertencia o una alarma que nunca llegó a sonar. No sabía cómo de lejos estaban las torretas, pero sabía que eran capaces de detectar la tremenda torpeza que acababa de cometer.

Se armó de valor y por fin se incorporó. Decidió permanecer agachado y observar la zona con cautela mientras se ocultaba detrás del arbusto que había ayudado a detener su caída. Sin previo aviso, algo se movió a su izquierda. En el visor de su exotraje parpadeó un fino cuadrado amarillo que indicaba que había algo desconocido en un lateral. Por suerte, el traje le había permitido mantener el fusil en la mano, así que de inmediato apuntó a la zona sobreimpresionada en el visor. Dudó unos instantes, no era capaz de ver qué era lo que se había movido, pero fuera lo que fuera, se había detenido. Quizá se trataba de una simple piedra. De repente, una especie de lagarto de seis patas y cola menuda emergió de detrás de otro arbusto; a buen seguro también se había asustado por el escandaloso desliz de Robert. La criatura corrió a ocultarse detrás de unos frondosos helechos.

Robert soltó un profundo suspiro e inició el camino de vuelta hasta el borde de la hendidura. Allí aguardaba Ferrara, tumbada en el borde y apuntando con su fusil para ofrecerle cobertura a su capitán.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó la sargento.

—Sí, descuide. Espero no haber comprometido nuestra posición con mi torpeza.

—Tranquilo, señor. Salvo ese bicho que ha visto, no se ha movido ni un alma.

—Sigamos —dijo Robert—. Y esperemos que esta vez no provoque un alud.

No tardaron mucho en llegar a una zona yerma que comenzaba a tener un ángulo bastante pronunciado. A esa altura, la hendidura ya no tenía una inclinación de cuarenta y cinco grados, si no que era del todo vertical hacía el suelo, que estaría a más de doscientos metros. No se acercaron al borde hasta que Robert estuvo seguro de que desde ese lugar no iban a ser detectados a simple vista. Ambos reptaron y se asomaron al abismo con mucho cuidado de no cometer dos veces el mismo error.

—Estamos a mucha altura —susurró Ferrara.

—Tenga cuidado, sargento —contestó Robert.

Ambos fijaron la mirada hacia su derecha, hacia el interior de la montaña, donde ciento cincuenta metros más abajo y unos doscientos más hacía el interior pudieron ver los transportes y las estructuras de la base de los rebeldes. Robert utilizó las capacidades ópticas del traje para estudiar de la mejor manera posible la forma en la que el capitán Garth y sus ingenieros habían colocado los habitáculos. A pesar de que no se diferenciaba mucho de la base Magallanes, los rebeldes habían conseguido llevarse el equivalente a dos instalaciones como la que Emily y sus compañeros disponían, por lo que tenían más módulos interconectados.

El suelo parecía estar en roca viva, por lo que, en lugar de enterrar los depósitos de agua, de aire, o los reactores de fusión, estos estaban distribuidos entre el resto de los habitáculos. Apenas tenían luz natural, pero disponían de focos que les permitían ver con normalidad, aunque en ese momento se encontraban apagados. Entre los rebeldes no había ningún especialista en botánica,

así que Robert supuso que el alimento procedería sobre todo de la fauna local, ya que parecía que asaban algo en una enorme hoguera que tenían en el frontal de la base. En esos momentos, unas ligeras ascuas brillaban con debilidad, quizá era el rastro que quedaba de la hora de la comida.

—Creo que están preparando algún animal para ponerlo a la brasa —dijo Ferrara—. Fíjese, en el lateral del módulo más cercano a las naves.

Allí, dos rebeldes, ataviados con sus exotrajes pintados de rojo, despellejaban un animal del tamaño de un jabalí.

—No tienen otra cosa que comer —dijo Robert—. Tienen papilla, pero la reservarán para las operaciones militares de largo alcance. Al no disponer de acceso a los invernaderos de la Asimov, tendrán que dedicarse a la caza.

—Pero ¿es seguro comer lo que crece o vive aquí? —preguntó ella.

—No soy un experto, pero podría ser. El doctor Murakami y el doctor Williams están estudiando los efectos que los alimentos del planeta pueden tener a largo plazo en nuestro organismo. Pero a corto plazo, es posible que no tenga ningún efecto evidente, más allá de algún malestar o diarrea puntual.

—¿Qué es lo que quiere encontrar? —preguntó Ferrara, cambiando de tema.

—Sobre todo, las defensas de las que disponen —dijo Robert.

—Aparte de las dos torretas automáticas que se ven más abajo y de la poca capacidad de fuego que tienen los transportes, no veo nada a tener en cuenta —dijo ella—. Podría decirse que no está bien defendida.

—Su mayor virtud es el lugar que han escogido. Sin disponer de un arsenal apropiado, es todo lo que podían conseguir. Por detrás están protegidos por la montaña —señaló la oscuridad que se extendía hacia el interior de la misma—. Y eso obliga a los atacantes a acceder por la parte frontal. Podrían defenderlo sin problemas con pocos efectivos. Han elegido el mejor lugar posible para evitar un ataque. Incluso dejándonos caer desde aquí arriba, tocaríamos tierra en un lugar comprometido.

—¿Pretendemos atacarlos? —preguntó Ferrara.

—No, al menos de momento. Pero en el futuro, quien sabe… —respondió Robert— Vamos, ya tenemos lo que queríamos, podemos volver al rover.

Descendieron la montaña en dirección al lugar donde habían ocultado el vehículo y abandonaron la zona. Debían dirigirse al punto de extracción, y tenían que informar de todo lo que habían encontrado.

25

Juicio rápido

2 de febrero del año 1

Prisión Khaavahki, Kepler-442b

Varias horas tardaron en llevar a los cuatro arrestados a otro lugar desde el templo. Emily no pudo ver nada durante todo el trayecto, ya que los soldados khaavahki les colocaron una especie de bolsa de tela en la cabeza. Emily compartió carreta con sus compañeros, pero junto a ellos también había varios soldados que les impidieron hablar. Golpeaban sus cascos cada vez que intercambiaban más de dos palabras. Suponía que todos llevaban las manos atadas a la espalda. No quiso ni intentar poner a prueba la fortaleza de las esposas keplerianas, ya que se exponía a que algún soldado utilizara con ella el taser.

Hasta donde Emily sabía, por lo poco que habían podido hablar entre ellos, Gorka estaba bien; inconsciente, pero vivo. Si habían utilizado un taser como el que usaron cuando la secuestraron a ella, era más que probable que su traje tuviera algún problema. Habría que esperar a que él mismo se despertara para salir de dudas. Las comunicaciones seguían sin funcionar, así que tampoco podían avisar a la estación de lo que había ocurrido. Emily suponía que, ante una falta prolongada de comunicación, alguien se desplazaría hasta el templo Gaal-El para averiguar qué había pasado. Pero ellos ya estarían a mucha distancia de allí. Confiaba en que todo se aclarara y que esto no iniciara una escalada violenta entre humanos y keplerianos.

Cuando llegaron a su destino, los bajaron a empujones del carromato en el que viajaban y los llevaron por diferentes lugares, primero izquierda, después derecha, otra vez izquierda hasta que Emily perdió la cuenta. Lo único que sabía a ciencia cierta era que estaban en una edificación con suelos de piedra y que estaban descendiendo hacia las profundidades, al menos dos pisos por debajo de la superficie.

Tras cruzar varias puertas llegaron por fin a un lugar en el que los soldados que habían conducido a Emily, sin ningún tipo de delicadeza, se detuvieron en seco. Había tenido que aguantar durante todo el trayecto que sus captores se regocijaran por haber apresado a los extranjeros culpables de la masacre. Todo ello adornado con calificativos mal sonantes y algunas burlas adicionales.

Un sonido metálico muy característico anunció la apertura de algún tipo de cerradura antigua. Tras el chirriar de unos goznes, uno de los soldados retiró la bolsa de tela que la había mantenido en penumbras durante el trayecto y la empujaron al interior de una oscura celda. Acto seguido, los carceleros volvieron a cerrar la puerta a sus espaldas. Todo volvía a estar a oscuras.

—Ada, infrarrojos —pidió Emily en voz baja.

La celda era minúscula, apenas dos metros de ancho por tres de largo. Todo era de piedra y no había ninguna otra abertura, solo la que ocupaba la enorme puerta de madera reforzada con metal que la separaba de sus captores. En una de las esquinas, un pequeño montón de paja podrida con aspecto insalubre parecía hacer las veces de colchón. En la contraria, excrementos y orines la hicieron dar gracias de que todavía le quedara oxígeno en el traje.

«El oxígeno», pensó.

Miró el estado del traje. Le quedaban trece horas de oxígeno y treinta y nueve de batería. Aunque eran números relativos, ya que se basaban en los consumos medios realizados hasta ese momento. Tenía que ahorrar oxígeno. La situación no pintaba nada bien, pero aun así era vital mantener la calma. Emily se lamentó de que el exotraje experimental fallara justo antes de acudir al segundo cónclave, aunque eso no hubiera evitado el problema para sus compañeros. Pensó en ellos. Llevaba sin saber nada desde hacía un buen rato. Ni siquiera sabía dónde podían estar ni cuándo les habían separado a los unos de los otros.

—¿Paula? —preguntó en alto con la esperanza de escuchar a alguno de sus compañeros.

Tan solo obtuvo la respuesta de un soldado kepleriano que deslizó un pequeño ventanuco que había en la puerta y se asomó al diminuto hueco:

—¡Silencio, rata extranjera! —le espetó de malas maneras.

—Ada, ¿detectas algún sonido que pueda pertenecer a un humano?

—No, Emily —respondió la inteligencia artificial de su traje—. Tan solo oigo lamentos y conversaciones de keplerianos.

—¿Sabes dónde estoy?

—No, lo lamento —respondió—. Mis funciones están limitadas al no tener conexión con la estación Asimov.

Emily trató de zafarse de las esposas de metal que todavía llevaba puestas. El traje era capaz de generar bastantes kilogramos de fuerza, pero aun así el esfuerzo fue en vano. Las esposas eran muy resistentes. Si el capitán Garth estaba detrás de esta encerrona, estaba claro que habrían tenido en cuenta las capacidades de los trajes.

—Pon el traje en modo ahorro de recursos —pidió después de dar un pequeño sorbo de agua y tomar algo de papilla.

El visor de Emily se apagó por completo, dejándola a oscuras y mostrando tan solo en un lateral los medidores de energía y suministros.

«Tengo que pensar en algo».

Por más que daba vueltas a la situación, no se le ocurría nada que pudiera parecer un plan factible. Podría intentar echar abajo la puerta, pero al igual que con las esposas, parecía lógico pensar que los captores estaban preparados para mantener a los humanos cautivos. Además, se arriesgaría a que un taser acabara por arruinar del todo la situación. Mientras estuviera consciente, puede que se le ocurriera alguna idea, por loca que fuera.

Emily salió de su letargo una hora después, al oír que la cerradura de la puerta se abría. La oscuridad era total, tanto en el interior de la celda como en el exterior. La visión nocturna de los keplerianos les daba sin duda una ventaja estratégica en aquellas condiciones.

—¡Arriba! —ordenó una voz cruel desde el quicio de la puerta.

Emily encendió la vista infrarroja y pudo ver a un militar khaavahki vestido con ropas algo más elegantes que las de los dos soldados que custodiaban la celda y que se tapaba la cara con un pañuelo, señal de que el hedor del lugar no era de su agrado.

—¡Salga de ahí! —exclamó el oficial.

Emily obedeció y siguió al kepleriano, aunque no se libró en ningún momento de los dos enormes guardias que la custodiaban a pocos pasos. Estaban en un pasillo lleno de celdas. Giraron hacia la derecha. Tras llegar al final volvieron a girar hacia la derecha y allí pasaron por una zona un poco más amplia en dirección a una escalera de caracol que conducía a las plantas superiores. Emily contó al menos otros seis guardias en ese corto trayecto. Y, además, oyó varias voces en kepleriano que reían y gritaban provenientes de alguna estancia que no llegó a situar. Pero a pesar de que lo intentó, no encontró ninguna pista que indicara dónde podían estar recluidos sus amigos.

Subieron dos plantas a través de la angosta escalera en la que los dos guardias que la custodiaban se vieron obligados a ponerse en fila de a uno, uno delante de ella y el otro detrás. El oficial la condujo por un par de pasillos, hasta situarse delante de una enorme puerta de doble hoja. Emily percibía más claridad de lo normal, así que supuso que estaban por encima de la superficie.

El militar abrió ambas puertas y Emily accedió a una enorme sala rectangular con numerosas vidrieras y arcos de medio punto que permitían pasar una tenue luz. Sin embargo, lejos de tener un aspecto majestuoso, daba una impresión más bien lúgubre. Una alfombra de color verde militar bastante desgastada comenzaba en la entrada y acababa treinta metros más adelante, donde tras librar unas pocas escaleras, llegaba hasta el pie de un viejo trono de madera en el que había sentado alguien a quien Emily reconoció al instante. Las paredes estaban repletas de tapices roídos y antiguos escudos que denotaban que aquel lugar había vivido mejores épocas.

Vaahur aguardaba impaciente, ataviado con sus ropas de gala, del mismo verde que la alfombra, y escoltado a ambos lados por sus dos consejeros, Lajlab y el militar más experimentado que también había acudido al cónclave. En los laterales del fondo de la sala, varios oficiales del alto mando militar contemplaban la escena con curiosidad y seguían a Emily con la mirada mientras se aproximaba a la parte frontal de la estancia. Otro militar de menor rango, que llevaba una estola de color negro, esperaba a la comitiva de pie, justo antes de las escaleras. De no saber que estaba a años luz de la Tierra, podría pensar que acababa de utilizar una máquina del tiempo para adentrarse en la Inglaterra medieval.

Cuando llegaron al final de la sala, el oficial que había ido a buscarla hizo una reverencia y anunció:

—La prisionera, su señoría.

—Gracias, teniente —respondió el kepleriano que les esperaba al pie de la escalinata.

El oficial se cuadró y se volvió por donde había llegado. Los dos guardias, sin embargo, se quedaron unos pasos por detrás de Emily, vigilantes. Dispuestos en puntos estratégicos a lo largo de la sala, además, había varios soldados adicionales, ataviados con corazas pesadas y armados con alabardas de unos tres metros de longitud.

—Líder Vaahur —comenzó el militar, que parecía ser una especie de fiscal—, consejeros, miembros del tribunal —dijo en referencia a los keplerianos sentados en las dos bancadas laterales—, nos encontramos ante uno de los casos que más controversia han generado en nuestra querida sociedad hasta la fecha.

»Como todos los presentes ya saben —continuó—, hace unos días llegó hasta nuestras murallas un carpintero nómada de una pequeña aldea al noroeste de aquí. Shyiich, que así se llama, estaba herido de muerte. Por fortuna, y a pesar de lo anormal de su herida, pudo salvar la

vida. Sin embargo, la buena suerte que tuvo al conseguir recorrer los casi cien kilómetros que separan el ojo de la montaña de nuestro poblado, no la tuvieron el resto de los keplerianos que vivían en aquella humilde aldea, y cuyo peor pecado fue el de cultivar la tierra y cuidar su ganado.

»Aquí mismo —señaló con vehemencia a Emily—, delante de todos ustedes, se encuentra la autora de tal ignominia. Y gracias a la sagacidad de nuestro apreciado líder, ha podido ser apresada junto con el resto de los extranjeros que participaron en las barbaridades que aquí se van a juzgar.

—Pero ¡eso es mentira! —se quejó Emily— ¡Nosotros no hemos cometido ningún crimen!

—¡Silencio, extranjera! —gritó Vaahur—. ¡No toleraré ninguna insolencia!

—¡Pero todo lo que ha dicho es falso! —volvió a decir—. Ni yo, ni ninguno de mis amigos, hemos estado siquiera en ninguna aldea nómada.

Los guardias golpearon con violencia a Emily en la parte trasera de las rodillas, haciendo que, a pesar del exotraje, cayera al suelo.

—Señorita Rhodes —dijo Vaahur con un tono condescendiente—, le recomiendo que no interrumpa el alegato del juez, ya que podría complicar su situación todavía más si cabe.

—¡Tu problema es solo conmigo! —gritó Emily— ¡Suelta a mis amigos!

—¡Continúe! —instó al juez con un movimiento de su mano y haciendo caso omiso de lo que decía Emily.

—Gracias, señor —asintió el juez—. Como decía, el joven Shyiich apareció malherido a las puertas de Khaavahki, casi muerto, deliraba. O eso era lo que creímos en un primer momento. Al principio solo balbuceaba, decía algo sobre unas criaturas extrañas que habían matado a su familia. Pero con el paso de las horas, una vez recibió atención médica, comenzó a describir con mucho detalle lo que había vivido en su propia aldea. Según este valiente kepleriano, al menos dos extranjeros ataviados con unas extrañas armaduras metálicas y unos artilugios diabólicos que escupían pequeñas flechas acabaron uno por uno con los diecinueve habitantes de la aldea, incluidos su mujer embarazada y su hijo de siete años.

Un murmullo se levantó en la sala mientras el juez detenía su exposición durante unos instantes para aumentar la indignación entre los allí presentes.

—Los extranjeros humanos llegaron aquí hace ya algunas rotaciones —continuó—, y a pesar de que embaucaron a otros líderes, haciéndoles creer que venían sin ningún tipo de intención belicosa, la realidad nos ha demostrado que mentían. En esta vista podrán escuchar varios testimonios que ponen de manifiesto las mentiras que han definido los actos de los humanos. Con el permiso de nuestro líder —se dirigió a Vaahur—. Me gustaría convocar a Hionerf, un anciano del pueblo Wiikhaadiiz ofiz.

Vaahur extendió su mano con desgana y le indicó que procediera con la petición. Uno de los guardias que custodiaba la entrada, abrió las puertas para dar paso a un anciano que se encaminó con paso cansado hacia la parte delantera de la sala. Al llegar a la altura del resto, el juez le indicó dónde se tenía que colocar para dirigirse a los asistentes a la vista. El hombre obedeció sin rechistar.

—¿Puede indicarnos cómo se llama usted y a qué se dedica?

—Soy Hionerf, del pueblo Wiikhaadiiz ofiz, me dedico a la pesca y a la alimentación, sobre

todo.

—Gracias, Hionerf. Cuéntenos lo que ocurrió el día en el que usted y su nieto se cruzaron con los humanos.

—Claro —dijo el anciano—. Mi nieto tiene treinta y seis años, es todavía un alevín, y aunque le queda algo de tiempo para decidir cuál será su profesión, me gusta llevarlo de pesca de vez en cuando para que conozca cuáles son sus orígenes. Mi abuelo lo hizo conmigo y yo lo hago con él, supongo que me hace especial ilusión que mi nieto siga los pasos como la sexta generación de nuestra familia dedicada en cuerpo y alma a este noble arte.

—Díganos, ¿qué ocurrió aquella tarde?

—Los *huuros* se pescan muy bien a última hora del día —continuó el anciano—, suelen aprovechar los últimos rayos de luz para buscar alimento entre los juncos y los nenúfares de aguas tranquilas, casi estancadas.

—Por favor, sea breve —urgió el juez—. ¿Qué ocurrió entonces?

—Solo estaba dando algo de contexto a los aquí presentes. Los jóvenes de hoy día tenéis prisa para todo —recriminó al juez, lo que provocó alguna que otra carcajada en las bancadas—. El caso es que mi nieto y yo —continuó con el relato—, nos dirigíamos al río al acabar la jornada. Llevábamos los aparejos habituales, la caña, el cebo y una cesta para guardar las capturas que mi señora se encarga de hacer a mano. Y entonces fue cuando los vimos, al otro lado del río. Habría por lo menos una docena de ellos. Mi nieto fue el primero en darse cuenta, yo por desgracia tengo algún que otro achaque en la vista, no veo demasiado bien por este ojo —señaló su ojo derecho.

»Mi nieto me advirtió de que en la otra orilla había alguien. Pero para cuando me di cuenta, escuchamos un fuerte estruendo que nos asustó de tal manera que salimos corriendo. Pensábamos que aquellos seres querían acabar con nosotros.

—¿Les atacaron?

—Uy, eso creo —respondió el anciano—, pero no nos quedamos allí para comprobarlo. Pasamos tanto miedo que tuvimos que esperar veinte rotaciones hasta que nos atrevimos a volver a aquel lugar.

—Y díganos —le solicitó el juez—, ¿este ser que tenemos aquí es uno de los que les atacó?

—Sí, podría ser —dijo el anciano después de examinar a Emily de arriba abajo—. Desde luego, va vestido de igual manera. Aunque creo recordar que había alguno con armadura de color verde.

Vaahur, que parecía bastante aburrido en su trono, hizo un gesto de desdén con la mano para que se llevaran al anciano de allí. Dos de los guardias lo acompañaron de nuevo a la salida a la vez que murmuraba algo sobre lo groseros que estaban siendo. Mientras tanto, el juez, que paseaba pensativo por el salón, volvió a tomar la palabra.

—Bien, me gustaría llamar ahora a los soldados Kihrgutz y Lamdhol, testigos también de la atrocidad humana.

Vaahur de nuevo hizo un gesto con su mano y la puerta volvió a abrirse. Dos soldados rasos entraron en la sala y se dirigieron a la zona frontal. Emily no pudo verlos bien, pero tenían algo que le resultaba familiar.

—¿Conocen ustedes a esta humana? —preguntó el juez.

Ambos se giraron para observar a Emily y en ese momento supo quiénes eran: se trataba de dos de sus secuestradores.

—Sí, señor —dijo uno de ellos.

—¿Y pueden ampliarlo con algún dato más? —pidió el juez, que parecía que tenía bastante prisa por acabar todo eso.

—Hace ya unos cuantos días oímos que había habido una matanza en un pequeño pueblo nómada —explicó el soldado—. Oímos que los causantes de todo habían sido los extranjeros venidos de otro planeta de los que todo el mundo habla.

—¿Y qué hicieron entonces? —preguntó el juez.

—Decidimos investigar la actividad de los extranjeros. Todo el mundo sabía que habían tenido contacto con keplerianos de Wiikhaadiiz ofiz y encontramos a un joven que parecía tener bastante confianza con ella. Conseguimos tenderle una trampa a través de ese joven y la arrestamos, siempre con intención de llevarla ante la ley.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó el juez.

—Aparecieron al menos una docena de humanos, armados hasta los dientes, con tecnología muy superior. Y tras una cruenta batalla, nos vimos obligados a replegarnos, ya que eran demasiados. Pudimos huir de milagro gracias a la valentía del resto de nuestra unidad, pero no nos quedó más remedio que abandonar allí a la prisionera.

—Nada de eso es cierto —murmuró Emily—. Todo esto es una farsa.

—Vaya, es una historia muy preocupante —ignoró por completo a Emily—. Da la impresión de que los extranjeros son un pueblo peligroso.

—Sí que lo son, su señoría.

—Muchas gracias —les dijo el juez tras observar el gesto de conformidad de Vaahur—, pueden retirarse. Me gustaría llamar a declarar a uno de los keplerianos más valientes que he conocido en toda mi vida —continuó con tono solemne—. Llamo a declarar a Shyiich, el único superviviente de la matanza perpetrada por los humanos cerca del ojo de la montaña.

Las puertas se abrieron de nuevo y apareció un kepleriano joven, pero de aspecto maduro. Llevaba una muleta debajo del brazo izquierdo en la que se apoyaba para caminar. El ruido de la madera golpeando el suelo a cada paso resonó en toda la estancia.

—Quisiera comenzar dándole las gracias por su entereza y por permitirnos conocer de primera mano lo que ocurrió en su aldea —dijo el juez—. Es usted muy valiente, no quiero ni imaginarme lo que esto supone para usted, a todos los niveles.

El joven Shyiich agachó la cabeza para agradecer las palabras del juez militar que dirigía la vista.

—¿Sería tan amable de explicar a los aquí presentes qué fue lo que ocurrió aquel fatídico día? —le solicitó.

El joven guardó silencio durante unos instantes. Parecía estar haciendo acopio de todas sus fuerzas para afrontar lo que a todas luces era una situación traumática para él. Tras un pequeño receso, tragó saliva, carraspeó y comenzó a narrar lo que vivió aquel día.

—Como muchas mañanas, desayuné con mi hijo pequeño. Ÿiiÿa, mi mujer, estaba en estado de buena esperanza, íbamos a ampliar la familia en unas pocas semanas —explicó—. Decidimos años atrás unirnos a una aldea de nómadas para huir de la ajetreada vida en las ciudades. Mi

vida… nuestra vida —corrigió—, era perfecta, nos amábamos. Amábamos a nuestro hijo, nadie podría desear nada más.

»Ese día tenía trabajo —continuó tras suspirar con auténtica pena—. Me dedico a despejar árboles y construir cabañas para quien lo solicite, y esa mañana tenía que ir a unas pocas cuadras de nuestro hogar. Todavía recuerdo cómo me despedí de mi mujer —cerró los ojos—, estaba sentada en la mecedora que construí el invierno anterior, cuando supimos que íbamos a ser padres de nuevo. Yo… le dije que la quería al salir de nuestra cabaña.

Un murmullo se extendió en el salón mientras Shyiich hacía una pausa para enjuagarse las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Tómese su tiempo —aconsejó el juez con empatía.

—Como decía —continuó tras otro largo suspiro—, me dirigí a hacer la limpieza de uno de los árboles milenarios. Uno de los vecinos quería trasladar su establo a una zona un poco más alejada de la aldea, así que tenía trabajo para adecuar el área antes de comenzar a construir nada. La mañana transcurría sin novedad cuando de repente escuché un sonido de lo más extraño, como si fuera un trueno. Pero a pesar de que ese día había abundantes nubes, no parecían suficientes para formar una tormenta. Otros sonidos similares siguieron al primero y pronto me di cuenta de que llegaban desde el poblado y de que no eran naturales.

»Entonces escuché el grito de alguien… era desgarrador, desesperado. Supe de inmediato que algo muy grave estaba pasando en la aldea. Así que dejé todo lo que estaba haciendo y salí corriendo en dirección a mi casa.

Shyiich hizo una nueva pausa para armarse de valor y poder continuar con el relato. Se podía notar el dolor en su voz.

—Para cuando pasé por delante de las casas de mis vecinos, ya era tarde. Solo encontré cadáveres. Pero yo… ni siquiera pude pararme a ayudarles —sollozó—. Solo quería llegar a mi casa y comprobar que Ÿiiÿa y nuestro hijo estaban sanos y salvos. Pero también llegué tarde… —parecía culparse por ello— No pude hacer nada… ya era tarde… los dos estaban muertos…

Hizo una nueva pausa para recobrar la entereza. Pero sus sollozos se vieron acompañados por los murmullos de varios de los presentes en la vista. Todos parecían compadecerse del carpintero.

—Lamento mucho oír eso —dijo el juez—. Y sé que para usted es muy doloroso pero ¿sería capaz de describirnos que es lo que se encontró allí? Tómese su tiempo si lo necesita.

—Sí… lo intentaré —asintió.

Trató de calmarse, pero rompió a llorar. Tuvieron que esperar un par de minutos a que el desconsolado kepleriano y también alguno de los allí presentes se calmaran.

—¿Puede continuar? —preguntó el juez— ¿Quiere agua?

—No, ya estoy mejor —dijo más entero—. Encontré a mi mujer sentada en la mecedora, pero tenía una pequeña herida que había acabado con su vida y un enorme charco de sangre que manchaba el suelo de la cabaña. Mi hijo… había corrido la misma suerte…

—¿Qué clase de arma pudo haber provocado semejante barbarie? —preguntó el juez.

—No lo supe en ese momento —dijo él—. Pero estaba convencido de que aquellos sonidos que había escuchado tenían algo que ver.

—¿Qué ocurrió después?

—Yo me derrumbé en el suelo, presa del dolor —explicó—. Pero pronto supe que no estaba solo.

—¿Los atacantes estaban allí?

—Sí.

—¿Y qué pasó entonces?

—Vi a aquella criatura que venía del mismísimo infierno.

—¿Podría describírsela a los presentes? —pidió el juez.

—Por supuesto —dijo él con un odio desmedido mientras señalaba a Emily—, llevaba puesta esa extraña armadura.

Un murmullo se extendió entre todos los presentes, que empezaron a cuchichear y a murmurar ante la determinación del testigo. Emily no pudo evitar hundirse con la historia que acababa de contar aquel pobre kepleriano. A la vez, observó la amplia sonrisa de satisfacción de Vaahur.

—¿Qué ocurrió después de eso?

—La criatura dijo algo en una extraña lengua que no entendí y apuntó uno de esos artilugios directamente hacia mí. Después de escuchar de nuevo aquel sonido estruendoso que me había llevado a abandonar mi puesto de trabajo, sentí un horrible y repentino dolor en mi pierna izquierda. Pronto descubrí que tenía un agujero y que no paraba de sangrar, pero no encontré lo que lo había provocado.

—Pero sobrevivió —apuntó el juez.

—Sí. Perdí el conocimiento y me imagino que la criatura pensó que había fallecido. Sin embargo, desperté un rato después, empapado en sudor y bañado en sangre.

—¿Y qué hizo entonces?

—Me arrastré hasta el establo de mi vecino, me subí como pude a un *fhore* y vine a Khaavahki tan rápido como fui capaz.

—Gracias Shyiich —dijo el juez—. Es más que suficiente. Creo que hablo en nombre de todos los presentes al agradecerle el esfuerzo y la entereza que ha demostrado al prestar declaración ante este tribunal. Le acompañamos en el sentimiento y le deseamos una pronta recuperación de sus heridas.

El joven asintió con su cabeza y se marchó.

—Hemos escuchado los testimonios de cuatro keplerianos de bien que nos han contado cómo los humanos han mentido a nuestros pueblos y han confabulado para exterminarnos y dominar estas tierras que nos pertenecen por legítimo derecho. Es por ello que solicito a nuestro comandante en jefe que castigue estos actos con mano dura y con la mayor de las premuras. Si no somos firmes ahora, quizá nos arrepintamos en el futuro, cuando los humanos hayan acabado con todos nosotros.

Un nuevo murmullo se acrecentó en el salón de la vista. Vaahur, que había tornado su perversa sonrisa en un gesto duro y serio, levantó ambas manos para acallar el murmullo y se dirigió a los presentes con voz decidida.

—He escuchado todas las voces que aquí han hablado —dijo de forma solemne—. He sopesado todas las opciones que el pueblo Khaavahki tiene. Y a diferencia de otros líderes

keplerianos, creo que no debemos mostrar debilidad frente a los extranjeros. Tenemos que demostrar que nuestra determinación es fuerte y que nuestra voluntad ha de ser respetada. Es por esto que he decidido condenar a muerte a los cuatro prisioneros por el genocidio cometido contra nuestro pueblo. La sentencia será ejecutada mañana, al alba.

Emily dio un respingo. No creía que Vaahur fuera capaz de llegar hasta tal extremo. Pero estaba equivocada. El capitán Garth y el propio líder Khaavahki la habían tendido una trampa, y esta se iba a llevar por delante a cuatro inocentes.

Desesperado

2 de febrero del año 1

Lugar desconocido, Kepler-442b

Robert y la sargento Ferrara regresaron al rover e iniciaron el camino de vuelta hasta el punto de extracción que el capitán había pactado con el piloto que los había llevado hasta allí. Ambos estaban satisfechos por el éxito de la misión, pero lo que habían descubierto en aquel poblado había conseguido que localizar la base de los rebeldes pasara a un segundo plano.

—Y ahora, ¿qué cree que se decidirá hacer con los rebeldes, capitán? —preguntó Ferrara.

—La verdad es que no tengo ni la menor idea —respondió Robert—. Informaremos al comandante y supongo que, junto con el subdirector Green y la capitana Mei, tomarán las decisiones que corresponda.

—¿Cree que lo dejarán estar? —preguntó.

—Es posible —reconoció él—, no los veo promoviendo un ataque frontal fratricida, la verdad.

—Pero no podemos permitir que sigan atacando nuestras bases y robándonos material.

—No, desde luego. Aunque ahora al menos los tendremos controlados. Quiero pensar que intentarán alguna salida diplomática con ellos.

—No creo que el capitán Garth admita una derrota de ese calibre —observó Ferrara.

—No, no lo hará —coincidió Robert—, pero si se busca una salida para que ellos puedan seguir su vida mientras nosotros seguimos con la nuestra, no creo que ocurra nada.

—¿Y cómo conseguiremos eso? Acabarán necesitando suministros y material.

—Intercambiándolos —dijo Robert—. Si el proyecto decide proveer a los rebeldes de todo lo que necesiten a cambio de que se mantengan al margen de las actividades oficiales, tal vez pueda venderse como un trato justo. Quizá el capitán Garth es más pragmático de lo que imaginamos.

—Sobre todo teniendo en cuenta que ya no tienen la baza de destruir la estación.

—Aunque ellos no lo saben todavía —sonrió Robert—. Pero debemos tener en cuenta que no sabemos si tienen aliados dentro.

—¿Y qué hay de lo que hemos encontrado en la aldea? —preguntó la sargento tras una breve pausa.

—No dejo de pensar en ello —reconoció el capitán—. Y me temo que será un grave obstáculo. Si los keplerianos se enteran de que un humano ha causado una matanza de ese calibre, supongo que querrán que se haga justicia.

—Y entonces tendremos muchos problemas.

—Algo me dice que vienen tiempos difíciles para la diplomacia —dijo Robert preocupado.

—¿Cree que eso puede afectar a la doctora Rhodes? ¿No está ahora mismo en un cónclave?

—Espero que no —dijo tras meditarlo—. De lo contrario, sería algo muy complicado de manejar. Los propios keplerianos pueden pensar que cualquiera de nosotros ha perpetrado esa barbarie.

—Supongo que para ellos todos somos iguales —razonó ella.

—Sí, y será difícil demostrar que ha sido el capitán Garth quien ha cometido los asesinatos.

Quedaba ya poca luz cuando llegaron a la zona de extracción. El tiempo había cambiado y estaba empezando a llover. También se había levantado algo de viento. Parecía que se avecinaba mal tiempo. Tuvieron que esperar un buen rato hasta que apareció el transporte. El piloto tomó tierra en un claro y descendió de la cabina.

—Capitán —saludó—. Supongo que no se han enterado…

—¿Enterarnos de qué, teniente? —respondió Robert.

—La doctora Rhodes, el doctor Kumar y los ingenieros Martínez y Gonçalves han desaparecido.

—¡¿Qué?! —exclamó Robert alarmado—. ¿Qué ha ocurrido?

—Me temo que no lo sé, capitán —se excusó el teniente—. Tan solo me han informado de lo que le acabo de decir.

—Encienda las comunicaciones de la nave, teniente —ordenó Robert.

—¿Y qué ocurre con los rebeldes? —preguntó él— ¿No interceptarán la señal y desvelaremos nuestra posición?

—Sabemos que los rebeldes no están cerca de esta posición —dijo Ferrara.

—De acuerdo —acató el teniente, volviendo a su cabina.

Tras un par de operaciones en el terminal de la nave, se asomó para avisar al capitán.

—Comunicaciones activas de nuevo.

Robert se sentó en el asiento del piloto del rover y llamó al comandante.

—Capitán —oyó decir al comandante Bauer al otro lado—, supongo por su llamada que ya está al tanto de los últimos acontecimientos.

—Sí, señor —dijo él—. ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sabemos a ciencia cierta —respondió el comandante—, pero esta mañana hemos perdido la señal de los cuatro de forma simultánea.

—¿Cómo es posible? —preguntó Robert.

—Creemos que alguien ha utilizado un inhibidor de frecuencia —explicó el comandante.

—Pero ¿qué ha pasado? —insistió.

—Estaban los cuatro en el templo de los Gaal-El, esperando a que les dieran paso al cónclave y, de repente, hemos perdido la señal de todos ellos a la vez.

—¿Qué estaba ocurriendo en ese momento?

—Eso es lo extraño, no estaba pasando nada en absoluto.

—¿Alguien se ha desplazado hasta allí ya? —preguntó Robert.

—No —dijo el comandante—. El subdirector creía que era mejor idea esperar un poco para

ver si se recuperaba la comunicación y lográbamos saber que era lo que había ocurrido.

—¿Creía? —preguntó Robert—. ¿Ya no lo cree?

—Acabamos de recibir noticias.

—¿Se han comunicado con ustedes?

—No, ellos no. Pero Yisht, la ayudante de la líder Wiikhaadiiz ofiz, ha contactado con nosotros para advertirnos de lo que ha ocurrido —explicó.

El capitán esperó tenso a que su superior continuara hablando.

—Se los han llevado detenidos, no sabemos a dónde —siguió por fin el comandante—. Al parecer, les han acusado de cometer una masacre en un pequeño poblado kepleriano.

—¡¿Qué?! —exclamó Robert—. ¡Pero eso es imposible! Hemos encontrado ese poblado y todo apunta al capitán Garth.

—Sí, somos conscientes de ello, capitán —dijo su superior.

—¿Quiénes los han detenido? —siguió Robert— Y, ¿cuándo se ha perdido la comunicación?

—Han sido los Khaavahki. Todo ha sido orquestado por su líder, Vaahur —dijo el comandante—. Hemos perdido la comunicación hace casi nueve horas. El subdirector está ahora mismo camino del poblado de los Gaal-El para intentar reunirse con el sumo sacerdote de los cultistas.

—¿Y a quién ha ordenado liderar el grupo de rescate? —preguntó Robert sin miramientos.

—Todavía no hemos decidido si enviaremos a alguien…

—¿Cómo? —exclamó perplejo—. Tenemos que enviar a alguien lo antes posible para seguir el rastro.

—El subdirector dice que la propia doctora Rhodes dio instrucciones de que nadie acudiera en su rescate si ocurría algo.

Robert se paró a pensar en los motivos que llevaron a Emily a solicitar tal cosa y en las posibilidades que tenían de actuar a esas alturas. Ferrara, que había presenciado la discusión desde el otro asiento delantero del rover, le miró con complicidad.

—¿Sigue ahí, capitán? —oyeron al comandante—. Espero que no esté pensando en cometer una estupidez que pueda desencadenar una escalada de violencia…

Robert no contestó.

—¿Capitán? —le llamó de nuevo el comandante—. Le prohíbo terminantemente realizar cualquier tipo de incursión dentro del territorio kepleriano.

—… siento… corta… comunica… niebla —farfulló Robert. Acto seguido cortó la comunicación.

Se recostó en el asiento del rover mientras decidía qué hacer. Si acudía al rescate de sus amigos, se arriesgaba a que le formaran un consejo de guerra por desobedecer una orden directa. Pero tampoco podía no hacerlo, Emily estaba en apuros. No podía quedarse con los brazos cruzados y esperar a que las cosas se solucionaran solas. Sabía a la perfección que Vaahur y Garth tenían algún tipo de vínculo y que todo esto obedecía a una estrategia de ambos para tomar el control de la sociedad kepleriana y, de paso, debilitar el proyecto.

—Tengo que encontrarlos —dijo al fin.

—Y yo voy con usted, capitán —le aseguró Ferrara con determinación.

—No. Estoy a punto de desobedecer una orden directa. Me arriesgo a un consejo de guerra. No puedo permitir que usted se vea arrastrada por mi irresponsabilidad. Vuelva a la estación en el transporte, yo me llevaré el rover.

—Con el debido respeto, capitán —dijo ella—. Si cree que después de ver su numerito con el comandante voy a quedarme de brazos cruzados mientras mis amigos están en peligro, se puede ir yendo a la mierda… señor.

A pesar de la gravedad de la situación, Robert no pudo evitar esbozar una ligera sonrisa ante la reacción de la sargento Ferrara.

—De acuerdo, sargento. En ese caso será mejor que nos demos prisa, tenemos que averiguar a dónde se los han llevado.

Robert ordenó al piloto que volviera a la estación sin ellos. Se justificó diciendo que todavía tenían cosas que investigar sobre la base rebelde y que volvieran a por ellos a la misma hora del día siguiente. Esperaba haber solucionado el problema para entonces. Tenían suministros de sobra dentro del vehículo blindado como para pasar otros dos días completos en el planeta. Robert se había sentido algo cansado hacía unos minutos, pero pensar que Emily y sus amigos podían estar corriendo un grave peligro fue suficiente para sacar fuerzas de donde creía que no las tenía.

—Ada —llamó Robert—. Mantén las comunicaciones operativas.

—¿Está seguro, capitán? —preguntó Ferrara—. Si pasamos por algún lugar cercano revelaremos nuestra posición.

—Sí. Pasaremos lo más lejos posible de la base de los rebeldes para evitar ser detectados. Además, tanto la actividad del rover como la de nuestros exotrajes está siendo filtrada por Ada, que engaña con datos falsos al dispositivo que los rebeldes tienen enviando información desde la estación.

—Pero no tenemos ni una sola pista de dónde pueden estar —dijo Ferrara—. ¿Cómo vamos a encontrarlos?

—Si han sido los Khaavahki, imagino que se los habrán llevado a su poblado o a algún puesto militar que hayan adecuado para retener a cuatro presos humanos.

—¿Cree que habrán utilizado los taser contra ellos, como la otra vez?

—Es muy probable, y para hacer ese tipo de preguntas he activado las comunicaciones —dijo Robert—. Ada, muéstranos las últimas imágenes de los visores de los cuatro rehenes.

—Claro, capitán.

—Han utilizado algún tipo de inhibidor —dijo tras revisarlas.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque las cuatro señales de sus trajes se cortan a la vez —explicó él—. O los atacantes tienen una sincronización perfecta, o han utilizado algún artilugio para aislar a los cuatro al mismo tiempo.

—Ada, ¿dónde está el rover en el que han ido? —preguntó Robert.

—Lo dejaron en las faldas de la cordillera donde se ubica el templo, en el poblado Gaal-El, detrás del lugar donde ustedes también pasaron una noche.

—¿Tienes conexión con él?

—Sí —dijo—. ¿Desea que haga algo?

—¿Has perdido la comunicación con el rover en algún momento del día? —preguntó Robert.

—Sí, esta mañana, unos cuarenta minutos después de perder la comunicación con Emily y los demás.

—Muéstrame a cámara rápida las imágenes desde que has perdido la comunicación con ellos hasta que has perdido la conexión con el vehículo —pidió él.

Ada hizo lo que le pedía el capitán hasta que este encontró lo que estaba buscando.

—¡Para! —exclamó—. Ponlo a velocidad normal.

En las imágenes de una de las cámaras del rover se veía cómo por delante de él pasaban decenas de soldados de infantería keplerianos armados con alabardas y equipados con cotas metálicas. También llevaban un par de carromatos cubiertos y algún artilugio de madera que no supieron distinguir. La marcha la cerraba un pelotón de caballería y un par de oficiales de campaña montados en sus respectivos *fhores*.

—¡Vaya! —exclamó Ferrara—. Parece que alguien se ha tomado muchas molestias en esta operación.

—Una compañía entera para detener a cuatro personas.

—Va a ser difícil abrirse paso —constató Ferrara.

—Tenemos que ser más inteligentes que ellos —dijo Robert pensativo—. Ada, ¿puedes hablar con Yisht?

—Claro, capitán.

—¿Sí? —oyeron a duras penas a Yisht al otro lado. Hablaba en susurros para no llamar la atención.

—Hola, Yisht —la saludó Robert—. Por desgracia, no disponemos de mucho tiempo para ser corteses ni preguntar banalidades. Ya imaginará el porqué de esta llamada.

—Claro, capitán —dijo ella, comprensiva—. He podido hablar con uno de sus líderes hace un rato.

—Lo sabemos, pero necesito preguntarle si sabe dónde han podido llevarlos.

—Lo siento, no lo sé —se lamentó ella—. La noticia ha llegado a través de un ave mensajera y, por desgracia, no tengo mucha más información que la que le he dado al señor Green.

—Pero seguro que usted está al tanto de cuál sería el procedimiento habitual en estos casos. Cuando los Khaavahki detienen a alguien, ¿a dónde se lo llevan?

—Imagino que a la Torre del Vigía —dijo tras pensarlo un instante.

—¿Torre del Vigía? —preguntó Ferrara.

—Sí. Es una enorme torre de piedra, la llaman así porque sobresale unos cuantos metros por encima de las copas de los árboles. Desde ahí se puede controlar la llegada de los Khol. Tiene fama de ser un lugar impenetrable dentro de la ya prácticamente inexpugnable población Khaavahki.

—Eso no parecen buenas noticias —comentó Ferrara.

—Si esa alimaña de Vaahur ha secuestrado a Emily y a Rakesh —dijo Yisht enfadada—,

supongo que los habrá llevado a su terreno para aplicarles uno de sus juicios farsa en los que él controla todo lo que ocurre.

—¿Conoce la torre? —preguntó Robert—. ¿Cuántos soldados hay o dónde están los calabozos?

—Solo he estado una vez allí —dijo ella—, así que no sabría decirle mucho al respecto. Tan solo sé que es la residencia del propio Vaahur y, si mal no recuerdo, creo que ninguno de los altos mando vive allí. Aunque, ahora que lo pienso, puede que los calabozos estén en la propia torre, pero no se encuentran en los pisos superiores, si no bajo tierra.

—Bien, eso nos ayudará bastante, supongo —dijo Robert—. Gracias por todo, Yisht.

—Tengan mucho cuidado —les pidió—, ese lugar es muy peligroso.

Robert exprimió al máximo el motor eléctrico del rover y no fueron pocas las veces que estuvieron a punto de caer por algún precipicio o empotrarse contra el tronco de un árbol. Incluso Ferrara le pidió que aminorara la velocidad para no tener un accidente y echar por tierra todos los esfuerzos.

—Ada, ¿puedes localizar al capitán Garth?

—No, capitán, lo siento —dijo ella—. Su exotraje no ha hecho uso de la infraestructura de la Asimov desde hace tiempo.

—Me lo imaginaba, pero tenía que intentarlo.

—Sin embargo, le interesará saber que un rover de los rebeldes utilizó hace un par de horas la señal GPS para dirigirse hasta el poblado Khaavahki.

—Eso es muy interesante —respondió Ferrara—. No puede ser casualidad.

—¿Algún vehículo más ha viajado hasta allí?

—No —respondió Ada—, solo ese.

—Bien, avísanos de cualquier movimiento que hagan.

—Por supuesto, capitán.

Continuaron a buena velocidad y, aunque el terreno y la abundante vegetación no les permitían alcanzar velocidades demasiado elevadas, Robert se esforzó al máximo para llegar lo antes posible. Tenían que rodear por completo la cordillera y llegar por la parte norte del poblado de los Khaavahki. Además, se alejaron todo lo que pudieron de la montaña para evitar que los rebeldes detectaran las comunicaciones del rover, así que fue una marcha bastante dura y angustiosa.

Cuando pasaron de largo la localización de la base rebelde y calcularon que ya no había peligro de que nadie los encontrara, Ada les indicó la ruta que había tomado el rover de los rebeldes y Robert siguió el rastro hasta casi la misma puerta de entrada en el poblado Khaavahki.

Antes de llegar a la fortaleza comenzaron a ver las pequeñas y humildes cabañas de los keplerianos menos afortunados que no podían residir en la zona más noble de la ciudad. Era entrada la noche y todo estaba a oscuras, no había un alma en la calle. La visión infrarroja les permitió ver el primero de los escollos.

—Yisht no nos dijo nada de una empalizada —murmuró Robert.

—Tiene por lo menos doce metros de altura —calculó Ferrara—. No podemos salvar esa altura con los propulsores del traje.

—Necesitamos una visión más global del lugar.

Robert soltó de nuevo los drones, esta vez con las comunicaciones abiertas para poder verlo todo en tiempo real. La ciudad era más grande de lo que parecía en un principio, y salvo las pequeñas cabañas del exterior de la empalizada, que estaban muy desperdigadas, el interior estaba repleto de construcciones de diferentes tamaños y alturas, de pasarelas entre árboles y otras estructuras de madera. Y había, como era de esperar, una fuerte presencia militar en todas partes, en especial en el perímetro de la empalizada que rodeaba la población.

Un pequeño río cruzaba el poblado y la empalizada se cortaba justo en esa zona, aunque se metía en el lecho del río para evitar la entrada de intrusos. Además, allí había más presencia militar, con dos puestos de vigía por cada una ellas.

La ciudad tenía tres entradas principales, una al norte, otra en el sureste y una tercera al suroeste. Al igual que la zona del río, había puestos de vigilancia en todas ellas. Al noroeste había una enorme estructura de piedra que, tal y como les había adelantado Yisht, sobrepasaba con creces la altura de las copas de los árboles, ya de por sí muy altos. Había otros edificios de piedra aledaños que por su aspecto parecían barracones para el ejército. Eso suponía que los alrededores de la torre, que se encontraba situada entre cuatro grandes árboles, estaba fuertemente custodiada.

—Parece que Yisht no nos engañaba —susurró el capitán—. La ciudad está bien protegida y la presencia militar es muy fuerte. Casi seguro que la han reforzado por las detenciones de Emily y los demás.

—Sí, parece lógico —asintió la sargento.

Los drones regresaron sin ser detectados y Robert los guardó en la mochila.

—¿Cómo vamos a entrar? —preguntó Ferrara—. Siguiendo el río parece la forma más adecuada de hacerlo, pero la zona está bien vigilada.

—Y recuerde que los keplerianos tienen una visión nocturna excelente, mucho mejor que la que tendríamos nosotros. Es posible que nos detecten aunque vayamos por debajo del agua.

—¿Escalando un árbol y saltando hacia la empalizada? —sugirió la sargento.

—No, demasiado complicado —rehusó Robert—. Creo que ya sé cómo vamos a hacerlo.

—¿Cómo?

—Por la puerta principal —anunció Robert, que comenzó a andar con paso decidido en dirección a la puerta norte.

El tiempo se acaba

3 de febrero del año 1

Prisión Khaavahki, Kepler-442b

Emily se despertó bruscamente. Había escuchado un ruido. Venía de abajo, de un nivel inferior. Estaba en su cama, de vuelta en Orlando. La luz de su habitación estaba encendida, pero fuera se intuía una oscuridad total. Salió de la cama, pero se notó extraña. Algo no encajaba allí. Llevaba puesto el exotraje. Salió de su habitación y se asomó al pasillo de la casa familiar. No había nadie. Oyó de nuevo un ruido que procedía de la primera planta. Era un roce metálico, similar al de las cerraduras antiguas. Se asomó a la escalera. Abajo solo había oscuridad.

De repente, la puerta de entrada se abrió y una súbita luz inundó la planta baja, cegándola. Cuando sus ojos se acostumbraron de nuevo, vio al causante de todo ese alboroto. Notó que sus ojos se clavaban en ella. Era Steven, su padre. Llevaba una maleta gris del proyecto Orfeo e iba vestido con la misma ropa con la que lo vio por última vez, hacía ya una eternidad. Sin embargo, había algo extraño en su rostro. Sus ojos no eran humanos, eran oscuros y demasiado grandes. Había visto esa mirada otras veces. Eran los ojos de un kepleriano.

Su padre salió de la casa sin decir una palabra. Cerró la puerta tras de sí con un portazo y todo se sumió de nuevo en la más absoluta oscuridad. Emily intentó encender las luces pero no funcionaban. Probó con su exotraje, pero todo continuó a oscuras. Encontró el pasamanos de las escaleras y bajó poco a poco a tientas, temerosa de trastabillar y caerse. Llegó abajo y extendió los brazos mientras avanzaba a ciegas por el piso inferior. Encontró la puerta, buscó deprisa la manilla y la abrió. Afuera todo estaba también a oscuras. Sin previo aviso, dos regueros de fuego se encendieron en el suelo y se extendieron hacia adelante, mostrándole un angosto pasillo de piedra que se perdía en el horizonte.

Emily avanzó por aquel camino, iluminado gracias a las doradas llamas que recordaban a las que Waafdiv había encendido en el templo Gaal-El. Anduvo durante un rato hasta llegar a un recodo que giraba hacia la izquierda. Vio cómo la misteriosa figura desaparecía al final del pasillo, en otra curva, esta vez a la derecha. Tuvo que acelerar el paso para poder seguir el ritmo de aquella sombra, que a duras penas distinguía a lo lejos. Cuando llegó a la siguiente curva se percató de que los dos regueros de fuego, al igual que el túnel, acababan unos metros más adelante. Al otro lado le esperaba la nada, la inmensidad del espacio. De repente, comenzó a flotar sin control. La gravedad había desaparecido de nuevo.

La minúscula figura parecía huir de ella, lejos, ya en el espacio exterior. Emily se encontró de nuevo en medio del firmamento. Se giró, pero ya no había ningún pasadizo a sus espaldas. Unas estrellas llamaron su atención. Brillaban con más intensidad que las demás, incluso parecían seguir algún tipo de patrón. No reconoció ninguna constelación concreta, aunque la astronomía nunca había sido su fuerte.

De repente, tal y como había sucedido otras veces, Emily sintió la presencia de algo descomunal que la atraía sin remedio. Reconoció la imponente y redondeada figura del agujero

negro. No pudo resistirse a su atracción. La fuerza gravitatoria del agujero comenzó a absorberla hacia su interior y sintió cómo su cuerpo se deformaba hasta convertirse en un alargado y fino espagueti.

Entonces se despertó de verdad, de vuelta en la oscura celda en la que Vaahur la había encerrado.

Emily se sentó en el inmundo suelo de la celda y se apoyó contra la pared. Se había quedado dormida mientras pensaba en su situación. No sabía cuánto tiempo había pasado desde que llegaron a aquel infausto lugar. No sabía dónde se encontraban sus compañeros ni en qué estado. Quizá ni siquiera supieran que habían sido condenados a muerte. ¿De verdad eran aquellas las últimas horas de sus vidas?

«¿Así es cómo va a acabar todo esto? —pensó sin derramar una sola lágrima—. ¿Cruzar la inmensidad del espacio para terminar así el viaje, a millones de kilómetros de nuestro hogar? No es justo».

Un súbito ruido metálico la sacó de su introspección. Alguien abrió la puerta de la celda, aunque todo seguía a oscuras.

—Emily —oyó a alguien que susurraba.

Tuvo que encender el visor de su traje para poder encontrar una cara conocida al otro lado de la puerta. Era Liikmi, el ayudante del sumo sacerdote Gaal-El.

—¡Liikmi! —exclamó—. ¿Qué demonios haces tú aquí?

—He venido a sacarla de aquí —susurró él—. Pero no hay tiempo que perder, tendrá todas las explicaciones en cuanto estemos fuera.

Emily no perdió ni un instante. Se levantó del suelo y salió de la celda. Le sorprendió que hubiera un soldado kepleriano con él.

—Tranquila, este es Avmup, es de los nuestros —le dijo Liikmi—. Nos ha ayudado a preparar toda la operación.

—Vamos, no disponemos de mucho tiempo hasta que alguien se entere de lo que estamos haciendo —apremió aquel soldado.

—¿Y el resto de mis amigos? —preguntó Emily.

—¿Qué amigos? —preguntó Avmup.

—He llegado con otros tres humanos —susurró Emily.

—Eso no estaba previsto. —El soldado se giró para mirar a Liikmi—. No tenemos tiempo para más, nos estamos arriesgando mucho.

Emily se detuvo en seco.

—No me iré sin mis amigos.

—¿Qué? —dijo el soldado—. ¿Está loca? Le recuerdo que quedan unas pocas horas para que la ejecuten.

—Me da igual, no pienso dejarlos aquí —insistió ella con seguridad—. Si no nos vamos los cuatro, será mejor que me dejéis aquí.

Liikmi vio que Emily hablaba en serio y se giró para mirar al soldado.

—Tenemos que hacerlo, Avmup —le pidió.

Avmup calculó el riesgo, pero al ver que no había ninguna posibilidad de convencerlos, se rindió lanzando un prolongado suspiro mientras negaba con la cabeza.

—Esto va a ser muy peligroso —dijo—. Y supondrá revelar mi coartada, tendré que irme con ustedes.

—¿Dónde están los otros prisioneros? —preguntó Liikmi.

—No lo sé —dijo Avmup.

Liikmi se giró hacia Emily.

—¿Vuestra tecnología puede encontrarlos?

Emily miró su visor para comprobar el estado de las comunicaciones.

—No —respondió—, algo o alguien está bloqueando nuestros trajes.

—No nos queda más remedio que revisar una por una todas las celdas de la planta —determinó Avmup.

—Pero ¿y los guardias? —preguntó Emily.

—Digamos que les han traído unos barriles de arborumel con un ingrediente secreto: narcóticos —sonrió Avmup—. De momento estamos a salvo, pero solo en esta planta y por tiempo limitado. Ustedes revisen las celdas mientras yo aguardo aquí por si baja alguien a husmear.

Emily y Liikmi dejaron a Avmup junto a las escaleras de caracol y se dispusieron a registrar todas las celdas de la planta. Se repartieron por los dos pasillos y fueron abriendo los ventanucos de las puertas. La mayoría estaban vacías, pero en algunas había algún kepleriano dormido, ajeno a la fuga que se fraguaba en el exterior.

Emily dobló por uno de los pasillos; había muchas más celdas de las que suponía. Aquel lugar era enorme. Casi había perdido la esperanza de encontrar a alguien cuando vio una figura que parecía vestir con un exotraje.

—¡Avmup! —gritó en un susurro.

El soldado no la oyó, así que memorizó el camino y se dirigió de nuevo hacia la escalera de subida. Al dar la curva a toda velocidad no tuvo tiempo de ver que Avmup estaba charlando con otro militar, que se quedó mirándola sin reaccionar, incapaz de entender lo que estaba ocurriendo. Cuando comprendió que una de las prisioneras había escapado, hinchó los pulmones para dar la voz de alarma, pero justo en ese instante un golpe seco resonó en el pasillo. Avmup había partido un enorme madero en el cráneo del militar, que se desplomó en el suelo.

Ambos se quedaron petrificados con el estruendo que acababan de provocar. Permanecieron quietos durante un par de minutos, esperando escuchar pasos en la escalera o que alguien diera la voz de alarma. Pero nada de eso ocurrió y los dos pudieron respirar tranquilos. Ya con las llaves en la mano, Emily regresó a la celda donde había visto a uno de sus amigos. La abrió. Era Rakesh, acurrucado en una de las esquinas. Parecía dormir.

—Rakesh —llamó sin hacer demasiado ruido.

Al ver que este no reaccionaba, se acercó y lo zarandeó.

—¿Qué ocurre? —dijo él, todavía somnoliento.

—Rakesh, hemos venido a sacarte de aquí.

—¡Emily! —exclamó—. ¡Que alegría verte! ¿Qué ha pasado?

—Vamos, ya habrá tiempo para explicaciones más adelante —urgió ella.

Revisaron el resto de celdas pero no encontraron ni rastro de Paula ni de Gorka. Se reunieron con Liikmi y Avmup, que se las habían apañado para ocultar el cuerpo del kepleriano y estaban limpiando los restos de sangre del suelo.

—No hemos encontrado a nuestros otros dos amigos —dijo Emily—. ¿Sabéis dónde pueden estar?

—Lo más seguro es que estén en la planta superior —supuso Avmup—. Y eso es un problema, porque sigue operativa.

—¿No puedes hacer lo mismo para eliminar a los guardias? —preguntó Emily.

—No, no nos queda alcohol, ni tampoco somnífero. Me temo que tendremos que improvisar algo para poder sacar a vuestros amigos de allí arriba.

—Lo primero es saber cuántos guardias hay y dónde están situados —sugirió Liikmi.

—Eso me temo que solo lo podré hacer yo —dijo Avmup.

Desapareció escaleras arriba. Regresó poco después. Parecía tranquilo.

—Hay dos guardias en dos celdas casi contiguas —dijo—. Imagino que vuestros amigos estarán en ellas.

—¿Solo hay dos? —preguntó Liikmi—. Eso es muy buena noticia.

—Sí, pero no será tan sencillo —respondió Avmup—. La mala noticia es que en esa planta están también los barracones de los guardias, así que habrá al menos una docena de soldados durmiendo. El que acabamos de derribar era el sargento que se ocupaba de gestionar toda la planta de arriba. Puede que los dos guardias que están despiertos se empiecen a preguntar qué ha pasado con él.

—Bien, ¿y cómo nos libramos de ellos? —preguntó Liikmi.

—No lo sé —reconoció el soldado—. Esos dos son casi el doble de grandes que yo.

—¿Sabes si hay alguna tecnología humana aquí abajo? —preguntó Rakesh—. A Gorka lo inmovilizaron con un aparato que emite descargas. Podríamos utilizarlo con los guardias sin meter demasiado ruido.

—Bien pensado —lo felicitó Emily—, seguro que alguien ha guardado un taser por si nos pasábamos de la raya.

—No lo sé —se encogió de hombros—. ¿Qué aspecto tiene?

—Un aparato pequeño, de color amarillo —explicó Emily—. Se coge con una mano y es más o menos de este tamaño. —Separó las manos para mostrarles cómo de grande era.

A Avmup se le iluminó la cara de repente, entró en una de las estancias que había al lado y salió triunfante con un taser.

—¿Es esto? —preguntó victorioso.

—¡Sí, eso es! —exclamó Emily—. ¿Cómo lo has encontrado tan rápido?

—Me he fijado en él cuando hemos ocultado el cuerpo del sargento —explicó—. Me ha parecido que tenía un color muy extraño.

—Bien, ¿y ahora? —preguntó Liikmi.

—¿Qué os parece si Avmup me lleva al piso de arriba como si estuviera todavía cautiva? —

sugirió Emily—. Podría argumentar que el sargento le ha ordenado mover a los dos prisioneros de abajo.

Avmup se paró a pensar.

—Y mientras yo distraigo a un guardia, usted se encarga del otro —dijo él—, podría funcionar.

—¿Y nosotros qué hacemos? —preguntó Rakesh.

—Vosotros esperad aquí —dijo Emily—. Liikmi, podrías ponerte ropa de militar, por si a alguien más se le ocurre bajar.

Emily y Avmup se dirigieron a la planta de arriba. Emily llevaba las manos a la espalda, aunque sueltas y ocultando el taser. Avmup se asomó con cuidado para asegurarse de que nadie se había despertado en el barracón. Cuando vio que todo estaba en calma le hizo un gesto a Emily para que subiera.

Ella se puso delante de Avmup y se dirigieron al pasillo donde dos fornidos guardias conversaban de manera distendida. Cuando Emily y Avmup aparecieron por la esquina, ambos se giraron sorprendidos de ver a alguien a esas horas de la madrugada. Uno incluso se llevó la mano al mango de su maza con intención de sacarla. Solo cuando vio a Avmup detrás de ella pareció calmarse.

—Tengo órdenes de trasladar a los dos presos a esta planta. ¿Qué celdas hay libres? —preguntó al soldado más alejado.

—Déjame ver. Creo que aquí hay una.

Emily estaba nerviosa. Aunque era más alta que los dos guardianes, el tamaño de sus hombros era bastante intimidante.

—Vigila a la extranjera —le pidió Avmup al primer guardia mientras se adelantaba hacia el segundo.

El soldado miró a Emily con cara de pocos amigos, evaluando la escasa amenaza que representaba.

—¿Qué demonios miras? —le espetó mientras golpeaba el casco del exotraje.

Emily, que apenas sintió el golpe, esperó con paciencia a que Avmup llegará a la altura del otro guardia.

—Esta parece estar vacía —señaló el soldado.

—Bien, ábrela, por favor —le pidió Avmup.

Todo ocurrió en un instante. El guardia abrió la puerta y Avmup lo empujó con todas sus fuerzas hacia el interior de la celda vacía. El soldado, que no se lo esperaba, cayó dentro con un sonoro golpe contra el suelo. Emily separó las manos de detrás de la espalda, llevó el taser hasta el brazo derecho del guardia y apretó el botón. No pasó nada. Emily se quedó perpleja y volvió a apretar el gatillo del taser. Mismo resultado. El guardia miró con incredulidad lo que ocurría.

La reacción no se hizo esperar. El guardia, mucho más corpulento que Avmup, apartó de un potente empellón a Emily, que cayó trastabillando hacía atrás y se dio un golpetazo contra la pared que la hizo soltar el taser. Acto seguido se abalanzó sobre Avmup, que intentaba cerrar la celda con llave. Llevaba tanta carrerilla que lo empujó con todas sus fuerzas y lo lanzó por los aires. El golpe fue sordo y la caída nada buena.

Emily, que se había quedado en el suelo aturdida por la violencia del impacto, observó el taser tirado en la piedra del pasillo. Entonces reparó en aquella pequeña muesca del aparato y se percató de su error: «¡No lo has encendido, idiota!».

Se levantó deprisa del suelo, recogió el taser y lo encendió. Mientras el guardia agarraba en el suelo al pobre Avmup, que todavía no se había recuperado del violento atropello que acababa de sufrir, Emily cogió carrerilla y se lanzó contra él. El impacto fue tremendo, el guardia perdió el equilibrio y cayó rodando por encima de un atontado Avmup. Emily logró a duras penas mantener el equilibrio después del encontronazo, pero por lo menos consiguió mantener el taser en la mano. El zumbido que emitía el aparato indicaba que ya estaba listo para usar, así que se acercó al fornido kepleriano y le aplicó una buena descarga. El guardia comenzó a tener espasmos cuando la corriente eléctrica atravesó su cuerpo.

Al mismo tiempo, el guardia encerrado empezó a gritar.

—¡Sácame de aquí! —dijo—. ¡Maldito traidor!

—¿Qué hacemos con este? —preguntó Emily mientras ayudaba a levantarse a Avmup—. Va a despertar a los demás.

—Solo quería ganar algo de tiempo y he improvisado —dijo él mientras se acariciaba las zonas doloridas de su cuerpo—. ¿Ese aparato puede disparar más veces?

—Creo que sí.

—Bien. —Avmup cogió la pistola eléctrica—. Te sacaremos de ahí, pero estate quieto, ¿vale?

—Vale —oyeron desde el interior de la celda.

Avmup volvió a abrir la celda y antes de que el guardia pudiera decir o hacer nada, apretó el gatillo del taser, provocando en él los mismos espasmos que a su compañero.

—Parece que vuestra tecnología funciona muy bien. —Miró con satisfacción el pequeño aparato de color amarillo.

—No tenemos mucho tiempo antes de que estos dos recuperen la movilidad —advirtió Emily —. Abramos las celdas.

Primero sacaron a Paula, a la que le faltó poco para lanzarse a los brazos de Emily.

—¡Sacad a Gorka! —pidió nada más verse libre.

Avmup abrió la celda de Gorka, que no salió tan rápido como su compañera. Además, la propia Paula dificultó la salida, ya que se adelantó a los demás y corrió a comprobar su estado.

—¿Cómo estás? —le preguntó—, ¿te duele algo?

—Estoy bien —le aseguró—, pero me va a estallar la cabeza.

—¿Y el traje? —le preguntó Emily.

—Los servos no funcionan —respondió mientras se movía con algo de dificultad—. Y ahora mismo no veo nada. Creo que me ha pasado lo mismo que te pasó a ti.

—¿Tenéis oxígeno? —preguntó Emily.

—Sí —confirmó Paula.

—Sí, pero no sé cuánto me queda —apuntó Gorka.

—Lamento interrumpir —dijo Avmup—, pero tenemos que marcharnos.

—Sí, vayámonos de aquí —les urgió Emily—. Rakesh y Liikmi nos esperan arriba.

Tuvieron que ayudar a Gorka a mover el traje sin energía. La distancia entre la celda y la escalera parecía demasiado grande para la prisa que tenían. En cualquier momento un soldado podía despertarse, o cualquiera de los guardias abatidos podrían comenzar a espabilarse y pedir ayuda. Además, empezaban a oírse las voces de otros presos, que intuían que algo estaba pasando.

—Emily —dijo Paula—. Ayúdame a llevarlo a cuestas.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —preguntó Emily.

—Por la planta de abajo —dijo Avmup.

—¿Por abajo? —preguntó extrañada.

—Sí.

—¿Soy el único que no entiende lo que dice ni sabe con quién habláis? —dijo Gorka, al que la falta de energía mantenía incomunicado.

Entre las dos, y gracias a la ayuda de los exotrajes, llevaron a Gorka con relativa facilidad. En un minuto estaban en las escaleras de caracol. Abajo les esperaban Liikmi y Rakesh, sin novedades.

—Seguidme por aquí —ordenó Avmup.

Les condujo a través de un pasillo hasta una pequeña cámara en la que se guardaban aparejos de tortura, materiales propios de un verdugo y otros utensilios que pusieron los pelos de punta a los recién liberados. Las manchas de sangre y vísceras keplerianas les contaban historias sobre el dolor y el sufrimiento que los reos de aquella fortaleza habían sufrido durante siglos. El soldado infiltrado se situó delante de la única pared en la que no había ninguna máquina de tortura. Todo allí estaba a oscuras, por lo que nadie reparó en tres pequeños agujeros que horadaban una de las piedras. Avmup introdujo tres de sus cuatro garras en ellos y un sonoro crujido se oyó en la estancia.

Empujó la pared, que resultó ser una puerta, y un enorme pasadizo de piedra se mostró ante ellos. Uno tras otro entraron en aquel oscuro pasaje, que apenas les permitía avanzar en fila de a uno. Liikmi tomó la delantera y Avmup se quedó en último lugar para cerrar el pasadizo a su paso. Emily, que había ahorrado algo de energía, encendió la luz de su casco. Gorka pudo por fin ver algo y comprobar que todo estaba bien en sus ojos, ya que no había visto nada desde que se desmayó en el templo Gaal-El.

—¿Qué es eso? —se sorprendió Avmup ante luz artificial.

—Los humanos no vemos a oscuras —le explicó Emily—. Necesitamos luz artificial.

Avmup parecía impresionado.

—Tenemos unos cuantos kilómetros de travesía hasta el exterior —informó Liikmi—, espero que no tengáis miedo a los espacios pequeños. ¿Podéis moveros con normalidad?

—Yo no muy bien —reconoció Gorka con un hilo de voz después de que Paula le tradujera la pregunta.

—De acuerdo, intentaremos ir todos a su paso —propuso Liikmi—. Eso hará la marcha más lenta, pero supongo que es mejor ir juntos para no perdernos.

—¿Perdernos? —preguntó Rakesh, que iba el segundo en la fila— Si esto es solo un

pasadizo.

—Luego saldremos a una compleja serie de cuevas y cavernas que conectan a su vez con otros —le explicó Liikmi.

Emily no pudo reprimir una sensación de *deja vu*. Ese pasadizo se parecía mucho al de la pesadilla de la que había despertado hacía solo un rato. Aun así, trató de quitárselo de la cabeza y prestar atención a lo que pasaba delante de ella.

—¿Por qué hay un pasadizo secreto en una fortaleza Khaavahki? —preguntó Rakesh.

—La torre del vigía tiene miles de años. Se construyó antes de la Gran Revuelta —contó Liikmi—. Su arquitecto fue un notorio Khapabir que profesaba una profunda fe en el culto Gaal-El. Cuando diseñó la fortaleza, el líder Khaavahki de aquellos días le solicitó una vía de escape oculta. De esa manera podrían evacuar a los que allí residían en caso de un ataque de los Khol. Sin embargo, el líder Khaavahki falleció antes de que la fortaleza estuviera terminada. Con el paso del tiempo, la fortaleza y la torre fueron ampliadas en varias ocasiones, pero nadie sabía ya de la existencia del pasadizo.

—¿Y por qué vosotros sí? —preguntó Rakesh.

—Como sabrá, los Gaal-El somos los guardianes del conocimiento de los keplerianos —explicó Liikmi—. Y, como ya le he dicho, el arquitecto profesaba una gran fe por nuestro culto. Así que él mismo se encargó de que los planos del diseño original fueran guardados en la biblioteca Gaal-El. Por suerte para todos ustedes, las remodelaciones de la fortaleza realizadas a posteriori solo afectaron a la parte superior, por lo que las mazmorras y este túnel de escape han permanecido sin modificaciones desde su construcción.

—Siento mucho interrumpir vuestra clase de historia —dijo Paula—. Pero me empieza a preocupar la cantidad de oxígeno que nos queda en los trajes.

—¿Cuánto te queda? —preguntó Emily.

—Un veinte por ciento. Unas cuatro horas.

—A mí me queda un dieciocho por ciento —dijo Emily.

—Yo no sé cuánto me queda —respondió Gorka preocupado.

Rakesh guardó silencio.

—¿Y a ti, Rakesh? —preguntó Emily.

—No os preocupéis por mí —respondió con tranquilidad—. Sigamos adelante, lo importante es salir de aquí.

Emily supo que Rakesh apenas tendría ya reservas. Un hombre de mediana edad como él consumiría más oxígeno que alguien de la talla de Paula. Tenían que salir de allí como fuera, y tenían que hacerlo ya.

Avanzaron durante muchos minutos, en los cuales comprobaron que el pasadizo por el que se desplazaban no era del todo recto, sino que serpenteaba un poco y de vez en cuando giraba hacía la izquierda. Luego, el túnel se acabó. Llegaron a una enorme cueva con un gran agujero en la parte derecha, a cuarenta o cincuenta metros de altura, muy lejos de su alcance. Por la abertura entraba la tenue luz de las estrellas que les indicaba que seguía siendo de noche. Un pequeño arroyo que, a buen seguro, tuvo algo que ver en la formación de la cueva, zigzagueaba en la parte central inferior de la misma.

El terreno se hizo más irregular en aquella zona, hasta el punto de que tuvieron que ayudar a

Gorka a moverse, a pesar de que él ponía todo de su parte para avanzar con un traje sin suministro eléctrico. Pero su gasto de oxígeno se iba a incrementar demasiado por el esfuerzo extra que le suponía, así que Emily y Paula se organizaron y lo llevaron de vez en cuando en volandas para que pudiera descansar un poco y ahorrar oxígeno. Cruzaron la cueva y llegaron al otro lado de la hondonada, de donde partían decenas de pequeñas cavidades. Siguieron las indicaciones de Liikmi y Avmup, que parecían conocer bien el lugar y habían asumido el liderazgo.

—¿Cuánto queda para salir al exterior? —preguntó Rakesh.

—Nos falta aún un buen trecho —dijo Avmup.

Rakesh guardó silencio, pero de repente se detuvo hasta que Emily estuvo a su altura.

—Por lo que pueda ocurrir —le dijo—, quiero que sepas que ha sido un honor trabajar contigo.

—¿De qué estás hablando, Rakesh? —preguntó ella asustada.

—No quiero que te culpes de nada de lo que ha pasado —continuó, sin hacer caso a la pregunta—. Has actuado siempre de forma correcta y debes continuar trabajando duro, tal y como lo hemos hecho durante estas semanas. Estos han sido los mejores días de mi vida.

—Rakesh… —A Emily se le empañaron los ojos—. Todavía estamos a tiempo de salir de aquí y pedir ayuda.

Acto seguido, el traje de Rakesh se abrió por completo, dejándole expuesto a la atmósfera del planeta. Él abrió mucho la boca para poder respirar. Para sorpresa de todos, incluido él, inspiró una bocanada de aire. Notó algo en la garganta y carraspeó.

—Creo que estoy bien —dijo con dificultad—. Me cuesta más respirar… pero creo… que puedo continuar.

Emily suspiró de alivio. Quizá las condiciones no fueran tan peligrosas como Chad y Taro pensaron en un principio.

—¿Quieres que te lleve a horcajadas? —le preguntó.

—No… no… —tosió—. Puedo continuar.

Rakesh acababa de experimentar el cambio de atmósfera, pero también había perdido la asistencia del exotraje, así que decidieron bajar el ritmo para evitar que se tuviera que esforzar demasiado. Por si fuera poco, también se había quedado sin calzado, ya que el mono negro que utilizaban debajo no estaba pensado para caminar en el exterior.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Emily.

—La verdad… es que me encuentro muy bien —dijo él con dificultad y tosiendo al hablar—. Pensaba que… sería peor. De hecho, este lugar huele… a limpio.

—¿Que tal vas tú, Gorka? —preguntó Paula.

—Bien —respondió de forma escueta.

Tras recorrer algunos cientos de metros entre rocas y estalagmitas llegaron a un lugar en el que su única salida era de nuevo meterse en un túnel muy parecido al anterior, pero en este caso excavado en roca viva. Los antiguos keplerianos debían de haber invertido mucho tiempo y esfuerzo en horadar aquel angosto pasadizo. Al principio se notaba mucha humedad en las paredes, pero según avanzaban, la humedad decrecía y se notaban mejor las cicatrices que las

herramientas primitivas de los keplerianos habían provocado a la montaña. Rakesh seguía respirando con dificultad, hasta el punto de que su ronquido se hizo constante. Emily lo examinó de cerca con la luz de su visor.

—Estoy… bien —le dijo con algo de esfuerzo—. Puedo… seguir.

Pero sus pupilas estaban dilatadas y tenía la mirada perdida.

—¡Rápido! Tenemos que salir de aquí —urgió cogiéndolo en volandas.

Todos intentaron apresurar el paso, pero Gorka no podía seguir ese ritmo.

—¡Sigan ustedes! —dijo Liikmi, que se quedó con Paula y Gorka.

Se dieron toda la prisa que pudieron dada las malas condiciones del terreno. Emily trató de que Rakesh no perdiera el conocimiento.

—No te duermas, Rakesh —le dijo con tono desesperado—. ¡Quédate conmigo!

Unos minutos después, Emily se dio cuenta de que ya no tosía y su cabeza no se sostenía por sí sola. Lo colocó en el suelo y examinó sus constantes. Eran débiles, pero todavía respiraba. Volvió a cargarlo, pero tuvo que parar de nuevo unos pocos metros después. Su cuerpo estaba inerte y le resultaba muy difícil llevarlo a cuestas. Volvió a examinar sus constantes.

Era demasiado tarde.

—No… Rakesh… —sollozó Emily mientras sujetaba la cabeza de su compañero entre sus brazos—. Ha sido todo culpa mía. No debí dejaros venir conmigo. Y ahora… te has ido…

—Lo siento mucho —dijo Avmup—. No era consciente de este problema. De haberlo sabido quizá hubiera podido traer algunas plantas medicinales.

Pensó en hacerle la reanimación, pero qué sentido tenía alargar lo inevitable. Sin suficiente oxígeno, las posibilidades de una hipoxia eran demasiado grandes. Si no salían pronto de allí ese sería el destino que correrían todos, incluida ella misma. Habían conseguido escapar de la sartén, pero habían caído de lleno en las brasas.

—No podemos respirar este aire —dijo Emily con lágrimas en los ojos—. No creo que vuestras plantas nos ayudaran demasiado.

—Bueno, parecía que le faltara el aire —dijo él—. Creo que los Wiikhaadiiz ofiz conocen algunas hojas que nos permiten subir a grandes montañas, donde el aire es diferente.

—Aun así, ya es tarde para él —susurró Emily—. Y es posible que también sea tarde para todos nosotros.

—De cualquier manera —dijo Avmup—, lo siento de veras. Parecía un buen hombre.

—Lo era —afirmó desconsolada—, era un ser extraordinario.

Unos pocos minutos después aparecieron el resto de los compañeros, con Liikmi a la cabeza y Paula, unos pocos metros por detrás, ayudando en todo lo posible a Gorka.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Liikmi al llegar.

Avmup le hizo un gesto para explicarle la situación.

—Lo lamento mucho —dijo—. Sé lo que es perder a un amigo y compañero.

—Gracias, Liikmi —respondió Emily—, pero será mejor que nos demos prisa si no queremos que esto se repita.

Paula se derrumbó en cuanto fue consciente de lo que había ocurrido. Pero, a pesar de la

tristeza del momento, todos tenían clara la urgencia. Debían salir de allí cuanto antes. Así que, sin tiempo para llorar por su compañero, continuaron con su camino. Emily recogió el cuerpo de Rakesh y Paula hizo de apoyo para que Gorka avanzara.

Emily revisó la cantidad de oxígeno que le quedaba a su traje: menos del cinco por ciento. Eso suponía que Paula tendría un poco más, pero la situación de Gorka era un misterio… Él había pasado mucho tiempo inconsciente, lo más seguro es que su respiración fuera más pausada durante todo ese tiempo. Pero temía que el esfuerzo extra que suponía mover el traje sin energía pudiera haberle hecho gastar gran parte de sus reservas. Por desgracia, no tardó demasiado en hallar la respuesta. El traje de Gorka se abrió por completo.

—No, no —exclamó Paula mientras lo ayudaba a mantenerse de pie—. Gorka… no…

—Tranquila… —dijo respirando con dificultad— No tengo miedo… a lo que se nos viene encima.

—No hables —le dijo Emily—. Ahorra energía. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Retomaron la marcha, esta vez a un ritmo mucho mayor. Paula llevó en su espalda a un Gorka que empezaba ya a toser y a notar problemas en su garganta.

—Ya no queda mucho —anunció Avmup—. Aguantad.

Emily no pudo dejar de pensar que, aunque salieran de allí, todavía tendrían que intentar contactar con la Asimov. Para cuando los recogieran, probablemente ya fuera demasiado tarde. Solo le quedaba un uno por ciento de oxígeno.

—Ada —llamó Emily mientras continuaba detrás de Avmup—, quiero grabar un mensaje para el subdirector.

—Cuando quieras —respondió la IA.

—David, si estás oyendo esto es que no lo hemos conseguido, pero no quiero que te sientas triste, y tampoco quiero que te culpes por lo que ha pasado. Hemos llegado hasta donde hemos podido, pero no me arrepiento de ninguna de las decisiones que he tomado. Lo que más lamento es no haber podido encontrar un lugar donde podamos comenzar todos de nuevo. Quizá lo más coherente sea reiniciar la misión lejos de los keplerianos, sin interferencias. Tal vez hayamos sido demasiado arrogantes al pensar que podríamos manejar la política kepleriana por nuestra cuenta. Os deseo la mejor de las suertes en vuestro cometido.

»Creo que nunca te he agradecido todo lo que has hecho por mí desde que mi padre se fue. Sé que te prometiste no perder a otro Rhodes, pero no quiero que eso te aflija. Me iré de aquí en paz conmigo misma y con todo lo que dejo detrás. Has sido siempre como un padre para mí, y te agradezco todos tus consejos y toda la ayuda que nos brindaste a mi abuela y a mí. Gracias de todo corazón.

Emily guardó silencio durante unos instantes.

—Ada —dijo después—, quiero grabar un mensaje para Robert.

—Adelante.

—Robert —comenzó con lágrimas en los ojos—, jamás pensé que tendría que grabar un mensaje como este. Me temo que al final no podré ver esa granja tuya. Pero no estés triste por mí, espero que al menos tú sí que consigas verla hecha realidad. Los keplerianos han demostrado ser un pueblo libre, aunque vivan bajo la constante amenaza de una raza superior. No deseo que nadie comience una escalada violenta en mi nombre, veo mucho de nosotros en ellos, y creo que

tienen todo el derecho a dudar y a defenderse de nosotros. Además, sé a ciencia cierta que ambas especies están condenadas a entenderse. Son los Khol los que deberían ser el objetivo de nuestras iras.

»Me voy tranquila, triste por no poder haber conseguido lo que necesitábamos, por no haber podido compartir más tiempo contigo, mi amor. Pero también me voy feliz por haber llegado hasta aquí, donde ningún otro ser humano había llegado antes. Y, sobre todo, me voy feliz por haberte conocido, por haber podido compartir contigo un pedazo de mi corazón. Cuídate, Robert, y cuida de todos los demás. Siempre te llevaré en mi corazón. Te quiero.

Sus lágrimas atravesaron sus mejillas hasta llegar al borde de su barbilla. Acabadas las despedidas, Emily decidió intentar luchar una última vez por su vida.

—Ada —dijo con serenidad—, envía estos mensajes si consigues recuperar las comunicaciones y yo ya no estoy aquí.

—De acuerdo, Emily.

Su medidor llegó al cero por ciento. Pudo dejar el cuerpo de Rakesh en el suelo antes de que su traje se abriera por completo.

—Emily… —murmuró Paula.

—Está bien —dijo ella, respirando con cierta dificultad—, intentemos… salir de aquí, al menos. Me gustaría poder respirar el aire del exterior antes de que la hipoxia me lleve.

—Estamos ya —anunció Avmup, aunque Emily ya no pudo entender nada de lo que decía.

—Liikmi… —dijo, tosiendo y respirando con dificultad— prométeme… que volveréis a por Rakesh… y el material que estamos dejando atrás.

Paula se encargó de realizar la traducción por ella.

—Prometido —dijo él con una sentida reverencia. Se le notaba afligido al verla tan frágil.

—Entregárselo todo… a nuestro pueblo.

Liikmi asintió con la cabeza a esa última petición.

—Y ahora… salgamos de aquí. Quiero… sentir la brisa una última vez.

Cuando se quisieron dar cuenta, Avmup había desaparecido. Sin embargo, ya daba igual, estaban condenados. Liikmi ayudó como pudo a Emily, pero Paula pronto tuvo que despedirse también de la protección de su traje.

Fue en aquel momento, con la esperanza perdida, cuando por fin vieron cómo las primeras luces de la mañana asomaban por un pequeño agujero en la roca. Acababan de llegar a la salida de aquel funesto lugar. Salieron por la abertura y Emily pudo ver por primera vez la belleza del planeta con sus propios ojos, sin ningún tipo de filtro o barrera. El color morado del amanecer se tornó enseguida en unos preciosos tonos azules y verdes, como si de una aurora boreal se tratara.

—¡Guau! —exclamó Gorka, que se esforzaba por respirar.

—¡Es precioso! —susurró Paula con lágrimas en los ojos.

El aire del planeta llenaba por primera vez sus pulmones. El olor del lugar le recordó a los momentos posteriores a una tormenta eléctrica. Esa sensación de limpieza que Rakesh había expresado se debía a la mayor concentración de ozono en el aire. Emily comenzaba a sentir que su cabeza se ralentizaba, pero no tuvo miedo, había aceptado su destino. Miró a sus dos compañeros. Y a pesar de lamentar con toda su alma haberles arrastrado hasta aquella misión

suicida, se alegró de no estar sola. Los abrazó a ambos. Notó cómo la difícil respiración de Gorka y los sollozos de Paula se alejaban de ella mientras cerraba los ojos y perdía el conocimiento.

28

Viejos enemigos

3 de febrero del año 1

Poblado Khaavahki, Kepler-442b

Robert y Ferrara caminaban decididos hacia la puerta norte del poblado Khaavahki. Si jugaban bien sus bazas, era probable que pudieran cruzarla sin casi esfuerzo. En la parte exterior de la muralla, multitud de pequeñas chabolas se amontonaban sobre la misma empalizada de madera que protegía el poblado. La actividad a esas horas de la noche era nula. Todos los keplerianos descansaban en el interior de sus casas.

—Sígame el rollo, sargento —dijo Robert—. Mantenga el fusil preparado, pero no lo muestre.

—De acuerdo, capitán.

En la zona de la puerta, una pequeña garita permitía a los dos soldados que allí se encontraban resguardarse de la lluvia cuando esta superaba las frondosas copas de los árboles milenarios bajo los que se había construido aquel asentamiento. En la parte superior de la empalizada, varios soldados se habían percatado ya de su presencia y los observaban con atención mientras se acercaban a la entrada de la ciudad.

Dos de los cuatro soldados que había en la parte inferior dieron un respingo al verlos acercarse y se tensaron en sus posiciones como si fueran tallos de bambú.

—¡Alto! —exclamó uno de ellos mientras blandía su alabarda—. ¡Deténganse!

A pesar de las dudas de Ferrara, Robert no disminuyó el paso ni un ápice. La determinación era vital para que su plan funcionara. Sin embargo, decidió levantar las manos para rebajar la tensión de los soldados.

«Parecen jóvenes —pensó Robert—. Bien, eso nos vendrá bien».

—¿Quiénes sois? —preguntó otro de los militares.

—Nuestro capitán está en el interior de la torre, con vuestro líder —dijo Robert—. Venimos a traer noticias urgentes.

—Nadie nos ha avisado de ninguna visita —intervino otro.

—Traemos noticias urgentes —insistió Ferrara—. Por norma general, las noticias urgentes suelen ser inesperadas, ¿no le parece?

—Pero tenemos órdenes de no dejar pasar a nadie —argumentó el primer soldado.

—Y nosotros tenemos órdenes de avisar a nuestro capitán de todo lo que pueda cambiar el curso de nuestra misión —respondió Robert—. Tenemos que entrar.

El primer soldado se giró hacia su compañero.

—Hablaré con el teniente. —Lo oyeron cuchichear—. Pero se va a enfadar, odia que lo despierten.

—Creo que no me he explicado bien —les interrumpió Robert—. Tenemos que entrar ya. Es eso, o esperar a que nuestro capitán se enfade porque no ha podido recibir las noticias de inmediato. Imagino que, en esas circunstancias, vuestro líder no se quedaría conforme al enterarse de que ustedes dos han sido los causantes de tal retraso.

Los dos soldados se quedaron pensativos. Desde luego, Vaahur no sería tan indulgente con dos soldados rasos como su teniente, incluso después de haberle despertado de su descanso.

—¿Prefieren que sea su líder el que decida? —urgió Robert.

—No, no —dijo nervioso el primer soldado—. Pueden pasar.

—Gracias, soldado —dijo Robert mientras retomaban la marcha.

Tras franquear la puerta, pudo ver con la cámara trasera de su traje cómo los soldados de la empalizada los seguían con atención mientras cruzaban la avenida de entrada en la ciudad.

—¿Cómo sabía que los soldados no iban a preguntarle por qué no utilizábamos las comunicaciones para hablar entre nosotros? —preguntó Ferrara unos cuantos metros más adelante.

—No lo sabía —reconoció Robert con indiferencia—. Tan solo he intentado pensar como un soldado kepleriano novato que no conoce la tecnología humana. Pero este solo ha sido el primer escollo, dudo mucho que nos funcione otra vez. No creo que podamos entrar en la fortaleza así como así. Tendremos que pensar en algo diferente.

Tardaron unos minutos en llegar a la zona cercana a la fortaleza. Cuando ya estaban a medio camino y habían dejado atrás la empalizada, Robert decidió tomar una ruta alternativa entre las cabañas para evitar que los vieran. La seguridad sería mayor cuanto más se acercaran a la torre.

Llegaron a una avenida con elegantes edificaciones que disponían de varios niveles que se encaramaban al tronco de los árboles. Se notaba que las de esta zona estaban mucho mejor construidas. Desde aquel lugar ya podían visualizar la fortaleza a cierta distancia sin exponerse demasiado. Habían detectado a varios de los soldados que patrullaban la entrada principal y los primeros niveles. La Torre del Vigía era una estructura cuadrada que se alzaba imponente sobre las copas de los árboles que cubrían el cielo. No tenía demasiadas aberturas ni ventanas por las que colarse, más allá de las aspilleras que recorrían los diferentes niveles y que permitían la defensa contra un atacante externo. Eso le daba un aspecto sólido e inexpugnable y se lo ponía más difícil a los dos infiltrados.

Se notaba que la construcción era muy antigua, sobre todo en las cotas más bajas, dado el desgaste general de la piedra. También daba la sensación de que había sido ampliada y modificada en multitud de ocasiones, como sugerían las diferentes tonalidades y tamaños de las piedras utilizadas en los niveles superiores.

—La verdad es que es una construcción bastante impresionante —murmuró Ferrara, que emitió un silbido de sorpresa cuando alzó la vista.

—Desde luego —concedió Robert—, va a ser muy complicado entrar ahí sin ser visto.

—Sobre todo teniendo en cuenta que ni siquiera sabemos a dónde tenemos que ir.

Robert se fijó en un elegante balcón que había en la parte más baja de la torre, a unos veinte metros sobre el suelo. A esa altura la torre comenzaba a diferenciarse del resto de construcciones aledañas. Además de la riqueza de los detalles en la mampostería de ese balcón, que contrastaban con la sobriedad del resto del edificio, había un detalle muy diferenciador con cualquier otra

zona de la fortaleza: una luz anaranjada iluminaba la estancia en la que se encuadraba el balcón.

—¿Ve eso? —preguntó Robert.

—Sí.

—Ahí es donde tenemos que ir.

—¿Cómo lo sabe?

—Los keplerianos no necesitan luz para ver en la oscuridad y no hace una noche especialmente fría —explicó Robert—. Sin embargo, tienen un fuego encendido. Ahí hay invitados.

—Además, parece bastante lujoso —añadió ella—. ¿Cree que son las dependencias del líder de los Khaavahki?

—O un salón para recibir a los aliados.

—Garth tiene que estar allí —dijo Ferrara.

—Tenemos que idear un plan para llegar hasta ese balcón.

—Hay muchos guardias alrededor de la entrada principal —comentó Ferrara al ver la escalera de entrada a la base de la torre, justo debajo del balcón iluminado.

—Quizá podamos saltar con los propulsores de los trajes desde el tejado del edificio de al lado —propuso Robert.

—Pero también hay guardias en la azotea—añadió ella.

—Tendremos que neutralizarlos.

Se acercaron al edificio aledaño, que parecía una especie de barracón militar en el que los soldados descansaban y entrenaban. En las imágenes aéreas de los drones habían visto que tenía un patio interior de forma rectangular. En él había diferentes circuitos de entrenamiento, utensilios y armas para que las tropas pudieran formar a los nuevos soldados. El edificio era alto, lo suficiente como para no llegar mediante la propulsión de los trajes. Y en la parte superior, cuatro guardias hacían la ronda por las almenas. Cada pareja se encargaba de la porción del perímetro que le correspondía.

—Creo que debemos subir primero a ese otro edificio. —Robert señaló una lujosa construcción de piedra aledaña—. Desde ahí podremos encaramarnos a la plataforma elevada de aquel árbol.

Ferrara miró la plataforma a la que se refería su capitán.

—Pero está unos veinte metros por encima del edificio —se quejó.

—Si cogemos impulso y después accionamos la propulsión del traje antes de aterrizar, creo que podríamos salvar la distancia sin problemas.

—Haremos ruido —volvió a decir ella.

—No si activamos el sistema de sigilo del traje —respondió Robert—. Es más, hagámoslo ya.

—¿Cree que funcionará para camuflar el ruido de los propulsores?

—Debería. En teoría, el sistema emite las ondas sonoras contrarias de todo lo que el propio traje es capaz de generar, pasos, propulsión, e incluso disparos. Funciona de la misma manera que la cancelación de ruido que Ada emplea en los dormitorios de las bases para evitar que

escuchemos los ronquidos de los demás. Funcionará con los propulsores.

—Supongo que saldremos de duda en breve.

Se acercaron al edificio por un lateral. Los guardias de la fortaleza Khaavahki se concentraban en la parte frontal de la torre, por lo que en esa zona el acceso sería más sencillo. Llegaron sin hacer ruido a una de las esquinas del edificio y, dando un potente salto, pudieron accionar los propulsores para encaramarse al tejado de la vivienda. Pero en cuanto aterrizaron en la piedra, se dieron cuenta de algo que no habían tenido en cuenta.

—¡Maldición! —bufó Ferrara— Los propulsores emiten luz.

—Algunos de los guardias han visto el destello —dijo Robert mientras observaba agachado cómo algunos soldados buscaban la fuente de luz que había perturbado su turno de guardia.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó Ferrara.

—Tendremos que saltar los dos a la vez y ocultarnos lo más rápido que podamos para no ser detectados.

Cuando el soldado se rindió y regresó a su posición, Robert y Ferrara utilizaron las plataformas de madera de los árboles aledaños para ascender a la más alta. Esa era la que quedaba a una altura suficiente para salvar la distancia que les separaba de la azotea del barracón.

—¿Alguna vez ha hecho un salto como este, capitán? —preguntó Ferrara.

—No, pero una vez vi a alguien hacerlo —dijo Robert—. No me diga que le han entrado las dudas ahora, sargento.

—No, no —le aseguró Ferrara—, es solo que si nos pasamos de frenada podríamos caer dentro del patio interior y montar un escándalo que ni el sistema de sigilo pueda tapar.

—Tendremos que hacer el salto perfecto, me temo.

—¿Los dos a la vez? —preguntó ella.

—Sí, creo que será lo mejor. Supongo que el guardia ha pensado que hay tormenta en la lejanía. Hacerlo los dos a la vez minimizará el riesgo.

—Bien.

—Contamos hasta tres y saltamos.

—De acuerdo. —Ferrara tomó aire.

—Uno… —contó Robert— dos…

—¡Un momento! —exclamó Ferrara— ¿Nos movemos a la de tres o lo hacemos cuando cuente tres y después dice ya?

—No, nos movemos a la de tres.

—Es decir, uno, dos, y entonces nos movemos, cuándo diga tres —aclaró Ferrara.

—Eso es.

—Vale, solo quería estar segura.

—Uno… —volvió a empezar Robert— dos… ¡tres!

Cogieron carrerilla y saltaron desde la plataforma de madera del árbol en cuanto llegaron al borde. El traje les aportó la potencia necesaria para salvar la distancia horizontal entre la plataforma y el edificio. La adrenalina se apoderó de ellos. Por suerte, el salto estuvo bien

calculado y se dirigían hacia el lateral del techo del barracón, por donde los soldados hacían la guardia, pero justo en una zona despejada en ese momento.

Ferrara accionó los propulsores a dos metros de la piedra del edificio y con un certero movimiento pudo aterrizar sin casi dificultades en un lugar propicio para parapetarse tras el murete interior.

Robert intentó hacer lo mismo, pero su salto no fue tan perfecto, se había inclinado demasiado hacia adelante. Encendió los suyos a dos metros del suelo, pero supo que se pasaba de largo. Eso, sumado al ángulo incorrecto de aterrizaje, hizo que trastabillara y rodara sin control hacia adelante. No pudo agarrarse a ningún lugar y acabó precipitándose por el patio interior del barracón. El sistema de sigilo del traje trató de camuflar como pudo el escándalo que acababa de provocar. Y aunque en cierta manera lo mitigó, el golpe sordo que provocó, sumado a los destellos de los propulsores, puso en alerta a dos de los guardias. Robert se levantó del suelo todo lo rápido que pudo y se cobijó detrás de unas maderas que los soldados parecían utilizar como dianas para las prácticas de tiro con arco.

—¿Qué ha sido eso? —oyó Robert desde el nivel superior.

—Parecía un rayo —dijo otra voz—, creo que hay tormenta en algún lugar, pero el ruido venía de allí abajo.

—Voy a ver qué ha pasado —dijo el primer soldado mientras se dirigía a las escaleras que conectaban el patio interior con el paseo de ronda.

El soldado bajó las escaleras con una lanza en las manos, apuntando al lugar en el que había aterrizado Robert. Había caído sobre una especie de caballete en el que había varias armas de madera colocadas. El soldado se acercó. Robert vigilaba desde su escondrijo todos sus movimientos.

—¿Quién anda ahí? —preguntó sin demasiada convicción.

Robert permaneció en silencio, oculto, a la espera de que se acercara. El soldado avanzó un poco más hacia su posición. Giraba la cabeza a ambos lados, buscando algo que le explicara lo que acababa de ocurrir.

Cuando vio que se acercaba demasiado a su escondite, Robert saltó y corrió hacia él a toda velocidad. El soldado lo vio a tiempo, pero solo pudo intentar asestarle un golpe lateral con su lanza. Robert detuvo el envite con un certero manotazo. El soldado quedó confuso al ver que el golpe no había hecho ningún ruido, momento que aprovechó Robert para acercarse. Empujó al soldado para hacerle perder el equilibrio, pero no logró su objetivo y el joven interpuso su robusta lanza de madera kepleriana entre ambos. Robert la agarró por el centro mientras el kepleriano lo hacía por los extremos. Se quedó sorprendido de la fuerza que tenía aquel soldado, que no parecía ceder ante el empuje de su traje.

Ambos mantuvieron la disputa durante unos interminables segundos, hasta que el kepleriano retrasó un par de pasos su punto de apoyo en el suelo. Entonces, Robert utilizó los propulsores de sus talones y saltó por encima de él sin soltar la lanza de su oponente. La voltereta le permitió situarse espalda con espalda con el soldado y, mientras mantenía la lanza agarrada con sus manos, la apretó con toda la potencia que le brindaba el exotraje hacia el cuello del soldado.

Este comenzó a quedarse sin aire. Con otra leve inclinación hizo que dejara de poder apoyarse en el suelo, aumentando la asfixia. Unos segundos después notó que el soldado había dejado de intentar zafarse de la llave y Robert aflojó su presa. El kepleriano cayó al suelo,

inconsciente. De inmediato alzó la vista para localizar a su compañero, que parecía haber seguido con la mirada los movimientos de ambos en la distancia. Sin embargo, la figura que vio no pertenecía a un soldado kepleriano, sino a Ferrara, que se había coordinado con la acción de su superior y había neutralizado en silencio al otro.

Robert miró al otro lado del patio, donde los otros dos vigías continuaban ajenos a lo que acababa de ocurrir. Ocultó el cuerpo como pudo y subió las escaleras que daban a la parte delantera de la fortaleza. Desde esa zona tendrían unos diez metros hasta el balcón, era un salto complicado incluso disponiendo de propulsión. Robert se asomó a través de las almenas para evaluar la situación de los soldados que custodiaban la entrada principal de la torre. Por el momento todo parecía en orden, nadie se había enterado de que estaban allí.

—Esto va a ser todavía más difícil, señor —dijo Ferrara—. ¿Cree que esta vez será capaz de hacerlo bien?

—Muy graciosa, sargento —Robert esbozó una sonrisa que pareció más una mueca.

—¿Cogemos carrerilla desde allí atrás y nos apoyamos en las almenas para dar el último impulso?

—Sí —confirmó Robert—, parece factible.

Se situaron en la esquina del edificio y comenzaron a correr por el adarve. Cuando Robert consideró que la velocidad y la distancia eran las óptimas, dijo:

—¡Ahora!

Como si de una coreografía se tratara, Robert y Ferrara giraron hacia la derecha en un perfecto ejercicio de coordinación. Ambos se dieron un pequeño impulso, lo suficiente como para que posaran su pierna dominante sobre las almenas de la muralla. Conectaron los propulsores en el instante idóneo para coger fuerza y elevarse por los aires, emitiendo un momentáneo destello que los llevó hasta la baranda de piedra del lateral del balcón. Casi sin perder un instante, y una vez que se agarraron a la piedra, ambos saltaron por encima y se ocultaron dentro del balcón, lejos de las miradas atónitas de los guardias del nivel inferior, que se giraron para buscar el origen de los destellos de luz.

Robert evaluó la situación mientras aguardaba sin mover un solo músculo. Todo parecía indicar que nadie los había visto. Solo podía escuchar su propio pulso, acelerado por lo que acababan de hacer. Cuando recuperaron el aliento se acercaron con sigilo a la puerta de salida al balcón, decorado con filigranas y tallas de gran detalle. Pronto su cabeza tuvo que volver al motivo por el cual estaban allí. Oyó una voz que gritaba dentro, así que se acercaron todo lo que pudieron.

—¡Usted me prometió acceso a la tecnología humana! —decía un kepleriano—. ¡Cumpla su palabra, maldita sea!

—Ya le he dicho que el trato pasaba por quitar de en medio a la doctora Rhodes, cosa que usted ha sido incapaz de cumplir —respondió con mucha serenidad una voz que a Robert le resultó muy familiar—. Hemos cumplido con todas y cada una de las partes del plan, incluida esa pequeña masacre que tuvimos que perpetrar en aquel poblado. Pero usted era el que tenía que encargarse de condenarla y acabar con su vida. Sin embargo, lo que ha hecho ha sido dejar escapar a cuatro científicos sin ningún tipo de experiencia militar de esta fortaleza que usted mismo calificó, como… ¿inexpugnable? ¿Fue esa la palabra que utilizó?

Robert miró a Ferrara.

—Han escapado —susurró ella con alivio.

Robert puso su dedo índice sobre su boca. Para él también era un alivio saber que Emily había podido escapar pero, si no estaban allí, ¿dónde estaban?

—He arriesgado todo lo que tengo al colaborar con usted —siguió el interlocutor del capitán Garth en voz alta—. ¿Sabe lo que me harían si el resto de los líderes se enteraran de todo esto? El trato era que yo echaba a perder los planes de esa sabandija de Khikhya para aliarse con sus iguales y usted me entregaba tecnología humana para hacerme con el poder.

—No se equivoque, Vaahur —dijo Garth con tono serio—, sabe a la perfección que para poder entregarle nuestra tecnología, primero tengo que hacerme con el control de la nave humana, y después, con nuestro apoyo, nadie de entre los keplerianos se atreverá a plantarle cara. Pero para poder llevar a cabo esa operación necesito fuera de la ecuación a esa maldita rata escurridiza que sus hombres han dejado escapar.

—No sabemos cómo han escapado —le aseguró más calmado el kepleriano—. Creemos que han utilizado algún tipo de tecnología para poder salir de aquí sin ser vistos. He ordenado establecer un perímetro alrededor de la ciudad para que los encuentren.

—Espero por su bien que aparezcan, todos nos jugamos demasiado —dijo el capitán Garth—. De hecho, ordenaré a dos de mis mejores soldados que acompañen a sus tropas para dar con ellos.

La conversación continuó de manera más cordial después de aquella pequeña subida de tono del líder de los Khaavahki. Minutos después, Garth abandonó la estancia, dejando a solas al líder militar kepleriano.

Ellos decidieron dejar el balcón e intentar seguir al capitán Garth. Volver al punto de partida fue mucho más sencillo y enseguida estaban tras los pasos del capitán, al que acompañaba la siempre fiel sargento Cameron. Para evitar volver a pasar por la entrada, esta vez se las apañaron para cruzar la empalizada de madera por un lugar poco vigilado.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Ferrara.

—Acabar con todo esto —dijo él—. ¡Vamos a por ellos!

—Me gusta cómo piensa, capitán —sonrió Ferrara—. Tendrán que responder por sus actos.

Aceleraron el paso y siguieron con sigilo a los dos rebeldes mientras se alejaban de la entrada norte en dirección a su transporte. Robert y Ferrara se acercaron, fusil en mano, hasta colocarse detrás de ellos.

—¡Quietos! —gritó Robert apuntando a la cabeza del capitán Garth.

—¡Vaya, vaya, sargento Cameron! Mire a quién tenemos aquí.

—Parece que su antiguo alumno ha aprendido algunos trucos, señor —se burló la sargento.

—¡No hagan ningún movimiento extraño! —gritó Ferrara— ¡Y levanten las manos!

—¡Y además ha traído a su buena amiga, la inquebrantable sargento Ferrara! —dijo el capitán Garth—. Me sorprende usted, capitán Beaufort. Creí haberle dejado claro la última vez que nos vimos que nuestro siguiente encuentro no sería tan amistoso.

—Y como puede ver, le he tomado la palabra —dijo Robert—. Ahora, dense la vuelta despacio, sin sorpresas.

Los rebeldes se giraron tal y como les pidió Robert, con los brazos en alto. La sargento

Cameron parecía seria, casi enfadada, lo que por otra parte era habitual en ella. Pero algo en la expresión del capitán Garth le hizo pensar a Robert que algo no iba bien, su sonrisa no era la de alguien que no tiene el control de la situación.

—¿Qué es lo que le parece tan gracioso? —le preguntó al capitán Garth— Casi provoca la muerte de cuatro personas inocentes.

—Reconozco que ha sido una contrariedad descubrir que tu querida doctora ha escapado de este estercolero al que estos malditos animales llaman fortaleza —dijo él sin borrar la sonrisa de su cara—, parece que esa gatita suya tiene innumerables vidas. Pero bueno, ya le llegará su hora, está visto que me tendré que encargar yo mismo de ella.

—Ha matado a sangre fría a los habitantes inocentes de una aldea kepleriana, y a saber cuántas fechorías más han cometido desde que están aquí —le espetó Ferrara.

—Vamos, sargento —le dijo el capitán con mucha tranquilidad—, seguro que usted también habría disfrutado como nosotros viendo cómo todos aquellos bastardos morían uno por uno suplicando por sus vidas. Sobre todo, aquella cerda embarazada, ¡cómo gritaba por la vida de su hijo pequeño!

—¡Cállese! —Ferrara apuntó al capitán—. ¡Es usted un monstruo!

—¡Ahora, sargento Reynolds! —gritó Garth. Su sonrisa se tornó en una mueca amenazadora.

Todo ocurrió muy deprisa. El dron que había estado sobrevolando la zona disparó un proyectil que impactó entre los cuatro. Una pequeña explosión generó delante de Ferrara y de Robert un brillante destello que se vio a centenares de metros de distancia y que los cegó a ambos. La sargento Cameron se abalanzó sobre Ferrara, tirándola al suelo. El capitán Garth se adelantó hasta agarrar el fusil de Robert con la mano izquierda y, de un poderoso derechazo, lo partió por la mitad.

Ferrara trató de levantarse del suelo, pero la sargento Cameron se tiró encima para intentar quitarle el fusil que todavía sostenía. Ambas forcejearon, pero Ferrara todavía no había recuperado del todo la visión y fue presa fácil para la experimentada sargento Cameron, que consiguió desarmarla.

Robert también acusaba la falta de vista. El capitán Garth se abalanzó sobre él y le dio un tremendo empujón que le hizo perder el equilibrio y rodar sin control. Acabó cayendo boca abajo unos metros más atrás. El capitán Garth se acercó a él y comenzó a golpearlo en la espalda del traje, justo donde se encontraba el depósito de oxígeno. Robert, todavía aturdido por el destello, solo pudo rodar sobre sí mismo para evitar que los golpes pudieran acabar con el sustento vital de su traje.

—Voy a disfrutar mucho con esto, capitán Beaufort —dijo Garth mientras intentaba de nuevo golpearlo sin éxito.

La sargento Cameron se colocó encima de Ferrara para intentar inmovilizarla una vez desarmada, pero esta se defendía con uñas y dientes. Ante la dificultad que le suponía zafarse de la llave, Ferrara decidió accionar los propulsores de su traje. Se desplazó a unos pocos metros de distancia y provocó que la sargento Cameron cayera hacia atrás, dándose un buen espaldarazo contra el suelo. Ferrara, que ya había comenzado a recuperar la visión, se levantó más rápida que su rival y se lanzó contra ella. Cuando estaba cerca, saltó con los pies por delante y golpeó en el pecho a la sargento Cameron, que volvió a rodar hacia atrás sin control.

Robert intentó varias veces ponerse en pie, pero Garth se le adelantaba siempre. Una fuerte

patada lo hizo rodar de nuevo.

—¿Cree de verdad que puede vencerme? —preguntó Garth—. Tuvo la oportunidad para unirse a nuestra causa… Pero ahora ya es tarde, capitán, me temo que hoy acabará todo.

Volvió a patearlo y, aunque Robert rodó de nuevo, ya veía lo suficiente como para poder reaccionar a sus envites. En un rápido movimiento sujetó la pierna del rebelde con ambas manos. Cuando lo tuvo bloqueado accionó los propulsores, saltó a varios metros de altura y lanzó por los aires al capitán Garth, que dio dos vueltas completas antes de caer al suelo con un sonoro golpe. Robert, por el contrario, consiguió aterrizar casi sin problema.

—Tiene razón, capitán, esto acabará hoy —dijo—. Pero no como usted cree.

Robert cogió carrerilla para golpear a Garth pero este, en un ágil y rápido movimiento, se puso en pie y esquivó la acometida de Robert, que además recibió un fuerte golpe en la parte trasera de su casco que casi hizo que perdiera el equilibrio. Robert se dio la vuelta a tiempo y pudo desviar un directo con un rápido movimiento de su mano. Lo intentó de nuevo, esta vez con la izquierda, pero Robert estuvo también atento y consiguió esquivarlo echando su cuerpo a un lado.

Ferrara se abalanzó de nuevo sobre la sargento Cameron y comenzó a golpear con violencia su casco. Logró agrietar el resistente material del visor, pero esa vez fue Cameron quien utilizó los propulsores. Apuntó con los dos de sus manos a Ferrara e hizo que esta saliera despedida hacia atrás. Sin embargo, no cayó al suelo y, para cuando la sargento Cameron se levantó, Ferrara pudo abalanzarse de nuevo sobre ella. Tras el choque, ambas rodaron hasta llegar a una pequeña pendiente por la que cayeron sin control. Ferrara acabó frenándose en seco tras impactar contra un árbol, mientras que la sargento Cameron continuó hacia abajo.

Robert se rehízo de la súbita reacción del capitán Garth y consiguió esquivar todas sus acometidas. El capitán basaba su entrenamiento en la fuerza bruta. Y quizá eso tuviera sentido en la Tierra, pero aquí, con los exotrajes de por medio, la fuerza perdía toda ventaja y la destreza cobraba un mayor protagonismo. Robert consiguió desesperar al capitán Garth, dada su superior habilidad para moverse alrededor de él.

—¡No rehúyas el combate! —le gritó para amedrentarle— ¡Maldita rata cobarde!

Garth buscaba el cuerpo a cuerpo para intentar equilibrar las fuerzas, pero Robert esquivaba una y otra vez sus embistes, e incluso consiguió conectar algún que otro golpe en el casco del capitán rebelde. Si conseguía mantenerlo a distancia, quizá tuviera alguna posibilidad. Pero tendría que pasar al ataque tarde o temprano si quería vencerlo.

—Acabarás pagando por tus crímenes —le dijo Robert.

Beaufort aprovechó una de las infructuosas embestidas de Garth para conectar un puñetazo ascendente directo al mentón del capitán rebelde. Se escuchó con claridad el golpe sordo contra el casco, que puso a prueba la resistencia de las juntas de su traje. Aprovechó el desconcierto para lanzar otro gancho de derecha directo al pómulo. Una grieta cruzó el visor del capitán Garth de arriba a abajo. Robert intentó un tercer golpe con su puño izquierdo, pero su contrincante reaccionó a tiempo y logró sujetarlo con las manos.

Ferrara se levantó aturdida tras chocar contra un enorme árbol y, ayudándose de la cobertura que le daba el tronco, buscó a su rival colina abajo. La abundante hojarasca y vegetación del lugar dificultaban la visión, ni siquiera los sensores del traje eran capaces de detectar movimiento.

Para cuando quiso darse cuenta, ya la tenía encima. La sargento Cameron había dado un pequeño rodeo colina arriba y se abalanzó sobre ella con un potente salto para aprovechar la gravedad en su acometida. Ferrara no pudo esquivar el golpe y sintió cómo el traje se hundía en la zona del pecho y en la parte superior del casco. Sin embargo, la sargento Cameron no calculó del todo su maniobra y ambas volvieron a rodar colina abajo. Esta vez, a Ferrara la paró una enorme roca y el impacto, a pesar del traje, la dejó sin respiración.

El capitán Garth reaccionó con agilidad a la nueva embestida de Robert. Agarró el brazo que tenía libre y comenzó a golpear con violencia el visor de este con la parte metálica de su casco. Al tercer envite, el visor de Beaufort también se agrietó. Antes de que Garth propinara un cuarto cabezazo que podría haber comprometido la estructura del traje, colocó los pies en posición oblicua y accionó los propulsores, forzando a Garth a soltar su presa. Aprovechó el impulso para propinar un potente rodillazo en la cabeza de su antiguo superior que lo hizo perder el equilibrio y caer de espaldas.

Robert se abalanzó sobre el capitán pero antes de que pudiera llegar hasta él el dron, que seguía sobrevolando la zona, volvió a lanzar otro proyectil que lo cegó de nuevo. Garth aprovechó la distracción para propinar un sonoro derechazo en el casco de Robert. La potencia del golpe le hizo caer al suelo y el visor de su traje no aguantó más envites y acabó por quebrarse del todo. El aire respirable comenzó a escapar y a mezclarse con el del exterior. A Robert le faltaba el aliento, y comenzó a jadear por el esfuerzo y la tensión del enfrentamiento. Al poco tiempo, sintió la garganta irritada, tosió y se retorció por el pánico. Sabía qué le estaba ocurriendo. Una perversa risa resonó a unos pocos metros y, aunque sus ojos todavía no veían con claridad, Robert pudo entrever una siniestra figura acercándose hasta él.

—Le dije que esto acabaría hoy, capitán —oyó decir a Garth—. Es una lástima, usted y yo habríamos formado un buen equipo. Pero continúa obcecado en regirse por las mismas absurdas reglas morales que los dirigentes del proyecto. Son todos muy obtusos de miras. Quédese tranquilo, si no lo mata la hipoxia, lo hará el resto de porquerías que contiene el aire de este infecto planeta. Y no se preocupe, me encargaré en persona de que la entrometida de su novia se reúna lo antes posible con usted en el infierno. *C'est la vie! Au revoir,* capitán —se burló mientras lo abandonaba a su suerte.

Robert sabía que tenía pocas posibilidades de salir de allí si no llegaba cuanto antes al rover y pedía ayuda, pero estaba todavía aturdido y la falta de oxígeno no ayudaba demasiado. Intentó calmarse. Recordó las enseñanzas de su madre cuando de pequeño atendía a sus clases de yoga, de vuelta en su Marsella natal. Redujo las pulsaciones controlando su respiración y en poco tiempo se sintió algo mejor. El capitán Garth ya no estaba allí, pero Robert tenía que encontrar a su sargento cuanto antes.

—¿Ferrara? —consiguió llamar.

No hubo respuesta.

El golpe que Ferrara se había dado contra la roca la había dejado aturdida. Cuando reaccionó, ya no había rastro de la sargento Cameron. Subió la colina a duras penas. Encontró los rastros de su pelea, pero no había una sola pista del paradero de la rebelde.

«Maldita cobarde —pensó—. Ha huido».

Regresó al punto de partida, pero tampoco encontró allí a ninguno de los otros dos contendientes. Sin embargo, vio un cuerpo unos cuantos metros más adelante, inmóvil. Ferrara se apresuró en llegar hasta él. Estaba bocabajo.

—¡Capitán! —exclamó aterrada cuando le dio la vuelta— ¡No, no! ¡Usted, no!

Observó el estado de su maltrecho casco y fue consciente de que había estado expuesto al aire del planeta. Examinó sus constantes. Todavía respiraba. Había una oportunidad de salvarlo. Lo cargo a hombros y comenzó el viaje de regreso hacia el rover mientras intentaba contactar con la estación espacial.

El nuevo despertar

Fecha desconocida

Lugar desconocido

Todo transcurría a cámara lenta. Emily estaba en un museo, sola. El eco de sus pisadas sobre el suelo de madera clara rebotaba por las paredes plagadas de obras de arte para regresar a sus oídos a ráfagas. Cada paso que daba parecía durar una eternidad. Reconoció el lugar de una de sus pocas visitas a Europa cuando aprovechó uno de tantos viajes de trabajo con su padre.

Estaba en el Louvre.

Paseó la mirada a su alrededor, no le gustaba estar sola allí, pero únicamente encontró su reflejo en el cristal de una de las garitas de seguridad. Era ella, pero quince años más joven, más o menos con la edad que tenía cuando viajaron a París. Sin embargo, había algo diferente en aquel reflejo, algo inquietante. Algo que no encajaba. Los ojos de esa niña no eran humanos, eran los de una kepleriana. Se llevó las manos a la cara y, aunque el movimiento le llevó mucho más tiempo de lo esperado, pudo vérselas. Las observó con atención, las giró en todas las direcciones, seguían siendo humanas.

Un ruido la sobresaltó. Venía de un lateral de la sala. Giró el cuello muy despacio pero allí no había nada ni nadie. Se dirigió hacia la esquina con paso lento y pesado. Le costaba demasiado moverse. O el aire era muy denso, o el tiempo iba allí a otra velocidad. Tardó una eternidad en llegar al otro extremo. Encontró una serie de postes de metal dorado, como los que delimitan una obra de arte. Una banda de terciopelo rojo los unía y evitaba el paso del público cuando el museo estaba abierto.

Estudió el lugar con atención. El sitio donde debería de estar la *Gioconda* de Leonardo da Vinci estaba vacío. En su lugar tan solo había un retablo de madera oscura, muy delicado, que parecía muy antiguo. Intentó acercarse más, pero la cinta de terciopelo le impedía el paso. Volvió a mirar alrededor. Estaba sola así que decidió pasar por debajo de la cinta. Se acercó al retablo. En su superficie había grabados muy detallados de escenas bucólicas keplerianas: animales de tiro, agricultores y mineros copaban la mayor parte de las representaciones. Ya había visto estas escenas antes, en el templo Gaal-El. Se giró de nuevo, pero ya no estaba en el Louvre, sino en la cámara de los cónclaves. La mesa, del mismo color que las cuatro paredes, estaba rodeada por cinco sillas, una para cada líder kepleriano.

De repente escuchó un ruido. Se dio la vuelta a cámara lenta, pero no había nada. El sonido parecía provenir de más allá de una de las paredes. Buscó la puerta de entrada de la cámara, pero el sonido venía de detrás de la pared de enfrente. Acarició la zona de la que provenía. En cuanto tocó la pared, se abrió una puerta. No había luz al otro lado. Emily la empujó con suavidad. Cuando la abrió, descubrió la estación Galileo. En medio de toda aquella infinita oscuridad se alzaba grandiosa la estación espacial en la que viajó su padre. Kepler-442b asomaba por detrás y algo que ya le resultaba muy familiar completaba la escena: el agujero negro.

Dio un paso adelante. Su cuerpo comenzó a flotar en aquella oscura inmensidad. Emily sabía

lo que estaba a punto de ocurrir, ya lo había experimentado varias veces hasta entonces y sabía que estaba a punto de despertar. Pero en la lucidez de su sueño necesitaba descubrir el significado de todo aquello. Por desgracia, no le dio tiempo a mucho más. Kepler-442b comenzó a estrecharse y a desaparecer bajo el influjo del agujero negro. La estación espacial le siguió acto seguido y, por último, ella comenzó a abrir los ojos.

Estaba adormecida, se notaba mareada y comenzaba a sentir un dolor creciente por todo el cuerpo. La luz era tenue, pero era capaz de distinguir algo, aunque no sabía muy bien dónde estaba. Yacía recostada sobre su brazo izquierdo en un lecho de paja cubierto con una tela de color grisáceo de aspecto tosco y tacto muy áspero. El olor distaba mucho de ser agradable y eso la ayudó a espabilarse. Desde esa posición solo veía otros dos colchones vacíos, pero parecía haber más al otro lado del pasillo que tenía a sus pies. Parecía una especie de barracón. Algún lugar en el que se trataba a los heridos y convalecientes.

Intentó girarse, pero su cuerpo no obedeció. Emily lo notaba agarrotado, como si acabara de correr una maratón. Le costó tragar saliva, tenía la garganta muy hinchada. Notó cómo su cuerpo emitía un ligero gemido que no fue consciente de haber ordenado en su cabeza. Le costaba respirar, el aire parecía fuego dentro de sus pulmones, pero ya no notaba esa sensación de ahogo que sintió en la cueva cuando a su traje se le acabó el oxígeno. De repente, escuchó movimiento detrás de ella. Alguien más se estaba moviendo.

—¿Emily? —la llamaron con un débil hilo de voz.

Consiguió ponerse bocarriba con esfuerzo y una desmejorada Paula apareció en su campo de visión. Se estaba levantando de otro catre. Llevaba una especie de camisón de tela blanca muy gastada.

—Paula… —probó a decir Emily con cuidado para no lastimarse la garganta.

—Qué alegría —dijo ella con lágrimas en los ojos mientras se arrodillaba sobre el colchón de Emily y la abrazaba.

Permanecieron unidas un buen rato. A pesar del deplorable estado de sus cuerpos, agradecieron la calidez de la otra.

—¿Y Gorka? —susurró Emily.

—Inconsciente —le contó Paula, señalando hacia el otro lado de la habitación—, pero respira.

—Rakesh… —siguió Emily.

Paula negó con la cabeza. Allí no había nadie más.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —preguntó después.

—No lo sé —dijo Paula—. Yo me desperté ayer a la tarde.

—¿Sabes dónde estamos?

—Tampoco lo sé —respondió Paula—. He intentado hablar con ellos, pero no entiendo nada de lo que dicen. Y ellos tampoco me entienden a mí.

—Los trajes —dijo Emily—. Sin los trajes, Ada no nos puede traducir el kepleriano.

—Lo sé. Tengo que hablar con la estación para que vengan a buscarnos, Gorka necesita ayuda.

—Saldrá de esta —afirmó Emily intentando incorporarse—. Es mucho más duro que nosotras

dos juntas.

Emily se dio cuenta de que llevaba un camisón similar al de Paula. El ambiente estaba cargado de olores, en su mayoría desagradables, pero había algo que le resultaba familiar. Giró la cabeza y vio una especie de incensario que emitía una tímida voluta de humo. Vio también gasas y cuencos con agua en una mesita junto a la puerta de entrada. Estuvieran donde estuvieran, parecía que al menos alguien se estaba tomando la molestia de intentar curarles.

—¿Has visto a Liikmi o a Avmup? —preguntó Emily.

—No, solo a uno de los que creo que han estado cuidándonos —dijo Paula—. Esta mañana ha vuelto a encender el incensario que está ahí.

Sin previo aviso, la puerta se abrió. Dos keplerianos la cruzaron algo despistados. El que iba delante llevaba un pellejo colgado del hombro y una especie de cuenco del que salía vapor. Cuando las vio despiertas y hablando, se detuvo en seco, provocando que el joven que caminaba detrás tropezara con él.

—Laph —se giró hacia él—, *pii* Liikmi *wid poph yo daaz*.

El joven asintió, las miró y se giró para salir corriendo de la habitación.

—*Aÿo taa iip a daaz* —dijo el kepleriano, haciendo una reverencia al acercarse a ellas.

Emily tan solo pudo asentir, no entendía nada de lo que les decía. Rellenó un par de cuencos con el contenido del pellejo y se los dejó al lado de la cama de ambas.

—*Ombiw* —les dijo.

Acto seguido hizo lo mismo con el cuenco caliente que llevaba. Dentro había un líquido viscoso de color rojizo. Repartió algo de aquel mejunje en dos cuencos más pequeños y los dejó en el mismo lugar, al lado de los de agua.

—*Jiiilov tiiw* —dijo al posarlo.

Al observar la reacción de ambas, el kepleriano hizo un gesto indicando que estaba caliente y que debían comerlo. Parecía querer decirles que les sentaría bien. Acto seguido, se dirigió a la cama donde descansaba Gorka y lo examinó, siempre bajo la atenta mirada de Paula. Abrió sus párpados, le tomó el pulso, controló su respiración y pareció darlo por bueno. Lo giró para cambiarlo de postura y salió de la habitación tras hacer otra ligera reverencia.

—Creo que estamos en el templo Gaal-El —dijo Emily.

—¿Cómo lo sabes?

—Va vestido como un cultista —explicó. Le seguía doliendo la garganta—. Y creo haber entendido el nombre de Liikmi en la pequeña conversación que han mantenido.

—Entonces, podríamos bajar hasta el rover para comunicarnos con la estación —propuso Paula—. ¿Crees que nos estarán buscando?

—Estoy segura de ello, pero imagino que vendrían aquí en primer lugar, mientras estábamos retenidos en Khaavahki. Necesitamos hablar con Liikmi para obtener respuestas.

—Supongo que tendremos que comer algo —dijo Paula mirando el cuenco de reojo—. Lo cierto es que ayer me trajeron lo mismo para cenar cuando desperté y no está nada mal. Es una especie de puré de verduras.

—Si no me doliera todo tanto —repuso Emily—, diría que estoy hambrienta.

Luego se incorporó en el incómodo colchón y cogió en primer lugar el pequeño cuenco con

agua. Tenía mucha sed. Bebió un trago, pero le supo extraña, como a metal. Pensó que quizá su maltrecha garganta modificaba los sabores, pero después cayó en la cuenta de que los keplerianos consumirían el agua directamente de los ríos y manantiales, sin pasar por ningún tipo de depuración o filtrado. Decidió que, al fin y al cabo, era agua y ella tenía mucha sed.

Pasó después al cuenco con el puré de verduras que, como todo en este planeta, tenía un color rojizo casi morado en lugar del verdoso de los vegetales de la Tierra. Sopló con dificultad sobre la superficie del denso líquido y luego dio un pequeño sorbo. Paladeó con curiosidad la comida y tragó con precaución para no lastimarse más la garganta.

—Pues he de reconocer que es bastante sabroso —dijo por fin—. Quiero decir, son verduras y casi diría que saben como las de la Tierra, aunque deja un regusto amargo al final.

—Sí, no está nada mal, ¿verdad? —coincidió Paula, también sorprendida—. Supongo que las verduras serán parecidas en planetas con similares características.

Cuando ya habían acabado con la mitad del cuenco, la puerta se abrió de nuevo y entraron Waafdiv y Liikmi, tan ceremoniosos como de costumbre cuando trataban con Emily.

—*Nak taa ghishbik a li tii* —dijo Waafdiv, extendiendo los brazos y alzando su bastón de mando mientras se dirigía hacia ellas—. *lu li numma*.

Emily agradeció sus palabras, pero más por su lenguaje corporal que por lo que había entendido en realidad. Parecía preocupado por ellas. Sin embargo, Emily tuvo que detener la conversación antes de que creyera que entendía lo que le decía.

—*Ju wok Kophy* —respondió Emily—. No hablo tú idioma —reforzó, repitiendo lo mismo en otro idioma para que entendiera el problema de la traducción.

Waafdiv se quedó quieto, sorprendido. Fue Liikmi quien le susurró algo que ninguna de las dos entendió. Fuera lo que fuera lo que le dijo, Waafdiv pareció comprender el problema y le hizo una pregunta a Liikmi. Este respondió afirmativamente y se dispuso a marcharse, no sin antes hacerle una reverencia a Emily.

—*Jiiilov tiiw wubrrik am* —dijo Waafdiv con timidez mientras señalaba uno de los cuencos de puré. Incluso se tomó la libertad de hacer el gesto de tomar un cuenco imaginario y frotarse la barriga.

Emily recordó los primeros momentos con Shildii, cuando todavía Ada no era capaz de traducir sus palabras al lenguaje kepleriano. Así que decidió imitar los gestos que hacía él cuando comía el bizcocho de chocolate. El sumo sacerdote pareció contento con la expresión facial de Emily, y ambos entrelazaron los dedos de sus propias manos para mostrar que se entendían.

Waafdiv reparó en que Gorka seguía inconsciente, en esa especie de letargo del que tanto Emily como Paula habían despertado ya. El sumo sacerdote se percató de la tensa preocupación en la mirada de Paula cuando se acercó a Gorka para comprobar cómo se encontraba su compañero. Tras examinarlo, se giró hacia Paula y le hizo un gesto de tranquilidad que ambas entendieron. Ella agradeció la información que hasta ese momento nadie había sido capaz de darle. Las lágrimas brotaron de sus ojos como una cascada.

—*Niiw ghod tii* —añadió él con suavidad mientras le tendía un trozo de tela.

Paula se enjugó las lágrimas en el pañuelo de Waafdiv y agradeció el gesto del kepleriano entrelazando sus dedos.

Unos instantes después reapareció Liikmi junto con otro cultista. Entre ambos portaban uno de los trajes. Por el tamaño, parecía el de Paula, que era el más pequeño de todos. Lo colocaron en una esquina, Liikmi agradeció a su compañero la ayuda y le instó a abandonar la estancia. Waafdiv señaló el traje de Paula y las invitó por gestos a utilizarlo. Emily trató de levantarse, pero necesitó la ayuda de Waafdiv y de Liikmi. Sintió el contacto con ellos de forma directa, en su piel. Era cálido, similar al contacto humano, aunque su piel estaba mucho más curtida, era más áspera y parecía más gruesa. Consiguieron llegar entre los tres hasta el traje y Emily lo activo poniendo su huella en el pectoral. El exotraje reaccionó abriéndose de par en par.

—¿Me entendéis ahora? —preguntó.

—Sí —exclamó Waafdiv muy contento—, ahora sí.

—Perfecto —sonrió Emily mientras regresaba a su catre—. Por fin podemos conversar como es debido.

—¿Cómo se encuentran? —preguntó el sumo sacerdote.

—Bien, teniendo en cuenta todo lo que hemos pasado —respondió Emily.

—Eso son buenas noticias —dijo Waafdiv—. Cuando Liikmi y Avmup les trajeron aquí solo les quedaba un hilo de vida. De no ser por Iwshaj, nuestro maestro curandero, lo más seguro es que no lo hubieran logrado.

—¿Cuánto tiempo hemos estado así? —preguntó Emily.

—Este es el amanecer del cuarto día desde que llegaron —respondió Waafdiv.

—¿Cómo está nuestro compañero? —Emily señaló a Gorka.

—Me temo que él estuvo más tiempo respirando nuestro aire sin un tratamiento adecuado —dijo Liikmi—. Llegó en peor estado que ustedes. Pero es muy fuerte, todo parece indicar que sobrevivirá. Iwshaj lo mantiene en un estado de hibernación para que su cuerpo se acostumbre a la nueva situación. Con ustedes dos ha considerado que ya estaban listas para despertar.

—Pero ¿cómo es eso posible? —dijo Emily—. Nuestros cuerpos no están preparados para respirar este aire.

—Iwshaj sabe bien lo que hace. —Waafdiv se encogió de hombros—. Es muy anciano, y ha tratado muchos casos de envenenamiento y de la enfermedad de las montañas durante toda su vida.

—Aun así, nos gustaría llevar a nuestro compañero a nuestro poblado. —pidió Emily.

—Me temo que no es nada recomendable hacerlo en su estado —repuso Waafdiv—. Iwshaj decidirá cuándo es seguro.

—¿Estamos en el templo Gaal-El?

—Sí —respondió Waafdiv.

—Nuestro poblado —siguió Emily—. ¿Alguien de los nuestros ha contactado con ustedes?

—Sí, estuvieron aquí unas horas después de que se los llevaran prendidos.

—Entonces, ¿saben que estamos aquí? —preguntó Emily.

—No —respondió Waafdiv—. Sabíamos que un grupo de humanos estaba colaborando con los Khaavahki, así que no estaba seguro de que se tratara de una trampa para evitar la operación de rescate que ya habíamos organizado. Al fin y al cabo, parecía que los soldados de Vaahur disponían de armamento humano. Quizá actué de forma incorrecta, pero pensé que llevar la

operación de la forma más discreta posible aumentaría las posibilidades de éxito.

—¿Recuerda el nombre de las personas que vinieron? —preguntó.

—Alguien llamado Green —hizo memoria—, si mal no recuerdo. Era bastante alto, y el color de su piel era diferente al suyo, más oscuro.

—Sí, es el subdirector David Green —ratificó Emily—. Es nuestro líder.

—Pero eso no es todo —continuó él—. Hace un par de días, cuando ya estaban ustedes aquí, su líder apareció de nuevo. Volvió a preguntarnos por ustedes, nos dijo que habían escapado. De nuevo le mentí al decirle que desconocía vuestro paradero, no quería arriesgarme a que cayeran bajo el dominio de sus enemigos. Si los humanos son la mitad de retorcidos que los keplerianos, tenía claro que podía ser una trampa.

Emily se quedó pensativa. Eso suponía que nadie en la estación sabía que estaban allí. Pero al menos estaban al tanto de que habían conseguido escapar de la fortaleza.

—Has hecho bien, Waafdiv —le agradeció Emily—. Aunque en este caso no se trataba de ninguna trampa.

—Necesitaríamos acceder a nuestro vehículo para poder comunicarnos con los nuestros —intervino Paula—. No se ofendan, pero me gustaría que uno de nuestros curanderos examinara a nuestro amigo.

—No nos ofendemos —sonrió Waafdiv—. Pero me temo que no la entiendo, ¿de qué vehículo habla? —preguntó Waafdiv.

—Del que dejamos abajo, en el poblado —insistió Paula—. Así es como vinimos hasta aquí.

Waafdiv se giró hacia Liikmi.

—Los humanos dejaron un vehículo detrás de la antigua posada —le explicó Liikmi—. Pero yo no he bajado hasta allí desde nuestro regreso.

—Bien —dijo Waafdiv—, y ¿cómo se supone que podemos subirlo hasta aquí? Ustedes están todavía demasiado débiles para caminar tanta distancia.

Emily lo pensó con detenimiento. Solo ellos podían poner en marcha el vehículo, sin el chip de localización que tenían en la nuca no habría manera de abrir el rover.

—Cuando estéis junto al vehículo hablad con él —dijo Emily—. Decidle que Emily y Paula están aquí arriba, que estamos bien. Y que informe a la estación de nuestra situación.

—¿Quiere que le hable a su carromato? —preguntó Liikmi con el gesto torcido.

—Sí, eso quiero —sonrió Emily—. Pero puede que no crea lo que le dices, así que tendrás que dar algún dato que solo ella y yo podamos conocer. Dile que cuando pensé en un nombre para ella, mi primera idea fue llamarla Emma, como mi madre.

La leyenda de los Gaal-El

6 de febrero del año 1

Templo de los Gaal-El, Kepler-442b

Mientras Liikmi intentaba traer de vuelta el rover, Waafdiv mandó llamar al curandero para que comprobara el estado de los convalecientes. Iwshaj apareció poco después. Era un kepleriano muy anciano, mucho mayor que Khikhya y que Khaaÿ, el líder de los Khapabir. Sus andares parecían fatigados y torpes debido a su avanzada edad, pero se movía con determinación. Emily reparó en su ojo derecho. En lugar de ser negro como el izquierdo, tenía un aspecto blancuzco, como si tuviera algún tipo de problema o afección en la vista.

—Vaya, vaya, ya tenemos a esta jovencita despierta —dijo el anciano, que se llevó un buen susto al escuchar la traducción simultánea que llegaba desde el traje de Paula.

Se acercó a Emily, dejó su cayado a un lado y la examinó de cerca con su ojo sano. La hizo abrir la boca y acercó el oído a su espalda para escuchar la respiración.

—Bien —dijo, satisfecho—, la inflamación está remitiendo poco a poco. Han tenido mucha suerte, ustedes dos. De haber llegado un poco más tarde, lo más seguro es que no hubiera podido hacer nada por mantenerlas con vida.

—¿Cómo sabía lo que tenía que hacer para ayudarnos? —preguntó Emily—. Nosotros no somos keplerianas.

—Keplerianos, Khol, humanos… lo mismo da —dijo él—. Todas las criaturas estamos hechas de lo mismo: músculos, órganos y sangre. Y necesitamos el mismo aire para respirar. Además, los keplerianos solo enferman cuando las condiciones del entorno cambian de forma abrupta, como cuando se escalan montañas muy altas.

—¿Los keplerianos no enferman nunca? —preguntó Paula.

—Si se están quietos, no —dijo el anciano con aire divertido—. Pero siempre hay algún jovencito demasiado audaz que quiere demostrar que puede subir a la montaña más alta, o alguno temerario que cree que se puede comer todo lo que nos da la tierra.

—¿No existen las enfermedades contagiosas?

—Contg… no sé qué significa esa palabra, jovencita —dijo el anciano.

Ada ni siquiera la había traducido, sino que la había pronunciado de forma literal, como la había dicho Paula, así que no parecía haber una palabra en kepleriano para definir el contagio.

El anciano curandero examinó también a Paula y llegó a la conclusión de que todo iba según lo previsto. Fue entonces el turno de Gorka, que seguía inconsciente. El anciano lo estudió y soltó un «oh», después le tomó el pulso y soltó un «ah», y por último escuchó su respiración para asentir con satisfacción con la cabeza.

—¿Y bien? —dijo Paula impaciente—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, está bien —le aseguró el anciano mirándola con su ojo sano—. No tiene por qué

preocuparse, jovencita; se recuperará. Solo está un poco débil, le dejaré la medicación durante un día más.

Sacó una especie de vial de una de las amplias mangas de su hábito y se lo vació a Gorka en la garganta. Luego vertió un poco de agua. A pesar de la apariencia frágil del anciano, se desenvolvía muy bien y fue capaz de manejarse solo para mover y recolocar a Gorka en el catre en el que estaba.

—Mañana se despertará como habéis hecho vosotras —anunció.

—Maese Iwshaj —interrumpió Waafdiv—, ¿pueden nuestras invitadas comenzar a caminar?

—Sí, pueden hacerlo si así lo desean —respondió haciendo un gesto con su mano—, pero que vayan poco a poco, los pulmones estarán todavía algo inflamados. Al mínimo mareo o sensación de cansancio, tendrán que parar y descansar.

Cuando el curandero acabó de revisarlo todo y abandonó la estancia, Emily se dirigió a Waafdiv:

—¿Qué hay del cuerpo de nuestro compañero? —preguntó.

—Lo hemos recuperado —respondió—. No sabemos cuáles son las costumbres de los humanos respecto a los fallecidos, así que hemos embalsamado su cuerpo para que decidan ustedes qué hacer con él.

—Gracias, Waafdiv —dijo Emily con tristeza—, ha sido un gran detalle.

—Es lo menos que podemos hacer, supongo. En cierta manera nos sentimos responsables por todo lo que está ocurriendo.

—Nada de esto es responsabilidad de los Gaal-El —le rebatió Emily—. Es esa alimaña de Vaahur el culpable de todo lo que ha sucedido.

—Bueno —dijo Waafdiv cambiando de tema—, me gustaría enseñarles algo, si les apetece levantarse y caminar un poco. No está muy lejos de aquí.

—Yo, si me disculpáis —se excusó Paula—, prefiero quedarme con Gorka.

—Claro, no hay problema, pueden hacer lo que quieran —admitió el sumo sacerdote.

—A mí me vendría bien moverme un poco —aceptó Emily—. Tengo todo el cuerpo agarrotado.

Consiguió sentarse sola en el incómodo colchón, pero necesitó la ayuda de Waafdiv para levantarse.

—Salgamos —la invitó él mientras la acompañaba hacia la puerta.

—Pero necesitaremos el traje para poder comunicarnos. Y este no es de mi tamaño.

—La llevaré a donde están el resto —propuso él.

Waafdiv la condujo hasta una pequeña alcoba en la que encontró los otros tres exotrajes. Pero esta vez no se puso el casco. Sin oxígeno en el depósito, no tenía demasiado sentido. Una vez estuvo dentro de su traje, ambos salieron a un patio interior con una pequeña fuente de la que brotaba agua a través de un caño y un gran árbol en el medio. Después, Waafdiv la condujo por el interior de otro edificio, cruzaron unos pasillos y pasaron por delante de varios cultistas que saludaron con una reverencia a la que estaba llamada a ser la elegida. El paso de Emily era muy lento y pesado a pesar de ir dentro del exotraje. Se encontrada torpe y muy débil y notaba que había perdido algo de masa muscular durante su estancia allí. Sin embargo, estaba segura de que

le costaba menos respirar que en la cueva y eso le planteaba muchas preguntas. Por fin llegaron a la explanada del templo a través de una de las puertas laterales de los edificios aledaños.

Estaba nublado y no llegaba demasiada luz, pero el tacto de la brisa en su cara y su cabello era muy agradable. Emily se separó un poco de Waafdiv, cerró los ojos y llenó sus pulmones con una buena bocanada de aire. Era fresco, y tal y como había dicho Rakesh, recordaba al de los momentos previos a una buena tormenta eléctrica. Y aunque sabía que esa sensación era debida a la alta concentración de ozono en el aire, el aroma y el frescor de aquel lugar la hizo sentirse viva, reconfortada, como si volviera a estar de nuevo en la Tierra. Waafdiv esperó paciente a que Emily acabara de disfrutar de la sensación de frescura de la montaña.

—Venga por aquí —dijo cuando la vio relajada—, creo que se ha ganado el derecho a conocer el verdadero corazón de nuestro culto.

Se encaminaron hacia el templo y cruzaron la puerta. Emily percibió el olor a cerrado y a madera antigua. El aroma le resultó bastante familiar ya que era habitual en los templos antiguos de la Tierra.

—Casi nadie de entre nosotros ha visto nunca lo que va a ver a continuación —anunció Waafdiv con misterio.

Cruzaron el templo y se colocaron delante del retablo de madera que daba acceso a la cámara del cónclave. Emily se dio cuenta de que los bastones de mando de los líderes ya no estaban colocados en el altar, señal de que el cónclave ya había concluido. Waafdiv, casi con la habilidad de un prestidigitador, sacó una enorme llave metálica de una de sus mangas y la introdujo en la cerradura. Abrió la puerta e hizo un gesto a Emily para que entrara. Alguien se había dedicado durante esos días a restaurar la puerta después de la irrupción de los soldados de Vaahur en el cónclave y, a pesar de haber hecho un buen trabajo, todavía eran visibles los daños que los militares habían causado, sobre todo en los lugares donde la puerta se unía con las bisagras. Una oscuridad casi completa reinaba en el interior de la sala y Emily dudó a la hora de entrar. Sin el casco del exotraje no podría ver nada.

—Está oscuro —dijo ella.

—¡Oh! —exclamó Waafdiv—. Es cierto, los humanos no ven en la oscuridad.

—Tranquilo, pero algunos tenemos un implante ocular que nos permite mejorar nuestra visión —explicó ella—. Infrarrojos —pidió acto seguido.

—Vaya, los humanos no dejan de sorprenderme —exclamó.

Entraron en la cámara del cónclave y Waafdiv se dirigió a la pared de enfrente de la puerta de entrada. Acarició una de las zonas e introdujo sus garras en unos pequeños orificios camuflados en la madera. Una puerta oculta se abrió en la propia pared de la cámara. Emily no pudo evitar volver a sentir esa sensación de *deja vu*, como si ya hubiera vivido aquel momento antes.

Apoyándose en su bastón, Waafdiv cruzó la misteriosa puerta y le hizo un gesto para que lo siguiera.

—Aquí fue donde comenzó todo —dijo cuando entraron en el interior de la cueva original sobre la que se construyó el templo Gaal-El.

La cueva era amplia y tenía bastante altura, pero había menos espacio que en la zona del templo. Emily no pudo comprobar cómo de profunda era ya que su implante no le permitía ver con tanto detalle. Pero le dio la impresión de que continuaba hacia el interior de la montaña. Waafdiv se quedó contemplando la pared a la izquierda de la cueva. Señaló a Emily el lugar

donde había una pintura dibujada en la piedra. Era sencilla y estaba algo desgastada, tenía aspecto de ser muy antigua, mucho más que el propio templo de los cultistas.

Aquella pictografía, bastante simplista y que apenas lucía una decena de tonalidades, no tenía nada que ver con los finos y realistas frescos del templo. En ella se veía uno de los obeliscos alienígenas caído en el suelo mientras unos seres de aspecto temible parecían culpar a unos individuos de menor tamaño de tal acción. En el cielo, decenas de naves voladoras contemplaban lo que parecía ser la primera aparición de los Khol en el planeta.

—Nuestro pueblo pagó cara la afrenta de tratar de eliminar los artefactos de los Khol —dijo Waafdiv.

—¿Los keplerianos destruyeron un obelisco? —preguntó Emily.

—Sí, y aunque no tenemos escritos que así lo aseveren, creo que quizá fuera ese el motivo por el que los Khol comenzaron a interesarse por el pueblo kepleriano. Esta pintura puede que represente el día en que los Khol comenzaron a visitar el planeta con asiduidad.

—¿Por qué lo hicieron? —preguntó Emily—. ¿Por qué tiraron abajo un obelisco?

—Imagino que por curiosidad —aventuró Waafdiv—. Incluso yo, que soy consciente de la importancia que esos artefactos parecen tener para los Khol, siempre he tenido curiosidad por saber qué son y qué función tienen. Pero lo que más me ha intrigado siempre es saber por qué, a pesar de no parecer importarles nada cuando han venido, la destrucción de uno de ellos pareció ser el detonante de nuestra esclavitud.

—¿No se han interesado nunca por ellos?

—No —aseguró Waafdiv—, al menos, según los escritos de los que disponemos. Cuando nos visitan tan solo recogen los minerales que se han extraído de las minas y, si la cantidad no es de su agrado o si la población kepleriana ha crecido demasiado, nos castigan con dureza, diezman nuestra población y se llevan a muchos de los nuestros.

—¡Qué horror!

—La mayoría de nosotros hemos aprendido a convivir con el miedo —explicó Waafdiv—. Pero eso no quita que sea algo injusto y horrible.

—¿Estaba ese obelisco entre los poblados Wiikhaadiiz ofiz y Khapabir? —preguntó Emily, señalando el artefacto de la pintura.

—¿Cómo sabe usted eso? —Su expresión facial se endureció tanto que hasta Emily se asustó un poco.

—Desde nuestra nave, arriba, en el espacio —explicó—, podemos ver todo el planeta. Hay miles de obeliscos como ese alrededor de todo él. De hecho, su distribución sigue un patrón muy claro. Están separados los unos de los otros por la misma distancia, formando una especie de red muy precisa.

—Vaya —musitó Waafdiv sorprendido, pero de nuevo con su expresión amable—, desconocía que había tantos.

—Sabemos que sueltan a la atmósfera una serie de moléculas, aunque no tenemos todavía muy clara su función.

—¿Mo… léculas? —preguntó al ver que no había una traducción para esa palabra.

—Son cosas muy pequeñas, invisibles a nuestros ojos, pero que están presentes en el aire que ustedes respiran —dijo—. Bueno, que respiramos.

—Entiendo. —Avanzó unos pasos.

En esa misma pared, pero algo más alejada de la cámara del cónclave, había otra pintura. En ella se veía cómo los antepasados de Waafdiv se dirigían a una especie de cueva, mientras las decenas de naves de los Khol parecían algo más pequeñas que en la pintura anterior, como si se alejaran. Por el camino, multitud de individuos habían sido dibujados tumbados en el suelo, muertos.

—Mi pueblo intentó buscar cobijo en las cuevas de la montaña y huyó de las atrocidades de los Khol —siguió Waafdiv—. Se cree que esta misma cueva fue una de las primeras en las que nos escondimos.

—Por eso se construyó el templo aquí.

—Eso es. Y por ese motivo para nosotros este es un lugar sagrado —señaló a su alrededor.

—¿Cuándo se hicieron estas pinturas?

—No lo sé —reconoció Waafdiv—. Solo sé que son muy antiguas, mucho más que el templo. Este edificio se construyó hace miles de años, pero estas pinturas son mucho más antiguas.

—Parece que había un líder —dijo Emily reparando en el kepleriano más cercano a la cueva, que parecía señalar con su brazo la entrada.

—Sí, es el primero de los Gaal-El, el fundador del culto —afirmó Waafdiv mirando a Emily —. Se decía que podía hablar con los espíritus y que podía hacer cosas sobrenaturales con las que el resto de keplerianos no podemos ni soñar.

—¿Qué clase de cosas?

—Podía ver el futuro —dijo el sumo sacerdote—. Él fue quien predijo el advenimiento de nuestros salvadores. Él dijo que tú vendrías desde muy lejos a librarnos de los Khol.

Emily sintió cómo un escalofrío recorría su espalda mientras observaba la poco precisa figura del supuesto fundador del culto. Waafdiv pasó a una tercera pintura. En ella, el supuesto líder aparecía al lado de una estructura casi trapezoidal de la que salían una especie de rayos, o líneas irregulares, hacia el cielo del planeta o el espacio. El resto de los keplerianos, mientras, adoraban a su líder.

—¿Qué es ese rectángulo? —preguntó Emily.

—Nunca lo hemos sabido —respondió Waafdiv, decepcionado—. Tenemos escritos muy antiguos, algunos de ellos incluso en lenguas antiguas que nadie sabe interpretar ya, pero en ninguno de ellos parece mencionarse nada que pueda explicar siquiera de lejos lo que representa esta pintura. Tenía la absurda esperanza de que usted nos ayudaría a interpretarla.

—Pues lo siento de veras —dijo ella—, pero no tengo ni la menor idea.

Waafdiv contempló la imagen de nuevo durante unos instantes, pero luego se giró y se centró en la que había en la pared de enfrente. En aquella nueva pintura daba la impresión de que el líder estaba tumbado en una especie de altar. Sus seguidores parecían apenados, con las cabezas gachas, así que sería lógico pensar que había fallecido. Otro kepleriano, un tanto apartado del centro de la escena, pero casi a la altura del fallecido, tenía un báculo en las manos.

—Nuestro profeta murió después de una larga vida al servicio de los demás —explicó Waafdiv—. El resto de keplerianos lo honraron durante cientos, miles de años, pero la vida seguía y otros, mejores o peores, ocuparon su lugar.

—Parece que fue alguien muy querido.

—Sí, eso es lo que dicen las escrituras, al menos. Él fue el que nos lideró tras la primera visita de los Khol, pero, sobre todo, él fue quien nos dio esperanzas, el que nos hizo creer que, algún día, nuestra pesadilla se acabaría.

Pasaron a la siguiente pintura, de nuevo en dirección hacia la cámara del cónclave. En ella, el nuevo líder de la anterior imagen, o tal vez alguno de sus sucesores, parecía conversar con otros cuatro keplerianos de aspecto importante. Cada uno de ellos portaban un báculo, que al parecer les otorgaba poder sobre el resto de keplerianos, que permanecían en un plano inferior, obedientes y serviciales.

—Muchos años después se fundaron los demás clanes. Y surgieron nuevos líderes para gestionarlos. Juntos acabarían formando el consejo kepleriano, del que usted misma ha sido testigo.

Emily observó, a pesar del evidente desgaste y de que la visión infrarroja no le permitía obtener mucho detalle, que cada uno de los báculos estaba pintado de una tonalidad diferente. Lo más seguro era que coincidieran con los que había visto en los blasones o en la madera de los báculos de los líderes: gris para los Gaal-El, azul para los Wiikhaadiiz ofiz, verde para los Khaavahki y naranja para los Khapabir. Sin embargo, había otro más que Emily supuso que pertenecía a la tribu desaparecida, los Wiijof jikhaashyush.

—Uno de estos cuatro —dijo señalando a los líderes—, supongo que sería el representante de vuestros hermanos desaparecidos tiempo atrás.

—Así es —respondió agachando la cabeza.

—Vaya, es una lástima que una población entera desapareciera.

—Bueno… en realidad, no lo han hecho —reveló Waafdiv.

—¿Qué? Había entendido que ya no existían. Pero entonces, ¿por qué no han asistido a los cónclaves?

—Verá, esto que voy a contarle ahora mismo tan solo lo saben cuatro keplerianos. La historia que enseñamos en los colegios acerca de nuestro pueblo no es del todo cierta. Es verdad que hubo un problema grave con los Wiijof jikhaashyush, pero eso no llevó a su desaparición.

Emily escuchó con atención. Waafdiv parecía muy contrariado, como si estuviera hablando sobre antiguos fantasmas.

—Los Wiijof jikhaashyush eran un pueblo temeroso, formado por gentes de todo tipo, con múltiples aptitudes. Eran muy queridos y valiosos para el resto de los clanes. Pero uno de sus líderes se obsesionó de forma desmesurada con los Khol. Creía que si nos exponíamos demasiado todos acabaríamos muertos. El resto de nosotros aprendimos a convivir con la amenaza, abandonamos los refugios en las rocas y comenzamos a construir poblados utilizando los bosques como parapetos naturales. Eso nos mantuvo lejos de las miradas de nuestros enemigos. Pero ellos no lo hicieron, se quedaron en las entrañas de las montañas.

»Al principio todo fue bien, el comercio comenzó a aflorar entre todas las poblaciones. Cada facción se centró en determinados trabajos y proveía al resto de trabajadores especializados, como se continúa haciendo hoy en día. Pero en algún momento de la historia, los Wiijof jikhaashyush dejaron de participar en las dinámicas, se volvieron esquivos y huraños. Pasó el tiempo, y en un momento indeterminado comenzaron a ocurrir cosas que horrorizaron a la población. Empezaron a desaparecer keplerianos del resto de los clanes. Descubrimos, para nuestro horror, que los pocos trabajadores que los Wiijof jikhaashyush enviaban a nuestras

poblaciones estaban practicando el canibalismo con nuestros propios vecinos.

—Santo cielo —dijo Emily tapándose la boca.

—Sí —reconoció Waafdiv—. Parece ser que los Wiijof jikhaashyush, en su espiral de locura, comenzaron a realizar rituales y sacrificios propios del chamanismo más oscuro. Así que el resto de nosotros les dimos la espalda. Sabemos que siguen existiendo, pero evitamos a toda costa acercarnos a sus asentamientos. Creo recordar que ustedes les pusieron un nombre: Yokai.

Emily abrió mucho los ojos.

—¡¿Qué?! —exclamó— ¿Me está diciendo que los Yokai fueron keplerianos en otra época?

—Sí, así es —respondió él.

Emily se llevó las manos a la cabeza, no podía creerlo. Un poblado kepleriano entero convertido en criaturas nocturnas que involucionaron de alguna manera hasta convertirse en monstruos horribles.

—Pero ¿cómo pudo ocurrir tal cosa?

—No lo sabemos —reconoció Waafdiv—. Solo sabemos que comenzaron a realizar sacrificios y prácticas muy oscuras que los llevaron primero a la locura y después a convertirse en lo que son ahora.

—Vaya… no sé qué decir —musitó horrorizada.

—Es algo que me entristece y me hace avergonzarme un poco por la actitud de mis antecesores. No fueron capaces de ver en qué se estaban convirtiendo nuestros hermanos y los abandonaron a su suerte.

—No creo que ocurriera de la noche a la mañana —dijo Emily—. Sería muy difícil manejar una situación como aquella.

—Quizá si hubiera estado usted aquí, la situación habría sido diferente. Y esto nos lleva a la última de las pinturas.

Waafdiv se acercó a la pared de la cámara de los cónclaves. En la pintura, los cinco líderes recibían a una misteriosa figura con forma humanoide, pero diferente en ciertos aspectos a los keplerianos. La figura parecía descender de una estructura alargada que recordaba a una nave espacial. Una multitud de figuras similares, más pequeñas, adoraban a la recién llegada.

—Creo que esta pintura no necesita de ninguna explicación —dijo Waafdiv—. Ustedes son aquellos a los que estábamos esperando. Usted es nuestra elegida —añadió, señalando a la figura principal.

Emily sintió un repentino agobio por todo lo que acababa de contemplar. Hasta ese momento, las profecías y creencias de los Gaal-El le habían parecido supercherías místicas sin ningún tipo de lógica. Como solía ocurrir con las religiones humanas, todo podía haberse debido a palabras o hechos malinterpretados o magnificados con el paso del tiempo. Pero, fuera como fuese, lo que acababa de ver había llevado a los keplerianos a esperar el advenimiento de una raza alienígena que los salvara. Emily tuvo que reconocer que hasta la nave de la pintura tenía una forma alargada separada en diferentes módulos muy similar a la estación Asimov. ¿Cómo no iban ellos a pensar que los humanos podían ser los salvadores si hasta ella misma estaba comenzando a tener dudas al ver el dibujo abstracto realizado por un kepleriano hacía miles de años?

—Pero, no tiene ningún sentido —protestó Emily—. La mera suposición de que alguien pueda predecir el futuro es absurda. Es del todo imposible.

—Yo tampoco soy capaz de entenderlo —reconoció Waafdiv—, pero nuestros antepasados eran muy diferentes a nosotros, mucho más sabios en ciertos aspectos, conocían los entresijos del universo. Para nuestra desgracia, todo ese conocimiento no ha llegado hasta nuestros días, se perdió con el paso de los años y las exacciones de los Khol.

Cuando acabaron de contemplar las pinturas, Waafdiv sugirió abandonar el templo y volver a los edificios aledaños.

—Tenemos una gran biblioteca, con miles de legajos y pergaminos antiguos, que me gustaría mucho que algún día pudiera revisar. Seguro que con su ayuda seremos capaces de entender qué ocurrió con mis antecesores y el origen del culto Gaal-El.

—Eso estaría genial —dijo Emily mientras salían del templo.

Una voz bien conocida por Emily interrumpió la conversación.

—¿Emily? —llamó Ada— ¿Me recibes?

—Te recibo, Ada.

—Qué alivio. Me tenías muy preocupada.

—No sabes lo que me alegra oír tu voz —respondió Emily.

El regreso

6 de febrero del año 1

Lugar desconocido, Kepler-442b

Waafdiv y Emily vieron a Liikmi aproximarse a ellos. Había salido del rover que Ada acababa de aparcar justo delante de las escaleras que daban acceso a la explanada del templo.

—Esta máquina suya es increíble —exclamó Liikmi cuando se acercó a ellos—. Además, es muy amable y considerada, hemos tenido una animada conversación mientras subíamos hasta aquí.

—Gracias —respondió Ada desde el traje de Emily—, yo también he disfrutado mucho de la conversación. Me encantaría continuarla en otra ocasión, vuestra cultura y sociedad me resultan de lo más interesante. Pero me temo que ahora tengo otros asuntos más urgentes que tratar con Emily.

—Claro —admitió Liikmi con una leve inclinación de su cabeza.

—Ya he avisado al subdirector Green —informó la IA—. Han enviado una nave para recogeros, llegará en breve.

—Gracias, Ada.

—Supongo que querrán llevarse a su compañero convaleciente y también el cuerpo de su otro amigo —dijo Waafdiv de inmediato—. Liikmi, ¿puedes encargarte de que esté todo dispuesto?

—Claro, señor —respondió el cultista con una reverencia.

—¿Qué tiene pensado hacer a partir de ahora? —preguntó Emily.

—¿Se refiere al cónclave?

—Sí, me temo que nada ha salido como ninguno de nosotros hubiera deseado.

—Lo cierto es que he subestimado la determinación de Vaahur por conseguir el poder —dijo Waafdiv—. No creí que fuera capaz de llegar tan lejos y por mi culpa ha fallecido uno de sus compañeros. Lo siento de veras, será algo que me perseguirá el resto de mis días.

Waafdiv parecía bastante compungido por la muerte de Rakesh.

—No ha sido culpa suya —lo tranquilizó Emily—, solo hay un culpable de todo lo que ha ocurrido.

—Sé que todo esto ha sido cosa de Vaahur, pero no puedo dejar de pensar que, si hubiéramos actuado de otra manera, él seguiría vivo. Sigo creyendo que hemos obrado como es debido, pero tal vez tengamos que ser más inteligentes a partir de ahora.

—¿Qué es lo que quiere hacer? —quiso saber Emily.

—Tengo que meditarlo en detalle, pero hay otras maneras de conseguir el mando único.

—Imagino que yo también tengo que pensar en los siguientes pasos —dijo Emily—.

Supongo que Vaahur no estará contento por cómo nos hemos escabullido de su fortaleza.

—Sí, llevará días buscando el fallo de seguridad que lo ha permitido.

—Me preocupa que intente tomar represalias contra alguien inocente —dijo ella.

—Viniendo de él, podría esperarme cualquier cosa —afirmó Waafdiv—. Tengan cuidado.

La nave de evacuación apareció entre las nubes y aterrizó en la misma explanada sin más problemas. Varios sanitarios, provistos con camillas de aislamiento, bajaron de ella por la rampa de la bodega. También descendió el subdirector Green.

—¡Emily! —la llamó preocupado—, gracias a Dios que estás bien… Pero ¿y tu casco? —preguntó sin entender lo que ocurría.

—Ya no lo necesito —respondió.

—¿Cómo puede ser eso?

—Ya nos pondremos al día, subdirector —dijo Emily—. Ahora lo más importante es evacuar a Gorka lo antes posible.

Iwshaj, el anciano curandero de los Gaal-El, salió de repente de uno de los edificios, alterado y murmurando por lo bajo.

—Disculpe, señorita —dijo—. ¿Cómo puede ser que se lleven al humano convaleciente? Esto es del todo irregular y muy peligroso para él.

—Tranquilo, Iwshaj —sonrió Emily—, nuestros médicos se encargarán ahora de su cuidado.

—Pero es importante que no se le mueva y que pase las próximas horas en la más total inactividad, solo así su cuerpo podrá adaptarse a los cambios.

—Así se lo haremos saber a nuestros doctores —le aseguró Emily.

El anciano aceptó la decisión a regañadientes. No parecía convencido de permitir que se llevaran a Gorka. Sin embargo, su cara recuperó la expresión afable que había mostrado esa mañana. Sacó un par de viales y un pañuelo que envolvía algo y se lo ofreció a Emily.

—En ese caso —dijo—, tome esto. Son dos viales con el medicamento que debe administrársele a su compañero si empeora, junto con estas plantas medicinales secas —le mostró lo que ocultaba el pañuelo—. Recuerde: un vial al día y los vahos que resultan de quemar estas hojas.

—Gracias, Iwshaj. Es usted muy amable —dijo Emily—. Le agradezco muchísimo lo que ha hecho por todos nosotros durante estos días.

—De nada, jovencita —respondió él—. Me alegro de haber podido ser de ayuda. A mi edad, nunca pensé que iba a poder conocer a la elegida. Después de todo lo que he vivido, creo que ya me puedo morir tranquilo.

—No diga eso, Iwshaj. Se le ve muy bien de salud.

—No se crea, cada vez me cuesta más levantarme por las mañanas. Aunque le agradezco la mentira piadosa.

Liikmi acompañó a los sanitarios hasta la habitación donde se encontraban Paula y Gorka y poco después los sacaron dentro de las camillas de aislamiento. Les esperaba a todos un buen periodo de cuarentena. Los cultistas también entregaron el cuerpo amortajado de Rakesh. Varios de los soldados que acompañaban la misión de rescate se encargaron de evacuarlo de allí con los honores que merecía el antropólogo.

—Waafdiv —dijo Emily—, gracias por todo, de corazón.

—Estaremos en contacto —sonrió él.

Emily se quedó pensativa unos instantes y antes siquiera de sentarse en una camilla, se dirigió al rover, que continuaba aparcado donde acababan las rampas de subida. Sacó una mochila de comunicaciones y se la entregó a Waafdiv, dándole unas breves explicaciones de lo que debía de hacer para utilizarla.

—Con este artilugio no solo podrán hablar con Ada, nuestra inteligencia artificial, si no que podrá solicitar hablar con cualquiera de nosotros. Incluso con Yisht, la asistente de Khikhya, aunque le ruego que mantenga esto último en secreto. Nadie sabe en Wiikhaadiiz ofiz que ella dispone de un dispositivo igual que este y no quiero que la acusen de alta traición. Algo que, visto lo visto, podría llegar a ocurrir.

—Descuide —la tranquilizó Waafdiv—, lo guardaré como un tesoro.

Emily se despidió de Waafdiv y de Liikmi y pidió que agradecieran a Avmup, al que no habían podido ver, todo lo que había hecho y arriesgado por salvarles a ellos. También pidió que sellaran los viales que Iwshaj les había entregado y se introdujo en la camilla. En cuanto conectaron oxígeno en el interior, Emily se sintió revitalizada, como si le estuvieran aplicando un estimulante. Poco después, la nave despegó de la explanada en dirección a la estación. Por fin volvían a casa.

Los ubicaron a los tres en la misma sala de cuarentena que la vez anterior, y aunque en un principio no se dieron cuenta, allí había otra persona más, intubado y con un aparatoso respirador. El subdirector Green, que los había acompañado en todo momento e incluso había entrado en la zona de cuarentena con ellos, se dirigió a Emily cuando estuvo en su habitáculo.

—Siéntate —le pidió muy serio.

—¿Qué ocurre, David? Me estás asustando.

—Se trata del capitán Beaufort.

—¿Qué le pasa? ¿Qué ocurre con Robert? —preguntó nerviosa.

—Cuando se enteró de que os habían apresado, él y la sargento Ferrara decidieron dirigirse a la fortaleza donde os retenían.

Emily escuchó con atención y una tensión creciente lo que le estaba contando el subdirector, pero sabía por el tono que algo malo había ocurrido.

—Allí tuvieron un encontronazo con el capitán Garth y la sargento Cameron, y por lo visto el traje del capitán Beaufort recibió numerosos daños.

—¿Dónde está Robert? —preguntó sin rodeos.

El subdirector miró de reojo a la zona de cuarentena donde estaba el paciente desconocido. Emily se levantó de inmediato para mirar a través de las paredes de cristal que delimitaban las pequeñas celdas de aislamiento.

—Está en coma —dijo el subdirector—. No saben muy bien cómo revertirlo, creen que pasó demasiado tiempo respirando aquel aire.

—¿Cuánto lleva así?

—Cuatro días —respondió él—, por lo visto, llegaron a la fortaleza Khaavahki poco después de que escaparais de allí.

—Quiero hablar con la doctora Schmidt —pidió Emily—. Necesito verle.

—Lo han intentado todo, Emily.

—No, todo no. —Le mostró los dos viales que le había entregado el curandero de los Gaal-El.

—¿Qué? —se sorprendió el subdirector— ¿Pretendes que el chamanismo de un curandero kepleriano saque del coma al capitán?

—Con nosotras dos lo ha conseguido, ¿no? —señaló a Paula—. Y si el anciano está en lo cierto, mañana mismo despertará Gorka. Creo que merece la pena intentarlo.

—No sé si eso es muy buena idea.

—Solo pido que analicen lo que nos han dado y, en función de lo que haya dentro de estos viales, veamos qué es lo que podemos hacer.

El subdirector Green pensó en lo que estaba sugiriendo Emily. Sabía que era muy persuasiva y tenaz, así que lo más seguro es que acabara consiguiendo lo que quería de una manera u otra.

—De acuerdo —suspiró—, veré lo que puedo hacer.

—Gracias, David. Pero, aun así, me gustaría hablar con la doctora Schmidt… Yo… necesito verle.

—Hablaré con ella.

El subdirector les dejó solos en la sala de cuarentena, a la espera de que los sanitarios de la estación les hicieran las pruebas y exámenes pertinentes.

—¿Qué piensas hacer, Emily? —preguntó Paula, que se encontraba en la celda de enfrente.

—No lo sé —respondió pensativa mientras observaba a Robert en la lejanía—. Pero tiene que haber algo en estos viales y en las hojas que nos dio Iwshaj que explique por qué tú y yo estamos bien y Robert está en coma.

—¿Qué crees que hacen esos viales? —preguntó Paula.

—No tengo ni idea, pero parece que nos ha ayudado a respirar allí abajo.

—Me refiero a cómo podemos siquiera respirar en un entorno como el de Kepler-442b. —insistió Paula— No soy ninguna experta en biología, pero hasta donde yo sé, deberíamos haber muerto de hipoxia o, en su defecto, por el resto de los compuestos del aire del planeta.

—Sí, yo también me hago esa pregunta —reconoció Emily—. Y espero que la respuesta esté en estos pequeños frasquitos.

Emily se sentó de nuevo en la cama. La cabeza le iba a mil por hora, nada tenía sentido para ella. Y el hecho de que Robert estuviera en peligro a tan solo unos pocos metros no ayudaba en absoluto a calmar sus nervios. Empezó a mover la pierna rápidamente, como siempre que estaba nerviosa.

La doctora Schmidt la sacó de sus pensamientos. Venía acompañada del enfermero Conte, que portaba un pequeño carrito con material. Ambos entraron en primer lugar en el habitáculo de Emily.

—Hola —la saludó—. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien —respondió Emily—, algo cansada, pero bien. Ahora lo importante de verdad es sacar al capitán Beaufort del coma.

—Está estable, estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano —le aseguró.

—Está claro que no lo suficiente —respondió ella muy seca.

—Emily —siguió la doctora Schmidt con templanza—, voy a hacer caso omiso del tono que has utilizado y a tener en cuenta que habéis pasado por una situación muy complicada estos últimos días. También soy consciente de que el capitán y tú tenéis una relación muy estrecha y es normal que estés preocupada. Pero ten cuidado, no voy a tolerar que nadie en esta estación ponga en tela de juicio mi trabajo o el de alguno de mis colaboradores.

A Emily, la frase de la doctora le sentó como un bofetón de realidad y de inmediato se sintió culpable y avergonzada por haberse dejado llevar por la desesperación.

—Yo… lo lamento —dijo arrepentida—. No sé por qué he dicho eso. Disculpa. Disculpad, los dos. Supongo que hemos pasado por una situación crítica y encontrarme a Robert así… Es duro.

—Acepto tus disculpas —dijo la doctora—, y lamento de verás lo que habéis tenido que pasar, primero con el doctor Kumar y ahora con el capitán Beaufort. Pero hacemos todo lo posible para que el capitán se ponga bien.

—Lo sé —dijo Emily—, de verdad que lo siento. No sé qué me ha pasado.

—No le demos más vueltas. ¿Cómo te encuentras? —volvió a preguntar.

—Bien —repitió ella—, creo que las dos estamos bien. Aunque no entendemos muy bien por qué hemos sobrevivido.

—Eso es lo que intentaremos responder aquí. Vamos a haceros algunas pruebas para ver por qué de repente sois capaces de respirar con normalidad en un entorno que, a priori, no es compatible con la vida humana.

La doctora examinó a Emily antes de centrarse en el aparato respiratorio, lo que incluía una auscultación exhaustiva además de diversas palpaciones a lo largo del torso. Tras concluir los exámenes preliminares y ver cómo la doctora mostraba elocuentes expresiones, a cada cuál más seria, Emily preguntó:

—¿Ocurre algo? La expresión de tu cara no parece muy tranquilizadora.

—Tus constantes son un tanto extrañas, por decirlo de alguna manera —respondió la doctora —. Vamos a tomarte la tensión arterial.

El enfermero Conte, que había permanecido callado todo ese rato, preparó el instrumental necesario y pidió a Emily que se sentara y extendiera el brazo.

—Tienes la tensión muy baja, demasiado baja, de hecho —dijo la doctora.

—¿Y eso es malo?

—Lo sería en circunstancias normales —dijo pensativa—. Pero… no tiene sentido.

—¿Qué es lo que no tiene sentido?

—Tu pulso también es muy débil. Era un cuadro bastante habitual en la Tierra cuando alguien acostumbrado a vivir a grandes alturas bajaba al nivel del mar.

—Entonces, si eran habituales este tipo de casos, ¿cuál es el problema?

—Que nuestros cuerpos tardan meses en llevar a cabo ese tipo de respuestas. Si solo habéis estado unos días expuestas a unas condiciones tan extremas, no tiene ningún sentido que presentéis ahora unos cuadros sintomáticos tan agudos.

—Entiendo. ¿A qué podría deberse, entonces?

—No lo sé, es lo que intentaremos averiguar —respondió la doctora—. Vamos a haceros algunos análisis de sangre, pero mucho me temo que vais a tener que permanecer en observación durante unos días.

—El curandero de los keplerianos nos administró esto. —Emily le mostró los viales que había traído consigo.

—¿Qué es? —preguntó extrañada la doctora.

—No tengo ni idea —reconoció Emily—. Pero es lo que nos dieron a Paula, a Gorka y a mí para poder sobrevivir durante estos últimos días.

—Pero Gorka sigue inconsciente —argumentó la doctora Schmidt.

—Según lo que nos dijo el curandero —explicó—, mañana debería despertar de su letargo, igual que hemos hecho nosotras. Quizá podáis analizar el compuesto químico para saber qué contiene.

—Y acuérdate de las hojas que quemaban —aportó Paula en la lejanía.

—Cierto, casi lo olvido. —Emily rebuscó en su bolsa—. También quemaban estas hojas en una especie de incensario.

—Hablaré con el laboratorio para ver qué nos pueden decir sobre todo esto —prometió.

—Gracias, doctora, quizá todo esto pueda ayudar a Gorka, a Robert o a cualquiera que pase por lo que hemos tenido que pasar nosotras.

—Esperemos que todos se recuperen lo antes posible.

—Ah, si me permite una última cosa, doctora —dijo Emily antes de que se marcharan—. ¿Podría tener acceso a la celda del capitán Beaufort?

La doctora Schmidt sopesó la petición de Emily.

—Sé que son momentos muy difíciles —dijo por fin—, pero me temo que de momento tendrás que permanecer en tu celda. Vosotros tres —señaló los habitáculos de Gorka y Paula—, habéis tenido una interacción muy profunda con los keplerianos y con la atmósfera del planeta, además de haber ingerido medicamentos y comida kepleriana. Todavía no sabemos qué consecuencias puede tener en vuestros cuerpos a corto y medio plazo. Lo lamento, pero no puedo permitir que contagiéis con algún patógeno desconocido a otro paciente.

Emily asintió con tristeza, pero el argumento que había utilizado tenía todo el sentido del mundo. Los sanitarios examinaron después a Paula, a Gorka y al propio Robert. Tomaron muestras de tejidos y de sangre de todos los pacientes y abandonaron la zona de cuarentena.

—¿Crees que el contenido de los viales es lo que nos ha salvado?

—La verdad, no sé qué creer a estas alturas —reconoció Emily—. Esta misma mañana he visto en una cueva unas pinturas de hace miles de años en las que parecía demostrarse que los keplerianos estaban de verdad esperando a que alguien llegara de otro planeta para salvarles. No sé qué demonios es lo que hay dentro de esos viales, ni sé por qué nosotras estamos con buena salud y Gorka todavía sigue inconsciente. Pero, llegados a este punto, tendremos que sopesar

todas las posibilidades que se nos presenten, por muy inverosímiles que estas parezcan.

—¿No estaban Taro y Chad haciendo pruebas con animales? —recordó Paula después de unos segundos.

—¡Tienes razón! —exclamó Emily—. Quizá hayan llegado a alguna conclusión durante los días que hemos estado fuera.

Emily llamó a los dos científicos, que permanecían en la base Magallanes ajenos a todo por lo que habían pasado sus compañeros.

—¡Emily! ¡Paula! —oyeron a Chad— ¡Gracias a Dios que estáis bien!

—¡Sí! ¡Que alegría volver a veros! —añadió Taro.

—Hola chicos. —Emily esbozó una tímida sonrisa—. Nosotras también nos alegramos de veros.

—¿Qué tal estáis? —preguntó Chad— Ada nos lo ha contado todo, lo de Rakesh nos ha dejado helados.

—Todavía no nos hemos hecho a la idea de que ya no esté con nosotros —reconoció Emily con tristeza.

—Estamos todos muy consternados —añadió Taro.

—¿Qué tal se encuentra Gorka? —preguntó Chad.

—Sigue inconsciente —les contó Paula—. Los keplerianos nos administraron un tipo de medicina que creemos que nos ha ayudado a superar la situación.

—Y de eso queríamos precisamente hablaros —intervino Emily—. ¿Cuánto habéis avanzado en vuestros experimentos con seres vivos?

—Bueno, hemos inoculado las moléculas en diferentes cantidades a varios de los ratones que tenemos en el laboratorio.

—¿Y bien? ¿Algo que merezca la pena saber? —preguntó Emily.

—No, todos están en perfectas condiciones —dijo Chad.

Emily se quedó pensativa, y dudó durante unos instantes si era conveniente verbalizar lo que estaba pasando por su cabeza.

—¿Qué estás pensando, Emily? —le preguntó Taro.

—Sé que no os va a sonar muy ético, pero me gustaría que sacarais a algunos de esos ratones al exterior.

—¿Al exterior? —preguntó Chad, extrañado—. Eso podría matarlos.

—Eso es lo que tenemos que intentar evitar a toda costa —siguió Emily—. Puede que de vuestro éxito dependa el que Gorka y Robert sobrevivan.

Emily les explicó cómo se habían quedado sin aire en los trajes durante su huida de la fortaleza Khaavahki. Les contó que Rakesh fue el primero y cómo el resto fueron pasando uno por uno por la misma situación. Paula también les relató cómo los keplerianos habían cuidado de ellos y que les habían administrado algunas medicinas, y que se suponía que Gorka iba a despertar al día siguiente.

—Parece que todos habéis vuelto a la normalidad en orden inverso —dijo Chad.

—¿Qué? —preguntó Emily.

—Que, según lo que nos habéis contado, habéis vuelto a la normalidad en orden inverso a la cantidad de tiempo que estuvisteis expuestos a la atmósfera del planeta.

—¿Y cómo se supone que debemos interpretar eso?

—Creo que lo que os han administrado no es más que un tranquilizante o algo que permite a las moléculas hacer su trabajo.

—¿Su trabajo? ¿Qué trabajo? —preguntó Emily.

—¿Todavía no habéis atado los cabos? —exclamó Taro.

—No —confesó Paula.

—Desde que empezamos a investigar las moléculas alienígenas el patrón se ha repetido una y otra vez, con todos y cada uno de los organismos a los que hemos expuesto a ellas —explicó Chad—. Bacterias, levaduras y hongos de la Tierra. Alguna de las moléculas, no todas, modificaron la información genética de nuestros sujetos, pero lejos de acabar destruyéndolas, como haría un virus, las mejoró, haciéndolas más eficientes.

»Hace un rato hemos hablado de organismos mucho más complejos, pequeños roedores y batracios. Y aunque no hemos observado grandes diferencias entre ellos, sí que nos hemos dado cuenta de que hay una relación entre el tiempo y la cantidad de moléculas a las que han estado expuestos los sujetos y su mejor adaptación al entorno.

—Vete al grano… —urgió Emily.

—Lo que os ha permitido respirar en Kepler-442b no ha sido lo que hay dentro de esos viales, ni tampoco el humo resultante de quemar esas hojas. Son las moléculas, Emily. La respuesta a nuestros problemas de adaptación a la atmósfera del planeta son las propias moléculas alienígenas.

Ecos del pasado

7 de febrero del año 1

Lugar desconocido, Kepler-442b

Emily dormía cuando la doctora Schmidt entró en la zona de cuarentena. Su cuerpo estaba tan demacrado que necesitó muchas más horas de descanso de lo habitual. El sonido del carrito que portaba la propia doctora la despertó.

—¿Seguías durmiendo? —preguntó extrañada la doctora Schmidt.

—Eh… sí —reconoció ella aún somnolienta.

—Lamento despertarte, pero ya son más de las nueve —dijo la doctora—. Has dormido más de catorce horas.

—Estaba muy cansada —se excusó—. Lo necesitaba.

—Cuando el enfermero pasó ayer a recoger los restos de vuestra cena, ya estabas dormida.

—Sí. Tenía mucha hambre, pero de repente mi cuerpo dijo basta.

—Ya veo. Por lo menos acabaste la comida, que es lo importante. Los tres habéis perdido bastante masa muscular en este proceso. ¿Qué tal te encuentras?

—Muerta de sueño —reconoció Emily—. Necesito un café.

—En un rato os traerán el desayuno —dijo la doctora—. No desesperes.

—¿Ha habido algún cambio en el estado del capitán Beaufort?

—No, continua estable —respondió la doctora—. Pero yo vengo a haceros otra extracción de sangre.

—¿Qué hay de los resultados de los análisis de ayer? —preguntó Emily.

La doctora guardó silencio unos instantes.

—¿Hay algo extraño en la analítica? —preguntó de nuevo—. Si hay algo malo, quiero saberlo.

—No es que hayamos encontrado algo malo —respondió—, es solo que me tiene bastante desconcertada.

—¿Qué ha visto?

—Hay una concentración anormal de hemoglobina en la sangre.

—¿Eso es malo?

—No, al menos no necesariamente —la tranquilizó—. De hecho, a mayor cantidad de hemoglobina, la sangre puede transportar una mayor cantidad de oxígeno a las células de nuestro organismo, por lo que en principio es algo bueno.

—¿Y qué es lo que ve extraño?

—Una concentración de hemoglobina como la que tenéis ambas se sale de las tablas de estudio que tenemos —reconoció, asombrada—. En la Tierra había casos registrados de concentraciones como estas, pero en personas acostumbradas a vivir en las alturas, como sherpas o habitantes de poblaciones de alta montaña. Pero lo que nos tiene asombrados es que no hay registros de nadie que presente de forma natural semejante aumento de hemoglobina en un espacio tan corto de tiempo. De hecho, vuestros niveles de eritropoyetina en sangre están muy por encima de los rangos normales. Lo cual, teniendo en cuenta que son las hormonas encargadas de crear la hemoglobina, cuadra a la perfección con todo lo que vemos. Lo que ya no tenemos tan claro son los motivos por los que habéis sido capaces de crear tanta cantidad.

Emily se quedó pensativa. Eso coincidía con la teoría que manejaban Taro y Chad, en la que eran las propias moléculas alienígenas las que aceleraban y favorecían esa adaptación de los organismos.

—¿Estás bien, Emily? ¿En qué estás pensando? —se interesó la doctora.

—¿Recuerdas las famosas moléculas presentes en el planeta?

—Claro —respondió ella—. De hecho, también hemos encontrado una alta concentración de ellas en vuestra sangre.

—Taro y Chad están investigando cómo esas moléculas afectan a diferentes organismos. Los resultados, a fecha de hoy, invitan a pensar que son las que aceleran el proceso de adaptación al entorno de los sujetos.

—¿Qué? ¿Como si fueran agentes mutágenos?

—Sí, creo que de hecho alguna vez los han llegado a definir como tales.

—¿Qué clase de experimentos han llevado a cabo? —quiso saber la doctora.

—No sé hasta qué punto entiendo lo que hacen —reconoció Emily—, pero sé que han expuesto las moléculas a organismos simples, como hongos o bacterias, y hace poco han empezado con organismos complejos, como ratones y ranas.

—¿Y qué resultados han obtenido?

—Creo que, en el cien por cien de los casos, los organismos han sobrevivido a la exposición y, además, han sufrido algún tipo de mutación para adaptarse a su entorno. En el caso de los ratones, recuerdo que comentaron que su densidad ósea y su musculatura habían experimentado un crecimiento proporcional a la exposición a las moléculas, pero siempre en consonancia con la mayor gravedad del planeta.

—Un segundo —la interrumpió—, ¿me estás diciendo que el aumento en la densidad ósea es uno de los posibles efectos de la molécula?

—Sí, eso es —respondió Emily—. Pero solo por tratarse de una adaptación natural a la mayor gravedad del planeta.

—Algunos de vosotros tuvisteis un aumento de densidad ósea —recordó ella.

—Sí, y además coincide con la vez que tuvimos exposición a las moléculas.

—Dios mío —exclamó la doctora—, esto lo cambia todo.

—Puede que estemos delante de uno de los mayores descubrimientos de la humanidad. Aunque todavía no conocemos los efectos secundarios que pueda tener a largo plazo.

—Ahora entiendo lo de los viales y las hojas que te entregó el curandero.

—¿Qué es lo que entiendes? —se interesó Emily.

—Ayer analizamos el contenido de los viales y no le encontré ninguna utilidad aparente. Parecían los restos de una simple infusión de hierbas. Pero al analizar el resultante de quemar las hojas que te entregaron, di con algo bastante singular.

—¿El qué?

—Ambos por separado, el gas y el líquido, son inocuos. Pero al entrar en contacto dentro del organismo, producen ácido sulfhídrico. —Emily no reaccionó a lo que le estaba revelando la doctora Schmidt, al menos no como ella esperaba, así que intentó aclararlo—: El ácido sulfhídrico es una de las materias primas que utilizamos para inducir el estado de hibernación mediante el cual podemos criogenizar seres vivos.

—Entiendo —dijo Emily por fin—, es decir, que el curandero de los Gaal-El nos ha mantenido en hibernación durante un periodo de tiempo hasta que ha interpretado que nuestras células estaban adaptadas al nuevo entorno.

—Eso es —dijo la doctora—. Los viales no contienen una cura milagrosa, pero ayudan a que el huésped no muera mientras se produce el cambio genético a nivel celular. Hace años leí algún estudio sobre este tema.

—¿Podríamos intentar algo parecido con el capitán Beaufort? —preguntó Emily.

—Quizá —dijo ella pensativa—, pero no puedo arriesgar una vida humana basándonos en suposiciones y una simplista observación de los efectos. Además, si estamos en lo cierto, necesitaríamos exponer al capitán a la atmósfera del planeta o a una cantidad indeterminada de moléculas alienígenas. No suena muy halagüeño.

Emily pensó en la situación, pero comprendió que la doctora Schmidt tenía razón; era necesario experimentar o al menos tener más experiencia en la aplicación y el uso de las moléculas antes de poder siquiera plantearse su utilización médica. Cualquier otra cosa atentaría de forma directa contra su código deontológico y su profesionalidad.

—¿Y si realizamos experimentos con animales? —preguntó Emily.

—Estaríamos incumpliendo los tratados de Manchester.

—Pero nuestra colonia no se rige por las mismas leyes que los gobiernos de la Tierra —argumentó Emily.

La doctora Schmidt no dijo nada, parecía pensar en la solución.

—Sé que no es lo deseable —añadió Emily—, pero hace no tantos años era el procedimiento habitual. Ahora no podemos arriesgarnos a experimentar en personas sanas. Necesitamos a todos y cada uno de los miembros de la expedición. Y Ada realizará las simulaciones necesarias, pero son procesos costosos y tal vez no dispongamos de tanto tiempo.

—Siempre y cuando se me asegure empíricamente que los sujetos de prueba han sobrevivido en una proporción aceptable que nos permita no asumir riesgos innecesarios en la aplicación en humanos, podría aceptar utilizar las moléculas en determinadas circunstancias.

—Gracias, doctora —exclamó Emily con un brillo de esperanza en los ojos.

—Pero no pienso usar ese líquido de los viales que habéis traído —añadió—. Si es necesario provocar un estado de hibernación, lo haremos según nuestros propios métodos.

—Creo que es justo —aceptó Emily.

—Y me gustaría que un genetista de mi equipo participe en la investigación que están llevando a cabo los doctores Murakami y Williams —dijo tras meditar un momento.

—Por supuesto, sin problema —concedió Emily—. Lo que sea necesario.

—De cualquier manera, me gustaría tomarte unas muestras de tejidos y fluidos. Quizá ahora, tras conocer toda esta información, podamos ver otras cosas que hayamos pasado por alto.

La doctora tomó las muestras de Emily y las etiquetó como correspondía. Luego, Emily lo dispuso todo para que tanto Chad como Taro colaboraran con los expertos del equipo de la doctora Schmidt. Pero, cuando estaban a punto de acabar, un pequeño alboroto las interrumpió. Paula parecía inquieta en su celda.

—¿Gorka? —preguntó— ¡Está despertando! —gritó mientras lo señalaba y reclamaba la atención de la doctora.

Esta abandonó de inmediato la celda de Emily y se dirigió a la de Gorka mientras avisaba a alguien mirando a la cámara de vigilancia. Emily no oía nada de lo que la doctora decía, solo podía escuchar a Paula gritando a lo lejos. Se levantó de la cama para intentar ver algo en la distancia pero cuando llegó al cristal de separación, la doctora activó el mecanismo que volvió opaco el cristal de la celda de Gorka, dejando tanto a Paula como a ella misma sin una visión directa de lo que estaba ocurriendo.

—¡No! —gritó Paula con desesperación— Gorka…

—Tranquila —intentó calmarla—. Seguro que está bien.

Una enfermera a la que no conocían entró deprisa en la zona de cuarentena y volvió a perderse de vista en cuanto entró en la celda de Gorka. Fueron unos minutos muy tensos. Paula no paraba de moverse por su habitáculo, incapaz de estar quieta. Emily no pudo evitar ponerse en lo peor. Según lo que les había dicho el curandero de los Gaal-El, Gorka debía despertarse esa mañana. Pero cada cuerpo era diferente, y quizá su caso fuera más complicado. Podían ocurrir cientos de cosas y complicaciones que le impidieran recuperarse como lo habían hecho ellas. Emily sintió un escalofrío cuando se acordó del pobre Rakesh. Sin embargo, el cristal cambió a transparente de nuevo y por fin pudieron ver a Gorka, algo más delgado de lo normal, incorporarse en la cama y saludarlas a ambas con la mano.

—¿Qué tal estás? —preguntó Paula con lágrimas en los ojos.

—Bien —dijo él—. Cansado, con dolor de cabeza y no oigo bien por el oído izquierdo, pero dadas las circunstancias, creo que estoy bien.

Paula había dado rienda suelta a sus emociones y lloraba de alivio mientras lo miraba desde su celda. Cuando la doctora y la enfermera acabaron de examinar a Gorka, permitieron a Paula que pasara a verle. Ambos se fundieron en un interminable abrazo que emocionó a Emily. Se alegraba mucho de que estuvieran bien, pero no pudo evitar pensar que Robert estaba a solo dos estancias de la suya y ella no podía hacer lo mismo.

Mientras Paula y Gorka se ponían al día, Emily decidió llamar a Taro y a Chad para contarles su charla con la doctora Schmidt.

—Hola chicos —saludó.

—Hola, Emily —respondió Taro—. ¿Cómo estáis por ahí arriba?

—Bien. Hemos pasado buena noche y además Gorka se acaba de despertar. Y se encuentra bien.

—¡Qué alivio! —exclamó Chad— Dales un abrazo de nuestra parte.

—Lo haré —respondió ella—. Pero yo os llamo por otro motivo. Esta mañana he tenido una conversación de lo más interesante con la doctora Schmidt.

Emily les contó todo lo referente a los viales y a los resultados de los análisis que les habían realizado.

—Todo eso que nos cuentas cuadra a la perfección con lo que estamos viendo —dijo Taro.

—Ayer, después de hablar contigo, sacamos algunos ratones al exterior —le contó Chad—. Hemos aprovechado el pequeño habitáculo que el director Patel construyó aquí al lado para instalar un improvisado laboratorio sin atmósfera simulada.

—¿Y qué habéis conseguido?

—Todos los sujetos han sufrido de hipoxia en mayor o menor medida —dijo Chad—. La mitad de ellos han muerto.

—Vaya, lo siento de veras —dijo Emily—. Pero la clave creo que estaba en los viales que nos entregó el curandero de los Gaal-El. Según los análisis de la doctora Schmidt, contienen una simple infusión de hierbas y plantas medicinales. Pero si los mezclamos con el vapor resultante de quemar unas hojas secas, resulta que se produce ácido sulfhídrico.

—¿Les inducen a un estado de hibernación? —preguntó Chad extrañado.

—Eso es.

—De esa manera… —pensó Chad en alto— el huésped permanece en letargo hasta que las moléculas hacen su trabajo. ¡Podría funcionar!

—¿Podéis ponerlo en práctica? —preguntó Emily.

—Sí, creo que podremos hacer algo.

—¡Ah! —dijo Emily— Casi se me olvida, un genetista del proyecto se pondrá en contacto con vosotros para apoyaros con el estudio.

—Genial —dijo Chad—, nos vendrá bien algo de ayuda.

—También quiero que Ada realice todas las simulaciones posibles partiendo de estas premisas.

—Estoy en ello, Emily —dijo Ada.

—Perfecto entonces —concluyó—. ¿Me avisaréis de cualquier novedad?

—Claro —le aseguró Chad.

—Por supuesto —dijo Ada.

Después de dejar todo encaminado para que la doctora Schmidt pudiera dar por válidas las pruebas del uso de moléculas en seres vivos, se tranquilizó un poco. Sufría mucho al ver a Robert intubado y en coma. Quería levantarse, entrar en su celda y abrazarlo pero, aunque sabía que por el momento no iba a poder hacerlo, al menos esa mañana tenía esperanzas de que saliera de esa situación.

«Aguanta, Robert. Ya llega la ayuda», se dijo.

Emily pensó en cómo pasar el tiempo en aquel lugar sin volverse loca, así que se dedicó a charlar con algunos de los habitantes de la base. Necesitaba tener la mente ocupada para dejar de pensar en la situación crítica en la que se encontraba Robert. Se interesó por Kostas, que le contó

cómo el joven Karlsson le estaba sorprendiendo mucho. Parecía tener un especial interés en todo lo relacionado con los cultivos y estaba poniendo mucho mimo en todo lo que hacía. Aquello no le ayudó a solventar los problemas que tenía en ese momento, pero se sintió reconfortada al comprobar que uno de los nuevos colonos había encontrado su lugar en la base.

Kostas también le contó que Shildii se había acercado esos últimos días y que les había estado ayudando con las tareas en los invernaderos. No conocía ninguna de las plantas que tenían allí, pero estaba encontrando más de una equivalencia con las verduras que los keplerianos cultivaban. Además, parecía haber hecho buenas migas con Martin, así que Kostas ahora tenía dos ayudantes en lugar de uno y estaban cultivando nuevos tipos de vegetales.

Habló también con Erik y Min. Estaban trabajando en unas importantes mejoras para el control de los exotrajes. Según ellos, creían que era posible utilizar de una manera más óptima la energía de las baterías. Pretendían aumentar en un día adicional la autonomía de los exotrajes, lo cual estaba muy bien.

Ada le puso al corriente de lo que había ocurrido en la base durante esos días. El teniente Ortiz había redoblado la presencia militar en la zona, instalando incluso dos puestos defensivos más para evitar posibles represalias por parte de los Khaavahki a raíz de la fuga de Emily. De hecho, gracias a los informes de la sargento Ferrara sobre la población Khaavahki, el propio comandante Bauer se estaba planteando rodear las bases con una empalizada de madera. En el arsenal que se perdió antes de llegar al planeta había sistemas de defensa perimetral, pero sin ellas ni la posibilidad de construir unas nuevas tendrían que volver a mirar hacia la naturaleza. Alberto estaba colaborando de forma activa con los militares y parecía tener buenas ideas para trabajar la madera y construir una empalizada defensiva.

Todo parecía ir más o menos bien en la base. O más bien casi todo. James Coogan se había pasado los últimos días comiendo y durmiendo. Desde que Emily le desactivó el uso de las máquinas del gimnasio, la antigua celebridad había decidido dejar de hacer cualquier cosa que requiriera el menor esfuerzo. Así que se pasaba el día en ropa interior, alternando comidas y pequeñas siestas mientras veía películas antiguas. Emily estaba pensando en aquel grano en el culo cuando recibió una llamada del subdirector Green.

—Buenos días —saludó—, ¿qué tal te encuentras esta mañana?

—Bien, subdirector —respondió ella—. Además, supongo que ya sabrás que Gorka se ha despertado y parece estar en buenas condiciones.

—Sí, estoy al tanto de eso —dijo—. Pero será mejor que Ada active el filtro de privacidad de tu celda.

—¿Qué ocurre, David? —preguntó mientras Ada oscurecía los cristales de su habitáculo.

—La sonda que enviamos al encuentro de la señal de socorro ya ha llegado a la fuente de la misma.

—¿Y qué es lo que la generaba? —preguntó Emily, ansiosa.

—Se trata de una cápsula de emergencia de la Galileo —dijo el subdirector.

Emily cerró los ojos al hacerse realidad el peor de sus temores. Si era una cápsula, es porque había habido una emergencia en la Galileo.

—Te pasamos las imágenes que nos llegan desde la sonda.

Emily pudo ver, todavía a cierta distancia y a pesar de los aumentos ópticos de la sonda, lo

que era sin duda una cápsula de la Galileo. La forma y el tamaño revelaban que la sonda estaba intacta. Sin embargo, la pintura exterior parecía muy desgastada, fruto de su viaje por el espacio y la exposición a la radiación cósmica y a temperaturas muy bajas. Pero, aun así, quedaba claro que era la cápsula 3C de la Galileo.

—¿A qué distancia está la sonda de la cápsula? —preguntó Emily.

—Todavía le quedan unas horas para llegar hasta ella.

—¿Qué sabemos?

—Hasta el momento, poca cosa —reconoció el subdirector—. Lo que vemos en las imágenes y que seguimos recibiendo la señal incompleta de la cápsula.

—Parece que está intacta —observó Emily.

—Sí, al menos desde esta distancia y desde el lado visible —corroboró David.

—La 3C es la que está justo enfrente de la sala de mando, ¿verdad?

—Sí.

—Eso puede significar que la plana mayor de la Galileo esté dentro de ella.

—Eso me temo, Emily. Pero vamos a esperar a que la sonda llegue hasta la cápsula y nos dé más información sobre lo que haya podido ocurrir en la estación espacial.

Las horas siguientes fueron muy tensas. La sonda viajaba a la máxima velocidad, pero aun así era demasiado despacio para Emily. Quería saber si su padre estaba en el interior de esa cápsula. Recordó la pesadilla que había tenido en la que soñaba con una cápsula de escape. ¿Era posible que estuviera empezando a tener sueños premonitorios? Borró ese pensamiento, era absurdo, desafiaba todas las leyes de la ciencia. No podía ser. Lo único cierto era que alguien en la Galileo había necesitado utilizar una cápsula de emergencia y eso les podría arrojar algo de luz sobre el destino de la estación. La sonda había comenzado la maniobra de aproximación a la cápsula y Emily notaba que todo el mundo en el puesto de mando estaba tenso y nervioso.

—En pocos minutos sabremos qué ha pasado con el resto de la expedición —dijo el subdirector con tono solemne.

La sonda llegó hasta la cápsula y aminoró la velocidad hasta quedar casi a la misma altura, separada por unos pocos metros. La superficie del casco parecía intacta; algo desgastada, pero intacta. Luego extrajo una serie de brazos mecánicos que la permitieron agarrarse a la cápsula y moverse a su alrededor. Pasó por encima y dio una vuelta completa.

—Parece que está intacta —dijo la capitana Mei.

—Ada, haz que mire en el interior.

—Claro, subdirector.

La sonda buscó la escotilla de entrada. Cuando estuvo delante, acercó una de sus cámaras a la pequeña ventana circular. No se veía con claridad el interior. No había luz y, además, el cristal estaba desgastado y sucio.

—Enciende la cámara infrarroja.

Seguía sin verse nada en absoluto.

—O está vacía —dijo el comandante Bauer—, o…

—O los que iban dentro están muertos —acabó Emily la frase.

—Me temo que tenemos que decidir si intentamos abrir la escotilla o remolcamos la cápsula hasta aquí —dijo el comandante.

—Espera, quizá podamos enterarnos de algo más —intervino la capitana Mei—. Ada, ¿puedes conectarte a la terminal de la cápsula?

—Veré lo que puedo hacer —respondió ella.

La sonda cambió de posición y se dirigió a la parte trasera de la cápsula, donde había una tapa atornillada que daba acceso al terminal. La sonda sacó un pequeño brazo con herramientas y manipuló los seis puntos en los que había un tornillo. Por más que lo intentó, no fue capaz de quitar ni uno solo de ellos.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó el comandante.

—Intentar arrancar la tapa —sugirió Emily.

Ada envió las órdenes a la sonda y esta comenzó a trabajar. Extrajo un pequeño láser de corte y fue punto por punto recortando la tapa por las zonas en las que se fijaba a los tornillos. La apartó y por fin pudo acceder a la terminal.

—La cápsula no dispone de corriente, la radio solo ha conseguido funcionar porque recibe luz solar desde la estrella —les dijo Ada—. Algo no está bien aquí, los datos son incompletos. Las cápsulas no tienen en su interior las mismas condiciones que el resto de la estación. No disponen de filtros para la radiación cósmica, ya que no están diseñadas para un uso prolongado. En caso de emergencia, los pasajeros se quedarían sin oxígeno mucho antes de verse afectados por la radiación. Pero una exposición prolongada sí puede haber afectado a la terminal.

—¿Cuánto tiempo haría falta para que eso ocurriera? —preguntó Emily.

—Depende de las condiciones que se haya encontrado, la radiación no es igual en todos los puntos del universo. Además, puede que las cápsulas no estuvieran libres de defectos, al fin y al cabo, también tienen casi mil años de antigüedad. Podría incluso darse la circunstancia de que ya estuviera en mal estado cuando se intentó utilizar.

—Gracias, Ada —dijo el subdirector tras una breve pausa—. ¿Qué creéis que debemos hacer ahora?

—Sea quien sea el que la utilizó, las probabilidades de que haya sobrevivido son casi nulas. Las cápsulas solo contienen oxígeno para tres días si van al completo —aclaró Ada—. Hemos tardado un poco más de dos semanas de la Tierra en llegar hasta ella, y si tenemos en cuenta que no hemos visto ningún rastro de la Galileo, debía de llevar a la deriva más días. Bastantes más diría yo, a juzgar por el estado en el que la hemos encontrado.

—Abrámosla —pidió Emily.

—Es arriesgado —dijo la capitana—. Aunque no quede nadie con vida, si la cápsula sigue presurizada el oxígeno que quede en el interior hará que todo lo que haya dentro salga despedido hacia afuera. Podríamos perder la sonda, y si en el interior hay alguien o algo que no esté bien sujeto, lo perderíamos también.

Todos meditaron unos instantes, pero fue el subdirector quién tomó la decisión final:

—Creo que debemos remolcarla —dijo por fin—. No podemos arriesgarnos a perder la cápsula o la sonda. Si conseguimos traerla hasta aquí, tal vez seamos capaces de arreglar el terminal y recuperar lo que haya dentro del habitáculo. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí —dijo la capitana.

—Sí —coincidió el comandante.

Emily parecía que no iba a pronunciarse, pero acabó por dar la razón al subdirector. Era más seguro remolcarla hasta la estación, aunque tardarían otras dos semanas en saber quién viajaba dentro de la cápsula.

—Sí —susurró Emily.

Vida o muerte

6 de marzo del año 1

Base Magallanes, Kepler-442b

Habían pasado varios días desde que entraron en la cuarentena. Tanto Paula como Emily, gracias a la dieta y al ejercicio, habían recuperado bastante masa muscular y se encontraban restablecidas del pequeño episodio vivido con los Gaal-El. La doctora Schmidt les había prometido que les daría el alta definitiva esa misma mañana si no había ninguna novedad más. Gorka también había mejorado mucho, pero al haber estado más tiempo expuesto a la atmósfera del planeta iba a tener que pasar un par de días más en aquel lugar.

Todos sus análisis arrojaban lecturas similares: había un aumento persistente en la creación de hemoglobina y su capacidad ósea parecía haber aumentado bastante. Se podía decir que las moléculas les habían empezado a preparar para la vida en Kepler-442b. Sin embargo, todavía quedaban muchas incógnitas por resolver. Sus cuerpos habían podido sobrevivir en esas condiciones durante unos días, pero ¿qué consecuencias tendría aquello a largo plazo?, ¿iban a poder cambiar de manera constante entre uno y otro entorno? A la doctora Schmidt también le preocupaba la cantidad de radiación ultravioleta que llegaba a la superficie del planeta. Una radiación excesiva podría provocarles desde quemaduras severas en la piel hasta afectar a la visión al provocar la aparición de cataratas e incluso una ceguera total. Esa mañana, la doctora Schmidt quería realizarles una serie de pruebas para revisar sus ojos.

Pasaron por una máquina que les examinó los globos oculares, comprobó su fisionomía y estado general, además de medirles la tensión y otros parámetros relevantes.

—Ahora vamos a dilataros las pupilas —les anunció el enfermero Conte—. Os echaremos unas gotas para ello. Notaréis mucha claridad en cuanto os hagan efecto, pero tranquilas, es normal. Luego os suministraremos otras gotas diferentes para que se os pase cuanto antes.

—De acuerdo —dijo Emily.

—Con tal de poder salir de esas celdas, lo que sea —asintió Paula, contenta.

Tras un par de minutos, la solución hizo efecto y Emily comenzó a notar cómo la luz le hacía cada vez más daño.

—Siéntate aquí —el enfermero le señaló una de las máquinas de oftalmología.

Emily se sentó y la máquina emitió un potente haz de luz que la molestó muchísimo, primero en un ojo y después en el otro. Sin embargo, pudo aguantar hasta que la máquina emitió un leve pitido y se separó de la cara de Emily. El enfermero repitió la prueba con Paula y una vez ambas la pasaron, les aplicó otro líquido que poco a poco hizo que sus pupilas recuperaran el tamaño normal. La doctora Schmidt se acercó pensativa a ellas con los informes que la máquina le había entregado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Emily.

—Es muy interesante.

—¿El qué?

—Hay algunos cambios en vuestros ojos. No son demasiado evidentes, pero creo que de alguna manera las moléculas también están afectando a vuestra visión.

—¿En qué sentido? —preguntó Paula.

—Vuestra pigmentación en el iris ha sufrido un pequeñísimo oscurecimiento —explicó la doctora—. Imperceptible para un humano a simple vista, pero no para una máquina.

—Vaya, a mí me gusta el color de mis ojos —bromeó Paula.

—Pero lo que más me ha chocado es que vuestro cristalino es un tres y un cinco por ciento más grueso.

—¿Y eso es malo?

—No si hablamos de evitar que la radiación ultravioleta os afecte —respondió la doctora—. Pero un cristalino más grueso significa que a la luz le costará más llegar hasta la retina, donde se produce lo que conocemos como visión. A la larga podría suponer que perdáis algo de nitidez o de precisión. Pero todo esto es muy extraño, nunca nos habíamos enfrentado a un agente mutágeno. Quizá esa pequeña mutación venga acompañada de otras que permitan a vuestra retina recuperar esa pérdida de nitidez.

—La verdad es que asusta un poco —reconoció Emily—. Da la impresión de que estamos dejando de ser humanas.

—Por el momento, yo evitaría exponerme más a esas moléculas —dijo la doctora, sentándose con ellas—. Todavía no estoy segura de cómo interpretar todo esto.

—Chad y Taro están experimentando ahora mismo con ello, ¿verdad? —preguntó Paula.

—Sí —respondió Emily—. Pero la doctora tiene razón. Desconocemos los efectos a largo plazo. Con una exposición bastante controlada nuestros cuerpos están cambiando, somos más fuertes y nuestras células empiezan a ser más eficientes, pero eso puede venir asociado con cambios morfológicos no deseados.

—¿Insinúas que nos estamos convirtiendo en monstruos? —se asustó Paula.

—No lo creo —dijo Emily—. Pero tampoco sé si quiero averiguarlo.

—Creo que lo más adecuado es que Ada realice las simulaciones pertinentes a partir de los datos que estamos recabando sobre vosotras y de los experimentos de los doctores Murakami y Williams —propuso la doctora.

—Pero, entonces, ¿qué hay del capitán Beaufort? —preguntó Emily preocupada.

—Es muy arriesgado exponerlo a las moléculas sin tener más información sobre ellas —dijo la doctora—. Pero vamos a intentar inducirle a un estado de hibernación, algo parecido a lo que los keplerianos hicieron con vosotras. Tiene todavía bastantes moléculas en la sangre, y si lo que hemos visto en Gorka y en vosotras dos es cierto y repetible, deberíamos notar algún avance.

Emily estaba muy preocupada por el estado de Robert, llevaba ya más de diez días en coma y apenas había habido mejoras. Entendía las reticencias de la doctora, aunque ella habría expuesto a Robert a las moléculas sin dudarlo.

—Hacemos todo lo que podemos —le dijo al verla tan preocupada—. Comprendo la situación, pero no podemos arriesgarnos a utilizar algo que no sabemos qué consecuencias puede tener, no ya a largo plazo, si no en el futuro más inmediato.

Emily y Paula abandonaron de forma definitiva la zona médica de la Lavadora y se dieron un buen paseo por los pasillos.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó Paula.

—Bien, supongo —dijo ella—. No me mareo ni me cuesta respirar.

—Me refiero a lo de Robert.

Emily hizo una pequeña pausa antes de contestar.

—Jodida, preocupada, impotente…

—Me imagino —musitó Paula—. Yo he estado igual hace nada, y no es fácil. Pero ya verás como todo se arregla. Lo que ha dicho la doctora seguro que da resultado.

—Ojalá tengas razón —suspiró—. Pero ya lleva diez días sin apenas mejoría… ¿Y si se queda así para siempre? ¿O si tiene daños cerebrales irreparables?

—No pienses en eso —dijo Paula, pasando la mano por la espalda de su compañera—. Robert es muy fuerte, se pondrá bien, no tengo ninguna duda.

—Gracias, Paula —le dijo—. Menos mal que estás aquí.

Charlaron un rato más, comieron algo en el comedor y después se despidieron con un abrazo. Emily regresaría a la base de inmediato. Por desgracia, el proyecto no podía detenerse y había muchas cosas que hacer. Paula no quería marcharse de allí mientras Gorka estuviera en observación, así que pidió permiso para permanecer en la estación un par de días más.

Emily preparó su regreso. Quería hacer algo lo antes posible. Algo que un viejo amigo se merecía. Pasó todo el trayecto hasta la superficie contemplando el cuerpo amortajado que viajaba en la bodega del transporte. Emily ya había elegido el lugar en el que el malogrado antropólogo y teólogo descansaría para siempre. El subdirector sugirió incinerar el cadáver, siguiendo las recomendaciones de la propia normativa del proyecto, pero Emily insistió en que aguardara y ella misma le daría sepultura en cuanto pudiera, a la vieja usanza.

Una fina lluvia caía en la explanada cuando tomaron tierra. Emily cogió el cadáver con ayuda del exotraje y lo llevó hacia el más grande de los árboles de los alrededores, donde ya descansaba Jonathan. Allí ya había un gran agujero, del tamaño de una persona, que esperaba a su nuevo inquilino. Kostas, que había sido el encargado de cavar la tumba a petición de Emily, apareció al poco tiempo con el joven Martin a su lado.

Pronto se les unieron el resto de los componentes de la expedición. Ferrara, el teniente Ortiz, Chad, Taro, Evelyn y la piloto Balakova se acercaron para dar su último adiós al que fuera su compañero. También se unieron al grupo el resto de los colonos. Alberto, Erik, Min, Marko, las doctoras Hudgens y Moreau, Emma y hasta James Coogan se acercaron al árbol a presentar sus respetos. Emily depositó el cuerpo de Rakesh en el lecho de tierra y, llorando, puso la mano en la cabeza amortajada de su compañero.

—Hasta siempre, amigo. Espero que, estés donde estés, encuentres la paz —dijo.

Aunque recordó sus últimas palabras, cuando le pidió que no se culpara por lo que había ocurrido, no pudo evitar sentirse culpable por todo lo que había pasado. Ella, y solo ella, era la responsable de la base.

«Lamento mucho haberte metido en todo esto», le dijo sin pronunciar una sola palabra.

Kostas y Martin, armados con sendas palas, comenzaron a recolocar la tierra encima del cadáver y así despedir para siempre a Rakesh Kumar, antropólogo, teólogo y amigo, pero, sobre

todo, un gran compañero. Cuando el montón de tierra estuvo de nuevo en su sitio, Emily se dirigió al resto:

—Rakesh era un hombre sencillo, cercano —comenzó—. La primera conversación que tuve con él duró horas, pero me resultó tan familiar que me dio la impresión de que solo habían pasado unos pocos minutos. Desde el primer momento, conectamos de una manera que todavía me cuesta explicar. Era alguien con gran sabiduría, siempre sabía decir lo que necesitábamos oír y nos regaló muy buenos consejos.

»Pero ya no está con nosotros. Y la forma en la que ocurrió todo… No puedo evitar sentirme culpable… —añadió mientras una lágrima recorría su mejilla—. Pero sé que él no querría que me culpara, no querría que ninguno de nosotros estuviera triste. Sé que le gustaría que siguiéramos adelante y que consiguiéramos sobrevivir en este planeta. Para él, la supervivencia de la humanidad era mucho más importante que la de cualquier individuo, tal era su generosidad y su grandeza. Descansa en paz, querido amigo. Intentaremos honrar tu recuerdo y que la raza humana prevalezca. Gracias por todos tus consejos y por el tiempo que disfrutamos de tu compañía.

El grupo al completo guardó unos instantes de silencio en memoria de su compañero caído. Kostas empezó a aplaudir y, a pesar de que con los exotrajes no causaban el mismo efecto que con las manos desnudas, el resto de los presentes secundaron la iniciativa del biólogo. Fueron unos momentos muy emotivos.

Cuando todos se marcharon, Emily se quedó un rato más a los pies de la tumba de sus dos compañeros. Para esa hora, las nubes habían comenzado a alejarse y la lluvia había dado paso a los primeros rayos de luz del día. Hasta allí se acercó el pequeño Lemy, ajeno a todo lo que acababa de pasar. El animal escaló por el traje de Emily y se encaramó a su brazo. Ella lo recibió con una pequeña carantoña.

—Hola pequeño —le saludó—, ¿me has echado de menos?

El pequeño Lemy logró sacarle la primera sonrisa en muchos días. Tras todo lo que había ocurrido, Emily no había tenido demasiadas ganas de sonreír.

—Seguro que tienes hambre —le dijo mientras se acercaba a la entrada de la base—. Voy a sacarte algo de comida.

Cuando se dirigió al comedor, buscó algún tipo de verdura que ofrecerle a su pequeño amigo. Sin embargo, cuando estaba buscando uno de los paquetes envasados al vacío de los que disponían, reparó en el pequeño bote metálico de color rojo con ilustraciones de diferentes deidades hindúes. Allí era donde Rakesh guardaba el té que tanto le gustaba.

«Ya no podrás volver a disfrutar de tu delicioso té», pensó.

Así que, tras alimentar a su agradecida mascota, regresó al interior de la base, se puso ropa cómoda y se dirigió al comedor con intención de tomarse un té. Preparó el agua, extrajo un par de cucharadas de té del bote y calentó un poco de leche. Una vez con la taza en la mano, Emily se sentó en uno de los sofás de la zona de ocio, donde más de una vez había encontrado a Rakesh sesteando, con su terminal todavía encendido. Dio un pequeño sorbo a la taza y volvió a sentirse reconfortada de nuevo.

Sin embargo, la vida no le dejó a Emily ni un segundo de tranquilidad. Acababa de terminar su bebida cuando oyó a alguien hablarle.

—¿Esto cómo funciona? —dijo Waafdiv— ¿Solo tengo que hablar?

—Sí, así es —le confirmó Ada.

—Emily, ¿me oye? —preguntó él, sin muchas esperanzas de ser escuchado.

—Hola, Waafdiv —respondió Emily.

—¡Oh! Este artilugio funciona —se sorprendió.

—Claro, Waafdiv —sonrió.

—Llevo varios días hablando con Ada —continuó—. Es fascinante lo que ustedes los humanos han sido capaces de crear. Una persona que piensa dentro de una caja metálica, ¡es increíble! Estoy convencido de que los Khapabir estarían encantados de verlo.

—Sí, no es la primera vez que alguien me dice eso —sonrió amable.

—¿Cómo se encuentran? —se interesó el sumo sacerdote.

—Bien, ya hemos recuperado las fuerzas y mi compañero Gorka ha salido por fin de su estado de hibernación —le informó—. Todo gracias a los cuidados de Iwshaj. Transmítale mi más sincera gratitud por todo lo que ha hecho por nosotros estos últimos días, por favor. De no ser por él, no sé lo que habría sido de nosotros.

—Es lo menos que podíamos hacer. Al fin y al cabo, nos debemos a nuestro culto, y por lo tanto a ustedes.

—Verá, Waafdiv, en cuanto a lo de ser la elegida… —empezó Emily— He tenido mucho tiempo para pensarlo y… no creo que yo sea nada de lo que creen que soy. Un compañero muy querido ha fallecido debido a esta locura…, y de verdad que no puedo ser yo, es imposible.

—Emily, pero esa no es la cuestión. Lo importante es que yo no tengo ninguna duda de ello —le rebatió Waafdiv con mucha seguridad—. Usted es la elegida.

Emily guardó silencio. No iba a ser tan fácil sacarle a Waafdiv de su error.

—Pero los Khaavahki me estarán buscando —siguió—, y no quiero ser la responsable de una guerra entre pueblos.

—Tranquila, creo que he dado con la solución para que podamos reclamar el mando único —dijo él—. He encontrado los antiguos escritos en los que se detallaba cómo conseguirlo. Mucho antes de la Gran Revuelta hubo varios líderes que quisieron recuperar el mando único para sí. Ante la negativa de sus iguales, se les dio la oportunidad de conseguirlo si el candidato conseguía demostrar sus conocimientos o pericia en cada uno de los ámbitos de la sociedad kepleriana. De esta manera, cada líder exigía al candidato que superara una prueba. Y, si este era capaz de conseguir lo que se le requería, el líder de la población debía entregarle su bastón de mando.

Emily suspiró. Waafdiv no se iba a dar por rendido jamás.

—¿De qué clase de pruebas estamos hablando? —quiso saber.

—Bueno, eso dependerá de cada líder, pero podrían ser desde pruebas intelectuales o de pericia, hasta pruebas de supervivencia o incluso de combate.

—Pero ¿qué ocurre con los Khaavahki? —preguntó Emily—. Ellos seguirán viéndome como una extranjera, y a sus ojos seguiré siendo una prófuga condenada a muerte que ha escapado de su fortaleza.

—No se preocupe por eso, yo me encargaré de todo —le aseguró—. Según nuestras leyes, no pueden negar a nadie que lo solicite la oportunidad de conseguir el mando único.

—¿Y qué hay del juicio en el que me acusaron de aquella masacre?

—Déjelo de mi cuenta —dijo él—. Conseguiremos que Vaahur desista en su absurda cruzada en contra de los humanos. Nuestros pueblos se necesitan.

Emily lanzó un nuevo suspiro. En ese instante, con todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor, no se sentía con fuerzas para abordar todo aquello. Pero tampoco las tenía para llevarle la contraria a Waafdiv. Así que no dijo nada más. Fuera lo que fuese lo que deparara el futuro, tendría que pasar por acabar con los Khol, así que necesitarían a los humanos y a los keplerianos unidos bajo un mismo mando.

—De acuerdo, Waafdiv —se resignó.

Tras acabar la charla con el sumo sacerdote, Emily salió del comedor y se cruzó con Taro en uno de los distribuidores.

—¿Qué tal te encuentras? —le preguntó el geólogo.

—Bien, supongo, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado estos días.

—Bueno, si necesitas cualquier cosa, aquí nos tienes.

—Gracias, Taro. ¿Habéis podido avanzar algo en los experimentos?

—De hecho, sí —respondió él—. Si tienes un rato te lo podemos explicar en el módulo del exterior.

Taro avisó a Chad y los tres se enfundaron los exotrajes para dirigirse al módulo en el que los científicos habían dispuesto una serie de pequeños terrarios. En ellos, una docena de diminutos ratones blancos parecían curiosear y moverse ajenos a los motivos que los habían llevado hasta allí.

—El experimento inicial trató tan solo de exponer a los ratones a las condiciones exteriores durante una noche completa —comenzó Chad—. Por desgracia, murieron la mitad de los sujetos de la prueba. A los demás los conseguimos salvar al día siguiente, aunque presentaban secuelas propias de la hipoxia que todos ellos habían sufrido. Un par de ellos, de hecho, se quedaron en una especie de coma del que no pudimos sacarles.

Emily se interesó por esos dos ratones, ya que se podía establecer una relación entre su estado y el de Robert.

—¿En coma? —preguntó Emily—. ¿Y qué ha sido de ellos?

—Ahora te lo explicamos —dijo Chad—. Tras hablar contigo, pusimos a los supervivientes en estado de hibernación y volvimos a exponer a otros seis ratones más a la atmósfera para intentar simular lo que os pasó a vosotros cuando os quedasteis sin oxígeno en el traje. A esos seis nuevos los fuimos poniendo en estado de hibernación en cuanto la hipoxia les provocaba un desmayo. Todos han sobrevivido. De los supervivientes del otro experimento, han sobrevivido todos, salvo uno de los que estaba en coma.

—¿Y el otro que estaba en coma?

—Es este de aquí —dijo Chad, y señaló uno de los ratones que correteaba por su terrario ajeno a las miradas humanas.

—Ha sobrevivido —susurró Emily.

—Sí, y he de decir que todos los que han sobrevivido están en un estado de salud y de forma óptimo —añadió Chad—. Les hemos hecho análisis de sangre y todos presentan las mismas

modificaciones morfológicas y celulares.

—Aumento de masa muscular y densidad ósea y un incremento sustancial en la cantidad de hemoglobina —se adelantó Emily.

—¡Bingo! —exclamó Chad.

—La única pega es que uno de los dos ratones que estaban en coma no ha superado la prueba —les recordó Taro.

—Es un cincuenta por ciento de probabilidad de éxito —dijo Emily, pensando en su aplicación en humanos.

—Si estás pensando en Robert, sí. Me temo que nos arriesgamos a que no lo pueda superar.

—¿Habéis hablado de esto con el equipo de la doctora Schmidt? —preguntó Emily.

—Sí —respondió Chad—, están al tanto de todo. Hemos notificado de forma regular todas las acciones y los resultados del experimento.

—Bien, seguid informando si hay algún cambio —les pidió Emily—. Hablaré con la doctora Schmidt para ver cómo podemos extrapolar estos resultados al estado de Robert. Buen trabajo, chicos.

—Gracias —dijo Chad—. ¿Quieres que hagamos alguna prueba concreta?

Emily se quedó pensando unos instantes.

—Sí —contestó por fin—, me gustaría saber si una vez que han sufrido los cambios, pueden cambiar de atmósfera de forma habitual sin perder facultades ni arriesgar sus vidas.

Emily les dejó que continuaran con su trabajo, aunque no pudo evitar pensar en cómo podría utilizar esa información para convencer a la doctora sabiendo que tan solo el cincuenta por ciento de los ratones habían sobrevivido. La vida de Robert podría depender del lanzamiento de una moneda al aire. No era demasiado tranquilizador.

—Emily, creo que algo le pasa a Shildii —le interrumpió Ada cuando estaba a punto de quitarse de nuevo el traje.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Estos últimos días ha estado viniendo y ayudando a Kostas, pero esta mañana no ha aparecido —explicó Ada—. El caso es que estoy viendo a una pareja de keplerianos adultos traer en brazos a alguien. Por las ropas que lleva, tengo el ochenta y cuatro por ciento de certeza de que se trata de Shildii.

—¡¿Qué?! —gritó Emily.

Ada le mostró las imágenes que sus cámaras periféricas estaban captando y salió de la base lo más deprisa que pudo. Corrió hasta encontrarse con los keplerianos, siguiendo la ruta que Shildii solía hacer de forma habitual. Como suponían, se trataba de los padres de Shildii. En sus brazos llevaban el cuerpo de su hijo, que mostraba múltiples contusiones y heridas.

—¡Por favor! —dijo la madre de Shildii con desesperación— ¡Le han dado una paliza de muerte! ¡Salve a nuestro hijo! ¡Se lo suplico!

Emily examinó el cuerpo de Shildii, llevado en brazos por su padre. Su cara estaba desfigurada por la cantidad de golpes que había recibido. Parecía tener también algún hueso roto, a simple vista el brazo izquierdo y la pierna derecha ofrecían un ángulo poco natural. Pero lo que más le preocupaba era el golpe de la cabeza, que le hizo temerse algún tipo de fractura. Estaba

inconsciente, pero todavía respiraba.

—¡Dios mío! —exclamó Emily—. ¿Quién le ha hecho esto?

—No sabemos quiénes eran, pero un grupo numeroso de keplerianos se acercaron a él y le dieron una paliza —dijo su padre.

—¡Mi hijo! —sollozaba la madre— ¡Ustedes pueden salvarle! ¡Por favor!

—No podemos perder tiempo. Síganme, por favor —les pidió Emily.

Emily recogió el cuerpo de Shildii de los brazos de su padre y se apresuró a llevarlo hacia la base lo más rápido que pudo. Intentó que no sufriera demasiadas sacudidas por el camino que empeoraran su estado. Trató de poner especial cuidado en la cabeza y el cuello del joven.

—¡Doctora Hudgens! —avisó por radio—. ¡Tenemos una emergencia!

—¿Qué ocurre? —preguntó la cirujana de la base.

—Se trata de Shildii, varón kepleriano, de unos quince años humanos —describió Emily—. Le han dado una paliza terrible. Múltiples contusiones, huesos rotos y una posible fractura craneal.

—¿Kepleriano? —dijo la doctora—. Nuestras instalaciones y tecnología no están preparadas para tratar keplerianos.

—Podríamos utilizar el quirófano mediante una camilla burbuja para ajustar el nivel de oxígeno a algo parecido a lo que existe en el exterior.

—Sí, pero tendríamos que hacerlo todo de forma manual, el robot del quirófano no conoce la fisionomía de los keplerianos. De hecho, ni siquiera nosotras la conocemos, no tenemos ni idea de cómo es el cuerpo de un kepleriano. Tampoco tenemos sangre de su tipo para transfundir en caso de necesidad.

—Doctora, sé que le estoy pidiendo un imposible —insistió Emily—. Pero se trata de alguien muy importante para mí. Se está muriendo. Necesita ayuda médica urgente, dudo mucho que nadie de los suyos pueda hacer algo para salvar su vida. Es usted su única esperanza.

—De acuerdo —aceptó—. Veremos lo que podemos hacer, tráigalo a la entrada. Vamos preparando todo el instrumental.

—Gracias, doctora —dijo Emily—. En dos minutos estamos allí.

Emily y los padres de Shildii, que a duras penas le seguían el ritmo, llegaron por fin a la puerta de entrada de las instalaciones. La doctora Hudgens y la doctora Moreau pronto aparecieron por la puerta, ataviadas ambas con su exotraje y empujando una camilla burbuja. Evelyn y el teniente Ortiz también se unieron al grupo.

—Ayúdanos a colocarlo bien en la camilla —le pidió la cirujana a Emily.

Esta, con ayuda de Evelyn y de la doctora Moreau, colocaron a Shildii en el interior de la camilla, sellaron la burbuja a su alrededor y la doctora Hudgens ajustó el nivel de oxígeno de la botella que incorporaba la propia camilla.

—La concentración de oxígeno del planeta es del doce por ciento, ¿verdad? —preguntó.

—Sí —respondió Emily.

—Bien, creo que ya está —dijo la cirujana—. Vamos dentro.

Emily decidió quedarse con los desconsolados padres de Shildii. Su madre estaba muy

afectada a pesar de los infructuosos intentos de su padre por calmarla.

—Vengan conmigo —les dijo—. Ustedes no pueden entrar aquí y lo más probable es que tarden horas en decirnos algo. Será mejor que esperemos en un lugar donde podamos sentarnos.

Los llevó hasta el pequeño módulo aislado en el que Chad y Taro habían hecho los experimentos con los ratones. Se aseguró de apagar las luces para que la luminosidad no les molestara y los invitó a sentarse en las sillas que había alrededor de la mesa.

—¿Quieren que les traiga un poco de agua? —les preguntó Emily—. ¿O algo de comer?

—Agua estaría bien, gracias —aceptó el padre de Shildii, que parecía cansado después de llevar a su hijo en brazos desde su casa, a varios kilómetros de allí.

Emily les sirvió dos vasos y se los ofreció. El padre dio buena cuenta del suyo. La madre, sin embargo, seguía desconsolada y no paraba de murmurar sin entender cómo alguien era capaz de hacerle eso a un ser inocente como su hijo. Emily se disculpó un momento y se dirigió al edificio principal para buscar algo de comer. Cogió unos frutos secos y un par de pedazos de bizcocho y los llevó de vuelta al pequeño módulo.

—Sé que no es el mejor momento, pero quizá quieran comer algo —les ofreció Emily mientras colocaba todo sobre la mesa—. ¿Puedo hacer algo por ustedes?

—No, solo quiero a mi niño de vuelta —se lamentó su madre—. Todo esto es por su culpa, si no hubiera atraído a mi hijo hasta aquí, nadie se habría fijado en él.

—Pero yo…

—Le advertí de que esto podría pasarle —siguió ella—. Ningún extranjero es de fiar.

—Yo… —balbuceó Emily, apenada— Lo lamento de veras, no era mi intención que nada de esto pasara.

Las palabras de la madre de Shildii le habían hecho mucho daño, pero lo que más le dolió es que aquella kepleriana destrozada por lo que le había pasado a su hijo tan solo estaba verbalizando lo que Emily ya pensaba de alguna manera. Se había convertido en un peligro para todo el que se acercaba a ella. Había arrastrado a Rakesh hacia la muerte, Robert estaba en coma por intentar rescatarla y ahora Shildii podía morir en cualquier momento, también por su culpa.

Emily pasó uno de los peores momentos de su vida, incapaz de consolar a los padres de Shildii, sintiéndose culpable por todo lo que estaba pasando y a la vez, esperando noticias desde el quirófano.

—¿Emily? —oyó a Evelyn por la radio.

—Dime, ¿cómo está Shildii?

—Está muy grave —dijo sin paños calientes—. Necesitamos sangre de sus padres, estoy saliendo.

—De acuerdo —dijo Emily—. Los iré preparando.

Emily explicó a los padres de Shildii lo que necesitaban y ambos accedieron sin ningún tipo de pegas ni reticencias. Así que Evelyn pudo extraerles medio litro de sangre a cada uno. El padre se mareo un poco, así que Emily le indicó que comiera algo de lo que había en la mesa para que se recuperara de la extracción. Pasaron varias horas sin tener ni una sola noticia desde la sala de operaciones. La luz de la estrella cada vez se iba haciendo más y más tenue, señal de que el día estaba a punto de extinguirse. La madre de Shildii estaba más calmada, pero seguía sin dirigirle la palabra a Emily. Su padre, por el contrario, fue algo más amable con ella e incluso le

agradeció que se ocuparan de su hijo.

La operación duró casi nueve horas. Cuando Emily ya estaba pensando en acomodar a los padres de Shildii en la habitación del módulo, la doctora Hudgens la llamó. Salió del habitáculo para que los padres no escucharan la conversación.

—Ya hemos acabado —dijo la doctora con voz cansada—. Ha sido muy complicado, no te voy a engañar. Y Shildii sigue grave, pero creo que hemos conseguido estabilizarlo. Las próximas horas serán clave, pero por lo menos sigue con nosotros.

—Gracias, Melissa —dijo de corazón—. No te haces idea de la alegría que me has dado.

—Puedes decirles a los padres que su hijo está bien, pero cuando acabes, me gustaría que entraras, necesito hablar contigo.

—¿Qué ocurre?

—Atiende a sus padres —le dijo—. Supongo que esto puede esperar.

Emily regresó con los padres de Shildii, que se levantaron de sus asientos para mirarla con esperanza cuando volvió a entrar.

—Su hijo está vivo —dijo Emily—. Está grave, pero nuestros médicos han conseguido estabilizarlo y ahora descansa en el otro edificio. Las próximas horas serán clave para su supervivencia.

—Gracias, Emily —susurró el padre de Shildii, que se acercó a abrazarla—. Gracias de todo corazón.

—Es lo mínimo que podíamos hacer —respondió ella con tristeza—. Su esposa tiene razón, yo soy la única responsable de que todo esto haya ocurrido.

—¿Podemos verle? —acertó a decir la madre, todavía emocionada.

—No, me temo que aún no. Lo lamento, pero de momento nuestros médicos lo quieren tener un tiempo en observación, por si hubiera alguna complicación. Y me temo que ustedes no sobrevivirían a las condiciones de nuestros edificios.

El padre de Shildii se excusó con Emily, ya que su otro hijo más pequeño estaba solo en casa y necesitaba ir a buscarle. Emily les ofreció la habitación de cuatro camas para que pasaran la noche allí si querían, pero había decidido que volvería al día siguiente con su otro hijo. La madre de Shildii no quiso separarse de él, así que aceptó la oferta de Emily, que le preparó la habitación y le enseño cómo funcionaba todo.

Una vez que la madre cenó algo y se acomodó en aquel lugar, Emily se disculpó y se dirigió al otro edificio para hablar con la doctora.

—¿Qué querías decirme? —preguntó.

—Ven, quiero que veas algo —la dijo—. Pero lo primero de todo, ¿qué tal se encuentran sus padres?

—Muy preocupados, como no podía ser de otra forma, en especial su madre. No ha querido marcharse a casa y pasará la noche aquí, en el módulo del exterior.

—Pobre, es normal que esté preocupada —empatizó con ella.

La doctora la llevó a la sala de observación, donde Shildii permanecía intubado y con multitud de vendajes regenerativos para facilitar la cicatrización de las heridas. Emily se llevó las manos a la cara al ver el estado en el que se encontraba.

—¡Dios mío! —exclamó—. Pobre Shildii, ¿qué es lo que le ha pasado?

—Además de las múltiples fracturas en las extremidades, tenía varias costillas rotas y multitud de hematomas y golpes. También presentaba una hemorragia interna que por suerte hemos sido capaces de detener. Pero, sin duda, las lesiones más preocupantes han sido las de sus orificios respiratorios y el severo traumatismo cráneo encefálico que presentaba. Hemos tenido que abrirle una vía para que pueda respirar con normalidad y ha tenido mucha suerte con la fractura craneal, unos milímetros más y no hubiéramos podido hacer nada.

—¡Qué horror!

—En realidad, no te he llamado por eso —añadió.

—Ah, ¿no?

La doctora manipuló su terminal y mostró un escáner completo de un cuerpo humano.

—Esto es un cuerpo humano normal, como el tuyo y el mío —empezó la doctora—. Cuando trajisteis al paciente, supuse que al tratarse de un alienígena su fisionomía sería muy diferente.

La doctora manipuló su terminal y mostró el escáner completo de Shildii.

—Sin embargo, he comprobado que, aun siendo diferentes, existen muchas similitudes entre nosotros y ellos.

Emily observó cómo había dos pulmones dentro de una caja torácica bastante similar, aunque disponían de menor número de costillas y eran algo más gruesas. El corazón de los keplerianos estaba justo en el centro, y a pesar de las diferencias, había varios órganos que eran claramente identificables.

—Yo no soy una experta en vida alienígena, supongo que el proyecto tendrá algún especialista mucho más preparado que yo —continuó la doctora—. Pero ¿qué posibilidades hay de que una raza alienígena de la que nos separan más de mil años luz tenga tantas similitudes con nosotros?

—Yo… estoy tan sorprendida como tú —balbuceó Emily, revisando de cerca lo que le mostraba la cirujana.

—Hemos pedido a Ada que analice el genoma de los keplerianos, pero ya sabemos que tiene veinticuatro pares de cromosomas, un par más que nosotros. Tampoco soy genetista, pero lo cierto es que me esperaba que otras formas de vida, aunque estuvieran basadas en el carbono, fueran mucho más diferenciables de nosotros.

—Ya he acabado de secuenciar el genoma kepleriano —dijo Ada justo en ese momento.

—¿Qué has encontrado? —preguntó la doctora Hudgens.

—Hay un noventa y ocho por ciento de similitud con el genoma humano.

—No puede ser… eso es imposible —dijo Emily.

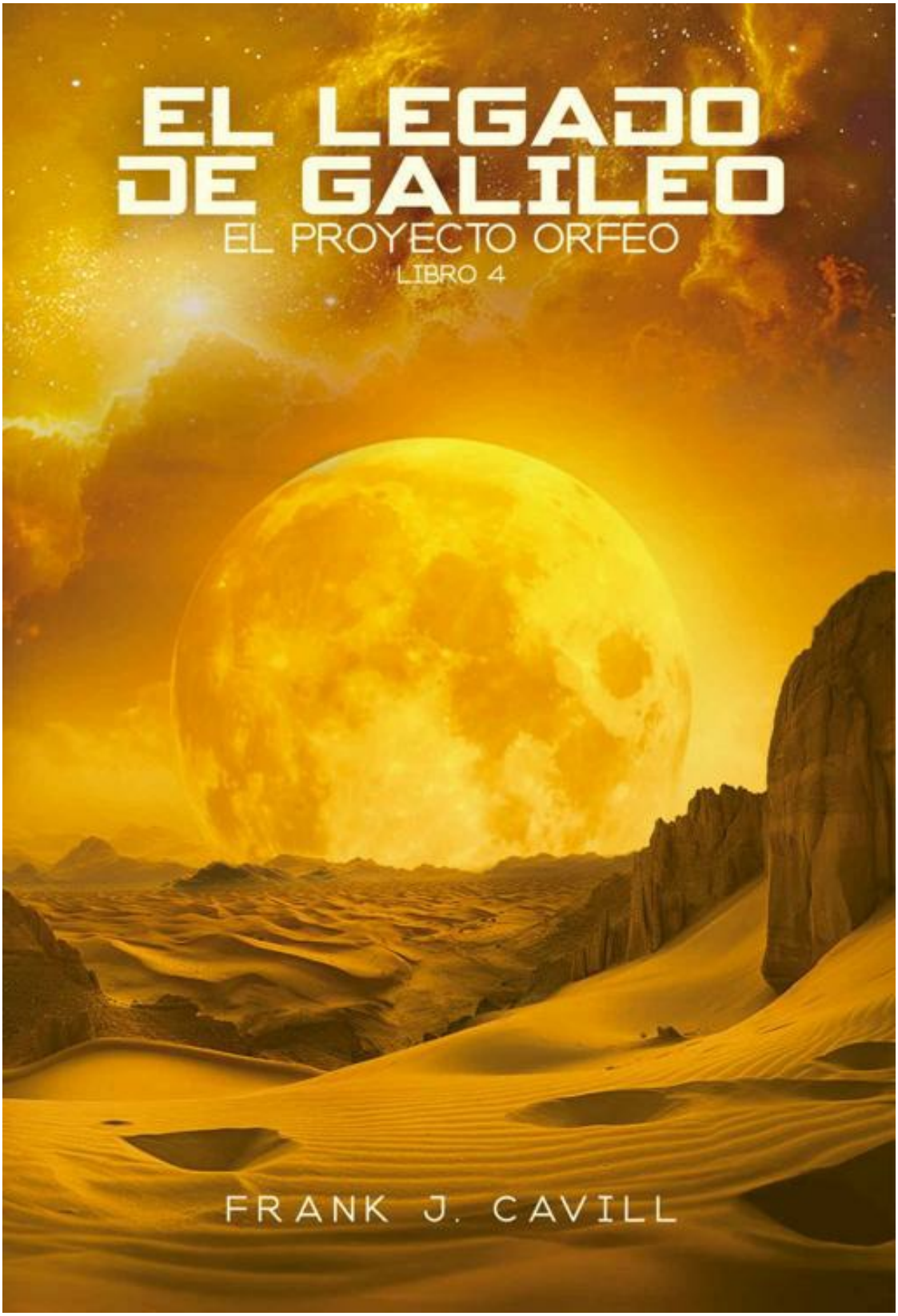
—Tiene que haber una explicación racional —dijo la doctora.

—Si la hay, yo la desconozco —dijo Ada.

La aventura continua en:

El legado de Galileo (El Proyecto Orfeo, Libro 4)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!


EL LEGADO DE GALILEO
EL PROYECTO ORFEO
LIBRO 4
FRANK J. CAVILL

Nota del autor:

Espero que hayas disfrutado del libro. Si es así, te agradecería en el alma si pudieras poner tu opinión en Amazon. Me ayuda enormemente pues otros lectores leen las opiniones y se guían por ellas a la hora de comprar libros. Como soy un autor autopublicado necesito de tu apoyo. Sólo tienes que ir a la página de Amazon o seguir este enlace:

Escribir mi opinión

Muchas gracias,

Frank J. Cavill

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a todos los que han hecho posible que este libro salga adelante. Es muy difícil condensar en unas pocas líneas lo que ha significado para mí todo el apoyo y buenos consejos que he recibido desde que decidí embarcarme en esta aventura. Y aún a riesgo de no conseguir mi cometido, lo intentaré:

A mi gran amigo y mentor Pedro Urvi. Tú me enseñaste el camino y me ayudaste a recorrerlo. Todo esto ha sido posible gracias a ti. Miles de gracias.

A todo el equipo de Peterson Publishing. En especial a Mon, Luis y Kenneth por empujarme a recorrer el camino de baldosas amarillas. Sin vosotros nada de esto hubiera tenido sentido. Muchas, muchas gracias.

A Ana C., Miguel G., Andrea E. y Nuria M. por ser las mejores *alpha readers* que alguien pueda tener. Vuestros consejos, correcciones e ideas han sido vitales para que esto llegara a buen puerto. ¡Muchísimas gracias!

A David C., con el que me embarqué en esta aventura. Sin ti nada de esto habría ocurrido. Espero que nuestros caminos continúen en paralelo y que podamos disfrutarlo juntos. ¡Nos vemos al final del trayecto!

A Susana R. L., si Pedro es el padre de este libro, tú, eres la madre. Tus consejos y tus correcciones me han permitido llegar hasta aquí. Guardo con cariño tus enseñanzas. Espero ser un digno alumno de la mejor maestra posible. ¡Muchas gracias!

A Pilar García por diseñar las portadas que hacen posible que esta gota de agua destaque en el mar. ¡Gracias por todo!

A Tanya, por ser la guardiana del lenguaje, la vigía de la perfección. Nada de esto sería igual sin tu capacidad y tu mirada crítica. ¡Un millón de gracias!

A mis padres, gracias a su esfuerzo soy lo que soy. Espero que os sintáis orgullosos de lo que he conseguido. Gracias por dármelo todo.

A mis hermanas, por estar siempre donde se las necesita, por animarme con mis locuras y por acompañarme a lo largo de todo este camino. ¡Mil gracias!

Al resto de mi familia, sobrinos, tíos, primos, cuñados y demás. ¡Muchas gracias!

A todos mis amigos y amigas, por estar siempre ahí. Un pedacito de esta novela también es vuestra. ¡Gracias!

A ti, lector, por elegir mis libros. Espero que hayas disfrutado de la lectura y que me acompañes durante el resto de aventuras. Nuevamente, me gustaría pedirte que pusieras una reseña positiva para que otros puedan disfrutar de este maravilloso mundo que hemos creado. Muchas gracias, de corazón.

Y, finalmente, a Yuvi, la luz que guía mis pasos, mi inspiración. La única persona capaz de aguantar mis tonterías. Todo esto es por ti.

Muchas gracias a todos y un fuerte abrazo,

Frank J. Cavill.

Todos mis libros en Amazon

Haz clic en el enlace para descubrirlos

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: **Frank J. Cavill**

Web: **frankjcavill.com**

X: **@FrankJCavill**

Facebook: **FrankJCavill**

Threads: **@frankjcavill**

Instagram: **@frankjcavill**

TikTok: **@frankjcavill**

Mail: **frankjcavill@gmail.com**



Copyright © 2024 Frank J. Cavill

Todos los derechos reservados

El legado de Galileo (El Proyecto Orfeo, Libro 4)

¡Haz clic en la imagen o el enlace arriba para reservarlo!

